

LAURA  
GALLEGO

LAS  
HIJAS  
DE  
TARA

minotauro

## Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

1. Cielos de acero

2. Luz en las tinieblas

3. Horizonte brumoso

4. Túneles letales

5. Trampa flotante

6. Fuente de vida

7. Ciudad salvaje

8. Paradoja artificial

9. Hielo virtual

10. Bosque al acecho

11. Voces espectrales

12. Magia rúnica

13. Alma de fuego

14. Rito ancestral

Nota de la autora

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Bienvenidos a un mundo futuro en el que tecnología y naturaleza son enemigas irreconciliables y se ha desatado una interminable guerra entre la ciencia y la magia, entre lo artificial y lo natural. El primer bando se refugia en las dumas, ciudades que han alcanzado un altísimo nivel tecnológico. El bando contrario se oculta en Mannawinard, un gigantesco bosque en el que ha vuelto a brotar la magia, bajo los auspicios de la renacida diosa Tara. Entre ambos se extienden los sombríos Páramos, zonas baldías que sirven de frontera guardada por los guerreros Ruadh.

En este contexto Kim, una audaz mercenaria, recibe el encargo de robar un androide de la poderosa compañía Nemetech; pero las cosas no salen como había planeado en un principio, y pronto se verá obligada a escapar de las dumas para salvar su vida. En su camino se unirá por necesidad a Keyko, una guerrera de la Orden Mística de las Hijas de Tara, y conocerá a otros personajes que sobreviven como pueden en medio del caos.

Este viaje llevará a Kim y sus compañeros a través de los Páramos y Mannawinard hasta el mismo corazón del mundo natural, en busca de respuestas sobre los titánicos poderes enfrentados que dominan sus destinos.

LAURA GALLEGO

**LAS HIJAS DE TARA**

minotauro

*Para Andrés, mi «socio»,  
en recuerdo de aquellos momentos en el Barocco,  
de aquellos borradores, de tantas horas de reunión y de muchas cosas más.  
Porque esta fue la primera historia que fabulamos juntos  
y, por supuesto, no será la última.*

## PRÓLOGO

Kurt caminaba por un terreno yermo y baldío, envuelto en húmedas nieblas fantasmales que se cerraban sobre él y se adherían a su piel como manos espectrales que intentaran atraparlo con dedos ganchudos y pegajosos. Andaba encorvado, casi arrastrándose, con sus últimas fuerzas. Su respiración era pesada e irregular; tenía los pulmones ardiendo después de vagar durante tantos días por aquel erial envenenado. Sus ojos cansados y hundidos apenas veían más allá de lo que tenía delante. Llevaba horas dando vueltas sin rumbo fijo, esperando, simplemente, que le llegara la muerte.

No se percató de que algo cambiaba en aquel horizonte gris. Más allá las nieblas parecían aclararse y comenzaba a distinguirse una difusa línea verde.

Kurt no fue consciente de ello hasta que se detuvo un momento a recuperar aliento y alzó la mirada.

Entonces los vio.

Sombras que se alzaban entre las nieblas. No serían más de una docena, pero se erguían orgullosas y altivas, y parecían estar aguardándolo. Sombras humanas.

Kurt se estremeció y se miró las manos, llenas de bultos bajo una piel quemada por la radiación. No dudaba que el resto de su cuerpo presentaba el mismo aspecto, y que ningún ser humano podría vivir allí sin acabar como él.

Se esforzó por ver mejor entre la niebla. Aquellas personas no parecían enfermas. ¿Estaría llegando a alguna duma, como aquella de la que había escapado?

Kurt estuvo a punto de dar media vuelta, pero las piernas le fallaron y cayó al suelo, de rodillas. Con un poco de suerte moriría antes de que lo llevaran a la duma. No quería volver allí. Por eso había huido y vagado día y

noche por los Páramos, un desierto envenenado por la contaminación y la radiación, enfrentándose a una muerte dolorosa y horrible. Cualquier cosa antes de tener que soportar aquel enloquecedor dolor de cabeza.

Cuando quiso darse cuenta, las siluetas que se recortaban entre las nieblas ya no eran simples sombras, sino hombres y mujeres de carne y hueso que lo rodeaban con gesto serio. Kurt hizo un esfuerzo y logró echarles un vistazo.

Vestidos con pieles de animales, tocados con plumas, provistos de armas tan primitivas y elementales como lanzas, espadas, arcos y flechas, aquellos hombres y mujeres lo miraban con el orgullo dibujado en sus rostros morenos y angulosos, y el desprecio reflejado en sus ojos de aguilucho. Tras ellos aguardaban sus monturas, unos extraños animales bípedos de pelaje rojizo. A Kurt se le heló la poca sangre que le quedaba en las venas.

Aquellas personas eran lo que los urbanitas, los habitantes de las dumas, llamaban «salvajes».

Así pues, había llegado a los límites de Mannawinard.

No había sido aquella su intención al huir de la duma, loco de dolor. Entonces, hasta los emponzoñados Páramos le habrían parecido un destino mejor que el aterrador Mannawinard, la inmensa y despiadada selva donde solo había dos opciones: aprender a vivir como animales, o morir.

Kurt miró a los salvajes con cansancio. Sabía que, después de tanto tiempo errando por los Páramos, comiendo los pequeños animales mutantes que cazaba y bebiendo las aguas de estanques contaminados, él mismo estaba tan enfermo que no le sería ya posible iniciar una nueva vida en ningún otro lugar. Había perdido el cabello, estaba casi ciego y su cuerpo se hallaba lleno de tumores provocados por la radiación. Se le caía la piel a pedazos, tenía la sangre envenenada, los pulmones abrasados y el sistema digestivo casi destrozado.

—Matadme —pidió a los salvajes, con el poco aliento que le restaba—. Matadme, por favor.

Ellos no dieron muestras de haber entendido sus palabras. Mientras mantenían una rápida conversación en un idioma que Kurt no entendía, el urbanita sintió que llegaba al límite de sus fuerzas. Se le nubló la vista y, con un apagado jadeo, cayó de bruces al suelo agrietado y polvoriento.



Cuando recobró la consciencia, el escenario había cambiado. Se hallaba amarrado a un poste, y había algo fresco y suave a sus pies, algo inquietantemente vivo. La luz del sol se filtraba por una especie de tamiz que estaba justo sobre él, y se oían misteriosas melodías que Kurt no había escuchado nunca. Lentamente, sus ojos castigados lograron ver algo de lo que había a su alrededor.

Estaba en un bosque, atado a un árbol, sentado sobre la hierba, escuchando los cantos de los pájaros.

Naturalmente, puesto que Kurt había nacido en una duma, una de las enormes megaciudades que se alzaban más allá de los Páramos, nunca había visto nada semejante. Pero había oído hablar de ello, le habían explicado todo aquello en las clases de historia del colegio, desde que era un niño. Se llamaba naturaleza. Y era enemiga del ser humano y su tecnología.

Kurt sintió que se le encogía el estómago de terror.

Estaba en Mannawinard. ¿Por qué no lo habían matado los salvajes?

—No tengas miedo —dijo de pronto a su lado una voz femenina.

Kurt se volvió y, con dificultad, logró distinguir los rasgos de una muchacha. Era muy joven, pero, aun así, su largo cabello era del mismo color que sus ropas, blancas como la nieve.

—Hablas mi idioma —pudo decir—. ¿Eres urbanita?

La chica no contestó. Le dio a beber algo, y Kurt aceptó casi sin darse cuenta. Un líquido fresco, pero que no sabía a nada.

—Me llamo Hana —dijo ella—, y soy sacerdotisa de Tara.

Kurt logró esbozar una sonrisa con sus labios agrietados. Los salvajes eran tan primitivos que aún creían en dioses. ¿Cómo podía una parte de la humanidad haber dado un paso atrás tan gigantesco en su evolución?

—Matadme —dijo Kurt, sin plantearse por qué la muchacha podía comunicarse con él con tanta facilidad—. Estoy enfermo, y no quiero vivir como vosotros. Matadme.

Hana se sentó junto a él sin dejarse impresionar por su aspecto, y le dirigió una mirada límpida y profunda.

—Los Ruadh estaban a punto de ejecutarte —le informó—. Pero yo he hablado con el jefe Conall y le he pedido tu vida.

—¿Por qué lo has hecho? —gruñó Kurt—. Ya te he dicho que quiero morir. ¿O es que puedes curarme con tus artes oscuras?

Hana sonrió.

—Yo no puedo curarte con mi magia —dijo—, aunque estoy segura de que en Mannawinard existen poderes capaces de lograr lo imposible. Pero, de todas formas, los Ruadh nunca te dejarían entrar en el bosque. No eres uno de nosotros.

—No quiero ser uno de vosotros —replicó rápidamente Kurt.

—No podrías. El brujo ha descubierto que algo en tu cabeza no es natural.

Kurt tardó un momento en entender lo que quería decir.

El urbanita pertenecía a una buena familia, pero, por alguna razón, algo había salido mal en las planificaciones de los genetistas, y había nacido con un defecto congénito: le faltaba parte del cráneo. Eso no había supuesto ningún problema para él, puesto que la ciencia en las dumas podía hacer cosas tales como dotarle de un cráneo artificial mediante una sencilla operación. Quizá la salvaje se refería a eso.

—Matadme de una vez —gruñó de nuevo Kurt.

—Hace varios años que no acude nadie a Mannawinard —le explicó ella, como si no lo hubiera oído—. Tú eres el primero. ¿Por qué has venido?

Kurt gruñó otra vez, pero hacía rato que sus dolores habían disminuido, y en el fondo echaba de menos la conversación con otro ser humano, aunque fuera una salvaje. De modo que le habló de su cabeza.

Había pasado treinta años viviendo con su cráneo artificial sin tener un solo problema. Pero, transcurrido este tiempo, algo había empezado a cambiar. Primero eran pequeños pinchazos en la sien, después se convirtieron en jaquecas crónicas, luego en una migraña casi permanente. Lo había probado todo, pero los médicos no lograban remediar su mal. Le hicieron multitud de reconocimientos y todos concluyeron lo mismo: estaba sano, no había ningún problema en su cabeza, su cráneo no estaba deteriorado.

Los dolores se hicieron casi insoportables. Kurt dejó su trabajo en la gran empresa Protogen, abandonó a su familia, dejó de ver a sus amigos. Descubrió que los dolores se hacían más intensos cuando pasaba cerca de la alta torre que habían construido en el centro de la ciudad; se quejó al Consejo, pero le dijeron que era imposible que la actividad de la torre provocara sus migrañas, porque en ningún caso afectaba a los seres humanos.

Sin embargo, Kurt sabía que no era así. Se fue a vivir a otra duma, pero sus dolores no desaparecieron. Finalmente, loco de dolor, se atrevió a abandonar la ciudad y a internarse en los Páramos. Lejos de las dumas, las migrañas cesaron, pero la contaminación de aquel lugar maldito comenzó a envenenar su cuerpo.

Hana escuchó su historia con atención. Después habló, con voz suave y serena:

—Cuando empezó la guerra entre Mannawinard y los urbanitas de las dumas, muchos de ellos huyeron para unirse a nosotros. Durante muchos siglos, sin embargo, los Páramos actuaron como una frontera infranqueable, porque nadie podía adentrarse en ellos sin morir de inmediato. Pero con el tiempo el aire limpio de Mannawinard logró purificar en parte la atmósfera contaminada de los Páramos, y de nuevo volvimos a recibir a prófugos de las dumas. No eran muchos, eso es cierto, pero acudían a nosotros. Y de pronto, un día dejaron de venir. Por eso nos interesa mucho saber por qué, después de tanto tiempo, has aparecido tú aquí hoy.

—Ya te he dicho lo que sé. Ahora, por favor, ayúdame a morir.

—¿Y qué vas a hacer después?

—¿Después?

—Cuando mueras, ¿a dónde irás?

Kurt dejó escapar una amarga carcajada.

—Nadie va a ninguna parte después de muerto, niña.

—Te equivocas. Todos vamos a donde queremos ir porque, tras la muerte del cuerpo, nuestro espíritu por fin es capaz de volar libre. Si tú crees que no irás a ninguna parte, puede que entonces tu espíritu muera de verdad.

Con las escasas fuerzas que le quedaban, Kurt trató de deshacerse de las cuerdas que lo mantenían atado. No lo consiguió.

—¡Maldita sea, niña, cállate y déjame morir de una vez!

Ella no se inmutó. Se inclinó junto a él.

—Si pudieses elegir, ¿a dónde irías?

Kurt calló un momento. Sus ojos se nublaron.

—Iría a un lugar donde existiera la paz. Un lugar donde mi cabeza pudiera por fin quedar en silencio.

—Entonces allí es a donde irás, Kurt Kappler de Duma Kendas — susurró la muchacha con dulzura.

Kurt no se preguntó por qué conocía ella su nombre. Cerró los ojos y una maravillosa sensación de bienestar lo recorrió de arriba a abajo. «¿Será magia?», se dijo, absolutamente aterrado. Pero no tenía fuerzas para resistirse.

El dolor cesó, y una inmensa paz se apoderó de él. Por fin, con una serena sonrisa en los labios, Kurt expiró.



Hana se quedó un momento inmóvil bajo la sombra de la última fila de árboles, contemplando el horizonte envuelto en niebla, meditando sobre las palabras del urbanita. Tras ella, silenciosas, las mujeres de su grupo esperaban su señal.

Hana había sido elegida por la diosa Tara para iniciar un acercamiento entre los urbanitas y los habitantes del bosque, la sacerdotisa Kea se lo había comunicado apenas unos meses antes. Ella y sus compañeras debían abandonar Mannawinard, quizá para siempre, e instalarse en aquel lugar desolado que había destrozado con su veneno el cuerpo de Kurt Kappler. Su misión era fundar una comunidad que extendiese la voz de Tara más allá de los lindes de Mannawinard.

Pero Hana no tenía miedo, aunque sabía que echaría de menos Mannawinard y su vida sirviendo a Tara, la Diosa Madre, la divinidad de la Tierra, que había resucitado para volver a tomar el control del planeta.

Recordó la extraña historia de Kurt, y frunció el ceño. Sospechaba que aquella información era importante, muy importante, pero no sabía en qué sentido.

«Algún día, lo averiguaremos —se dijo a sí misma, llena de fe—. Y te prometo, Kurt, que nadie más sufrirá como tú.» Sabía que, para cumplir su promesa, harían falta años, quizá siglos; pero alguien debía dar el primer paso.

Hana se volvió hacia sus compañeras. Todas ellas estaban nerviosas, pero le devolvieron una mirada decidida.

Una suave brisa las envolvió, como un cálido aliento de despedida, y jugó con los cabellos blancos de Hana. Ella sonrió. Así hablaba con los suyos la Diosa Madre.

Pero Hana pudo percibir algo más en aquella brisa, algo que ninguna de sus compañeras fue capaz de captar: el espíritu de Kurt descansaba por fin, en un lugar lleno de paz y silencio.

La muchacha sonrió de nuevo. Cargó con sus escasas pertenencias y dio un paso hacia adelante, y después otro, y otro, hasta que las nieblas de los Páramos se la tragaron.

Una tras otra, las mujeres elegidas la siguieron.

**CIELOS DE ACERO**

Kim se enfundó los guantes negros, pensativa, y miró hacia arriba, tan arriba como podían alcanzar sus ojos. El enorme edificio de la sucursal de Probellum se alzaba hasta el infinito y se perdía en el cielo nocturno.

La muchacha suspiró casi imperceptiblemente y flexionó un brazo, sintiendo los músculos bajo la piel. Asintió, satisfecha, y procedió a doblar el otro brazo y a mover un poco las piernas, solo para asegurarse de que no estaba entumecida de tanto esperar. Necesitaba su cuerpo en perfectas condiciones aquella noche. Apoyó la espalda en la pared y miró a su alrededor. Aquella amplia avenida del Centro de Duma Findias estaba casi vacía. Apenas unas horas antes bullía de actividad, repleta de jóvenes que estaban de juerga. Ahora, después de que los vigilantes hubiesen dado el toque de queda, ya solo quedaba algún rezagado borracho, arrastrándose hacia la zona residencial.

Kim los había observado gritar, reír, hacer ruido y divertirse entre las luces de neón. Sabía que nunca sería como ellos, pero no los envidiaba. Llevaba aquella vida por elección propia. Una vez, tiempo atrás, ella también había vivido en el Centro.

«Una jaula de oro», pensó.

De pronto se le puso la piel de gallina y sintió que alguien se deslizaba hacia ella entre las sombras. Aguzó el oído, un oído extraordinario, mejorado biotecnológicamente para oír hasta el más leve soplo de brisa, y percibió unos pasos que se acercaban.

Fue visto y no visto. Con un movimiento de pantera se separó de la pared, sacó su arma y apuntó a la oscuridad.

—No des un paso más —advirtió, con voz fría y acerada.

—Kim, soy yo.

Kim no apartó la pistola hasta que vio emerger de las sombras a un hombre fornido y musculoso de cráneo rasurado y también vestido de negro.

—TanSim —murmuró ella entonces, de mal humor—. ¿Por qué llegas tan tarde?

—Hay un cambio de planes.

Kim lo miró, intrigada y suspicaz. TanSim sonrió.

—Olvídate de Probellum, pequeña. Esta noche va a caer un pez más gordo.

Kim sintió inmediatamente en sus venas el veneno de la excitación del peligro, el riesgo y la aventura. Probellum era la megacorporación más avanzada en armamento y sistemas de defensa, y su sucursal de Duma Findias era un auténtico fortín. La muchacha llevaba semanas preparando aquel asalto, pero, si TanSim tenía razón y sus superiores les habían encargado algo más difícil...

Ladeó la cabeza y miró a su compañero, exigiendo una explicación.

—Nemetech —dijo él, con una amplia sonrisa.

Kim respiró hondo. Nemetech tenía su sede central en Duma Findias, y era la dueña y señora de la ciudad. Nemetech no tenía un edificio de ciento cincuenta plantas, como Probellum. Nemetech iba mucho más allá: sus instalaciones de Duma Findias estaban constituidas por todo un complejo de edificios enormes y altísimos, una ciudad dentro de la ciudad.

Pese a ello, solo había dos cosas interesantes que robar en Nemetech: prototipos e información.

Kim sonrió. La mejor forma de robar información era contar con los servicios de un hacker; y la chica solo conocía a uno lo bastante bueno como para poder entrar en los archivos virtuales de Nemetech. Ese uno no pertenecía a la Hermandad, y Kim sabía positivamente que no se molestaría en escuchar a alguien como TanSim.

Por tanto, solo quedaba una posibilidad: robar prototipos del LIBT, Laboratorio de Investigación Biotecnológica, de Nemetech.

Kim alzó la cabeza para mirar a su compañero.

—No voy a entrar ahí contigo, TanSim —le advirtió.

El mercenario le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Por qué no, pequeña? ¿Tienes miedo?

—Soy prudente —replicó ella—. No es que dude de tu talento, amigo mío, pero reconoce que el LIBT de Nemetech es algo que excede tus capacidades.

TanSim hizo una mueca de desprecio.

—Todavía te acuerdas de aquello, ¿eh? Asúmelo de una vez: Duncan el Segador está muerto, y no va a volver solo porque tú lo eches de menos.

—No lo echo de menos —replicó Kim secamente—. Pero era el mejor mercenario de la Hermandad, mejor que tú y que yo, y que Donna, lo sabes. Era el mejor y cayó allí dentro. Es como para pensárselo, ¿no crees?

—Depende de cuánto paguen.

Kim no respondió. Sabía que algún día haría una incursión en el LIBT de Nemetech, sabía que saldría con vida. Pero todavía no estaba preparada. En el fondo, pese a lo que quisiera hacer creer a sus compañeros, aún sentía una punzada de dolor al evocar a Duncan, el mejor mercenario de todas las dumas, su maestro, su amigo.

—No sufras, pequeña —añadió TanSim—. No vamos a entrar en el LIBT esta noche.

Kim lo miró, intrigada. TanSim sonrió de nuevo.



El pequeño robot rastreador se detuvo junto al muro de seguridad. Una luz roja parpadeó en la parte superior de su armazón; bip-bip, hizo el robot suavemente. Sus sensores habían detectado algo extraño en un rincón en sombras, así que inició el activado del mecanismo que daría el aviso a los guardias de seguridad.

Nunca llegó a hacerlo. Un pequeño rayo láser fundió sus circuitos de orientación en apenas unas centésimas de segundo.

El robot salió rodando a toda velocidad, humeando; se alejó de allí y se perdió en la oscuridad.

Sobrevino un silencio. Entonces Kim se deslizó junto a la pared, rápida y discreta. Iba completamente vestida de negro y llevaba el rostro oculto por un pasamontañas.

Miró a su alrededor. No se veía al robot rastreador por ningún lado, y los vigilantes, según sus informes, no tenían que aparecer por aquel sector hasta dos minutos después.

Eso bastaría.

Alzó la cabeza para mirar a lo alto del enorme edificio que tenía frente a sí. Como la mayoría de rascacielos del Centro, sus últimos pisos rozaban las nubes del color del acero que siempre cubrían Duma Findias. Kim sonrió para sí misma y activó con solo desearlo su mecanismo de visión nocturna. Se oyó un leve zumbido y en torno a sus ojos azules aparecieron dos cercos metálicos que, a la manera de unos anteojos, crecieron directamente desde su piel para formar unos prismáticos. Cuando la lente se cerró ante sus pupilas, volvió a mirar hacia arriba. Otro zumbido y el zoom de los pequeños prismáticos enfocó a una de las ventanas.

La joven la estudió con atención, calibrando todas las posibilidades. La voz de TanSim sonó desde el intercomunicador colocado cerca de su oído.

—¿Lo tienes, Cuña?

—Lo tengo, Trueno —respondió ella en un susurro; su voz quedó ligeramente ahogada por la tela del pasamontañas—. Piso cuarenta y ocho. Doble cristal de seguridad. Pan comido.

—He desactivado la alarma, Cuña. El resto es cosa tuya. ¿Podrás alcanzarlo?

—Es un juego de niños.

Kim cortó la comunicación y miró a su alrededor. Se oían pasos un poco más allá, de modo que decidió apresurarse. Volvió a centrar su mirada en la ventana del piso cuarenta y ocho para fijar las coordenadas. Entonces activó el sistema de propulsión y sintió enseguida que las suelas de sus botas se recalentaban.

Los pequeños prismáticos se retrajeron hasta quedar ocultos de nuevo bajo la piel, como si jamás hubiesen estado allí. La joven oyó entonces que los pasos se acercaban... y súbitamente salió impulsada hacia arriba, como un cohete, sin hacer el menor ruido.

Se detuvo frente a la ventana que había estado estudiando momentos antes. Se quedó un momento flotando en el aire, mientras dos guardias de seguridad pasaban justo por el lugar donde había estado, cuarenta y ocho

pisos más abajo. Colocó las palmas de sus manos enguantadas contra el cristal y quedó inmediatamente fijada a él. Adelantó entonces los pies, y las puntas de sus botas se adhirieron también a la ventana. Permaneció un instante inmóvil, como una enorme araña negra, y entonces, lentamente, separó una de las manos y extendió el dedo índice hacia su objetivo.

De la punta del dedo emergió un pequeño rayo láser de color rojo que tardó apenas unos minutos en fundir parte del cristal, haciendo un agujero lo bastante grande como para que pudiera entrar por él.

Así lo hizo. Su cuerpo era ágil, esbelto y elástico. En cuanto puso los pies dentro del edificio se ocultó en un rincón en sombras y escuchó.

Nada. Ni un solo ruido.

—Trueno, estoy dentro —anunció por el intercomunicador—. Esto parece estar desierto.

—No deberías encontrar ningún problema —le respondió TanSim—. Es solo un edificio de almacenamiento. Lo que buscamos está un poco más allá, en el ala tres...

Kim cortó súbitamente la comunicación al oír un pequeño zumbido que venía del fondo del pasillo. Contuvo el aliento mientras un robot achatado y lleno de luces azules pasaba ante él moviendo en el aire un montón de pinzas. Se detuvo un momento en el pasillo, emitió un leve pitido, extendió un apéndice hacia el rincón donde se ocultaba la intrusa...

Se oyó otro zumbido. El robot se limitó a aspirar el polvo y siguió su camino.

—Cuña, ¿qué pasa?

—No es nada —respondió Kim—. Los de la limpieza. ¿Y ahora, qué?

—El almacén está a tu derecha. La cuarta puerta después de la segunda intersección.

—Oído, Trueno. Voy para allá.

Volvió a cerrar la comunicación y se deslizó, sigilosa como la noche, en la dirección indicada.

No tardó mucho en llegar. Una gruesa puerta metálica le cerraba el paso, y se inclinó para examinar el panel de control.

—Trueno, ¿ya tienes los códigos? —susurró por el intercomunicador.

—Dame un minuto, ¿quieres? Si solo...

Kim se apartó un poco y extendió el dedo hacia el panel, con un suspiro exasperado. En apenas unas décimas de segundo su rayo láser había fundido los circuitos, y la puerta se abría sin ruido ante ella.

—¡Eh! —protestó TanSim—. Te dije que...

—Aprende a ser más rápido, pequeño —replicó la joven con sorna.

Entró en el almacén con precaución, pero enseguida se dio cuenta de que no había nadie allí. Ni siquiera había detectores de calor o sensores de movimiento, y daba por sentado que su compañero habría desactivado las cámaras de seguridad.

Kim se quitó el pasamontañas, dejando al descubierto una corta melena rubia y un rostro juvenil y duro como el acero.

—Basura —gruñó, decepcionada—. ¿Qué es lo que buscamos aquí? No puede ser nada importante.

—¿Te lo repito otra vez, Cuña? —La voz de TanSim sonaba burlona por el intercomunicador—. Un biobot, pequeña. Un simple y vulgar biobot.

Kim movió la cabeza con un suspiro.

—Absurdo —dijo—. Bueno, veamos qué hay por aquí.

Encendió la linterna y paseó la luz por el almacén.

Aquella visión la sobrecogió. Estantes y estantes recubrían las paredes desde el suelo hasta el techo; en ellos se alineaban cientos y cientos de bustos con forma humana, todos iguales, todos fríos, rígidos y sin vida.

Androides biónicos.

—Trueno, hay miles —susurró Kim, irritada—. ¿No sirve uno cualquiera?

—Ya sabes que no —replicó TanSim—. El cliente manda. Y el cliente ha dicho: androide biónico marca Nova, número de serie AD-23674-M. Y no otro.

Kim suspiró de nuevo y se acercó a las estanterías, para ir revisando, uno por uno, el número de serie, sin terminar de comprender muy bien qué estaban haciendo allí.

Como mercenaria de la Hermandad Ojo de la Noche, la asociación de ladrones y asesinos más poderosa de todas las dumas, Kim estaba considerada parte de la elite de aquel oficio. A sus diecisiete años era una de los mejores, y lo sabía. Había dedicado parte de su vida a entrenarse, a

aprender a moverse por toda clase de ambientes, a colarse en cualquier lugar, por vigilado que estuviera. Había gastado tiempo y dinero mejorando su cuerpo con implantes subcutáneos que la hacían más rápida, más ágil y, sobre todo, más fuerte. Aquello era una práctica habitual entre los mercenarios, y Kim podía enorgullecerse de tener un cuerpo de acero, altamente preparado para el combate. En el Ojo de la Noche eran muy conscientes de sus capacidades, y por ello solo le encargaban las misiones más importantes o más difíciles.

Y aquella situación no encajaba muy bien con el perfil de los trabajos a los que ella estaba acostumbrada.

Androides biónicos. Biobots, como se los conocía familiarmente. La joya de Nemetech.

Mientras recorría el almacén en busca del androide AD23674-M, Kim siguió pensando en Nemetech, una megaempresa dedicada a la investigación en las tecnologías más avanzadas. Al principio se había limitado a la fabricación de robots pero, como solía suceder en un mundo en que la política de empresa consistía en crecer hasta aplastar a la corporación de al lado, Nemetech pronto había extendido sus tentáculos hacia otros campos, y había empezado a realizar experimentos genéticos y biotecnológicos en sus laboratorios secretos. Esto le había permitido lanzar al mercado los biobots, los androides biónicos, que al salir de la fábrica no eran más que un busto humanoide —cabeza, cuello y hombros—, pero que tenían la capacidad de asimilar y procesar materiales para construirse sus propios cuerpos adaptándose a las circunstancias. Los biobots fueron pronto muy populares, y Nemetech desbancó a casi toda la competencia en inteligencia artificial. Actualmente, Nemetech fabricaba la mayoría de los modelos de las dumas, y sus biobots estaban por todas partes.

Por todas partes. En las calles, en las casas, en los establecimientos, incluso se habían hecho imprescindibles para las empresas de la competencia. Eran abundantes y baratos.

¿Por qué querría alguien robar uno del mismo almacén de Nemetech?

Kim se encogió de hombros y decidió no pensar más en el asunto. Le pagaban para que realizara un trabajo, no para que hiciera preguntas.

Finalmente encontró la estantería de las unidades de serie AD, y respiró hondo, satisfecha. No terminaba de encontrarse cómoda en aquel lugar, con tantos biobots aguardando, silenciosos, en interminables filas contra la pared. Solo a Nemetech se le ocurría fabricar robots con figura humanoide. Kim, personalmente, lo encontraba de muy mal gusto.

—¿Cuña? —La voz de TanSim por el transmisor casi logró sobresaltarla—. ¿Lo tienes ya?

Kim esbozó una sonrisa. Tampoco a él parecía gustarle aquella misión tan extraña, y eso que no había tenido que entrar en el edificio; su papel en la incursión se limitaba a desbaratar los circuitos de cámaras y alarmas desde fuera.

El haz de su linterna siguió recorriendo la fila de biobots nuevos, relucientes, con la memoria todavía vacía de datos, con el aspecto de muñecos fríos y muertos. AD-23670-M, AD-23671-M, AD-23672-M, AD-23673-M...

Kim se detuvo. Enfocó a la unidad que tenía ante ella, y leyó el número de serie grabado en el hombro de aquel biobot: AD-23674-M.

—Te encontré, amiguito —murmuró.

Súbitamente, el biobot abrió los ojos y la miró.

Kim se sobresaltó, y casi dejó caer la linterna. Con el corazón latiéndole con fuerza, furiosa ante aquel incidente, alargó la mano hacia el cable de alimentación para desconectarlo. Tiró del cable, que cedió sin necesidad de presión. Kim se quedó con el enchufe en la mano, consternada, sin terminar de comprender qué estaba pasando allí. El androide seguía mirándola, y no había estado conectado en ningún momento.

—Cuña, ¿qué es lo que pasa? —preguntó TanSim por el intercomunicador.

Kim no contestó. Sus ojos estaban fijos en los ojos de aquel biobot, que se habían iluminado con un leve resplandor azulado que parpadeaba misteriosamente en la oscuridad. De pronto apareció en su frente una marca luminosa muy extraña, un símbolo que Kim no había visto nunca:



—¿Qué demonios...? —empezó ella, sorprendida, pero no pudo continuar. Un haz de luz surgió de la marca del biobot hasta conectar con su propia frente. Por un breve instante, aquel símbolo apareció también sobre la piel de Kim.

Y, de pronto, todo se desvaneció. La luz, la marca, el brillo de los ojos del androide.

Kim se palpó la frente, desconcertada, sin entender lo que estaba pasando.

—¡Intrusa, tira las armas! ¡Estás rodeada!

Kim se volvió de un salto. Se encendieron las luces del almacén y descubrió que un grupo de robots de seguridad de Nemotech le cerraba el paso, apuntándola con pequeñas armas láser y mostrando un aspecto poco dispuesto a una conversación amistosa. «¿De dónde habrán salido tantos?», se preguntó la mercenaria, perpleja.

Pero no tenía tiempo de averiguarlo. Kim agarró el busto del biobot sin contemplaciones.



El sistema de propulsión de sus botas se activó, y ella salió impulsada hacia el techo del almacén.

Los robots dispararon. Ella también disparó... pero hacia arriba. Un proyectil pequeño y potente, que abrió un agujero en el techo de forma casi instantánea.

En medio de una lluvia de disparos, Kim se coló por el boquete del techo.

Aterrizó suavemente en el suelo de un pasillo de la planta cuarenta y nueve y miró a su alrededor. No había nadie, por el momento. Al fondo divisó una ventana.

Kim respiró hondo. La misión se estaba complicando, y no acertaba a comprender por qué. Dejando de lado el hecho de que aquel biobot hacía cosas muy raras, ¿de dónde habían salido tantos robots de seguridad, y cómo habían logrado llegar hasta allí tan deprisa?

«Rapidez, silencio y discreción», recordó Kim. Aquellas habían sido las órdenes de sus superiores con respecto a la misión. «Lo siento, Donna —se dijo—. Tengo que salir de aquí como sea, y no me importa el ruido que haga.»

Guardó el busto del biobot, que emitió una especie de quejido, en la pequeña mochila negra que llevaba a la espalda. Se incorporó, tensó los músculos y echó a correr hacia la ventana. Su cuerpo se movía con la rapidez, fuerza y precisión de una máquina, pero también con la elegancia y agilidad de una gacela.

Una voz a su espalda la sobresaltó:

—¡Eeeeehhhh! ¿Qué pasa? ¿A dónde me llevas tan deprisa?

Kim se relajó un tanto, pero no dejó de correr. Ahora empezaba a comprender o, al menos, eso creía. Aquel biobot no acababa de salir de la fábrica. Seguramente llevaba un tiempo rodando por las dumas, lo habrían robado y vendido a Nemetech. Y ahora su dueño trataba de recuperarlo. No había otra explicación.

Pero en ese caso, ¿por qué el robot seguía teniendo solamente el cuerpo base? ¿Por qué no había desarrollado aún ruedas, pinzas o algo que se le pareciese?

—¡¡Eeeeehhhhh!! —protestó de nuevo el androide desde su mochila.

—¡Cierra el pico! —gruñó Kim.

Se detuvo bruscamente cuando algo le cerró el paso hacia la ventana. Una figura humana, alta y oscura, que se movía con movimientos ágiles, seguros y letales.

Kim supo de inmediato qué era aquello.

Exactamente lo que parecía: una Sombra.

Dentro de la Seguridad de cada empresa, una especie de cuerpo de policía particular, existía un grupo de agentes especializados que se ocupaban del trabajo sucio, que generalmente tenía que ver con rencillas entre diferentes corporaciones. Eran los mejores, y aunque su puesto suponía estar dentro de la elite de Seguridad, eran un grupo secreto, y por eso los llamaban las Sombras. Eran sigilosos, hábiles y, sobre todo, discretos. A veces, sin embargo, necesitaban contratar los servicios de algún mercenario para no comprometer el nombre de la corporación para la que trabajaban. Por eso en

el Ojo de la Noche los conocían muy bien. A menudo trabajaban con ellos, pero también a menudo luchaban contra ellos, dependiendo de la misión, y del cliente que los hubiera contratado en aquel momento.

Kim adoptó una posición de combate y preparó sus armas, sin apartar la vista de aquel hombre que se interponía entre ella y la salida. Una Sombra, el peor obstáculo con el que un mercenario podía topar a lo largo de una incursión en una corporación como Nemetech.

No necesitaba volverse para saber que ya no podía escapar por donde acababa de entrar: los robots de seguridad comenzaban a entrar por el agujero abierto en el techo del almacén. Estaba atrapada.

La Sombra disparó. Kim sintió que su cuerpo, mejorado biotecnológicamente, reaccionaba de forma automática y se echaba hacia un lado. Inmediatamente, la chica contraatacó.

La Sombra esquivó su disparo con facilidad. Kim bajó la cabeza y, aprovechando el momento, arremetió contra él.

Apenas unos segundos más tarde la Sombra yacía en el suelo, y Kim se esforzaba en fundir con su láser el cristal de seguridad de la ventana.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —insistía el robot desde la mochila.

Kim no se molestó en contestar.

Saltó por la ventana justo cuando la Sombra se levantaba de nuevo y los robots de seguridad se lanzaban hacia ella.

La joven sintió el viento azotándole el rostro y sacudiendo su corta melena rubia. Eran cuarenta y nueve pisos y estaba cayendo a toda velocidad, pero no se amilanó.

—¡¡¡Eeeeeehhhh!!! —chillaba el biobot.

Kim, sin inmutarse, activó los propulsores de sus botas apenas unas décimas de segundo antes de estrellarse contra el suelo. Aterrizó suavemente, sin ruido, al pie del edificio de almacenamiento de Nemetech.

Miró hacia arriba. La Sombra también se arrojaba temerariamente al vacío, tras ella, y Kim comprendió que no era la única que se había provisto de calzado con sistema de propulsión.

No perdió tiempo. Se deslizó hasta un rincón oscuro y activó el intercomunicador:

—¡Trueno, tenemos problemas!

Esperó, pero TanSim no contestó.

De pronto, todo se iluminó, y el agudo pitido de una alarma resonó por todas las instalaciones de Nemetech.

—Mierda —murmuró la mercenaria.

La Sombra acababa de aterrizar en el suelo. La estaba buscando, y Kim sabía que no tardaría en encontrarla. Multitud de guardias humanos y de robots de seguridad estaban acudiendo al lugar de los hechos.

—¡Trueno, maldita sea, contesta! —insistió Kim, desesperada.

Silencio.

También el androide estaba extrañamente callado, pero Kim lo agradeció. Miró a su alrededor en busca de una vía de escape... y la encontró.

Motos flotantes que los guardias acababan de dejar, un poco más allá, para acudir a la llamada de la alarma.

Se deslizó hacia allí, pegada a la pared, sin hacer el menor ruido. Los robots rastreadores estaban cerca, y los guardias humanos los seguían. A la Sombra no se la veía por ninguna parte, y Kim sabía que aquello no era buena señal.

Disparó contra un guardia y montó en una de las motos.

Súbitamente la Sombra surgió ante ella, cortándole el paso y apuntándola con su arma. Kim se sobresaltó, oprimió el botón de encendido casi con violencia...

Momentos más tarde salía disparada de allí.

El vehículo era de calidad, observó Kim complacida. Flotaba en el aire sin hacer ruido y volaba a una velocidad de vértigo. Los controles eran fáciles de manejar y el ordenador parecía estar en buenas condiciones.

Kim no activó el piloto automático, por el momento. Mientras volaba a través de las calles del complejo de Nemetech, flotando a un metro por encima del suelo, miró hacia atrás.

Vio que la perseguían. Guardias humanos, montados en motos como la suya. Robots sobre plataformas de deslizamiento. Y la Sombra, que se había apropiado de un vehículo monoplace.

Kim respiró hondo. Iba a ser una persecución bastante movida, sobre todo porque, sin la guía de TanSim, no tenía muy claro por dónde se salía de allí.

Estaba acostumbrada a situaciones como aquella, de modo que no se preocupó demasiado. Era una excelente piloto. Podía esquivar perfectamente a los guardias de seguridad, e incluso a los robots. Pero la Sombra...

Se volvió para disparar a sus perseguidores. Acertó a dos vehículos.

Inmediatamente una lluvia de disparos cayó sobre ella, y la muchacha se apresuró a girar con brusquedad para adentrarse en un callejón oscuro. Al fondo vio el muro que separaba las instalaciones de Nemetech del resto de los edificios del Centro de Duma Findias.

—Hoy es mi día de suerte —murmuró.

Elevó más el vehículo y saltó por encima de la pared.

Respiró hondo. Estaba libre.

Volvió a intentar conectar con TanSim por el intercomunicador, pero de nuevo quedó sin respuesta. Se preguntó si lo habrían capturado. Tal vez estuviese preso, o incluso muerto.

Oyó entonces un zumbido tras ella, y se volvió para mirar.

Se le congeló la sangre en las venas.

La Seguridad de Nemetech no había cejado en su persecución. Los androides, los guardias y la Sombra seguían allí, tras ella, y Kim se alegró enseguida de no haber aminorado la velocidad al salir del complejo de Nemetech. Pisó a fondo el acelerador y se preguntó, por enésima vez, por qué una megacorporación que producía miles de biobots al año concedía tanta importancia a la pérdida de uno solo.

Tras un nuevo vistazo hacia atrás, Kim se dio cuenta de que no había tiempo para preguntas. Tenía que escapar, como fuera.

Atravesó como un rayo las amplias y elegantes avenidas, bordeadas de árboles artificiales, del Centro de Duma Findias, el lugar donde vivían los directivos de las megacorporaciones que decidían los destinos de las dumas. Zigzagueó con su vehículo para esquivar los disparos, se internó por calles laterales, pero pronto se dio cuenta de que tenía que salir del Centro, o la alcanzarían: en aquellas grandes avenidas no había lugares donde esconderse.

A toda velocidad alcanzó el muro que separaba el Centro del Círculo Medio de Duma Findias, y lo saltó, como había hecho con la pared exterior del complejo de Nemetech. Una rápida mirada atrás le informó de que no había logrado despistar a sus perseguidores.

Se internó por las calles del llamado Círculo Medio, compuesto por bloques y bloques de viviendas familiares, todas iguales. Allí vivían los empleados de las corporaciones que todos los días entraban en el Centro para trabajar. Eran gente normal, de clase media, que, sin embargo, compartían el lema de las empresas para las que trabajaban: llegar más alto, llegar más lejos, llegar antes.

A veces, aquel lema trataba de cumplirse a cualquier precio.

Kim sabía que en el Círculo Medio había mucha gente honrada, pero también sabía que existían otros muchos cuyo único sueño consistía en ascender de categoría, ascender y ascender, hasta poder vivir en el Centro, con la elite de la ciudad. Aquella filosofía de la competitividad terminaba alcanzando a todo aquel que trabajase en una gran empresa.

No había más alternativas. O trabajabas para una gran empresa, o estabas fuera de la sociedad.

El vehículo de Kim cruzó el Círculo Medio a la velocidad del rayo. La Seguridad de Nemetech seguía persiguiéndola, y la joven supo que solo tenía una opción: llegar hasta el Círculo Exterior.

Viró violentamente para desviarse por una de las calles laterales justo cuando dos plataformas deslizantes conducidas por androides de seguridad se le echaban encima. Volvió a girarse para disparar. Acertó a uno de los robots, que cayó del vehículo con un brusco chisporroteo.

La persecución continuó durante un buen rato, hasta que Kim llegó al muro más alto y grueso de la ciudad, aquel que separaba el Círculo Medio del Círculo Exterior.

No tardó mucho en pasar por encima de él.

Sintiéndose como en casa, atravesó velozmente aquel sector de la ciudad, compuesto por calles oscuras y sucias y casas semiderruidas. Se volvió para comprobar satisfecha que, tal y como había imaginado, ninguno de los guardias humanos se había atrevido a seguirla hasta allí.

El innumerable Círculo Exterior era un hervidero de gente marginal: ladrones, mercenarios, prostitutas y asesinos que convivían con la cara más oscura de las dumas y su sociedad tecnológica: criaturas extrañas que tiempo

atrás fueron humanas; afectadas por la contaminación, por la radiación, cobayas anónimos de complicados experimentos genéticos... todos ellos agrupados bajo el nombre genérico de «mutantes».

Kim los veía todos los días en aquel lugar. Pero sabía también que en las dumas solo se quedaban los más fuertes, los que tenían valor para seguir mirando a la cara a las personas que todavía eran normales y que se esforzaban en no mirar hacia cualquier otra parte cuando los veían. Los demás habían huido tiempo atrás.

El Círculo Exterior era la prueba del final que le aguardaba a la sociedad de las dumas. Los deformes aumentaban día tras día, y el Círculo Exterior se ampliaba... se ampliaba... Pese a que desde el Centro se había tratado de hacer limpieza más de una vez, y se había expulsado a muchos mutantes a los Páramos, cada día eran más... y causaban más conflictos.

Kim lo sabía, pero no le importaba. No era su problema.

Entre los cuchitriles que esta gente denominaba casas había garitos, locales de ocio e impresionantes vertederos donde se acumulaban toneladas de desperdicios que constituían la principal fuente de suministros para las distintas subrazas mutantes y extrañas tribus que habían convertido la supervivencia diaria en su principal objetivo.

El Círculo Exterior era un mundo de violencia y pesadilla, donde solo sobrevivían los más fuertes, los más listos o los más rápidos. Era la otra cara de una sociedad que seguía ignorando el hecho de que los privilegiados eran cada vez menos, y los desesperados cada vez más.

Y sobre aquel amasijo de brutalidad gobernaba con mano de hierro la Hermandad Ojo de la Noche. Eran mercenarios, sí, y se movían por el Círculo Exterior con total libertad, pero eran la aristocracia de los ladrones. Algunos de ellos habrían podido, por ingresos anuales, vivir cómodamente en el Centro, pero lo que les atraía era precisamente el peligro, la aventura y la ilegalidad.

Kim contempló, una vez más, su desolado mundo. Odiaba a las megacorporaciones, y para alguien que no quisiera trabajar para Nemetech, Protogen, Probellum o alguna de las grandes, el Círculo Exterior era la única alternativa posible. A pesar de ello, tenía que admitir que la mayoría de las

veces los clientes de la Hermandad no eran otros que las propias megacorporaciones, que los contrataban para atacar a otras megacorporaciones, en un ciclo sin fin.

Como miembro del Ojo de la Noche, Kim vivía de una forma desahogada, casi lujosa, pese al lugar donde había fijado su residencia. Dudó un momento antes de dirigir la moto volante hacia su casa, y volvió a mirar hacia atrás.

Vio entonces un destello metálico entre los ruinosos edificios, y comprendió enseguida que alguien la seguía todavía.

Se sintió desconcertada pero, sobre todo, furiosa. Aquel era su mundo, era su hogar, y los de las corporaciones no tenían ningún derecho a seguirla hasta allí por un maldito robot.

Pisó el acelerador a fondo otra vez y se internó en el laberíntico trazado de las calles del Círculo Exterior, que conocía como la palma de su mano. Torció a derecha e izquierda, escogió las rutas más oscuras, los callejones más estrechos, los pasajes más desconocidos. Cuando estaba segura de que había despistado a su perseguidor, detuvo el vehículo y miró hacia atrás. No parecía que hubiera nadie. Suspiró, cansada, y se frotó la sien derecha. Llevaba un rato doliéndole la cabeza.

—¿Dónde estamos? —preguntó una voz chillona desde su mochila.

Kim se sobresaltó ligeramente. Había olvidado al biobot. Acarició por un momento la tentadora idea de dejarlo abandonado en un vertedero, para que los mendigos lo destrozaran y vendieran sus piezas a los traficantes de suministros, pero luego recordó que TanSim había dicho que el cliente pagaría una sustanciosa suma por él. Aquel montón de cables valía una fortuna, y ya había tenido bastantes problemas por su culpa como para quedarse sin recompensa.

—Hermana —susurró una voz desde las sombras.

Kim se volvió, desconfiada. Una criatura que se tapaba con una manta harapienta extendía hacia ella una mano escamosa. Sus ojos rojizos brillaban en la semioscuridad.

—¿Qué es lo que quieres?

—Un tipo anda buscándote, y te encontrará si no te marchas de aquí —dijo el mutante.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo hemos visto en el garito del Rojo. Preguntaba por ti. Era una Sombra de Nemetech.

Kim se quedó helada. ¡La Sombra la había seguido hasta allí! Sin una palabra, lanzó un montón de créditos hacia la criatura, que los cogió, anhelante. La mayoría de los desesperados del Círculo Exterior estaban deseosos de congraciarse con los miembros de la Hermandad Ojo de la Noche, pero a Kim le gustaba agradecer los servicios y, además, era lo bastante buena en su trabajo como para no tener que preocuparse demasiado por el dinero. Se despidió del mutante con un gesto y volvió a poner en marcha su vehículo.

Si una Sombra la andaba buscando, era de esperar que tarde o temprano la encontraría.

Cuando una misión salía mal, o no del todo bien, los mercenarios tenían orden de ir a informar personalmente a Donna, la líder de la Hermandad. Pero en aquellos momentos, Donna se encontraba en la sede central del Ojo de la Noche, en Duma Errans. Kim suspiró. No le quedaba más remedio que acudir allí para exigir explicaciones, ayuda y, por supuesto, la recompensa. Pero no podía esperar a que la ciudad-caravana pasase de nuevo por Duma Findias: debía salir a su encuentro. Aquella era una decisión arriesgada, pero Kim estaba convencida de que, dadas las circunstancias, era mucho más arriesgado quedarse donde estaba.

Volvió a pisar el acelerador y dirigió el vehículo hacia el Muro Exterior que separaba Duma Findias de los Páramos.

En cuanto salió a una calle más amplia sintió otra vez un zumbido tras ella. Se volvió de nuevo y vio que otra vez tenía a la Sombra pegada a sus talones, siguiéndola, ocultándose tras las esquinas y los contenedores de desperdicios.

Se le heló la sangre en las venas. El garito del Rojo estaba al otro lado del Círculo Exterior. ¿Cómo había llegado la Sombra hasta allí tan rápidamente?

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó el biobot, frustrado, desde el interior de la mochila.

Por primera vez, Kim despegó los labios para contestarle.

—Pasa que nos han tendido una trampa, amiguito —murmuró, sin apartar la mirada del lugar desde donde la espiaba la Sombra—. ¡Agárrate!

Pisó el acelerador a fondo. El vehículo flotante emitió un potente zumbido y salió disparado.

—¡iiiiiiEeeeeehhhhhh!!!!!! —chilló el biobot.

Kim sintió algo parecido a un júbilo salvaje cuando el viento volvió a sacudirle el pelo rubio y a azotarle la cara. Supo, sin necesidad de volverse, que el agente de Nemetech había salido de su escondite y la perseguía. Oyó los disparos tratando de alcanzarla, e intentó acelerar la máquina.

Casi lo consiguió. De pronto, la voz del ordenador del vehículo le dijo amablemente:

—Se le informa de que está llegando al Muro Exterior. El vehículo va a dar media vuelta.

—¿Qué? —soltó Kim, estupefacta.

—El vehículo va a dar media vuelta —repitió la voz, y la moto redujo la velocidad.

—¡Ni se te ocurra! —Kim esquivó un disparo y comenzó a teclear sobre la consola de control, preguntándose cuándo demonios había puesto ella el piloto automático—. ¡Cambio a manual!

El vehículo seguía aminorando la velocidad, y Kim empezó a pensar que tenía problemas. La Sombra estaba a punto de darle alcance, seguía disparándole, y al ordenador de la moto parecían habersele fundido un par de circuitos. Encima, el dolor de cabeza persistía y, por su fuera poco, el biobot seguía chillando desde la mochila:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Lo cual no contribuía precisamente a mejorar el estado de ánimo de Kim. Por fin logró desactivar el piloto automático y volvió a pisar el acelerador a fondo. Se volvió un momento y vio que la Sombra también forzaba su vehículo al máximo.

Miró de nuevo hacia el frente, justo a tiempo para darse cuenta de que estaba a punto de estrellarse contra el Muro Exterior. Manióbró desesperadamente y, en el último momento, consiguió que la moto se elevase en vertical.

Saltó el muro a una velocidad endiablada. Oyó una explosión, y supo que la Sombra no había logrado desviarse a tiempo. Sin embargo, conocía bien a aquellos agentes y sabía que eran los mejores; muchos de ellos también estaban mejorados con implantes subcutáneos que los hacían más ágiles y fuertes. Seguramente, la Sombra había logrado saltar de la moto a tiempo.

Kim respiró hondo. Miró hacia atrás para contemplar Duma Findias, la enorme ciudad cuyos edificios más altos rozaban las nubes, un bastión solitario en medio de una tierra de nadie. Por encima de los rascacielos del Centro destacaba una construcción alta y esbelta que, debido a su forma, era popularmente conocida como la Aguja.

La muchacha alzó la cabeza. Frente a ella se extendían los amplios, sombríos y nebulosos Páramos, zonas casi deshabitadas, incluso más desoladoras que el Círculo Exterior.

Kim suspiró. Iba a ser un largo viaje hasta Duma Errans.

## LUZ EN LAS TINIEBLAS

Lejos de Mannawinard, lejos de las dumas, en un lugar que parecía ninguna parte, entre altísimas y escarpadas montañas, una muchacha luchaba contra los elementos.

Se había situado en el centro de un círculo de entrenamiento, ataviada solo con una túnica blanca, y golpeaba con pies y manos, tratando de alcanzar algo que estaba ahí, pero que no podía ver ni oír. Sus movimientos eran rápidos, ágiles y seguros. La técnica de lucha que empleaba era antigua y casi olvidada en un mundo en guerra donde las armas lo eran todo; pero ella llevaba tiempo entrenándose en artes marciales porque, años atrás, había jurado que jamás tocaría un arma de fuego.

La tormenta de nieve seguía fustigando aquel lugar entre montañas, pero ella no parecía notarlo; corría descalza sobre la nieve, resistía al viento, sin escuchar el rugido ensordecedor que amenazaba con derribarla.

Se volvió rápidamente y disparó una patada lateral. Por una vez notó que tocaba algo, y se sintió llena de orgullo, pero no le duró mucho. Una fuerza invisible emergió de la oscuridad y la golpeó antes de que ella pudiera sentirlo. La muchacha cayó al suelo, pero se levantó rápidamente, luchando contra el aturdimiento. Por un momento había permitido que su sexto sentido se cerrase al mundo, y el espíritu había podido alcanzarla. Debía volver a centrarse.

Respiró hondo y se dio la vuelta, rápida como un rayo. Asestó un puñetazo al aire. Esta vez casi lo había rozado...

Sintió algo tras ella y lanzó un nuevo golpe con el canto de la mano.

Se detuvo bruscamente, con la mano a escasos centímetros de un rostro joven y asustado. La chica gritó, pero, de hecho, la guerrera no la había tocado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, contrariada—. Podía haberte hecho daño. He dicho muchas veces que...

—Que no te gusta que te interrumpen cuando entrenas, sí, ya lo sé, Keyko. Pero es importante.

Keyko la miró intrigada. La muchacha tiritaba, a pesar de estar envuelta en una gruesa capa que se había echado sobre la túnica.

—La Madre Blanca ha dicho que quiere hablar contigo —concluyó la chica—. Cuanto antes.

Keyko ladeó la cabeza, sorprendida.

—Qué raro, no he oído su llamada...

—Eso es porque se encuentra muy débil. Ha tenido una visión. —La muchacha tragó saliva—. Tara le ha hablado en sueños.

Keyko sintió que se le aceleraba el corazón. ¡Una visión! Hacía muchos años que la Diosa Madre no hablaba con su superiora, ni siquiera en sueños. Muchas decían que se debía a que las Hijas de Tara llevaban tanto tiempo lejos de Mannawinard que el vínculo empezaba a desaparecer.

—¿Y ha dicho... que quiere verme?

—Eso es —asintió la chica; temblaba visiblemente, y Keyko se dio cuenta de que la pobre estaba muerta de frío—. Por favor, date prisa.

—Adelántate tú. Yo he de despedirme de los espíritus.

La muchacha no necesitó que se lo dijeran dos veces. Asintió y se alejó rápidamente hacia el templo, perdiéndose en la oscuridad.

La tormenta seguía azotando las montañas sin piedad. Keyko se quedó un momento quieta, en silencio. Después se arrodilló sobre la nieve y agradeció mentalmente a los espíritus de las montañas su ayuda en aquel entrenamiento. Alzó su rostro de ojos almendrados y expresión segura y enérgica hacia las cumbres nevadas, y el viento sacudió su pelo liso y negro como el azabache.

Se levantó y abandonó el círculo para dirigirse al templo.

Atravesó el estrecho desfiladero que unía la zona de entrenamiento con la morada de las Hijas de Tara, pensativa. ¿Para qué querría hablar con ella la Madre Blanca? Tal vez por fin, después de tanto tiempo, iba a darle la oportunidad de poner en práctica todo lo que había aprendido.

La muchacha respiró hondo y se obligó a sí misma a tranquilizarse y a pensar con calma. No quería hacerse ilusiones. Después de todo, podía no ser nada importante. Y al fin y al cabo, estaba a punto de enterarse. «Todo tiene su tiempo —se recordó a sí misma—. Domina tu impaciencia; te hace perder la perspectiva del presente.»

Keyko sonrió para sí. Su impaciencia y su fuerte carácter le habían traído problemas más de una vez. «Si no pudiese entrenar con los espíritus de las montañas, hace tiempo que habría tenido que abandonar el templo —pensó—. Si no fuese una Hermana Guerrera, no habría encontrado mi lugar entre las Hijas de Tara.»

Las Hermanas Guerreras eran entrenadas en la paciencia, la templanza, la calma y la sabiduría, y los espíritus de las montañas, resucitados gracias a la magia de la Piedra Rúnica Sowilo, se encargaban de este adiestramiento. Generalmente se trataba de un entrenamiento muy duro que, desde luego, templaba enseguida los ánimos de las rebeldes y aventureras, por lo que muy pronto casi todas las aspirantes a Hermana Guerrera volvían rápidamente a la tranquila vida contemplativa.

Pero Keyko era diferente.

Recordó los primeros días, lo duro que había sido aguantar las luchas sobre la nieve, lo difícil que había resultado escuchar en su corazón las voces de los espíritus.

Pero lo había logrado. Había llegado hasta el final, y ahora era la única Hermana Guerrera de la Orden.

Una chica de quince años.

Sabía que las demás la admiraban y la respetaban por ello, pero también era consciente de que la veían diferente, y de que no terminaban de comprender por qué empleaba tantas horas en aprender algo que, en principio, parecía tan contrario a los ideales de la Orden. Incluso entre su gente, a veces Keyko se sentía sola.

Pero esto en el fondo no le importaba. La Madre Blanca le había dicho tiempo atrás que la lucha limpia y leal formaba parte de la vida de Mannawinard y, aunque Keyko nunca había estado allí, sabía que era el lugar de origen de las Hijas de Tara; esperaba llegar a visitar aquella tierra algún día, porque, en el fondo de su corazón, ya la consideraba su mundo adoptivo.

Keyko se detuvo un momento cuando las sombras del templo se alzaron ante ella en medio de la furiosa tormenta de nieve. Desde fuera, la casa madre de las Hijas de Tara no era nada espectacular. Su entrada estaba ubicada en una enorme cueva abierta en la montaña. A un lado se alzaban los restos de una gran estatua, una reliquia de tiempos pasados, que representaba a alguien a quien los antiguos llamaban Buda. Keyko sabía aquello por la Madre Blanca, que aún conservaba retazos de la memoria del mundo que había existido antes de Mannawinard.

La chica suspiró mientras se internaba en la cueva. Nadie recordaba nada de las religiones antiguas, y mucho menos en los Páramos o en las dumas. Aquella época había acabado siglos atrás, y sus recuerdos habían muerto con ella.

Recorrió los pasillos del templo excavado en la roca, pensativa, tratando de dominar sus nervios. Se cruzó con varias hermanas, que se limitaron a saludarla con un gesto. Keyko no necesitaba más. Las Hijas de Tara solo hablaban lo imprescindible, porque el silencio ayudaba a mantener abiertos los sentidos para escuchar la voz de la Diosa Madre.

Por fin llegó a la cámara de la Madre Blanca, y se detuvo un momento en la puerta, dudando. Pero sintió de pronto la voz de ella en su mente y su corazón («Entra, Keyko, hija, no te quedes ahí fuera»), de modo que abrió la puerta y entró.

Lo que vio la sobrecogió. La Madre Blanca era muy anciana, todas lo sabían, y en los últimos tiempos la habían visto débil y cansada. Pero en aquel mismo momento Keyko la vio peor que nunca, y comprendió que se estaba muriendo.

La superiora de la Orden de las Hijas de Tara era una mujer pequeña y arrugada, de largos cabellos blancos y ojos verdes y brillantes como esmeraldas. Estaba sentada sobre una estera, al fondo de la habitación,

envuelta en una gruesa manta que cubría su frágil cuerpo, y miraba a Keyko con una serena sonrisa en los labios.

Junto a ella se hallaba una de las hermanas de la Orden. La Madre Blanca le dirigió una breve mirada y la mujer inclinó la cabeza y salió sin ruido de la habitación, dejándolas solas.

Keyko tragó saliva. No solía acudir a la cámara de la Madre Blanca, una habitación pequeña y austera, cuyo único adorno consistía en un lienzo que colgaba en la pared del fondo; pintado en el antiguo estilo oriental, representaba algo que la Madre Blanca había perdido mucho tiempo atrás, y que las hermanas de la Orden solo conocían por antiguas leyendas: el templo Primero de Mannawinard, la tierra siempre verde de la diosa Tara.

—Siéntate, Keyko —dijo la Madre Blanca, y su voz no fue más que un débil jadeo.

La joven obedeció, impresionada, y se sentó en el suelo, frente a ella.

La Madre Blanca tardó un poco en hablar de nuevo. Cuando lo hizo no le comunicó que acababa de tener una visión, ni le dijo por qué la había llamado. Sus palabras, en cambio, evocaron recuerdos de días pasados:

—Todavía guardo en la memoria la imagen del día en que te recogimos en los Páramos, pequeña Keyko.

Ella no dijo nada, pero le dirigió una mirada interrogante. La Madre Blanca sonrió, y prosiguió:

—Eras apenas una niña cuando perdiste a tu familia en un ataque de un grupo de mutantes. Tan pequeña que no puedes recordarlo. Te criaste aquí, con nosotras, pero nunca te obligamos a adoptar nuestro credo y nuestra forma de vida. Los elegiste tú, libre y voluntariamente.

»Y, sin embargo, siempre has tenido problemas para adaptarte.

—Pero... —empezó Keyko; la Madre Blanca la hizo callar con un gesto, y continuó:

—Tu fe en Tara es fuerte, pero tu sed de aventuras también lo es. Por eso eres nuestra Hermana Guerrera, Keyko. Por eso te aceptaron los espíritus de las montañas como alumna. Y, por lo que me dicen, has aprendido bien.

La anciana hizo una pausa para recobrar el aliento. Entonces prosiguió:

—Vivimos en una tierra hostil, pero tú has contribuido a que el camino hasta nuestro templo continúe oculto para las criaturas que no son amigas de Tara. Has ayudado a tus hermanas a sobrevivir lejos de su hogar. Has explorado los Páramos, y te has enfrentado a sus habitantes con las manos desnudas.

»Sin embargo, leo en tus ojos que no tienes suficiente.

—Madre Blanca, yo... —protestó Keyko.

—No tienes que justificarte, hija —dijo ella con dulzura—. Tu hora ha llegado.

Keyko no se movió, pero su corazón latía alocadamente. ¡Sí! Por fin una misión. Había entrenado muy duro para luchar por Tara y, aunque sabía que su labor en el templo era importante, la Madre Blanca tenía razón: quería hacer algo más, mucho más.

Las siguientes palabras de la anciana, sin embargo, la sorprendieron.

—Recita el *Canto de Mannawinard*, hija.

Keyko respiró hondo un momento, mientras trataba de recordar los primeros versos del *Canto de Mannawinard*, que todas las Hijas de Tara conocían, y en el cual creían con fe inquebrantable. Las palabras brotaron de sus labios y del fondo de su corazón:

Fue en los días antiguos,  
antes de Mannawinard,  
cuando los humanos, soberbios,  
destruían la tierra,  
envenenaban el aire,  
contaminaban el mar,  
creyéndose señores y dueños  
de aquello que debían cuidar.  
Y la diosa Tara lloraba, lloraba,  
pero los humanos eran sordos  
a su voz de madre.  
Y la diosa Tara desató su furia,  
y fue Mannawinard.  
Y las plantas brotaron del suelo de asfalto,  
y los pájaros llenaron el aire,  
y las bestias poblaron la selva,  
y los peces, los ríos y el mar.  
Y la tierra volvió a pertenecer

a Tara, la Diosa Madre...

Keyko siguió recitando cómo aquella inmensa selva que era Mannawinard había brotado en el mundo de la noche a la mañana para cubrir casi toda la superficie de la Tierra, cómo había destruido ciudades, pueblos y carreteras, cómo en apenas unos días el mundo creado por los humanos había desaparecido bajo una espesa capa de vegetación, y el planeta había vuelto a adoptar el aspecto salvaje, primitivo y magnífico que debía de tener en el principio de los tiempos, cuando las personas aún no caminaban erguidas. La joven describió cómo aquella explosión de vida auspiciada por la diosa Tara había multiplicado las especies animales y vegetales hasta extremos insospechados, cómo la naturaleza había vuelto a tomar posesión del planeta, cómo había demostrado con Mannawinard hasta dónde podía llegar su poder creador.

Con voz fría y desapasionada relató también la muerte de millones de personas en aquellos días, atacados por un enorme bosque que crecía, y crecía, tragándose los restos de toda una civilización a nivel mundial...

El *Canto de Mannawinard* describía también cómo algunos de los supervivientes habían renunciado a los restos de su mundo tecnológico y a su modo de vida artificial para volver a la selva y vivir en el seno de la Diosa Madre, en armonía con la naturaleza, respetando el equilibrio de Mannawinard.

A aquellos primeros hijos pródigos que retornaron al bosque, Tara les enseñó el lenguaje de las runas.

El lenguaje de la magia.

Pero también, proseguía el *Canto de Mannawinard*, hubo muchos otros supervivientes que, incluso después de lo que había sucedido, se negaron a escuchar la voz de Tara; unieron sus fuerzas y se atrincheraron en ciudades-fortaleza, reunieron lo que quedaba de su tecnología y se dedicaron a desarrollarla...

Aquel había sido el comienzo de una larga, larga guerra.

Desde aquellas ciudades, llamadas dumas, los urbanitas habían atacado con la esperanza de hacer retroceder aquella amenaza verde que avanzaba hacia ellos. Día tras día enviaron robots de combate, lanzaron bombas,

envenenaron la tierra con todo tipo de sustancias tóxicas... igual que en los días antiguos.

Y sí, Mannawinard capituló y retrocedió un poco. Las plantas y los animales murieron cuando ya ni toda la energía vital de la Madre Tara podía mantenerlos con vida en aquel basurero de radiación y contaminación.

Y así habían nacido los Páramos, una gran frontera entre el mundo natural y el mundo artificial, que provocaron la Gran Tregua. Porque durante mucho tiempo, ni desde Mannawinard ni desde las dumas se atrevió nadie a internarse en aquel lugar desolado donde el aire era puro veneno.

Y de esta manera, continuaba el *Canto de Mannawinard*, las dumas y la tierra de la diosa Tara se habían mantenido separadas por un inmenso paraje devastado y desierto, ignorándose en apariencia, pero odiándose y temiéndose en el fondo...

La voz de Keyko se apagó con los últimos versos.

—Esta es la historia de nuestro mundo —asintió la Madre Blanca—. El *Canto de Mannawinard* fue compuesto hace muchos años, antes de que existiésemos nosotras, las Hijas de Tara. Por entonces Mannawinard todavía era nuevo e inexplorado y solo habían habitado en él tres o cuatro generaciones de seres humanos.

»Fue entonces cuando oí por primera vez la llamada de Tara.

Keyko se irguió un poco. La Madre Blanca casi nunca hablaba de su pasado, quizá porque echaba de menos Mannawinard y sabía que ya nunca volvería.

—Fue hace más de doscientos años —prosiguió la anciana—. Yo era una simple discípula en el templo de Tara, en Mannawinard.

Los ojos de Keyko se desviaron casi sin quererlo hacia el lienzo que colgaba de la pared. En él aparecía dibujada una construcción que se alzaba en medio de una selva cuyos árboles rozaban las nubes: el templo Primero, flanqueado por tres enormes cabezas talladas en la roca; cada una de ellas representaba a una raza legendaria, pero el dibujo no era lo bastante claro como para poder distinguir sus rasgos.

La Madre Blanca advirtió la dirección de su mirada y sonrió.

—Dicen que fue erigido con magia por los primeros moradores de Mannawinard —dijo—. El templo Primero no fue construido, sin embargo, para que nadie acudiese allí a rezar ni a ofrecer sacrificios a Tara.

Keyko asintió. Ya lo sabía. Tara no era una divinidad a la que hubiera que rezar. Tampoco exigía ningún tipo de culto. Bastaba con creer en ella, respetar el equilibrio de Mannawinard, formar parte de la rueda de la vida.

—El templo fue construido —prosiguió la Madre Blanca— para que algunas personas que escuchaban la voz de Tara con mayor claridad se reunieran y hablasen con ella de una manera más directa.

»Yo elegí la vida del templo por propia voluntad, igual que tú. Pero un día Tara me llamó y me pidió que escogiese a diez mujeres, que saliésemos fuera de Mannawinard...

La Madre Blanca calló. Keyko conocía la historia, porque se la habían contado mucho tiempo atrás: la Madre Blanca era apenas una muchacha de su edad cuando había tenido que guiar a aquel grupo de mujeres a través de los Páramos, para fundar la Orden de las Hijas de Tara...

—Eso fue casi ciento cuarenta años después de la formación de los Páramos —rememoró la Madre Blanca—. Por entonces el aire de aquel lugar ya podía respirarse, gracias a la acción del enorme pulmón verde que era Mannawinard. Pero seguía siendo un sitio en el que no se podía vivir. Hoy se pueden atravesar los Páramos sin grandes riesgos, pero, aun así, nada o casi nada puede crecer aquí...

—Lo sé —asintió Keyko en voz baja.

—Entonces sabrás lo que fue para nosotras tener que establecernos en este lugar, tan lejos de nuestro mundo natural, sin los árboles, los animales, la vida de Mannawinard.

—Puedo imaginarlo —murmuró Keyko, aunque, en realidad, no podía; ella nunca había estado en Mannawinard y no conocía otra cosa que aquellas montañas y los sombríos y nebulosos Páramos que las rodeaban.

—Fue duro, sí —prosiguió la Madre Blanca—, pero los espíritus de las montañas, supervivientes de la destrucción urbanita, nos ayudaron, nos protegieron, nos guiaron... y la fuerza y la magia de Sowilo estaban con nosotras.

Keyko tragó saliva al oír aquella palabra. Sowilo era el nombre de una de las cinco Piedras Rúnicas Elementales, la Runa de la Luz, uno de los mayores poderes de Mannawinard y la diosa Tara. La Orden invocaba a menudo sus poderes y la tenía por símbolo sagrado; pero, aunque se decía que la auténtica Piedra Rúnica Sowilo había sido entregada a la Madre Blanca por la sacerdotisa Kea el día de su partida, lo cierto era que ninguna de las hermanas la había visto nunca.

—Y así fundamos nuestra pequeña Orden; aunque no había sido mi intención redactar un código ni unas normas de conducta, pronto comprendí que, tan lejos de Mannawinard, resultaba difícil escuchar la voz de Tara si no se «afinaba el oído»...

—Lo sé, Madre Blanca.

La anciana calló de pronto y se quedó mirando a su joven discípula.

—Me parece que te estoy aburriendo con historias pasadas, hija...

—Oh, no, Madre Blanca...

—Seguro que sí. Ya habrás escuchado esto alguna otra vez...

—Es nuestro pasado y no debemos olvidarlo —replicó Keyko; y, de hecho, así lo sentía.

—Las hermanas casi nunca salen de las montañas, Keyko, pero tú has ido más allá. Sabes cómo están las cosas ahora. Las dumas se han desarrollado tanto que han alcanzado una tecnología muy superior a la que poseía el ser humano antes de Mannawinard. De vez en cuando atacan Mannawinard; de vez en cuando el bosque ataca a las dumas, pero, en general, las fronteras se mantienen estables, y los Páramos siguen siendo, igual que hace trescientos años, un abismo entre ambos mundos.

»Algunos creen que es mejor así, Keyko. Otros piensan que Mannawinard debería acabar de una vez por todas con la amenaza que constituyen las dumas. ¿Qué opinas tú?

Keyko dio un ligero respingo, cogida por sorpresa. Miró a la Madre Blanca y vio sus ojos fijos en ella, y se preguntó si aquello sería una especie de prueba. Tartamudeando, logró decir:

—Yo... no lo sé. Nunca he estado en una duma. No sé si es un lugar tan terrible como dicen; tampoco sé si tienen poder suficiente como para destruir una selva que ocupa casi toda la superficie seca del planeta. Y a veces me

pregunto si no merecen otra oportunidad, si no son simplemente sordos a la voz de Tara y... no sé... si ellos supieran...

Las últimas palabras de Keyko acabaron en un suspiro. La Madre Blanca seguía mirándola.

—Lo supieron tiempo atrás, Keyko. Y no quisieron aceptarlo.

La chica bajó la cabeza, reprochándose a sí misma el haber sido tan blanda.

—Pero puede que la madre Tara esté dispuesta a perdonar —prosiguió la anciana—. Verás, Keyko, voy a contarte algo. Cuando estaba a punto de abandonar Mannawinard para emprender mi gran viaje... conocí a un hombre.

La Madre Blanca calló, perdida en sus recuerdos.

—Era un urbanita —prosiguió en voz baja—, un urbanita que había huido de las dumas.

Keyko la miró, sorprendida. Aquella historia era nueva para ella.

—La contaminación de los Páramos había destrozado su cuerpo y envenenado su alma. No quiso unirse a nosotros, pero, a pesar de todo, yo sabía que no era un hombre malvado, y lo ayudé a morir en paz. Fue entonces cuando comprendí, Keyko, que, aunque hablemos de los urbanitas como enemigos, probablemente ellos no sean más que unas víctimas...

La Madre Blanca relató a Keyko la historia de Kurt Kappler, tal y como ella la oyera más de dos siglos atrás, cuando era apenas una niña. La joven escuchó con los ojos muy abiertos, pero hubo cosas que no entendió, porque no las conocía.

—Aquel era un hombre torturado —concluyó la Madre Blanca—, uno de los pocos que huyeron de las dumas y llegaron a Mannawinard en aquellos días oscuros. Cuando di la espalda a mi hogar y me interné en los Páramos, hija, juré que haría lo posible por evitar que otros corrieran su misma suerte. Mi alma habló con Tara día y noche, y ella me dijo que la enfermedad de aquel urbanita era un síntoma de que algo terrible había comenzado a pasar en las dumas.

»Sabemos de los horrores de esas enormes ciudades, hija. Conocemos a las criaturas mutantes creadas artificialmente, queremos creer que por error; conocemos sus intentos por dotar de vida e inteligencia a seres hechos de

metal; conocemos su forma de jugar con los secretos de la vida y de la muerte, con una técnica que llaman “genética”; y, sobre todo, conocemos los Páramos.

»Pero esto de lo que te estoy hablando, Keyko, es peor, porque no lo conocemos, porque es invisible, y porque, mientras esté ahí, impedirá que las cosas cambien.

—Yo... —pudo responder Keyko—, no comprendo lo que quieres decirme, Madre Blanca.

La anciana sonrió.

—Es muy pronto para que lo comprendas. Sin embargo, has de saber que Tara busca desde hace tiempo una solución, y creo que la ha encontrado.

»He tenido una visión, hija.

Keyko recordó de golpe la razón por la que estaba allí, y miró a la Madre Blanca, interrogante. Ella sostuvo su mirada, pensativa, y entonces alzó una mano pequeña y arrugada. Keyko vio que le mostraba algo parecido a un tubo sellado.

—Tú serás mi mensajera en estos días inciertos, Keyko. Tu misión será llevar esta misiva lejos de este templo, a través de los Páramos...

—¿A dónde? —se atrevió a preguntar Keyko, cogiendo el tubo con el mensaje.

—Al templo Primero de Mannawinard, a la sacerdotisa Kea en persona.

—¡Mannawinard! —exclamó ella, sorprendida.

La Madre Blanca asintió.

—Sé que es un viaje largo y peligroso; sé que tendrás que atravesar los Páramos, que tal vez te tropieces con los urbanitas, que no aceptan la magia ni comprenden lo que somos y lo que representamos. Sé que eres una de las más jóvenes de la Orden... pero también sé que no hay nadie tan preparada como tú. Has sido entrenada por los espíritus de las montañas, y podrás sobrevivir ahí fuera.

Keyko miró el tubo sin una palabra. Entonces preguntó.

—¿Es importante el mensaje, Madre Blanca?

—Es vital para el futuro del mundo —replicó ella, con una serena sonrisa.

Keyko palideció. Aquello era más de lo que había esperado.

—Espero estar a la altura, Madre Blanca —musitó.

—Estoy convencida de que lo estarás, Keyko. Pero no te preocupes; no vas a partir sola.

Las pequeñas manos arrugadas se alzaron de nuevo, y Keyko vio que esta vez sostenían un medallón redondo que tenía grabada una runa de protección.

—Este amuleto te protegerá en tu viaje, hija —dijo la Madre Blanca, mientras se lo colgaba al cuello a su discípula—. Recuerda que mientras lo lleves puesto yo estaré contigo y Tara guiará tus pasos.

Keyko agradeció el presente besando las manos de la Madre Blanca. Sintió que temblaban, y la miró, alarmada.

—Estoy bien, hija —dijo la anciana con una cansada sonrisa—. Tengo doscientos treinta y siete años. Es normal que de vez en cuando me sienta débil.

A pesar de sus palabras, Keyko se sintió inquieta, y se dio cuenta de que ni todos sus deseos de conocer mundo podrían apagar la tristeza que sentiría al separarse de la Madre Blanca.

—Debes partir —dijo ella, adivinando sus pensamientos—. Estaré bien; tus veintitrés hermanas de la Orden cuidarán de mí.

Keyko sonrió débilmente, e inclinó la cabeza para recibir la bendición de su superiora. La Madre Blanca dejó caer una mano sobre el cabello de la chica y murmuró unas palabras que solo ella y la diosa Tara pudieron oír. Keyko alzó la mirada hacia la anciana.

—No te defraudaré, Madre Blanca.

—Parte sin miedo, hija. Tara estará siempre contigo, pero debes estar atenta y escuchar su voz en tu corazón. No desoigas el mensaje de Tara, Keyko, porque ella verá con claridad cuando tus sentidos estén perdidos en las tinieblas.

Keyko salió de la habitación, muy confusa, oprimiendo en una mano el mensaje que debía llevarle a la sacerdotisa, y en la otra el amuleto protector que le había entregado la Madre Blanca.

Tardó muy poco en empaquetar sus cuatro cosas y guardarlas en un morral. Buscó su capa de viaje, la limpió y la preparó para el día siguiente. Repasó su saquillo de piezas rúnicas para cerciorarse de que estaban todas y

se aseguró de que la poca magia elemental que conocía funcionaba todavía sin fisuras.

Se acostó temprano, con la cabeza llena de pensamientos contradictorios. Por un lado, la idea de abandonar el templo para ver mundo y correr aventuras, después de catorce años sin moverse de allí, la seducía hasta el punto de que no había deseado otra cosa desde que había tenido uso de razón. Por otro lado, le dolía dejar a la Madre Blanca y a las hermanas y, además, la enorme responsabilidad que conllevaba aquel mensaje la hacía dudar.

Y estaba el peligro, claro. Pero Keyko sonrió al pensarlo. Justamente eso era lo único que no le preocupaba.

Se despertó antes de la salida del sol, desayunó con sus compañeras y después, sin una palabra, volvió a su habitación para recoger sus cosas.

Nadie le preguntó nada, a pesar de que era evidente que se marchaba.

También las hermanas habían escuchado la voz de Tara en sus corazones y, aunque no sabían por qué Keyko tenía que marcharse, entendían que debía ser así.

La chica abandonó el templo cuando el sol empezaba a asomar por el horizonte, detrás de un denso manto de nubes de color gris plomizo. Envuelta en su capa de viaje, con su morral colgado al hombro y un sencillo cayado en una mano, con el mensaje bien sujeto a los pliegues de su túnica y el medallón protector colgado al cuello, Keyko se alejó por el desfiladero sin mirar atrás, con un extraño peso en el corazón.

Sintió que los espíritus de las montañas la despedían con un mudo adiós, y les agradeció de todo corazón lo que habían hecho por ella.

Caminaba a través de las montañas con decisión; no necesitaba mapas ni guías; la voz de Tara le indicaría hacia dónde tenía que viajar, y la llevaría directamente hasta Mannawinard, la tierra siempre verde de la Diosa Madre. Pero, por el momento, Keyko solo podía ver ante sí, más allá de las montañas, una tierra neblinosa y desoladora, una tierra de donde todos los espíritus de la naturaleza habían huido tiempo atrás para nunca más volver.

## HORIZONTE BRUMOSO

La luz del amanecer trataba de abrirse paso entre las neblinas de los Páramos. Kim miró hacia atrás una vez más. Duma Findias y su alta Aguja ya no eran más que un montón de confusas sombras lejanas entre las brumas.

Kim suspiró, y volvió a pisar el acelerador. Ningún urbanita se internaba solo en los Páramos, pero a ella no le habían dejado otra opción.

—Y todo esto por un maldito androide... —murmuró para sí misma, moviendo la cabeza con incredulidad.

—¿Maldito androide? —repitió una voz chillona desde su espalda.

—Nemetech produce miles como tú todos los días, montón de cables —replicó ella, ligeramente irritada—. Pero tú deberías saberlo.

—Negativo —respondió el robot—. ¿Por qué debería saberlo? Acabo de salir de la fábrica. Solo tengo en mi memoria los programas básicos de comportamiento, comunicación, aprendizaje, locomoción y autodesarrollo.

—Eso no te lo crees ni tú —soltó Kim, estupefacta ante el descaro del androide—. No pienso...

—Fin de trayecto —informó la voz cibernética del ordenador del vehículo.

—¿Cómo...? —soltó Kim, sorprendida, y dirigió la mirada hacia los indicadores de batería: estaban bien. ¿Entonces...?

No tuvo tiempo de hacerse más preguntas. La moto flotante frenó repentinamente, y Kim maniobró para controlarla, sin resultado. El vehículo viró con brusquedad y, antes de que se diera cuenta, Kim había salido volando por los aires.

—¡Aaaaahhhh! —gritó el biobot desde la mochila.

Ambos dieron con sus huesos y circuitos en el suelo. Kim se levantó con cautela, esperando oír alguna queja del biobot; pero la máquina no emitió ningún sonido, y la muchacha temió que el golpe la hubiera afectado. Se quitó la mochila y la abrió, ansiosa. Sacó al biobot: cabeza, torso, hombros. Kim nunca había tenido uno de aquellos, y se preguntó cuánto tardaría en desarrollar ruedas, o algo por el estilo, para moverse de forma autónoma.

El androide la miró con seriedad, y Kim reprimió un estremecimiento. Aquellos trastos parecían demasiado humanos.

—¿Vas a usar esa moto?

La pregunta pilló a Kim totalmente desprevenida.

—Yo..., eh..., no estoy segura.

—Pues, por favor, asegúrate, porque si no te sirve puede que me sirva a mí.

Kim suspiró. Depositó al robot sobre el suelo y se acercó de nuevo a la moto, que había aterrizado a varios metros de allí. La enderezó de nuevo sin esfuerzo y trató de encender el ordenador. No lo consiguió. Supuso que tendría que recurrir a la batería de emergencia.

Kim suspiró de nuevo y alzó la mirada hacia el sol, que comenzaba a calentar demasiado, disipando las brumas. Se quitó el mono de color negro. Debajo llevaba unas mallas por encima de la rodilla y una camiseta ceñida, que dejaba su ombligo al descubierto. No era gran cosa; desde luego estaba acostumbrada a vestir mejor, pero no estaba dispuesta a pasar calor en aquel desierto donde no había apenas nada que diera sombra. Examinó el mono y descubrió que estaba roto por varios sitios, a causa de los disparos que la habían rozado o que le habían acertado sin llegar a dañarla, gracias a la cobertura especial del traje. En cualquier caso, ahora estaba inservible, de modo que lo arrojó lejos de sí. Se estiró como un gato y flexionó los brazos. Sobre la piel de su antebrazo derecho destacaba un tatuaje de color negro que representaba un esquemático rostro con un solo ojo llevándose un dedo a los labios, indicando silencio. Era la marca de la Hermandad Ojo de la Noche, que Kim llevaba con orgullo, ya que no todo el mundo merecía el honor de ostentar un tatuaje como aquel.

Entonces observó con aire crítico las suelas de sus botas; comprendió que en aquel lugar no tardaría en estropearse el sistema propulsor, y suspiró por tercera vez.

—Bueno; espero poder comprarme otras de mejor calidad con lo que me den por ti, saco de cables —gruñó.

El biobot no respondió. O no la había oído, o no había querido darse por enterado.

Kim le dio la espalda y se inclinó junto a la moto, tratando de averiguar qué era lo que fallaba.

Al cabo de un par de horas se rindió. Había repasado el sistema operativo del ordenador del vehículo, y parecía que todo estaba en regla. Había revisado los circuitos y no había encontrado un solo cable fuera de sitio. Todo funcionaba correctamente, en principio. Solo que la moto no se ponía en marcha.

Kim se separó del vehículo, frustrada. Se estaba acabando la batería de emergencia y, además, ella sentía un hambre feroz. Se volvió y vio al biobot exactamente en el lugar donde lo había dejado. No había emitido un solo sonido durante toda la operación, y Kim pensó con amargura que al fin y al cabo merecía un premio. Por un lado no le hacía ninguna gracia atravesar los Páramos a pie; por otro, estaba claro que no iba a sacar nada de aquel vehículo, así que tal vez fuera mejor dejar que el androide lo destripara y pudiera desarrollar al menos un par de ruedas. Así, por lo menos, no tendría que cargar con él durante todo el viaje.

—Adelante, todo tuyo —le dijo.

El biobot alzó la cabeza hacia ella, y Kim no necesitó que dijera nada para comprender lo que quería. Lo cogió y lo colocó cerca de la moto caída. Inmediatamente, en el pecho del androide se abrió una pequeña trampilla por la que salió una especie de pinza que desatornilló rápidamente la tapa de los circuitos del vehículo. Kim observó con curiosidad cómo el biobot hurgaba en el interior de la moto.

—Espero que no seas muy voraz —comentó—, porque sospecho que esto es lo único que encontrarás en muchos kilómetros.

El biobot no respondió. Estaba muy ocupado eligiendo materiales. Algunos los desechaba directamente, pero otros desaparecían en el interior de su cuerpo a través de la abertura.

Kim se quedó mirándolo un rato más, preguntándose cómo era posible que un artefacto así pudiese contener una pequeña fábrica en su interior. Misterios de la tecnología, se dijo.

La tecnología de Nemetech.

El nombre trajo a su memoria la experiencia que había vivido la noche anterior en el almacén, y en su mente se desencadenó un aluvión de preguntas. Se sentó sobre un montículo pelado y se quedó observando al robot mientras reflexionaba sobre el tema. ¿Qué había pasado exactamente? ¿Qué había salido mal en aquella incursión? ¿Por qué era tan especial aquel androide? ¿Lo era, realmente? En tal caso, ¿por qué lo habían guardado en el almacén, con todos los demás? ¿Dónde estaba TanSim? ¿Por qué nadie había acudido a ayudarla cuando tenía problemas? ¿Por qué la había seguido la Sombra hasta el mismísimo Círculo Exterior, si solo se había llevado un simple biobot?

Un sonido interrumpió sus pensamientos: su estómago reclamaba algo de comer. En su mochila guardaba un recipiente lleno de agua, que tendría que racionar severamente, pero no tenía nada comestible. Se levantó de un salto y se dirigió hacia la moto caída, cuyos circuitos estaban ahora desparramados en torno al biobot. Durante su inspección había visto que estaba provista de un compartimento donde se guardaban diversos objetos. Quizá hubiera suerte y encontrase ahí algo de comer; de lo contrario, las únicas opciones que le quedaban eran morir de hambre o cazar alguno de los bichos extraños que pululaban por allí, asarlo y arriesgarse a pillar cualquier enfermedad poco agradable. Los Páramos rezumaban radiación y contaminación por los cuatro costados; no eran precisamente el lugar más apropiado para montar un pícnic.

Rebuscó en el compartimento. Extrajo una pequeña pistola que desechó enseguida (la suya era cien veces mejor) y que acabó desapareciendo en el interior del biobot. Encontró también algunos objetos personales, más bien pocos, y un pequeño paquete cuidadosamente envuelto. Examinó la etiqueta: «Equipamiento de comestibles para campaña, marca Tong-Pao».

Desenvolvió el paquete y descubrió que se trataba de pequeñas tabletas energéticas. No le llenarían el estómago, pero al menos la mantendrían con vida durante bastante tiempo, si las racionaba bien. Kim sonrió mientras engullía la primera tableta. Nunca le había caído bien la Tong-Pao. Prácticamente todo lo que se comía en las dumas era fabricado y comercializado por ellos, y a la joven mercenaria le resultaba incómoda la idea de que una megacorporación tuviese control sobre algo tan personal y vital como su estómago.

Pero en aquel preciso momento se sintió bastante agradecida.

Cuando terminó de comer guardó lo que le quedaba y se levantó de un salto, sonriendo. Ahora se sentía mucho mejor.

—¿Has terminado ya, montón de circuitos? —le preguntó al androide.

—Mi nombre es AD-23674-M —le informó el robot—. Y, afirmativo, he terminado, por el momento, con la entrada de materiales. Pero tardaré un poco en poder desarrollar...

—Está bien, está bien. —Kim lo hizo callar con un gesto aburrido—. Entonces tendrás que volver a la mochila hasta que seas capaz de moverte tú solo.

El biobot emitió un sonido indefinido, pero no hizo ningún comentario. Kim recogió sus cosas, lo metió en la mochila y, dirigiendo una última mirada resignada a la moto destrozada, echó a andar.

—¿A dónde vamos? —preguntó el robot cuando los restos del vehículo ya quedaban muy atrás.

—A Duma Errans —respondió Kim.

—Y eso, ¿dónde está?

Kim no respondió enseguida, sorprendida de que el anterior dueño del biobot no le hubiese instalado programas de orientación y localización.

—Para serte sincera..., no lo sé —dijo finalmente—. Duma Errans no está en ningún lugar concreto. La pregunta correcta no es dónde está, sino por dónde va en un determinado momento.

—Entonces, ¿cómo vamos a llegar hasta allí?

Kim no respondió, y el biobot no repitió la pregunta.

Recorrieron los Páramos durante tres días, sin novedad. A veces se topaban con alguna criatura extraña, algún animal deforme o monstruoso. En tales ocasiones, Kim se limitaba a dejarlo frito de un disparo, sin tratar de averiguar antes si era peligroso o no. No estaba acostumbrada a los animales y, además, sabía que en aquel lugar no debía descuidarse ni hacer ningún tipo de concesión: unos segundos podían ser decisivos.

Pronto ya no fue necesario que llevase a cuestas al androide; este desarrolló dos pares de anchas ruedas articuladas, que le permitían moverse con relativa facilidad por el suelo agrietado de los Páramos. Pese a ello, le costaba seguir la marcha de Kim, y ella tenía que aminorar el paso a menudo para que aquel busto con ruedas pudiera alcanzarla.

Por las noches acampaban en algún lugar más o menos resguardado: al pie de un árbol oscuro y retorcido, a la sombra de una enorme roca o al abrigo de alguna pequeña loma pelada. Kim encendía un fuego para combatir el frío que, invariablemente, se adueñaba de los Páramos cuando las nieblas volvían a cerrarse sobre ellos, pero casi nunca dormía. No sabía qué clase de criaturas acechaban entre las brumas y, aunque no tenía ganas de averiguarlo, más le valía estar atenta y con el arma a punto.

Al atardecer del cuarto día sucedió algo.

Kim caminaba mecánicamente, casi sin mirar a su alrededor, seguida de cerca por el incompleto biobot. De pronto su fino oído captó un ruido extraño, algo parecido a un rugido lejano. Se detuvo y dirigió su mirada hacia el horizonte, pero las brumas le impedían distinguir nada. Activó su mecanismo de mejora de la visión, y de inmediato los pequeños prismáticos volvieron a emerger directamente de debajo de su piel. Ajustó el zoom solo con desearlo. Aquel implante biomecánico era ya una parte más de su cuerpo. «Menuda pijada», había dicho TanSim la primera vez que la había visto usarlo. Kim sonrió. Sí, era una pijada, igual que el láser de su dedo índice, pero ella podía pagarlo, y no dejaba de ser útil de vez en cuando.

—¿Qué ves? —preguntó el androide, al parecer nada sorprendido de que su compañera pareciera una máquina en algunos aspectos.

Kim no respondió. Ajustó aún más el zoom y activó los infrarrojos. Las sombras que se adivinaban en la lejanía cobraron algo más de nitidez. Pudo distinguir un grupo de figuras humanas que corrían tras un enorme bulto con

cuernos que huía a través de los Páramos.

—¡Una cacería! —murmuró Kim—. Tal vez sean cazadores de Duma Errans. ¡Vamos a echar una mano!

Sin acordarse de que su compañero apenas podía seguirla, Kim echó a correr hacia el lugar donde se desarrollaba la persecución.

—¡Eeeehhhh! —protestó el biobot.

Trató de alcanzarla, pero sus toscas ruedas no resistieron aquel ritmo, y una de ellas se partió. El androide cayó al suelo y allí se quedó, tendido sobre el terreno yermo y agrietado, lamentando no tener material suficiente como para poder desarrollar un sistema de levitación propio para desplazarse sin tener que preocuparse por los baches.

Mientras, Kim corría por los Páramos, sintiendo que sus músculos y partes biomecánicas funcionaban a la perfección; afortunadamente no habían acusado los días de viaje, sin otro ejercicio que caminar.

Se detuvo a una distancia prudencial y volvió a activar su visión biomecánica. Centró el objetivo en aquella enorme cosa a la que perseguían los cazadores, y descubrió, no sin cierta turbación, que era una horrible bestia peluda, jorobada y llena de bultos, que presentaba varios ojos en su cabezota deforme, y que rugía con furia asesina. Sus perseguidores habían logrado echarle por encima una pesada red, y el monstruo se debatía tratando de escapar, mientras ellos le disparaban con la esperanza de abatirlo.

Sin embargo, la bestia parecía tener una piel muy dura, ya que seguía luchando por liberarse.

Kim desvió su atención hacia los cazadores, pero poco pudo ver de ellos, porque estaban envueltos en trapos de los pies a la cabeza. Se acercó un poco más, tratando de distinguir algo entre las brumas.

Y entonces uno de los cazadores se volvió hacia ella, y Kim pudo ver sus ojos brillando con un resplandor rojizo en la penumbra.

«Mutantes», se dijo.

Retrocedió un par de pasos y empezó a pensar que no había sido tan buena idea acercarse. En Duma Findias, los mutantes temían y respetaban a los miembros del Ojo de la Noche. Pero las criaturas que vivían en los Páramos desarrollaban sociedades propias, y allí la ley la dictaban ellos.

Súbitamente, con un poderoso rugido, el monstruo rompió la red y, herido y furioso, se lanzó contra sus torturadores.

Uno de los mutantes lanzó una voz de aviso; la bestia agarró a otro con una zarpa y lo destrozó allí mismo, en un momento.

Los demás cazadores echaron a correr, sin preocuparse los unos por los otros, con la única intención de salvar el pellejo.

Kim se quedó un momento allí, incapaz de moverse. Nunca había visto un animal tan grande. Y, para hacer honor a la verdad, antes de internarse en los Páramos nunca había visto un animal.

El monstruo se volvió hacia todas partes, ciego de rabia y dolor, y solo la vio a ella. Se lanzó sobre la chica, con un furioso rugido, garras y colmillos por delante.

Kim reprimió un grito, pero sus reflejos no le fallaron. Sacó rápidamente su arma del cinto, apuntó y disparó, todo en apenas unas décimas de segundo. Le acertó a la criatura en uno de sus cinco ojos. La bestia rugió de dolor y retrocedió unos pasos, pero volvió a la carga casi enseguida. Kim disparó otra vez, pero esta vez no acertó en ninguna parte blanda, por lo que el monstruo no se detuvo. Kim gritó y se cubrió la cabeza con las manos...

El ataque no se produjo. Kim oyó un golpe seco y un nuevo aullido de dolor, y se incorporó de un salto para ver qué estaba pasando exactamente. Vio entre las brumas una sombra menuda y ágil que saltaba de un lado para otro, asestando patadas y puñetazos y esquivando todos los zarpazos que lanzaba la bestia mutante. Aquella figura parecía ridículamente pequeña frente al monstruo, y Kim pensó enseguida que no tenía ninguna posibilidad. Fuera quien fuese, ¿cómo se atrevía a enfrentarse a una bestia de aquel tamaño, solo y sin armas? Kim volvió a disparar, pero la criatura estaba de espaldas a ella, y no consiguió hacerle daño.

La sombra dio un poderoso salto y se encaramó sobre el lomo del monstruo, que bramó, enfurecido. Kim volvió a alzar su arma, pero no llegó a disparar. Podría acertarle a su misterioso salvador, y Kim quería saber antes si valía la pena deshacerse de una ayuda tan valiosa. Permaneció un momento inmóvil, apuntando al monstruo, que no dejaba de moverse, esperando una oportunidad para poder disparar de nuevo. Lo logró un par de veces, y consiguió dar en el blanco.

Mientras, el atacante misterioso seguía encaramado al lomo de la bestia, que intentaba sacárselo de encima sin éxito, como si de una garrapata se tratara. Kim se preguntó qué estaba haciendo allí arriba y se dijo que, si no se movía, no tendría más remedio que ignorarlo y tratar de acabar con la criatura ella sola. Cuando la bestia estaba casi ciega y Kim intentaba apuntar al lugar donde suponía que tenía el corazón, el otro hizo un movimiento extraño con la mano, como si descargase un golpe sobre la nuca de su adversario...

Y de pronto la bestia cayó al suelo sin un solo gemido, muerta.

Ante aquel alarde de eficacia, la mercenaria se quedó sin habla. La figura misteriosa saltó ágilmente del lomo del monstruo y aterrizó con suavidad a su lado. Kim la miró con curiosidad.

Era una chica un poco menor que ella, de cabello negro y ojos almendrados, de la raza conocida genéricamente como «los orientales». Aquella denominación procedía de los días antiguos, pero en tiempos de Kim no tenía ya razón de ser, ya que no se sabía muy bien qué era Oriente y qué era Occidente, puesto que todas las antiguas fronteras habían desaparecido bajo la selva. Los habitantes de las dumas descendían, de hecho, de los supervivientes de todas aquellas razas antiguas, pero apenas conservaban recuerdos de su vieja cultura.

La chica vestía de una forma un tanto peculiar, con una especie de túnica que llevaba bordado un símbolo que Kim no recordaba haber visto nunca:



La única arma que portaba, si es que se podía llamar así, era un tosco bastón no mucho más alto que ella.

Ninguna de las dos dijo nada durante un momento. La desconocida se limitaba a observar a Kim con cierta desconfianza.

—Buenos implantes —se le ocurrió comentar a la mercenaria—. ¿Quién te los ha colocado?

—¿Implantes? —repitió ella con extrañeza.

—¿No hablas mi idioma? Qué raro, creía...

—Sí hablo tu idioma. Lo que ocurre es que no sé lo que es un implante.

—No me tomes el pelo; si no estás mejorada biotecnológicamente, ¿cómo has podido matar a ese bicho de un solo golpe?

La otra se encogió de hombros.

—Solo hay que encontrar el lugar exacto donde reside la energía del individuo, que generalmente suele ser un punto en la nuca y...

La chica se detuvo al ver la expresión de Kim.

—Tú no usas armas de fuego —dijo la mercenaria, retrocediendo un par de pasos y llevándose una mano al cinto para buscar su arma—. Eres una de esos salvajes, ¿verdad?

—No pertenezco a Mannawinard, si es eso lo que quieres decir —replicó ella—. Nunca he estado allí.

Kim no replicó ni apartó la mano del arma. Seguía observando a la oriental con cierta desconfianza.

—Por tus amables palabras, deduzco que eres una urbanita de las dumas —dijo ella con ironía.

—Y tú, ¿vives aquí, en los Páramos?

Ella inclinó la cabeza.

—Pertenezco a la Orden de las Hijas de Tara.

Kim comprendió de pronto.

—Tú... ¡vienes del templo de las montañas! —Retrocedió unos pasos más—. He oído hablar de vosotras. Usáis magia —pronunció la palabra como quien habla de una horrible enfermedad—. ¿Qué es lo que pretendes?

—Te he salvado la vida, por si lo habías olvidado.

—¿Y puede saberse por qué lo has hecho?

—La verdad, yo me estaba haciendo la misma pregunta.

Se quedaron un momento mirándose a los ojos, desafiantes. Pero de pronto un agudo quejido llegó hasta ellas desde las brumas, y Kim se acordó del biobot.

—¡Maldita sea!

Retrocedió unos pasos más, sin apartar la vista de su joven salvadora, y, cuando estuvo a una prudencial distancia, dio media vuelta y echó a correr hacia el lugar donde había abandonado a AD-23674-M.

Se arrodilló junto a él, y enseguida comprobó que se le había roto una rueda. Le dirigió una mirada de reproche:

—¿Voy a tener que cargar contigo otra vez?

—Lo siento —dijo enseguida el androide.

La disculpa no dejó de extrañar a Kim. Las máquinas no cometían errores. Jamás pedían perdón por nada, dado que siempre actuaban con lógica, y de acuerdo con los programas y parámetros que otros les habían instalado.

—No es culpa tuya —murmuró la mercenaria.

Sintió de pronto una presencia tras ella, y se volvió, a la velocidad del relámpago, mientras se llevaba una mano al cinto para sacar el arma.

Tras ella estaba la muchacha oriental, observando al biobot con una mezcla de curiosidad y repugnancia en su expresión.

—¿Qué haces aquí?

La chica no respondió. Solo señaló al androide.

—¿Eso es un ser artificial?

Kim no respondió enseguida. Seguía mirándola con desconfianza. En aquel momento no parecía más que una niña inofensiva, pero la mercenaria la había visto matar a aquella bestia mutante de un solo golpe y sin despeinarse, y sospechaba que no era de fiar.

—Es un robot —dijo finalmente, de mal humor—. Dime, ¿qué es lo que quieres?

Finalmente, la muchacha alzó la cabeza para mirar a Kim.

—Me llamo Keyko, y soy una Hermana Guerrera de la Orden de las Hijas de Tara —dijo, muy seria—. Desde niña me han enseñado a desconfiar de los urbanitas y de las dumas, y de todo lo que provenga de ellas... muy especialmente, de aquellos que portan armas y de los seres artificiales.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Estoy de viaje, y voy sola. Y tú también, porque no parece que esta criatura artificial pueda servirte de mucha ayuda. Parece que vas hacia el sur, al igual que yo, y sabes tan bien como yo que los Páramos no son seguros. Te propongo una tregua.

Kim se contuvo para no lanzar una carcajada.

—Bien, tú desconfías de la tecnología y yo desconfío de la magia —dijo—. No hacemos buena pareja, nena. Mejor olvídalo.

Keyko ladeó la cabeza y se quedó mirándola.

—Como quieras —dijo—. Pero ya has visto que soy buena luchadora. Probablemente yo sobreviva en los Páramos, pero dudo que se pueda decir lo mismo de ti.

Kim no contestó a la pulla, pero le había dolido. No le gustaba tener que reconocer que aquella chiquilla le había salvado la vida, la había superado, y sin armas ni implantes de ninguna clase.

Sin embargo, su mentalidad práctica y su instinto de supervivencia le decían a gritos que lo que planteaba la chica sonaba bastante razonable.

—Espera —la llamó cuando ella ya se marchaba.

Keyko se volvió de nuevo hacia ella.

—Si realmente llevamos el mismo camino, podríamos ir juntas un trecho —prosiguió Kim de mala gana—. Pero ya te he dicho que yo no confío en la magia, así que mantén tus amuletos y tus hechizos lejos de mí, ¿de acuerdo?

Keyko no dijo nada. Kim se inclinó de nuevo hacia el androide y le dirigió una mirada interrogante.

—Necesitaré más materiales para reparar la rueda —informó él.

Kim vio que Keyko se sobresaltaba al oír la voz del robot, y empezó a dudar que fuera buena idea viajar con ella. No dejaba de ser una salvaje incivilizada, aun en el caso de que fuera cierto que, como decía, jamás había pisado Mannawinard. Se abstuvo de comentar nada y examinó los nuevos apéndices del biobot. Descubrió que estaban hechos con restos de piezas varias, y pudo reconocer en ellos algunos de los componentes de su malograda moto flotante. AD-23674-M los había reelaborado y reconvertido en ruedas, eso lo sabía Kim, pero hasta aquel momento no había visto el resultado de cerca.

—No voy a poder reparar esto —le dijo—. Y no hay más chatarra que puedas reutilizar. Este lugar está completamente muerto.

—Alcánzame la rueda —sugirió el biobot.

Kim cogió la rueda rota y se la alargó, intrigada. Inmediatamente, del pecho del androide surgió una pinza que la atrapó enseguida, y la introdujo de nuevo por el orificio por donde asimilaba materiales. Kim oyó que Keyko reprimía una exclamación de sorpresa, y se dijo que, de no ser por la forma en que luchaba, cualquiera habría pensado que la chica había nacido ayer.

—Espero que puedas rehacerla —murmuró.

Cogió a AD-23674-M y lo guardó de nuevo en la mochila. Se puso en pie y miró a Keyko.

—Aún tenemos un par de horas de luz, antes de que se haga de noche —dijo—. Cuanto antes nos pongamos en marcha, antes llegaremos.

Keyko asintió.

Sin una palabra, las dos echaron a andar y no tardaron en perderse en las neblinas de los Páramos.



La caravana de Duma Errans avanzaba por los Páramos como una larguísima serpiente gris. No era una simple columna de vehículos, ni una hilera de carros polvorientos, ni siquiera un convoy de mercancías.

Duma Errans era una auténtica ciudad en movimiento, donde los edificios, de quince, veinte o veinticinco plantas, bastante bajos en comparación con los gigantes de otras dumas, marchaban por el desierto sobre enormes plataformas de flotación que los mantenían en el aire, a menos de medio metro del suelo. En Duma Errans, al igual que en las otras ciudades urbanitas, las ruedas eran algo completamente arcaico, y todos los vehículos levitaban en el aire con el sistema de flotación patentado por la Harvey-Spencer, la mayor de las corporaciones dedicadas al transporte.

Pero el salto se dio cuando a la misma compañía se le ocurrió adaptar su propio sistema a las casas. La gente que se dedicaba al comercio y debía atravesar los Páramos regularmente no tardó en percatarse de la utilidad del nuevo invento: ni los mutantes ni los salvajes se atreverían a atacar a toda una ciudad en marcha y, dado que las habituales turbulencias de la atmósfera impedían el desarrollo de una industria aeronáutica, aquella parecía la mejor solución.

Y así había nacido Duma Errans, la más original de todas las megaciudades. En ella vivían cerca de dos millones de personas, y su caravana ocupaba cinco kilómetros de largo y dos de ancho. Quien habitara en una de las últimas plantas de uno de los edificios flotantes, lejos del suelo, quizá no encontrara mucha diferencia con una ciudad normal; pero lo cierto

era que Duma Errans se movía, lenta pero segura, a través de los Páramos, de duma en duma, llegando incluso a las más alejadas, o a las que se alzaban en el borde mismo de Mannawinard, la gran amenaza verde.

Al igual que otras ciudades, Duma Errans también tenía su Centro, con las sucursales de las corporaciones más importantes (la Harvey-Spencer era, naturalmente, la estrella), los lujosos edificios donde vivían los directivos de estas sucursales y una Aguja como la de Duma Findias, pero flotante. Tenía sus zonas de ocio, sus zonas de comercio, su Círculo Medio... y, por supuesto, su Círculo Exterior lleno de gente marginal, mutantes e individuos de dudosa reputación.

Allí había establecido su sede la Hermandad Ojo de la Noche.

Un alto individuo vestido de gris, envuelto en una gruesa capa y tocado con una capucha recorría sin temor el Círculo Exterior de la ciudad flotante. Arrullado por el suave murmullo del sistema de flotación de las casas, el hombre avanzaba decidido entre edificios semiderruidos y garitos llenos de gente de mala catadura que lo miraba con desconfianza. Sus ropas eran demasiado nuevas como para ser un habitual de la zona y, sin embargo, sus movimientos ágiles, seguros y enérgicos lo delataban como una persona fuerte y bien entrenada en la lucha.

Pertenecía a la elite, no cabía duda. Pero, incluso con aquella certeza, cualquiera en el Círculo Exterior habría sospechado que no estaba dentro del Ojo de la Noche.

Y solo había que verlo para deducir también que, probablemente, venía de parte de alguien mucho más poderoso, y no convenía meterse con él.

Quizá por este motivo el desconocido no encontró ningún problema en su recorrido hasta el bar de Pietro, un antro bastante popular, que presentaba un aspecto algo más próspero que el resto de tugurios de la zona.

Con un ágil salto, el hombre accedió a la plataforma de flotación y entró en el local.

Era exactamente lo que parecía: un garito ruidoso y apestoso en el que mercenarios, ladrones y camorristas de todo tipo mataban el tiempo y gastaban el dinero bebiendo, jugando y apostando hasta los implantes de los dedos de los pies.

El recién llegado sonrió con cierta condescendencia, pero no se quitó la capucha, ni siquiera cuando los ojos de todos los que no estaban borrachos se clavaron en él amenazadoramente. Hasta Pietro, el dueño del local, se acodó sobre la barra y le dirigió una mirada inquisitiva y una torcida sonrisa que no logró embellecer lo más mínimo su rostro deforme y grotesco, producto de una malformación genética, probablemente debida a la radiación.

El desconocido sabía que estaba fuera de lugar, pero no se amilanó. Con la seguridad de quien conocía el lugar como la palma de su mano se dirigió hacia una pequeña puerta al fondo de la sala que resultaba imposible de ver desde la entrada, debido a la densa nube de humo que flotaba en el local.

De inmediato, un enorme tipo vestido de negro le cerró el paso. Se cruzó de brazos ante el recién llegado, haciendo resaltar los poderosos músculos de sus brazos, claramente mejorados con implantes, y descubriendo a un costado una pequeña arma de neutrones. Un juguete muy caro, se dijo el intruso, pero no se dejó impresionar. Sabía muy bien dónde se estaba metiendo.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó el individuo de negro.

El otro era perfectamente consciente de que, a pesar de la aparente distensión que reinaba en el local, la mayor parte de los clientes estaban con una oreja puesta en la conversación. Por eso no levantó la voz cuando dijo:

—Tengo una cita.

Abrió un poco la capa que lo cubría, dejando entrever el pecho de su traje de color gris. A la izquierda resaltaba el logotipo de Nemetech.

El guardia frunció el ceño, pero asintió, y se retiró para dejarlo pasar.

Ninguno de los ocupantes del local llegó a ver aquel distintivo, excepto Pietro, y no hizo ningún comentario cuando la puerta se cerró tras el desconocido y el cancerbero volvió a ocupar su lugar. Sabía que, aunque tradicionalmente la Seguridad de las grandes empresas no se llevaba precisamente bien con la Hermandad Ojo de la Noche, a menudo, sin embargo, hacía tratos con ellos, cuando se hacía necesario un refuerzo extra en alguna rencilla contra una corporación de la competencia.

Aquel debía de ser un asunto importante, se dijo Pietro. Aunque aquel hombre fingiese ser un agente normal, no cabía duda de que se trataba de una Sombra. Y Nemetech no enviaba Sombras para ajustar las cuentas en rencillas triviales.

Por encima del humo flotó un instante de expectación e incertidumbre. Pero no sucedió nada, y pronto se olvidó al tipo alto que acababa de entrar. En un rincón un individuo medio borracho liquidó a otro de un disparo por una discusión en el juego, y cerca de la puerta una ladrona salía presurosa con lo que había conseguido sustraer de los bolsillos en aquel momento de confusión. Definitivamente, en el bar de Pietro todo había vuelto a la normalidad.

Cualquiera que traspasara por primera vez la puerta que la Sombra acababa de cruzar se sentiría desconcertado al descubrir lo que se ocultaba detrás. Ciertamente era un reservado, pero, desde luego, no estaba nada a tono con el resto del local de Pietro. No solamente se veía limpio, sino que, además, pese a tratarse de una planta baja, se encontraba bastante iluminado. Era una habitación fría, en la que solo había lo imprescindible: una mesa cuadrada, tres o cuatro sillas, una estantería donde se apilaban tarjetas de datos... sobre la mesa descansaba un pequeño ordenador portátil.

La Sombra se detuvo nada más entrar. Más allá había otra puerta, cerrada y, junto a ella, otros dos mercenarios, un hombre y una mujer, de aspecto tan impresionante como el del que acababa de dejarle entrar.

Sentada en el borde de la mesa, de espaldas a él, observando atentamente a través del ventanal lo que sucedía en el exterior, había otra mujer.

—De modo que te envía Nemetch —dijo ella sin volverse.

—Eso he dicho —dijo la Sombra.

Ella se volvió entonces hacia él. Era hermosa, pero de belleza artificial. Llevaba las cejas muy finas y arqueadas y el pelo tintado de un suave color violeta, y se había tatuado un complicado dibujo geométrico en la mejilla derecha. Vestía un body negro que dejaba al descubierto un generoso escote y unas largas piernas, realizadas por el alto tacón de unas botas del mismo color, que le llegaban a la rodilla. Aquella mujer, igual que el bar de Pietro, también era exactamente lo que parecía, a juzgar por las armas que llevaba al cinto: una hija de la duma, una muy peligrosa, por cierto.

Frunció el ceño al ver que la Sombra seguía con la cabeza cubierta, lo cual le impedía distinguir sus rasgos. Su voz le resultaba familiar, aunque no terminaba de ubicarla, y se preguntó si no habría hecho ya tratos con él en

alguna otra ocasión.

—¿Y qué problemas puede tener una megacorporación que necesiten la intervención del Ojo de la Noche, Sombra?

—Lo sabes muy bien, Donna —replicó el otro, nada inquieto por haberse visto descubierto—. Igual que nosotros sabemos que nadie estornuda en la Hermandad sin que tú lo sepas.

Donna esbozó una media sonrisa, halagada, pero estudió con cautela a su interlocutor. Era cierto; conocía los movimientos de cada uno de los suyos en cada momento, pero nada de lo que estuviera haciendo el Ojo de la Noche entonces podía ser lo bastante importante como para llamar la atención de una Sombra de Nemetech.

—Lo sabes muy bien —repitió el recién llegado—. Esa chica, Kim, trabaja para ti...

Kim. Donna se preguntó qué relación existía entre la joven y la visita de aquel hombre. Porque no era posible que la Sombra se refiriese a...

—La otra noche se llevó un androide del complejo de Nemetech —concluyó el hombre.

Donna se esforzó por no parecer demasiado perpleja. Recordaba muy bien la tarde en que un tipo estafalario le había encomendado la misión de robar un androide, un biobot, del edificio de almacenamiento de Nemetech. Una petición absurda, dado que la Hermandad solía aceptar trabajos mucho más complicados; pero habían ofrecido tanto dinero a cambio que Donna había decidido enviar a TanSim y a Kim, para asegurarse de que todo salía bien. Aquella rebelde mocosa amenazaba con seguir sus pasos y superarla algún día, Donna lo sabía; pero también era consciente de que Kim era muy buena..., y por el momento todavía le resultaba útil.

El asalto no había salido tal y como esperaban, según le había informado TanSim por el comunicador; pero Kim había huido con el biobot, se había internado en los Páramos y, con suerte, lograría llegar a Duma Errans. Y entonces Donna conseguiría su dinero. Ignoraba por qué TanSim no le había dado más detalles sobre el asalto, pero sospechaba que debía de haber pasado algo entre los dos, una rencilla, una discusión... en cualquier caso, ahora

TanSim seguía en Duma Findias, y Kim, perdida cualquiera sabía dónde. No era probable que ella tratase de quedarse con todo el dinero, dado que solo Donna tenía en sus manos el modo de contactar con el cliente.

Eso era lo que había pasado, ni más ni menos. La líder del Ojo de la Noche no comprendía por qué Nemetech mostraba de pronto tanto interés por un biobot cualquiera; pero, de todas formas, no estaba dispuesta a permitir que la Sombra le aguase el negocio, de modo que contestó con frialdad:

—No sé de qué me estás hablando.

—Claro que lo sabes —replicó el otro sin alterarse—. No trates de engañarme, porque conozco los entresijos de la Hermandad tan bien como tú. Puede que no lo recuerdes, pero una vez yo también formé parte de ella.

Donna clavó en él una mirada inquisitiva. Entonces la Sombra se retiró la capucha, y la líder del Ojo de la Noche no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

Aunque no parecía tener más de treinta años, tenía el pelo de color gris, que le enmarcaba en mechones desordenados un rostro moreno, duro, curtido e impenetrable, con una cicatriz en la mejilla. Era atractivo, de rasgos firmes y decididos, pero daba la sensación de ser de piedra.

—¡Tú! —pudo decir Donna al fin, sorprendida, mientras a su mente acudía todo un aluvión de recuerdos—. Te dábamos por muerto. ¿Cómo diablos...?

El otro sonrió levemente.

—Me sorprendes, Donna. Pensaba que mientras estuve en la Hermandad dejé bien claro que nadie debía subestimar a Duncan el Segador. Muchos cometieron ese error y no vivieron para contarlo.

La mención de aquel nombre provocó un murmullo entre los dos matones que vigilaban la puerta. Donna les dirigió una mirada severa, y ellos volvieron a adoptar una postura marcial de inmediato. Ella, en el fondo, los comprendía. No hacía ni tres años que Duncan había caído durante una incursión en el LIBT de Nemetech, y ya se había convertido en una leyenda. Donna apretó los puños. ¿Cómo se atrevía a volver de entre los muertos, cuando ella ya había conseguido que la Hermandad siguiera adelante sin él?

Volvió a fijar su mirada en la imponente figura de Duncan el Segador. El emblema de Nemetech en su pecho destacaba como un relámpago en la noche.

—¿Y eso es un disfraz, o realmente trabajas ahora para Nemetech? — quiso saber.

—Trabajo para Nemetech pero, como habrás podido imaginar, no soy un agente de Seguridad cualquiera.

—Ya lo había supuesto. Y para Nemetech, precisamente. Vaya, vaya... la vida da muchas vueltas...

—Pagan bien —replicó el Segador, encogiéndose de hombros.

—¿Mejor que yo? No lo creo.

—Te sorprenderías, Donna, si supieras el dinero que son capaces de mover para conseguir sus objetivos.

Donna intuyó que aquello era una indirecta, así que decidió ir directamente al grano.

—¿Y por qué tiene Nemetech tanto interés en un simple biobot?

El Segador sonrió de nuevo y extrajo una pequeña tarjeta de datos de uno de los bolsillos del pantalón.

—¿Qué es eso? —quiso saber Donna, recelosa.

—Una grabación de las cámaras de seguridad de Nemetech. ¿Puedo? — preguntó, señalando el portátil que había sobre la mesa.

Donna asintió, y la Sombra introdujo la tarjeta en el ordenador. Sus dedos volaron sobre el teclado, y apenas unos segundos más tarde una imagen se perfiló nítidamente en la pantalla.

Donna se acercó para ver la grabación. Era un almacén frío, silencioso, impersonal. No había nadie, pero en las estanterías se alineaban cientos de bustos de androides biónicos, marca Nova. La mujer reprimió un estremecimiento. Ella tenía uno de aquellos en su casa, una especie de criado para todo, y lo encontraba francamente útil. Pero la sobrecogió la visión de tantos biobots juntos, todos iguales, como cabezas de muñecos sin vida, tan siniestramente parecido a los seres humanos.

Se volvió hacia el Segador, pero este seguía con los brazos cruzados sobre el pecho, el ceño fruncido y la vista fija en la pantalla.

—Mira eso —indicó él entonces, y Donna prestó de nuevo atención al ordenador.

Entonces descubrió una sombra oscura deslizándose por el almacén, y reconoció el impecable estilo de Kim. La muchacha recorría las estanterías, enfocando con la linterna los números de serie de los biobots. Donna se preguntó, de pronto, por qué la cámara había grabado aquello; ¿acaso TanSim no había desconectado el sistema de seguridad? La líder del Ojo de la Noche suspiró imperceptiblemente. Una auténtica chapuza. El mercenario la iba a oír en cuanto se presentase ante ella.

—Atenta —dijo el Segador.

Donna se centró en la figura de Kim. La joven se había detenido ante uno de los biobots, y parecía sorprendida.

—Esa es la unidad que ella debía robar —indicó el Segador, aunque Donna ya lo había supuesto.

La Sombra manipuló el zoom de la grabación y Donna pudo ver la escena con más detalle. El biobot había abierto los ojos, y algo en su frente brillaba, un extraño símbolo...

—¡Por todos los...! —exclamó sorprendida, cuando vio el haz de luz enfocado directamente desde el androide sobre la frente de Kim.

Vio cómo los robots de seguridad rodeaban a Kim, vio cómo ella escapaba con el extraño androide...

La grabación terminó. Duncan el Segador alzó la cabeza para mirar a Donna a los ojos. Ella había palidecido.

—¿Comprendes ahora por qué debemos recuperar ese androide? —dijo Duncan con suavidad—. Es una gran amenaza para todos. Si no lo destruimos...

No concluyó la frase, pero no hizo falta. Donna seguía absolutamente perpleja. Empezaba a entender muchas cosas.

—Así que, como comprenderás, no me importa cuánto te hayan pagado por robar ese androide, Donna —prosiguió el Segador—. Nemetech pagará el doble, o el triple, si es necesario. Piénsalo bien; es una buena oferta.

—Ya lo he pensado —replicó ella con rapidez—. Pero dime, Duncan. Si era tan importante, ¿por qué lo tenían en el almacén, con los demás?

—Porque era como los demás hasta que tu chica se acercó a él. Pero había alguien que ya sabía lo que ese biobot era capaz de hacer, mucho antes que Nemetech, incluso. ¿Te das cuenta?

Donna evocó de nuevo su encuentro con el individuo que había contratado a la Hermandad para robar el biobot. Duma Errans estaba llena de gente extraña, pero aquel hombre... La mercenaria apretó los puños. Debería haberse oído que no era de fiar.

Alzó la cabeza para mirar a Duncan. Ahora que él trabajaba para Nemetech estaban en bandos contrarios, y aunque ellos contratasen sus servicios en aquel momento, probablemente días más tarde alguna otra corporación requeriría de la Hermandad para atacar Nemetech, y entonces volverían a enfrentarse. Pero ahora tenían una causa común. Donna era lo bastante inteligente como para comprender la gravedad de lo que había visto en la grabación.

—¿Qué podemos hacer?

—Tú ocúpate de recuperar el androide, y Nemetech hará el resto.

—Eso no será difícil —reflexionó Donna—. Kim ha de venir a entrevistarse conmigo.

—¿Y si no lo hace?

Donna no respondió enseguida. En efecto, aquella era una posibilidad a tener en cuenta. Sabía que a veces Kim manifestaba cierta tendencia irritantemente imprevisible. No, Donna tendría que asegurarse de que la discola adolescente volvía a casa una vez más.

—No te preocupes, Duncan —afirmó la líder del Ojo de la Noche, sonriendo—. Te aseguro que vendrá.

## TÚNELES LETALES

El fuego crepitaba en la noche, y su resplandor iluminaba los rostros de Kim y Keyko. Al atardecer las había sorprendido una fuerte ventisca, acompañada de una lluvia ácida de la que más valía protegerse, y habían buscado refugio en los restos de un edificio abandonado, seguramente desechado por la caravana de Duma Errans mucho tiempo atrás. Kim había comprobado que hacía años que la plataforma de flotación del edificio, o lo que quedaba de ella, había quedado completamente inservible.

Ahora, junto al fuego, las dos llevaban un buen rato en silencio, hasta que Kim dijo a media voz:

—¿Por qué me ayudaste?

Keyko no contestó enseguida. Habían pasado varios días desde el incidente de la bestia mutante; desde entonces habían tenido que luchar juntas en diversas ocasiones y, aunque apenas se dirigían la palabra, había comenzado a nacer una cierta confianza entre ellas. Quizá por eso la Hermana Guerrera adivinó con facilidad que la urbanita se refería a su primer encuentro.

—No lo sé —dijo por fin—. Por instinto, supongo.

—Instinto —repitió Kim, pensativa—. No te creo. El instinto te lleva a deshacerte de tus potenciales enemigos, no a salvarles la vida.

—Bueno —respondió Keyko, estirando los pies descalzos para acercarlos al fuego—, si te lo contara, no me creerías, así que mejor será que lo dejemos estar, ¿de acuerdo?

—No —replicó Kim, desconfiada—. ¿Qué es lo que tenemos que dejar estar?

—Está bien, está bien, intentaré explicártelo. Verás, todos aquellos que creemos en Tara sabemos que podemos escuchar su voz en el mundo, en el viento, en nuestros corazones. A veces, al tomar una decisión, la voz de Tara nos indica el mejor camino a seguir. Puedes hacer caso o no...

—¿Y por eso te lanzaste a rescatar a una urbanita? —Kim reprimió una carcajada—. No pensaba que fueras tan ingenua.

—Ya te dije que no me creerías —suspiró Keyko.

—Es absurdo adorar a una diosa que solo sirve para darte órdenes —opinó la mercenaria—. Nada que te quite libertad para elegir puede ser bueno.

—Tara no es una diosa a la que haya que adorar —respondió Keyko sin alterarse—. Tara es la Tierra. Tara somos todos nosotros. Protegiendo a Tara, nos protegemos a nosotros mismos. Los urbanitas no queréis reconocer que si no hubiese aparecido Mannawinard el ser humano ya haría tiempo que se habría destruido a sí mismo.

Kim se echó a reír, pero Keyko no se sintió ofendida. Se limitó a remover la hoguera con una rama y a comentar con suavidad:

—¿Has pensado que, si yo no hubiese escuchado la voz de Tara ese día, tú ahora estarías muerta?

Kim se calló y la miró, irritada.

—No lo des por sentado —le advirtió.

Keyko sonrió levemente y se encogió de hombros.

Kim oyó un chasquido tras ella y se quedó inmóvil, alerta, hasta que reconoció el sonido de las ruedas del biobot, que ya volvía de su exploración en busca de materiales para su desarrollo. La joven no hizo ningún comentario cuando AD-23674-M se colocó junto a ella.

Keyko lo observaba con atención. Aprovechando que el biobot se alejaba un poco para examinar un pedazo de metal oxidado, la chica se inclinó hacia su compañera para preguntarle en voz baja:

—¿Esa cosa es capaz de pensar?

Kim sonrió ante la pregunta.

—Probablemente, mejor que tú y que yo. Además, está programado para sentir parte de las emociones humanas...

—¿Programado?

Kim sacudió la cabeza, imaginando lo complicado que sería tratar de explicarle aquellas cosas a una persona que había crecido sin ningún tipo de tecnología a su alrededor.

—Bueno, es más parecido a un ser humano que cualquier animal —concluyó.

Keyko parpadeó, perpleja, pero no dijo nada. Se quedó observando al biobot un rato, hasta que al final se atrevió a preguntarle, vacilante:

—¿Cómo te llamas?

Era la primera vez que le dirigía la palabra en todo el viaje, pero el androide no se sorprendió, y respondió puntualmente:

—AD-23674-M.

Keyko sonrió, algo incómoda.

—¿Y eso es un nombre?

—Es su número de serie —intervino Kim—. ¿Para qué quiere otra cosa?

Keyko miró al biobot, que le devolvió la mirada. La muchacha se estremeció. Todavía recordaba el comentario de su compañera sobre los animales y los robots.

—Los usáis como esclavos, ¿verdad? —murmuró—. Aunque sean parecidos a vosotros.

—Son máquinas, Keyko —replicó Kim, molesta—. Son obra nuestra. ¿Acaso tú no eres esclava de tu diosa Tara?

—Por supuesto que no —replicó Keyko, ofendida por la comparación.

Respiró hondo. La mercenaria había logrado alterar su calma, y debía volver a tranquilizarse. Se volvió de nuevo hacia el biobot.

—Oye, AD... —empezó, pero se veía incapaz de recordar todos los números—. Lo que sea. Tienes un nombre complicado. ¿Puedo llamarte Adam? Será más sencillo.

—¿Adam? —repitió Kim, con guasa.

—Adam. Me gusta —dijo entonces el androide, para sorpresa de su propietaria; se volvió hacia Keyko, muy serio—. Afirmativo, puedes llamarme Adam. Será más sencillo.

Keyko sonrió, mientras Kim clavaba una mirada asombrada en el androide.

—Eres una caja de sorpresas —murmuró.

El biobot se puso tieso, y por un momento Kim llegó a pensar que se había ofendido. Fue entonces cuando descubrió que de su cabeza había emergido un pequeño radar que se movía alocadamente.

—¿Qué es lo que pasa?

—Detecto fuente de calor acercándose —respondió Adam.

Kim se puso en pie de un salto y activó su detector de pulsera. La pequeña pantalla del objeto le mostraba un círculo de puntos rojos que se aproximaban hacia el edificio caído, rodeándolo. Kim se asomó con precaución al exterior, y entonces descubrió las sombras que se movían velozmente bajo la lluvia.

—¡Están por todas partes! Keyko...

Pero la muchacha ya se había puesto en pie, blandiendo su bastón.

Kim activó su visión nocturna y las sombras adquirieron una mayor consistencia. Alzó su arma y disparó. Una, dos, tres veces. Sintió que Keyko se colocaba a su lado, y por un momento se preguntó con qué pensaba atacar ella.

Disparó de nuevo, mientras notaba que Keyko comenzaba a generar una gran cantidad de calor y emitía un extraño sonido, como una especie de cántico. «¿Qué diablos estará haciendo?», se preguntó la mercenaria, mientras trataba de calcular el número de atacantes. Eran mutantes, no cabía duda. Podía distinguir el brillo rojizo de sus ojos en la oscuridad. De pronto, la voz de Keyko la sobresaltó:

—¡Aaaalgiiiiizz!

Kim se volvió rápidamente hacia ella, y lo que vio la dejó helada: entre las manos de Keyko acababa de aparecer algo que brillaba mucho, un símbolo extraño que Kim no conocía y que no le inspiraba confianza:



Su resplandor la cegó un momento; cuando pudo volver a ver, comprobó con terror que aquella luz se había extendido hasta cubrirlas a las dos por completo, como una especie de cúpula brillante. Atenazada por el terror

irracional que producía en ella cualquier tipo de magia, Kim se olvidó de los mutantes y orientó todos sus esfuerzos a conseguir que aquello terminase cuanto antes.

—¿¡Qué es esto!?! —le chilló a Keyko—. ¡Páralo! ¡Páralo inmediatamente!

Keyko la miró desconcertada. Kim disparó contra la cúpula luminosa, en un desesperado intento por escapar de allí. Al ver que los proyectiles no parecían dañarla, se volvió de nuevo hacia Keyko y la agarró por el brazo con la fuerza de una tenaza.

—¡Para! —gritó Keyko, alarmada—. ¡Estás desbaratando mi magia!

No había terminado de decirlo cuando la luz se disolvió bruscamente, y todo pareció volver a la normalidad..., incluidas las figuras de los mutantes que, en cuanto comprobaron que la misteriosa cúpula luminosa había desaparecido, volvieron a avanzar hacia ellas.

Keyko se volvió hacia Kim, furiosa:

—¿Estás loca? ¡Era un hechizo de protección! ¡Ahora nos van a...!

Kim quiso gritar para advertirla, pero era demasiado tarde. Uno de los mutantes golpeó a Keyko en la cabeza, y la muchacha cayó a sus pies, inconsciente. Kim se volvió rápidamente, justo para ver frente a ella un rostro deforme...

Después, oscuridad...



Abrió los ojos con lentitud, sintiendo aún un fuerte dolor en la frente. Se frotó la herida inconscientemente. En cuanto fue capaz de recordar lo que había pasado, se levantó de un salto, adoptando una posición de combate mientras miraba a su alrededor. Estaba totalmente oscuro, de manera que activó su visión de infrarrojos y volvió a mirar.

Se encontraba en una pequeña celda gris, de techo bajo. Estaba sola. Se llevó la mano al cinto, para comprobar que, por supuesto, todas sus armas habían desaparecido. Sacudió la cabeza. ¿Cómo había podido dejarse atrapar?

Se acercó a la puerta para examinarla. Era muy primitiva, y no parecía estar hecha de un material demasiado resistente. Tenía dos opciones: derribarla de una patada o abrir en ella un agujero para poder pasar a través de él. La primera opción era la más sencilla, pero también la más peligrosa. Armaría mucho ruido, y sus captores acudirían enseguida.

La segunda opción requeriría su tiempo, pero...

Kim pegó la cabeza a la puerta y escuchó con atención. No se oía ni el más leve sonido. No había nadie ahí fuera. Sin embargo, decidió no arriesgarse. Extendió su dedo índice y comprobó que el pequeño láser implantado en su extremo funcionaba todavía. Inmediatamente de su dedo, en apariencia normal, emergió un minúsculo tubo metálico. Kim asintió, satisfecha, y apuntó a un punto cualquiera de la puerta. Del dedo brotó un fino pero potente rayo láser, y la mercenaria se aplicó a su tarea con paciencia.

Apenas quince minutos más tarde había abierto en la puerta un orificio lo bastante grande como para poder pasar. Se coló por él, con precaución.

Se encontró en un pasillo gris y oscuro, y miró a su alrededor para comprobar que no corría peligro inmediato. No había nadie, de modo que Kim se entretuvo solo un momento para pasar la mano por las paredes. Parecía cemento, un material antiguo que hacía un par de siglos que no se utilizaba en la construcción. Kim se preguntó si habría algo parecido a una edificación de cemento en los Páramos, y entonces comprendió que estaba bajo tierra. Echó a andar con presteza túnel abajo, con la intención de salir de allí cuanto antes.

Recorrió los túneles sin toparse con nadie, mientras se preguntaba si todavía llegaría a tiempo para encontrar entero al androide. Aunque también Keyko había sido apresada, Kim ya no estaba segura de quererla por compañera de viaje, después de lo que le había visto hacer en la superficie. Pero el robot era otra cosa. Valía una fortuna.

Se preguntó una vez más por qué, y se planteó la posibilidad de venderlo ella y quedarse con todo el dinero, puesto que ni Donna ni TanSim habían hecho nada por ayudarla.

Pero Kim era lo bastante sensata como para comprender que, antes de ponerse a hacer planes con respecto al androide, tendría que rescatarlo.

Siguió caminando pasillo abajo, pegada a la pared, y pronto se dio cuenta de que aquel lugar era muy viejo, probablemente anterior a Mannawinard y las dumas. «Un lugar subterráneo construido por los antiguos —se dijo la joven—. ¿Qué guardarían aquí? Seguramente, debía de ser algo bastante grande.»

Finalmente llegó a una gran sala llena de bultos, y se detuvo, en tensión, hasta que comprobó que todo aquello no era más que chatarra. Dirigió hacia allí el zoom de su visión nocturna y descubrió algo sorprendente.

Se trataba de vehículos destrozados, antiquísimos, de los tiempos en los que los transportes terrestres todavía se movían sobre ruedas. Se amontonaban unos encima de otros, silenciosos, hechos pedazos, restos de un mundo que había muerto siglos atrás, aplastado por la fuerza vital de la selva de Mannawinard.

«De modo que esto era lo que guardaban bajo tierra los antiguos», pensó Kim.

No se entretuvo más. Cruzó rápidamente la enorme sala y entró por el corredor que comenzaba al otro lado.



Keyko se había despertado en una pequeña celda oscura, y enseguida había sentido una terrible angustia. Se lanzó contra las paredes, pero lo que tocó no era piedra, sino algún extraño material que ella no conocía. Trató de abrir la puerta, pero no lo consiguió.

Estaba bajo tierra, lo sabía, pero aquel material que forraba las paredes le impedía sentirse «dentro» de la tierra, como si estuviera aislada de todo, como si fuese ciega, sorda a la voz de Tara.

No perdió tiempo. Ejecutó un hechizo de ataque mediante la invocación de una runa de fuego y enseguida hizo saltar la puerta por los aires. Salió rápidamente y se encontró en un pasillo, frente a una criatura mutante que la miraba con los ojos desorbitados de terror. Keyko necesitaba concentrarse para invocar su magia, pero eso era algo que aquel ser no sabía. Adoptó una postura amenazadora y empezó a hacer aspavientos con las manos mientras

murmuraba una sarta de palabras sin sentido. El mutante, aterrorizado, escapó corriendo pasillo abajo, dando alaridos. La muchacha sonrió. «Temen a la magia, igual que los urbanitas», se dijo.

Corrió por los pasillos sin encontrar una gran resistencia. Entonces vio, al fondo, que uno de los mutantes descendía desde el techo por una abertura por la que se colaba la luz del día. «¡La salida!», pensó Keyko, y se ocultó entre las sombras para que el mutante no la descubriera. Solo tenía que llegar hasta aquella trampilla... Se concentró para invocar una runa de ataque, pero de pronto se detuvo. Una idea insistente no paraba de darle vueltas en la cabeza.

Kim y Adam seguían prisioneros. «Bueno, ¿y qué? —se dijo ella—. Una urbanita y un ser artificial. Simbolizan todo lo que está en contra de Tara y Mannawinard. ¿Por qué debería ayudarlos?»

Iba comenzar la invocación cuando aquella intuición se hizo aún más persistente, y Keyko supo que estaba oyendo la voz de Tara.

Se sintió desconcertada. Intuía que era importante que salvara a aquellos dos, y sin darse cuenta se llevó la mano al mensaje que llevaba, y que los mutantes no le habían quitado porque ella le había aplicado un hechizo de protección al salir de las montañas. Tenía que entregar aquella misiva, era vital para el futuro del mundo, eso le había dicho la Madre Blanca.

Pero algo le decía que también era fundamental que Kim y el androide continuasen con vida.

Keyko sacudió la cabeza. Hizo un esfuerzo por concentrarse y, finalmente, entonó una runa de ataque. El poder de la magia impactó contra el mutante que pasaba frente a ella y lo dejó tendido en el suelo, inconsciente. Keyko salió de su escondite y quedó de nuevo indecisa; a un lado, la salida; al otro, el oscuro túnel.

Keyko sabía que podía ignorar la voz de Tara; no había nada reprochable en ello.

Pero entonces recordó a Adam, recordó que había algo en él que no terminaba de cuadrarle. Keyko había visto restos de robots abandonados por los Páramos, y todos le habían parecido repulsivos, patéticos esfuerzos humanos por imitar torpemente la acción creadora de la Diosa Madre. Los

robots eran fríos, inhumanos, y ni siquiera se podía decir de ellos que parecían muertos, porque para estar muerto uno tenía que haber vivido alguna vez. Pero Adam...

Adam era distinto, lo sabía.

Por un momento intuyó que había algo detrás de todo aquello. La visión de la Madre Blanca, el mensaje que debía entregar en Mannawinard, Kim y su extraño robot...

Después de tantos días, Keyko seguía preguntándose qué era lo que la había empujado a salvar la vida de la mercenaria en aquella cacería y, sin embargo, ahora sentía que debía volver a hacerlo.

Keyko dio media vuelta y se internó de nuevo en los oscuros corredores.



Kim estaba empezando a preguntarse dónde estaría todo el mundo cuando, al doblar una esquina, casi chocó contra un enorme cuerpo que le cerraba el paso. Alzó la cabeza y vio que se trataba de uno de los mutantes, un ser humanoide con la cara espantosamente deformada, el cuerpo lleno de bultos y la piel de un color entre azulado y amoratado, con un cierto aspecto viscoso. A su lado, Pietro habría resultado toda una belleza.

—¡Vaya, la preciosa dama urbanita ha salido a dar un paseo! —exclamó el mutante, con voz gutural—. ¿A dónde ibas, muñeca?

Por toda respuesta, Kim le disparó un puñetazo a la mandíbula. El mutante se tambaleó ante el golpe, sorprendido de que aquella chica tuviera tanta fuerza. Kim aprovechó para golpearlo de nuevo, agarrarlo por la ropa y levantarlo en el aire para lanzarlo contra la pared.

—Yo que tú no lo haría, preciosa —dijo tras ella una voz femenina.

Kim sintió junto a su sien el frío metálico del cañón de un arma, y se volvió lentamente. A su lado había un ser que antaño podría haber sido una mujer, pero que ahora, tras haber recibido los efectos de algún tipo de radiación, no presentaba un aspecto mejor que el del mutante al que Kim estaba vapuleando. Tras ella había seis o siete más, todos armados.

De mala gana, Kim soltó a la criatura.

Momentos después, Kim era llevada en volandas por un confuso y aullante grupo de mutantes que la arrastraban a través de los túneles de aquel mundo subterráneo. Entre ellos estaba aquel al que Kim había golpeado, que se frotaba la mandíbula magullada mientras mascullaba al oído de la joven:

—Pequeña zorra... vosotros, los urbanitas, os creéis los dueños del mundo, y miráis hacia otro lado cuando nos veis, porque os recordamos vuestros fracasos..., sí..., os recordamos que sois humanos... y que no sabéis crear sin destruir...

—Cierra la boca, engendro —replicó ella, fastidiada.

Inmediatamente la culata de un arma se clavó entre sus costillas y, aunque tenía un cuerpo duro como el acero, Kim no pudo evitar doblarse con un gemido de dolor. La mujer mutante hizo retroceder un poco a los otros para quedarse frente a su prisionera.

—No sabes nada, preciosa —murmuró—. Nada de nada. ¿Te gustaría tener esta cara?

Obligó a Kim a mirarla, y la muchacha no pudo reprimir un gesto de repulsión. La mutante lanzó una amarga carcajada.

—No soy hermosa como tú, ¿verdad? —dijo—. Pero ¡una vez lo fui, y vuestra basura me convirtió en el monstruo que ahora ves!

Kim se limitó a sostener su mirada sin pestañear. La mutante se la quedó mirando, con el ceño fruncido, y entonces aulló:

—¡Ritual de iniciación!

Los demás mutantes rugieron mostrando su conformidad, y se lanzaron sobre ella. Kim quiso retroceder, pero no pudo. Los humanoides la agarraron y se la llevaron a rastras. La muchacha gritó y pataleó, pero a pesar de su gran preparación física no logró que sus captores, dotados de una fuerza sobrehumana, aflojaran su presa ni siquiera un poco.

Apenas unos minutos después los mutantes la arrojaban con brutalidad al interior de una pequeña habitación oscura. Kim aún oyó la voz triunfal de la mujer mutante, antes de que la puerta se cerrase tras ella con violencia:

—¡Ahora conocerás el poder de nuestro creador!

Un coro de carcajadas acogió sus palabras. Kim se levantó de un salto y corrió hacia la puerta, pero pronto comprobó que estaba cerrada. Inspiró hondo, activó su mecanismo de visión nocturna y miró a su alrededor.

Estaba sola, pero la habitación resultaba inquietante de todas maneras. Las paredes y el techo estaban pintados de arriba a abajo con coloridas pinturas murales que, sin embargo, representaban rostros inhumanos que parecían aullar y gritar en gestos de dolor, ira, rabia. Siluetas antropomórficas se retorcían en posturas inverosímiles, como sacudidas por descargas eléctricas. Fondos de colores chillones que mostraban figuras que parecían pintadas por la desbocada imaginación de un lunático... o de varios.

«¿Qué clase de lugar es este?», se preguntó Kim, estremeciéndose. Aguzó el oído y comprobó que no quedaba nadie tras la puerta. Retrocedió un poco para tomar impulso y cargó contra ella, una, dos, tres veces, sin resultado. Aquella puerta era mucho más sólida que la de la celda, como si presentase un doble revestimiento de seguridad. Kim decidió entonces recurrir a su rayo láser, aunque sospechaba que esta vez no le iba a servir de mucho.

Mientras se aplicaba a su tarea con constancia y paciencia, no pudo evitar recordar una antigua leyenda urbana que se contaba de boca en boca en el Círculo Exterior de Duma Findias.

Se decía que, mucho tiempo atrás, un camión que transportaba residuos radiactivos había pasado por un tranquilo barrio de trabajadores del Círculo Medio. Se decía que, accidentalmente, se les había caído un bloque de material altamente contaminante, y que ellos habían seguido su camino sin darse cuenta. Se decía también que una niña había encontrado el objeto y se lo había llevado a su casa.

Tiempo después, todo el barrio abandonaba la duma. Espantosamente deformados, convertidos en monstruos, fueron condenados al exilio por el horror y el miedo de todos sus vecinos. Toda aquella zona había sido incinerada, como si se tratase de las casas de un barrio de apestados. Nunca se había logrado probar la implicación de ninguna de las grandes empresas en el desastre.

Pero el objeto viajó con los exiliados, en la mochila de la niña, que aún no había adivinado que aquello era la causa de su desgracia. En su desesperación, aquella comunidad desarrolló una especie de cultura propia

basada en la conciencia de ser... «diferentes», pero no pudieron vivir mucho tiempo en los Páramos sin que el dolor, la rabia y la desesperación los transformase en seres violentos y bestiales.

Se diferenciaban de otros mutantes, sin embargo, en que ellos habían creado algo parecido a una sociedad. Pero se decía que a la gente capturada por ellos no se la volvía a ver nunca más.

Kim reprimió aquellos pensamientos. Nunca había creído en aquella historia, que parecía más un cuento de terror para asustar a los niños que algo basado en hechos reales. Los mutantes que ella conocía no eran ni más ni menos peligrosos que los humanos con los que solía tratar. Y seguramente existiría un modo de hacer un trato con ellos. Siempre lo había.

Kim suspiró. El dedo empezaba a recalentársele, y aquella maldita puerta parecía hecha de un material a prueba de todo. Apagó el láser y empezó a pensar en otra manera de salir de allí. Golpeó la puerta con fuerza.

—¡Eh, vosotros! —gritó—. ¡Sé que me he portado mal, pero podemos llegar a un acuerdo!

Se calló y escuchó. No recibió respuesta, de modo que volvió a golpear la puerta:

—¡Escuchad! —insistió—. Podéis quedaros con el biobot y con mis armas, pero ¡dejadme salir de aquí!

De nuevo, el silencio. Kim empezaba a impacientarse. ¿Para qué la habrían encerrado allí? Estaba empezando a pensar qué otras cosas podría ofrecer a cambio de su libertad cuando, de pronto, oyó un zumbido.

Se apartó de la puerta de un salto, pensando que por fin la estaban abriendo, pero entonces se dio cuenta de que el zumbido procedía de algún lugar a sus espaldas, y se dio la vuelta rápidamente, mientras escudriñaba la oscuridad.

Algo se movía en el centro de la cámara. Algo que emergía del suelo, algo disforme, como un pequeño montículo. Kim ajustó el zoom para ver mejor, y descubrió que, en efecto, era una especie de pedestal hecho de chatarra. La joven retrocedió unos pasos, recelosa. Se oyó un nuevo zumbido y una pequeña compuerta se abrió en lo alto del montículo.

Y una débil luz verdosa inundó la estancia.

Kim parpadeó, sorprendida, y observó aquello con atención. Sobre el pedestal había algo que parecía una piedra, y era lo que emitía aquel resplandor parpadeante.

—¿Qué es eso? —se preguntó; apenas se dio cuenta de que su voz temblaba.

De pronto, un sonido familiar llamó su atención: un pequeño bip-bip-bip que salía de su muñeca. Kim alzó la mano para mirar los indicadores del rastreador que llevaba a modo de pulsera, y que los mutantes no le habían quitado porque estaba incrustado en su piel, como un apéndice más.

Lo que vio en la minúscula pantalla la dejó sin aliento: una pequeña luz roja parpadeaba alocadamente, mientras una cifra se disparaba hasta alcanzar cotas alarmantemente altas. Y Kim sabía muy bien qué le estaban diciendo aquellos indicadores.

—Mierda, no —murmuró, muy pálida—. ¡Esa cosa es radiactiva!

No añadió que, a juzgar por la advertencia de su muñequera, era un tipo de radiación especialmente virulenta. Se lanzó de nuevo contra la puerta, tratando de echarla abajo con desesperación, mientras gritaba:

—¡¡Sacadme de aquí!! ¡Os daré lo que queráis, maldita sea, pero dejadme salir!

Siguió gritando y cargando contra la puerta, bañada por aquella destelleante luz verdosa que le quemaba la piel, hasta que el agotamiento la venció. Entonces se dejó caer junto a la puerta, rendida, y se acurrucó en el suelo, cubriéndose la cabeza con las manos, como si así pudiera protegerse de las irradiaciones del bloque que había en el centro de la estancia.

Permaneció así durante un buen rato, inmóvil. Le habría gustado no pensar, pero no podía evitar que acudiesen a su mente diversas ideas, que en su mayoría no eran precisamente agradables.

Conocía los efectos que la radiación causaba sobre el cuerpo humano: quemaduras, deformaciones, mutaciones que luego se transmitían de padres a hijos... Había visto a mutantes de varias clases, desde aquellos que simplemente tenían un dedo de más hasta los que parecían casi animales o seres difícilmente descriptibles. Conocía a una mujer que había nacido con una especie de cola, que también presentaban sus dos hijos; por lo demás, era completamente normal. Pero también había visto a personas con tres brazos,

o sin cuello, o con todo el cuerpo cubierto de pelo, o con una extraña piel escamosa. Muchos de ellos habían logrado integrarse en la sociedad del Círculo Exterior. Alguno incluso había conseguido trabajar para la Hermandad Ojo de la Noche.

Pero la mayoría morían prematuramente entre espantosos sufrimientos porque su cuerpo no era capaz de asimilar los cambios. Para muchos de los supervivientes, por otro lado, la mutación era algo tan terrible que nunca llegaban a hacerse a la idea. Sobre todo si una vez habían sido seres humanos normales.

Kim sintió el impulso de destrozar aquel objeto, pero no se atrevió a acercarse más. Además, los fragmentos seguirían emitiendo radiación, de todas formas, así que no iba a solucionar nada arriesgándose. Lo mejor que podía hacer era seguir manteniéndose lo más alejada posible. Se preguntó cuánto tiempo era necesario para que los efectos de la radiación comenzaran a dejarse notar...

No pudo evitar que de sus ojos, habitualmente duros como el acero, escapasen un par de lágrimas. Hasta aquel momento había logrado mantenerse al margen de todo aquello. Había nacido normal. Nunca se había acercado a nada que resultase mínimamente sospechoso de producir radiación, o a nada que pareciese excesivamente contaminado. Siempre había sido muy cuidadosa con respecto a aquello, porque en el Círculo Exterior había más mutantes que en el resto de la duma, porque ella los había visto y no quería ser como ellos.

Y tomó una decisión: moriría antes que convertirse en una de ellos.

Sin embargo nada cambió, por el momento. Aquella luz verdosa la volvía loca, los seres pintados en las paredes parecían cobrar vida, y casi le parecía oír sus aullidos de rabia y dolor.

Finalmente, Kim perdió la noción del tiempo.

Había entrado en un extraño sopor cuando, de pronto, oyó ruidos al otro lado de la puerta. Alzó la cabeza y aguzó el oído, esperanzada.

Gritos y golpes. Algo que sonaba como un cuerpo muy pesado estrellándose contra la pared.

Y silencio, un silencio lleno de expectación.

Y una voz vacilante:

—¿Kim?

La mercenaria no respondió; estaba anonadada. Empezaba a preguntarse si habría oído bien, cuando la voz insistió:

—Kim, ¿estás ahí?

—¡Keyko! —pudo decir ella finalmente, sin salir de su asombro—. ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

—¡He venido a rescatarte!

Lo primero que pensó Kim fue que la oriental era más bien estúpida; pero se lo calló, porque no le pareció buena idea enemistarse con ella precisamente en aquel momento.

—¡Pues abre la puerta!

Hubo un breve silencio. Entonces se oyó de nuevo la voz de Keyko:

—¡No puedo!

—¿Por qué no? Seguro que alguno de esos a los que acabas de tumbar lleva un arma lo bastante potente como para hacerla saltar por los aires.

—¡No puedo! —repitió Keyko—. Va en contra de mis creencias usar armas de fuego.

Kim apoyó la frente en la pared, conteniéndose para no decir ninguna barbaridad.

—Mira, Keyko —dijo, tratando de ser paciente—, ahora no puedo entrar en detalles, pero es muy muy urgente que salga de aquí cuanto antes, ¿entiendes?

—Pero...

—¡¡¡Abre ya esa condenada puerta!!! —chilló Kim, fuera de sí.

Keyko no respondió, y la mercenaria luchó por calmarse. Cuando logró recuperar un poco el dominio de sus emociones, comprendió que quizá había hecho algo irreparable. ¿Y si Keyko se había marchado, abandonándola a su suerte, justo ahora que Kim estaba tan cerca de la libertad? La idea resultaba tan aterradora que la mercenaria se lanzó hacia la puerta con ansiedad, y llamó:

—¡Keyko! ¿Sigues ahí?

Contuvo el aliento y escuchó; captó la voz de Keyko, y se sintió tan aliviada que tardó unas décimas de segundo en percatarse de que ella estaba cantando una extraña melodía sin palabras...

—Oh, no —musitó la mercenaria, temblando—. ¡Oh, no!

Retrocedió, apartándose de la puerta, sin darse cuenta de que se acercaba más al objeto radiactivo del que había intentado protegerse. La voz de Keyko sonó, potente, pronunciando una palabra como si entonase un cántico ritual:

—¡Eeeiwaaaz!

De pronto, algo golpeó la puerta con gran fuerza e hizo que saliera volando por los aires, como en una explosión. Kim se cubrió la cabeza con las manos; cuando volvió a mirar, había un gran boquete humeante en la puerta. Por ella asomaba una sonriente Keyko; tras ella se ocultaba Adam.

Kim parpadeó, algo perpleja, pero se rehizo enseguida. Se levantó rápidamente y saltó fuera de la habitación, alejándose cuanto pudo de aquella cosa y su luz titilante.

Ya en el corredor, se volvió hacia Keyko:

—¡Te dije que no confiaba en la magia! No quiero saber nada de tus hechizos, ¿me oyes?

Keyko, habitualmente serena y tranquila, pareció perder los estribos:

—¡¡Mis hechizos te han salvado la vida, estúpida urbanita!! Pero ¿qué te has creído? ¡Debería haber dejado que te pudieras ahí dentro!

Kim abrió la boca para replicar, pero Adam intervino, oportuno:

—¡Se acercan, se acercan!

La mercenaria miró a Keyko amenazadoramente, pero no siguió con la discusión. Había cosas más urgentes que hacer. Miró a su alrededor y descubrió por los suelos los cuerpos de dos mutantes a los que Keyko había dejado inconscientes. La oriental era endiabladamente buena en la lucha, tuvo que reconocer Kim con amargura. ¡Y sin implantes!

Se inclinó con presteza junto a un cuerpo caído para desvalijarlo. Se apropió de un par de armas, bastante antiguas, y de una bolsa de pequeños explosivos en forma de bolitas no más grandes que pequeños guijarros.

—¡Date prisa! —urgió Keyko.

Kim aguzó el oído y escuchó pasos que venían hacia ellas por el corredor. Se incorporó y se unió a sus compañeros. Momentos después, los tres recorrían los túneles en busca de una salida. Keyko, que iba en cabeza, torció a la derecha en una bifurcación.

—¡Espera! —protestó Kim—. ¿Cómo sabes que es por ahí?

—Porque he visto la salida antes.

—¿En serio? —soltó Kim, incrédula—. Entonces, ¿por qué has vuelto a por mí?

Keyko no respondió. Echó a andar por el corredor, y Kim la siguió.

—¡Nos están alcanzando! —advirtió Adam, que iba en último lugar.

Kim se detuvo en un recodo y aguardó, con el arma a punto. En cuanto vio aparecer al grupo de mutantes que los perseguía disparó varias veces. Acertó al primero, que se frenó bruscamente cuando los proyectiles impactaron en su cuerpo. Pero, para sorpresa de Kim, no cayó al suelo, muerto, sino que sacudió la cabeza y siguió caminando, furibundo, hacia ella. Parecía evidente que quien habitaba en los Páramos era mucho más resistente que el común de los mortales.

—Mierda —masculló Kim.

Guardó el arma y sacó dos o tres explosivos. Los activó, y los arrojó al fondo del túnel con todas sus fuerzas. Después, dio media vuelta y echó a correr...

—¡¡Corred!! —gritó a sus compañeros.

Súbitamente, una violenta explosión sacudió el túnel. Los tres saltaron por los aires, empujados por la onda expansiva, y aterrizaron un poco más allá, en el suelo; casi enseguida oyeron un estrépito tras ellos. Kim se cubrió la cabeza con las manos...

Cuando se volvió para mirar atrás en la oscuridad, empleando su sistema de visión nocturna, descubrió que parte del túnel se había derrumbado. Frente a ella solo había una gruesa pared de hormigón.

—Oh, no —murmuró—. Estamos atrapados.

Adam emitió un sonido que podría haberse tomado por una especie de quejido.

—Esperad —se oyó la voz de Keyko en la oscuridad—. Kim, ayúdame con esto, ¿quieres?

Kim se volvió hacia ella, y descubrió que estaba empujando una pesada trampa en el techo. Rápidamente se incorporó para echar una mano a su compañera. En cuanto lograron apartar la trampa, un potente rayo de sol las deslumbró. Kim nunca se había sentido tan aliviada.

Momentos más tarde, los tres caminaban de nuevo por la superficie de los Páramos. Kim examinó su situación: los mutantes se habían quedado con sus armas y con sus provisiones, pero Keyko había logrado rescatar a Adam. ¿Por qué lo habría hecho?

—¿Por qué has vuelto a por mí? —le preguntó de nuevo.

La muchacha no respondió enseguida; no parecía muy dispuesta a hablar del tema. Era obvio que no estaba satisfecha con su decisión. Finalmente masculló, de mala gana:

—Era mi obligación.

—¿Y quién te obliga? ¿Tu diosa Tara, que se supone que no te quita libertad para hacer lo que quieras?

Keyko la fulminó con la mirada, y Kim se dio cuenta de que había metido el dedo en la llaga.

—Yo sé leer los designios de Tara en todas las cosas, y sé que ella quería que yo te ayudara —replicó—. Y debe de tener una buena razón, aunque no acierto a comprender cuál...

—Yo no creo en Tara.

—Eso a ella no le importa. No necesita que creas en ella para existir.

Kim sacudió la cabeza y decidió que era mejor dejarlo estar.



Bajo tierra, en los túneles de la comunidad mutante, en una pequeña sala no lejos de una de las salidas al exterior, se celebraba una reunión. El líder del grupo se entrevistaba con un ser humano «normal», un urbanita que acababa de llegar de Duma Findias para asegurarse de que todo marchaba según lo previsto. Pero con solo echar un vistazo a la expresión compungida del mutante, el recién llegado se dio cuenta de que algo había fallado.

—¿Y el biobot? —preguntó con frialdad.

Su interlocutor tardó unos segundos en contestar.

—Ha escapado —dijo al fin.

El urbanita hizo un gesto de fastidio. El mutante se apresuró a añadir:

—Pero las chicas...

—¿Qué chicas?

—Había una urbanita y una especie de maga —pronunció la palabra «maga» con un terror reverencial—. Si no hubiera sido por ella, todo habría salido bien.

—Teníamos un trato. —La voz del hombre rezumaba ira contenida.

—Y por eso cumplimos con lo que se nos dijo. Sometimos a la chica al Ritual de Iniciación.

El urbanita esbozó una sonrisa de complacencia.

—Eso está mejor.

—¿Y las armas? —preguntó enseguida el mutante.

—Las tendréis cuando la chica caiga en nuestras manos.

—¡Pero...!

—Si es cierto lo que dices, ella vendrá a nosotros, y entonces pagaremos lo acordado. Mientras esto no suceda, el Ojo de la Noche no tiene modo de comprobar que no nos mientes.

El mutante estuvo a punto de protestar, pero se lo pensó mejor. Aquel hombre no solo presentaba un físico imponente, mejorado biotecnológicamente, sino que además venía de parte de la todopoderosa Hermandad Ojo de la Noche. Y aunque los mutantes tenían por norma no tratar con los habitantes de las dumas, el Ojo de la Noche constituía una honrosa excepción. Las armas que podían venderles nunca venían mal para la dura prueba de supervivencia diaria que suponían los Páramos.



En Duma Errans, en el reservado del bar de Pietro, Donna y Duncan el Segador acababan de reunirse de nuevo para recibir el último informe sobre Kim y el biobot robado. En la pantalla del intercomunicador aparecía el rostro de TanSim, que esbozaba una sonrisa escéptica.

—¿Y bien? —quiso saber Donna.

—Tenías razón: los mutantes no han sido capaces de retener a Kim durante demasiado tiempo, así que, por supuesto, el biobot tampoco estaba aquí cuando yo llegué. Era mucho pedir.

Donna frunció el ceño, pero TanSim añadió:

—En cambio afirman que sí han conseguido someterla a su... «ritual», de modo que es bastante probable que pronto aparezca por allí.

Donna sonrió.

—Magnífico —dijo—. Entonces, todo está arreglado.

Duncan el Segador le dirigió una mirada interrogante.

—Tranquilo, hombre de Nemetech —dijo la mercenaria—. Ella vendrá.



Hacía rato que Keyko se había dormido, acurrucada junto al fuego, pero Kim todavía no se había dejado vencer por el sueño. Observaba a lo lejos las luces de los edificios de Duma Errans; si se quedaba mirándolos fijamente durante un rato, podía ver cómo se movían a lo largo de la línea del horizonte. Suspiró. Llegarían a la ciudad-caravana al día siguiente, a media mañana.

Desvió la mirada hacia Keyko, que dormía con placidez, al parecer sin temer que su compañera fuera a jugarle una mala pasada. Kim se preguntó por qué era tan ingenua una luchadora tan diestra. Mannawinard y las dumas estaban en guerra desde hacía siglos, una guerra que había generado un odio visceral entre la gente de ambos bandos. Los salvajes odiaban la tecnología y, sin embargo, allí estaba Keyko, salvándole la vida a un robot y a una urbanita. El mundo estaba loco.

Kim suspiró de nuevo, y alargó las manos para calentárselas en el fuego.

Entonces vio algo que la dejó helada. Con el corazón latiéndole alocadamente, se acercó más al resplandor de la hoguera para observar su antebrazo... y descubrió, con horror, que su piel estaba cambiando. Gimió, aterrorizada. No había duda. Era una especie de úlcera de color azulado, que no le dolía, pero que presentaba un feo aspecto. Kim sabía que, si no hacía algo al respecto, se extendería por todo su cuerpo, como un veneno...

Recordó, con espantosa claridad, el rostro de la mujer mutante, y sus palabras cargadas de amargura: «No soy hermosa como tú, ¿verdad? Pero una vez lo fui...».

Kim trató de no dejarse llevar por el pánico. Miró a Keyko, para asegurarse de que seguía durmiendo, y después buscó frenéticamente algo para taparse.

—Toma esto.

La voz la sobresaltó, y se volvió de inmediato. A su lado estaba Adam. Extendía hacia ella una de sus curiosas pinzas, con la que sujetaba una especie de trapo. Kim no le preguntó de dónde lo había sacado. El biobot había desarrollado algo parecido a un tronco y, aunque aún se movía sobre ruedas, ahora tenía en su interior más espacio para almacenar cosas.

La mercenaria cogió la tela y se envolvió el brazo rápidamente, como si se tratara de una venda. Sin osar preguntarse a sí misma si el biobot comprendía lo que le estaba pasando, le ordenó:

—No le digas a Keyko nada de esto.

—¿Por qué no?

—Limítate a obedecer —replicó Kim con sequedad, sorprendida por el descaro del androide.

Adam la miró un momento y luego se apartó de ella; parecía dolido. «¿Y a quién le importa lo que sienta un robot?», se dijo Kim, de mal humor. Dirigió una mirada cargada de angustia a las lejanas sombras de los edificios de Duma Errans.

Solo allí podrían ayudarla.

**TRAMPA FLOTANTE**

De modo que eso es una duma —murmuró Keyko.

—¿Qué? —Kim se sobresaltó. Keyko la miró, pensativa.

—Nada. Hablaba para mí misma. ¿Qué es lo que te pasa hoy?

No obtuvo respuesta. Kim se limitó a lanzarle una mirada furibunda, mientras tironeaba con nerviosismo de su improvisada venda para ocultar los devastadores efectos del «ritual» de los mutantes. Su gesto no pasó desapercibido a Keyko.

—¿Qué tienes ahí? —quiso saber—. ¿Estás herida?

Kim saltó hacia atrás para impedir que ella se acercara más.

—¿Y a ti qué te importa?

—Es que puedo intentar curarte con mi magia.

—Ni lo sueñes.

Keyko se encogió de hombros y volvió a centrar su atención en los edificios que se alzaban en el horizonte.

—Estamos a menos de medio día de camino —señaló Kim, cambiando de tema—. ¿Cómo piensas sobrevivir en Duma Errans con esa pinta? ¿Conoces a alguien allí?

—No, nunca he estado en una duma —respondió Keyko con sencillez—. Pero eso no me preocupa, porque no es allí a donde voy. De hecho, no pienso entrar ahí; daré un rodeo.

Kim la miró, perpleja.

—Eres extraña —opinó—. Tardarás bastante en rodear Duma Errans, ¿lo sabías?

—Solo sé que uso la magia y que creo en Tara. Yo no sería bien recibida en una ciudad urbanita, y lo sabes.

Kim tuvo que admitir que tenía razón; después de un rato en silencio, preguntó:

—Entonces, ¿a dónde llevas ese mensaje tuyo?

Keyko sonrió para sí.

—No te gustaría saberlo.

Como había supuesto, la orgullosa mercenaria no tardó en replicar, despectivamente:

—Bah. No me impresiona ningún destino ni ninguna misión. Solo existe un lugar en el mundo en el que no me adentraría ni muerta...

Keyko no respondió, y Kim se detuvo bruscamente para mirarla.

—Espera... ¿no irás *allí*, verdad? Tu destino no será...

No terminó la frase, pero Keyko asintió, sin una palabra. Kim abrió al máximo sus ojos azules.

—¿Mannawinard? ¿Estás loca? Ni siquiera los miembros de esa Orden tuya están a salvo allí.

Keyko seguía sin pronunciar palabra. Kim iba a añadir algo más, pero la voz de Adam se le adelantó:

—Define «Mannawinard».

Keyko se detuvo, miró al biobot y sonrió.

—Al otro lado de los Páramos, más allá de la última duma, se extiende Mannawinard, la tierra siempre verde de la diosa Tara. Las personas que habitan allí respetan la naturaleza y controlan la magia.

—Las personas que habitan allí viven como animales —replicó Kim, lanzándole una mirada irritada a su compañera—. ¿Quieres hacer el favor de no llenarle la memoria de tonterías? —se volvió hacia Adam, muy seria—. Mannawinard es el mayor cataclismo de la historia de la humanidad. Hace cerca de cinco siglos una anormal explosión de... plantas asesinas...

—Naturaleza y vida —puntualizó Keyko.

—... plantas asesinas —repitió Kim sin hacerle caso—, destruyó gran parte de nuestra civilización. La naturaleza se volvió contra el hombre y ahogó literalmente todas sus ciudades.

—Define «naturaleza» —pidió Adam.

—Naturaleza es la obra de la diosa Tara —dijo Keyko—. Los dones de la madre Tierra.

—Naturaleza es todo lo que no han creado los seres humanos —replicó Kim—. Naturaleza es caos, desorden, descontrol, peligro, amenaza.

—En eso te equivocas —saltó Keyko, picada—. La naturaleza tiene su propio equilibrio, lo que pasa es que a vosotros, los urbanitas, os molesta la idea de que haya algo superior al ser humano, y no reconocéis que en materia de creación Tara os ha aventajado con creces.

«No sabéis crear sin destruir...», Kim apartó de su mente las palabras del mutante y se volvió para replicar a Keyko, molesta, pero en el fondo satisfecha por haber conseguido, una vez más, que perdiera la paciencia.

—Nosotros, los urbanitas, hemos alcanzado un grado de civilización y tecnología que esos salvajes no pueden vislumbrar ni en sus más atrevidos sueños.

—¿Y por qué entonces no habéis logrado vencer a Mannawinard todavía? —contraatacó Keyko—. Reconócelo, Kim; os damos miedo porque poseemos algo que escapa a vuestro entendimiento: la magia.

—Define «magia».

La intervención de Adam las sobresaltó; las dos se volvieron hacia él para responder, pero Keyko fue más rápida:

—Es la energía de la madre Tara, la fuerza vital del planeta. A Kim no le gusta porque odia admitir que hay algo que su mundo artificial nunca logrará comprender ni controlar...

Kim decidió dar por terminada aquella conversación:

—No son cosas que deban preocupar a un androide, Adam.

—Pero quiero saber —replicó él al punto.

—Lo que deberías saber es que, desde luego, tienes un par de circuitos chamuscados...

—Negativo. Todos mis circuitos funcionan correctamente.

—Ya, cómo no.

Kim se volvió hacia Keyko, para ver si ella hacía algún comentario, y la descubrió observando con atención una colina lejana.

—¿Qué pasa?

—Me ha parecido que había alguien allí arriba, vigilándonos.

Kim siguió la dirección de su mirada, pero no vio nada.

—Se ha marchado —dijo Keyko.

—¿Qué aspecto tenía?

—No estoy segura... Lo he visto solo de refilón.

Kim la miró de reojo, sospechando que mentía, pero no hizo ningún comentario. Por si acaso, se aseguró de que su arma estaba cargada.

Sin embargo, a pesar de que estuvo alerta en todo momento, no llegó a ver al desconocido que las seguía desde lo alto de las colinas, una figura envuelta en una capa de pieles blancas que no las dejaba ni a sol ni a sombra, una presencia que Kim no lograba ver ni oír, y que Keyko solo conseguía intuir.

Apenas unas horas más tarde los edificios de Duma Errans se hacían claramente visibles entre las brumas.

—¿Oís eso? ¡Son las voces! —exclamó de pronto Adam.

—¿Qué voces? —quiso saber Keyko.

—¡Las voces del aire!

La oriental miró a Kim, pidiendo una explicación, pero la mercenaria se encogió de hombros y negó con la cabeza. Keyko se detuvo.

—No puedo acercarme más —dijo—. Nuestro caminos se separan aquí.

Kim se volvió para mirarla. Sospechó que no volvería a verla, y, a pesar de todo, creyó necesario mostrarse generosa.

—No puedo negar que me has salvado la vida dos veces —dijo, un poco a regañadientes—. Estoy en deuda contigo.

Keyko sonrió de nuevo y asintió.

—Intuyo que volveremos a encontrarnos, Kim de Duma Findias —dijo con cierta solemnidad—. Entonces podrás saldar tu deuda.

«¡Espero que no!», dijo Kim para su colete. Había demasiadas cosas en aquella chica que seguían sin gustarle, y ella tenía sus principios.

Keyko hizo un extraño gesto con la mano, y Kim retrocedió involuntariamente, temiendo que fuese a emplear la magia otra vez. Sin embargo, nada sucedió; parecía que el gesto de Keyko no pasaba de ser una especie de símbolo ritual, quizá de despedida.

—Que Tara os acompañe —murmuró la muchacha.

Y, sin más, dio media vuelta y se alejó de ellos, y pronto se perdió entre la niebla.

Kim se quedó allí, parada, sin saber muy bien qué hacer. Cuando pudo apartar la vista del lugar por donde Keyko se había marchado, se volvió hacia el biobot.

—Andando, Adam. Hay mucho trabajo pendiente.

Siguieron adelante y no tardaron en alcanzar Duma Errans. Los guardianes de la caravana no les hicieron muchas preguntas y, de todas formas, Kim habría sabido qué decir para lograr el paso franco.

No perdió tiempo y atravesó con rapidez el Círculo Exterior. Allí, en uno de los edificios flotantes, tenía un pequeño apartamento, aunque no solía aparecer por él a menudo. Se volvió por enésima vez para asegurarse de que el androide la seguía.

—Date prisa, Adam...

El robot no paraba de mirarlo todo, como si, en efecto, acabase de salir de la fábrica y necesitase datos para llenar su memoria. Además, por primera vez en muchos días tenía material de sobra para asimilar y, por lo que parecía, no pensaba dejar pasar una oportunidad así. Pero en aquel momento se había detenido en medio de la calle, y miraba hacia arriba con gesto pensativo, hacia una alta construcción metálica, parecida a una torre, que se alzaba a lo lejos, en el centro de la ciudad. Kim suspiró con impaciencia. La Aguja de Duma Errans era igual que la Aguja de Duma Findias, igual que todas las Agujas de todas las dumas. Lo único que tenía de diferente era que, al igual que todo en aquella ciudad-caravana, flotaba sobre una plancha antigravitatoria y se movía con el resto de los edificios a través de los Páramos.

—¡Adam! —llamó Kim, de nuevo.

El androide se apresuró a acudir junto a ella, pero se detuvo a contemplar con interés a otro biobot igual a él, que había desarrollado un cuerpo blando, porque era un robot-niñera que llevaba a un grupo de chiquillos al colegio, agitando en el aire un montón de brazos extensibles, para poder agarrarlos en el caso de que se le escaparan. Kim exhaló un nuevo suspiro y se frotó la sien, tratando de conjurar aquel persistente dolor de cabeza. Tal vez se debiera al permanente murmullo del sistema de flotación de los edificios de la duma, pero ella no recordaba haber sufrido algo parecido en sus anteriores visitas al lugar.

Quizá fuera un efecto secundario de la radiación.

Kim se estremeció involuntariamente. La radiación común provocaba quemaduras, vómitos, caída del cabello y, a largo plazo, tumores diversos y malformaciones congénitas. Pero existían otras formas de contaminación radiactiva, probablemente tantas como experimentos fallidos, nuevos materiales altamente peligrosos... Cualquiera sabía lo que podía salir de los laboratorios de experimentación de empresas como Nemetech, Somnis o Probellum.

Kim respiró hondo y decidió que no tenía tiempo de pasar por su casa. Vio en una esquina un comunicador público y se acercó con rapidez. Introdujo su tarjeta en la ranura y marcó un número, un código secreto que solo conocían algunos de los miembros de la Hermandad Ojo de la Noche.

Enseguida, el rostro de Donna apareció en pantalla.

—¡Kim! Estábamos preocupados por ti.

«Lo dudo», se dijo ella. Pero preguntó:

—¿Has recibido noticias de TanSim?

—Sí, llegó ayer. Me ha dicho que tuvo problemas con el sistema de seguridad...

—¡Me dejó tirada! —cortó Kim, de mal humor—. ¿Tienes idea de todo lo que he tenido que pasar para llegar hasta aquí? ¡Los de Nemetech estaban sobre aviso! Y...

—Te compensaré. ¿Has traído la mercancía?

Kim casi se sintió aliviada al comprobar que, como de costumbre, Donna solo se preocupaba por el dinero y los negocios. Reconfortaba saber que, por lo menos, aún había algo que no había cambiado. La muchacha dirigió una mirada a Adam, que se había colocado junto a ella, silencioso.

—Sí, aquí está. Pero el precio ha subido.

Esperaba que Donna protestara, pero la líder de la Hermandad asintió, como si ya lo supusiera.

—¿Qué es lo que quieres?

Kim tardó unos segundos en responder, sorprendida de que Donna no regatease. «Sí que eres importante, amiguito», dijo para sus adentros, mirando a Adam. Sin embargo, decidió no tentar a su suerte, y pedir

únicamente aquello que necesitaba con desesperación. Miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca antes de decir, en voz baja:

—Sé que tienes contactos en las clínicas negras de Duma Errans...



Era un edificio normal y corriente, en apariencia. Estaba situado en el Círculo Medio, pero muy cerca del Círculo Exterior, casi en el límite. Con apenas diez plantas, era uno de los edificios más bajos de la ciudad; pero presentaba un aspecto casi idéntico al del resto de bloques de viviendas de trabajadores que se extendían por todo el Círculo Medio.

Sin embargo, cualquiera que hubiese entrado en su interior alguna vez sabía que aquel edificio no era lo que parecía ser.

Kim entró decidida, seguida por Adam, y no se amilanó cuando un imponente robot-portero le cerró el paso.

—¿A quién viene a visitar, señorita? —preguntó con voz fría y metálica.

Kim estaba demasiado cansada como para discutir con él y, además, sabía exactamente lo que tenía que contestar.

—Rex el Negro —murmuró.

En el cuerpo del androide se encendió una pequeña lucecita azul que parpadeó un poco antes de apagarse.

—Piso quinto, puerta tres, señorita.

Kim pasó por su lado sin darle las gracias.

—¿Rex el Negro es amigo tuyo? —se oyó la voz de Adam junto a ella.

—Rex el Negro no es nadie, Adam. Se trata de una contraseña.

—Contraseña —repitió el androide—. ¿Por qué se exige una contraseña para entrar aquí?

—No lo sé —mintió Kim; era la única manera de que no preguntase más—. Piso quinto —le dijo al ascensor, que le preguntaba por su destino.

Mientras subían, Kim pensó en Rex el Negro. Efectivamente había utilizado su nombre como una contraseña para entrar, pero estaba mucho de ser nadie.

Rex el Negro había sido un mercenario de Duma Findias endiabladamente bueno, que había vivido siglo y medio atrás. Había fundado la Hermandad para la que trabajaba Kim, y todos sus miembros habían aprendido a respetarlo y admirarlo como a una figura legendaria. Sin embargo, fuera del Ojo de la Noche, nadie sabía quién había sido. Para el robot-portero, su nombre no significaba nada; y para la inmensa mayoría de la gente, tampoco.

Pero para los mercenarios del Ojo de la Noche tenía mucho sentido, y por ello a menudo lo empleaban como santo y seña.

La puerta del ascensor se abrió («Que tengan un buen día, señores», les dijo con amabilidad) y Kim salió al pasillo. Dudó un momento frente a la puerta tres.

Nunca antes había estado en aquel lugar. Cuando requería de sus servicios, por lo general acudía a un centro de su confianza en Duma Findias. Ignoraba cómo sería aquel sitio donde la había mandado Donna...

—Todas las clínicas negras deben de ser iguales en todas partes —se dijo al fin.

Sin pensarlo más, abrió la puerta y entró.

La historia de las clínicas negras estaba íntimamente ligada a la historia de la Hermandad.

En las dumas, la biotecnología y la manipulación genética habían alcanzado tal grado de desarrollo que cualquier parte del cuerpo podía ser sustituida por otra artificial, que funcionaba igual, o incluso mejor, que la original. Para quien tuviera dinero, la belleza y la salud no eran algo que hiciera falta pedir a los dioses; por eso, entre otras cosas, en las dumas ya nadie creía en divinidades.

Pero para llegar a este punto habían sido necesarios varios siglos de competencia entre las distintas compañías para obtener logros cada vez más osados, para hacer posible lo imposible. Y a lo largo de este proceso había quedado fuera de los proyectos científicos gente que no daba la talla, que no era lo bastante inteligente... o lo bastante discreta.

Estos científicos, médicos y biotecnólogos muy capaces que, por unas causas o por otras, se habían visto apartados de los proyectos secretos de las corporaciones, habían buscado ejercer su profesión en otra parte. Y los

mercenarios eran una mina. Para ser los mejores, necesitaban volverse más rápidos, más ágiles y más fuertes que nadie. Esto se podía conseguir mediante implantes subcutáneos, chips y circuitos que mejoraban los reflejos, potenciaban la musculatura...

Así habían nacido las clínicas negras. Desde la clandestinidad, desarrollaban la biotecnología aplicada a un campo muy específico: defensa y ataque. Los médicos de las clínicas negras, que sabían tanto de fisiología como de robótica, podían convertir a un ser humano en una auténtica máquina de matar. Los precios eran inferiores a los de los medios oficiales del Centro, pero, aun así, no todos podían permitírselo. Solo los mejores, los que cobraban más porque realizan los trabajos más difíciles. Por tanto, incluso en la marginalidad, las clínicas negras funcionaban básicamente para una elite: la Hermandad Ojo de la Noche.

La relación entre ambas había ido estrechándose con el tiempo, hasta el punto de que ahora podía afirmarse que las clínicas negras dependían en la práctica de la Hermandad.

Mientras un amable robot-recepcionista la guiaba hasta la consulta, Kim se obligó a sí misma a tratar de relajarse. Aquel era un lugar seguro, sin duda. Nadie osaría delatar una clínica negra, porque ello supondría meterse con el Ojo de la Noche.

—Kim, ¿verdad?

La muchacha se sobresaltó ligeramente. Frente a ella se encontraba el médico, un hombre no muy alto, que exhibía una sonrisa reconfortante y unos ojos artificiales que podrían pasar por naturales, si uno no se fijaba mucho.

Los médicos de las clínicas negras solían ser gente bastante normal. Algunos de ellos pertenecían a las clínicas por deseo de seguir realizando su oficio; otros, por dinero; otros, porque no tenían más remedio; y algunos, por resentimiento contra las corporaciones y la gente del Centro en general. A simple vista parecían médicos o científicos corrientes. Por lo que Kim sabía, no les quitaba el sueño saber que trabajaban para mercenarios porque, al menos, sabían para quién trabajaban, mientras que a veces la finalidad de sus experimentos en las megacorporaciones no quedaba del todo clara.

Pero Kim no conocía a aquel médico en concreto, y en su situación no sabía a qué atenerse.

La puerta se cerró tras ellos, y Kim paseó su mirada por la estancia. La consulta del médico podría haber sido una habitación de un hospital cualquiera, de no ser por lo que había en las estanterías: ojos, manos, brazos... que parecían humanos, pero que, con toda seguridad, eran miembros artificiales. Junto a las medicinas y los útiles estrictamente médicos había objetos que parecían salidos de un taller de robótica; todas las cosas estaban estrictamente catalogadas por tipos, y los chips no se mezclaban con las extremidades artificiales, ni estas con las medicinas. En el centro de la estancia había una camilla y un par de sillas; a la derecha, un pequeño aseo... Un biobot enfermero se movía de un lado a otro de la habitación, levitando sobre su propio sistema de flotación y ordenando los objetos de las estanterías con un cuidado y una precisión milimétricos.

Kim tomó asiento sobre la camilla y se obligó a sí misma a relajarse, pero no pudo evitar que la voz le temblara levemente cuando le explicó su situación al médico. El hombre frunció el ceño y apartó las vendas del brazo de Kim. Sus manos emitieron un levísimo zumbido, y Kim supo que se trataba de manos artificiales. Eso le dio una cierta confianza; las manos artificiales no temblaban y, a la hora de realizar cualquier tipo de operación quirúrgica, actuaban con bastante más rapidez y exactitud que unas manos naturales. Un médico con unas manos artificiales era una garantía de profesionalidad, pero no todos podían permitírselo; aquello significaba que aquel especialista era bueno, muy bueno.

La piel del brazo de Kim quedó al descubierto, y la joven se dio cuenta entonces de que la mutación se había extendido más de lo que esperaba. Contuvo el aliento mientras el médico se acercaba más para examinarla con atención. Sus ojos cambiaron levemente, con un suave zumbido, y la mercenaria supuso que aquellos sentidos artificiales estaban dotados de un «modo microscopio».

—He visto esto antes —dijo el médico al cabo de un rato que a Kim se le hizo eterno.

La joven lo miró con un brillo de esperanza en sus ojos azules, habitualmente duros como la piedra. Sin embargo, él no añadió más.

—AC-76210-T —llamó, y el biobot enfermero acudió a su lado de inmediato—. Tráeme una caja de bandas con el suero inhibidor F-57-K.

El biobot se alejó un momento para cumplir la orden, y el médico se volvió hacia Kim.

—Se trata de un tipo especialmente agresivo de mutación —le explicó—. Está producido por una sustancia muy tóxica que, debido a los peligros que entraña para la salud, ya no se fabrica.

—No me venga con monsergas —le espetó ella—. Usted trabaja en una clínica negra; dígame algo que se salga fuera de la versión oficial.

—Está bien, está bien. Oficialmente, ya no se fabrica. Pero en realidad resulta que es un componente básico de las armas de los robots basureros del Círculo Exterior.

Kim abrió la boca, tratando de reprimir su indignación. El término «robot basurero» era un eufemismo de Nemetech para referirse a los poderosos androides asesinos que de vez en cuando hacían «limpieza» en los suburbios de las dumas.

—Cómo no, Nemetech está detrás de esto —murmuró—. Bueno, eso podrían considerarse buenas noticias: significa que, si fabrican esa sustancia, también tendrán un antídoto, por si se produce un escape de radiación, ¿no?

El médico no contestó. Sostenía entre las manos una ancha banda de tela elástica que le acababa de entregar su biobot enfermero.

—Extiende el brazo, por favor.

Kim obedeció. El médico comenzó a enrollarle la banda en torno al brazo, a modo de venda, cubriéndole la parte de piel que había empezado a mutar. La joven notó enseguida que algo líquido se extendía sobre la zona herida, y se sintió un poco mejor.

—Esta banda —explicó el médico—, contiene un suero capaz de retrasar los efectos de la mutación. Entra en el cuerpo por vía cutánea, así que solo tienes que aplicarte una cada mañana...

—Espere —cortó Kim—. ¿Ha dicho «retrasar»? ¿Quiere decir eso que no se puede curar por completo?

El médico negó con la cabeza, pero no se atrevió a mirarla a los ojos.

—Lo siento; no existe cura conocida.

Kim se levantó de un salto con un rugido, agarró al médico por el cuello del traje y lo levantó en el aire como si fuese una pluma.

—¡Está mintiendo! Tiene que existir alguna cura, sobre todo si esto lo ha creado Nemetech.

—¡He dicho la verdad! —jadeó el hombre—. Es un proceso imparable. Este suero es todo lo que hay para combatirlo.

Kim soltó al médico, ceñuda.

—¿Y cuánto tiempo tendría antes de mutar completamente? —preguntó.

—Usando el suero de manera regular... unos tres años, más o menos.

Kim trató de serenarse, mientras su mente buscaba una solución alternativa. Seguía estando convencida de que tenía que existir una cura, en alguna parte; era posible que Nemetech hubiese logrado ocultarlo a los hackers de las clínicas negras, pero tres años eran un periodo de tiempo razonablemente extenso para encontrarlo.

—El tratamiento será caro, supongo —murmuró.

El médico asintió con gravedad. Había retrocedido unos pasos, por si acaso.

—Muy caro. Pero tu patrona está dispuesta a financiártelo.

Los dedos de Kim se crisparon casi involuntariamente.

—¿Por qué querría Donna hacer eso por mí?

—Por lo que he podido comprobar —murmuró el médico—, tu cuerpo está tan biotecnológicamente mejorado que debe de ser una auténtica máquina de matar. Doy por hecho que, a pesar de tu juventud, debes de ser muy buena en tu trabajo...

Kim respiró hondo. Ya veía clara la jugada de Donna: la ayudaría, sí, pero, a cambio, Kim dependería de ella hasta el final. En el momento en que la muchacha osara desobedecer a su jefa, o volverse contra ella, Donna no tendría más que interrumpir el suministro del suero...

Y aun así, a pesar de todo, Kim nunca volvería a ser una chica normal.

Miró al médico, ceñuda, pero parecía que el hombre decía la verdad y no sabía nada más.

—Gracias por todo —dijo con cierta brusquedad—. Póngame un paquete de esas vendas y pásese la factura a mi jefa.

El médico asintió, aliviado; parecía que la arisca mercenaria no iba a intentar matarlo o, por lo menos, no aquel día.

De muy mal humor, Kim salió de la clínica negra sin mirar atrás, siempre seguida por Adam.

—¿A dónde vamos ahora? —quiso saber el biobot.

—Tengo una cita —respondió Kim con un tono que daba a entender que no le apetecía lo más mínimo seguir hablando.



Apenas dos horas después entraba en el bar de Pietro. Aún seguía con un humor de perros, pese a que había pasado por su casa para ducharse y arreglarse un poco y, de paso, cambiar sus pantalones cortos por otros largos y ceñidos, que le cubrían las piernas; acababa de descubrir un nuevo principio de mutación en la pantorrilla. Desafortunadamente, en el armario de su apartamento de Duma Errans no guardaba nada de manga larga que pudiese cubrirle los brazos, de manera que se había visto obligada a envolverlos con las vendas del botiquín, y no quedaba tan mal. «Puede que inicie una nueva moda», se dijo a sí misma, con amargura, pero decidida a comprar una chaqueta o algo que se le pareciese con el dinero que le diesen por el biobot.

Después se había conectado a la red para tratar de localizar a la única persona que podía ayudarla en aquellos momentos. Y lo había encontrado. Él estaba ahora en Duma Murias, y sí, aceptaría reunirse con ella. Habían quedado para dos semanas más tarde, que era para cuando la caravana de Duma Errans tenía previsto pasar por Duma Murias.

Se frotó la sien una vez más, harta de aquel incesante dolor de cabeza, mientras recorría con la mirada los rincones más oscuros del bar de Pietro. Un grupo de conocidos la saludó desde una de las mesas, y Kim respondió con una inclinación de cabeza. Un par de pandilleros con aspecto de estar colgados se la quedaron mirando, pero a Kim no le preocupó. Sabía que podía librarse de los dos a la vez en un segundo y sin despeinarse.

Se acodó sobre la barra.

—¿Qué hay, Kim? —la saludó Pietro—. Llevabas tiempo sin pasar por aquí.

—He tenido trabajo —replicó la joven, rehuyendo su mirada; en cierto modo, el dueño del local era un mutante... y ella ahora también.

—Donna te está esperando.

—Que espere. Ponme un trago de lo de siempre.

Pietro sonrió; momentos después, Kim apuraba un vaso lleno de un líquido de color morado bastante fuerte. Cerró los ojos y respiró hondo. No se encontraban cosas así en los Páramos, ni siquiera entre los víveres del equipo de comestibles de Tong-Pao. Se despidió de Pietro y, seguida de Adam, entró en el reservado, con decisión.

Efectivamente, Donna la estaba esperando. Pero no solo ella. Allí estaban también TanSim (Kim le disparó una mirada asesina, pero el mercenario se limitó a sonreírle con cierto cinismo y a encogerse de hombros), un par de matones de la Hermandad y un tipo alto, vestido de gris y con el rostro oculto tras una capucha. Kim lo miró con desconfianza.

—Bienvenida —saludó Donna, de buen humor—. ¿Vamos a poder cerrar el trato por fin?

Kim se apartó un poco para que Donna pudiese ver a Adam, que la seguía muy de cerca. Se sentó a la mesa, frente a Donna y el individuo embozado, y dirigió a su jefa una mirada penetrante y sombría. Ella fingió no darse cuenta.

—De modo que este es el androide que os ha causado tantos problemas, ¿eh? —comentó la líder de la Hermandad, mirando a Adam con curiosidad.

—¿Qué tiene de especial? —preguntó Kim.

—No se te paga para hacer preguntas —replicó el tipo encapuchado.

Kim lo fulminó con la mirada. La voz de aquel tipo le resultaba muy familiar, pero no recordaba haber tratado antes con alguien que fuera capaz de irritarla con una sola frase.

—No sé quién eres —dijo, conteniendo la ira—, pero, después de todos los problemas que me ha causado este biobot, estoy segura de que tengo derecho a hablar.

—Se te pagará convenientemente.

—Eso espero. —Kim no estaba acostumbrada a tratar con clientes tan engreídos—. De todas formas, ¿quién eres tú? Tu voz me suena.

El hombre encapuchado tardó un poco en responder. Cuando lo hizo, dijo simplemente:

—Trabajo para la Seguridad de Nemetech.

Kim se echó hacia atrás, sorprendida. ¿Qué diablos significaba aquello? ¿Nemetech había pagado al Ojo de la Noche para robar un biobot de sus propias instalaciones? Se llevó una mano al cinto, por si acaso se trataba de una trampa. Pero Donna se apresuró a aclarar:

—El cliente que pagó por robar el androide... no pagó tanto como Nemetech para recuperarlo.

Kim respiró hondo, pero no bajó la guardia. Era habitual que la Hermandad traicionase a sus clientes por dinero, vendiendo sus servicios al mejor postor. Desde el principio había estado claro que quien emplease a la asociación para robar a Nemetech tendría que pagar sumas astronómicas para asegurarse de que el objeto robado llegase a sus manos. En aquella misión, sin embargo, Kim habría apostado a que el cliente original obtendría lo pactado, ya que, ¿por qué iba a molestar a Nemetech en pagar tanto dinero para recuperar un simple biobot?

—Eso explica algunas cosas —dijo con cautela—, pero no todo. ¿Qué es exactamente este montón de circuitos?

—Una unidad defectuosa que puede resultar muy peligrosa para todos —dijo Donna.

Kim miró a Adam, pensativa. El biobot se erguía junto a ella, en silencio, moviéndose adelante y atrás sobre sus nuevas ruedas todoterreno.

—¿En serio? Pues yo diría que es incapaz de matar una mosca. Y, de todas formas, ¿desde cuándo Nemetech se preocupa por la seguridad de la gente?

Donna frunció el ceño, y el hombre de Nemetech gruñó. Kim añadió:

—¿Qué vais a hacer con él?

—Lo que se hace con cualquier unidad defectuosa —replicó el encapuchado—: desmantelarla.

Parecía lógico, pero había cosas que Kim no terminaba de entender. Iba a preguntar algo más cuando un agudo quejido resonó por la habitación.

—¿¡Desmantelación!?

Era el propio Adam. Todos se quedaron sorprendidos un momento, mientras el androide chillaba:

—¡¡No, por favor, no, por favor, no, por favor...!!

—Haz que se calle ese trasto, Kim —pudo decir Donna al fin.

—Porfavorporfavorporfavorporfavorporfavor...

Kim miraba a Adam, perpleja. Los biobots no intervenían en las conversaciones de los seres humanos, a no ser que estos se dirigiesen expresamente a ellos. Y, por supuesto, ninguno de ellos suplicaba por su vida... o lo que quiera que tuviese un ser artificial.

Impresionada, Kim se volvió de nuevo hacia Donna y su misterioso acompañante y preguntó:

—¿Y no se lo puede reprogramar?

—Mis órdenes son muy claras al respecto —replicó el de Nemetech.

Adam seguía diciendo «porfavorporfavorporfavorporfavor», y Donna, fastidiada, se levantó y se acercó a él buscando el botón de desconexión. El androide retrocedió un poco y, para su sorpresa, Kim se levantó de un salto para protegerlo.

—¡Espera! Tiene que haber una solución. Este androide es extraordinario, ¿cómo sabéis que puede resultar peligroso?

—Kim... —dijo Donna, con un tono de advertencia en su voz.

Kim intuyó que las cosas estaban poniéndose feas. Podía entregar el androide y cobrar su recompensa, y tratarse con el suero que retrasaría los efectos de la mutación, dependiendo así de la generosidad de Donna para el futuro... O podría...

Nemetech... Aquel nombre resonó en la mente de la joven, que recordó lo que el médico le había dicho acerca del material radiactivo que la estaba convirtiendo, lenta pero inexorablemente, en un monstruo. Nemetech producía aquella sustancia maldita, Nemetech era la responsable de todos sus problemas... Y, si Nemetech quería destruir a Adam, ¿no sería que Adam tenía la clave para destruir a Nemetech?

Su cerebro había trabajado con rapidez y, en apenas unas décimas de segundo, mientras Donna avanzaba hacia ella, el hombre de Nemetech se levantaba de un salto y TanSim dirigía una mirada de circunstancias a los matones que guardaban la puerta... en el mismo momento en que sucedía todo eso, Kim supo lo que iba a hacer a continuación.

Desenfundó el arma con la rapidez del rayo y disparó... contra el cristal de la ventana.

Todos sacaron sus armas de inmediato, pero la muchacha ya había agarrado a Adam y, de un poderoso salto, se lanzaba hacia el exterior...

—¿Qué diablos está haciendo? —aulló TanSim.

—¡¡¡Aaaaaahhhhhhhhhh!!! —chilló Adam, mientras Kim y él caían desde la ventana...

—¡Cogedlos! —gritó Donna, pero sus mercenarios ya se habían lanzado a la caza de Kim y saltaban por la ventana tras ella.

Momentos después reinaba el silencio en el reservado. Donna se quedó en el sitio, temblando de rabia, mientras el encapuchado seguía sentado frente a la mesa. Tras el embozo se distinguía la inconfundible sonrisa de Duncan el Segador.

—¿Y tú qué miras? —dijo ella, de mal humor.

—Parece mentira que seas una profesional, Donna... —comentó él, con guasa.



Kim se ocultó en el portal de uno de los edificios flotantes y se asomó cautelosamente para comprobar que había despistado a sus perseguidores.

—Debo de estar loca —murmuró a media voz—. ¡Me lo he jugado todo por un maldito robot! Mi recompensa, mi trabajo, mi única esperanza de curación...

Se calló súbitamente, y se recordó a sí misma que lo que le había ofrecido el médico no era una curación. No; después de todo lo que había pasado, Kim no estaba dispuesta a mover un dedo por Nemetech, la compañía responsable de su desgracia, que presumiblemente ocultaba el antídoto al proceso mutativo...

—Gracias por salvarme.

La voz de Adam la sobresaltó, y Kim se volvió hacia él, dirigiéndole una dura mirada.

—Cierra el pico. Te he salvado para vengarme de Nemetech, nada más.

—Y porque el Ojo de la Noche te ha traicionado —dijo una voz cerca de ella, una voz que conocía muy bien—. Sabes que Donna vendería a su madre por echarle el guante a la recompensa que Nemetech ha prometido a cambio

del biobot. Sabes que tiene contactos con los mutantes de los Páramos, y sabes que tenía que asegurarse de que volvías.

Kim miraba a todas partes, con el arma a punto y todos los músculos en tensión, hasta que lo vio: el hombre de Nemetech avanzaba hacia ella con paso tranquilo. Kim lo apuntó con el arma, y la Sombra se detuvo.

—¿Se puede saber quién eres?

Lentamente, el enviado de Nemetech se retiró la capucha que cubría sus rasgos, descubriendo un desordenado cabello gris, un rostro duro y pétreo, una cicatriz en la mejilla, un mentón firme y unos ojos penetrantes como los de un águila.

Kim se quedó sin aliento.

—Duncan... —pudo decir finalmente.

Duncan el Segador, su amigo, su maestro, la persona que la había enseñado a ser una de las mejores en su trabajo. Duncan, a quien todos daban por muerto.

—¡Eres tú! —exclamó la joven, y saltó del portal de la casa flotante para correr hacia él—. Duncan, no puedo creer que estés vivo. Todos pensábamos que...

Se detuvo bruscamente a escasos metros de su amigo. Él la estaba apuntando con un arma de neutrones.

—No des un paso más, Kim —le advirtió.

—Pero ¿qué...?

—El androide, Kim. Ahora.

—Noporfavorporfavorporfavorporfavor...

—Tranquilo, Adam —dijo Kim con lentitud, sin apartar la mirada de Duncan el Segador—. Somos amigos, no va a dispararme. Seguro que hay una manera de solucionar esto y...

Pero Duncan disparó. El cuerpo de Kim reaccionó instintivamente, pese a que ella no esperaba aquel ataque, y se apartó a un lado. El disparo le impactó en el hombro, quemó la cobertura protectora de su ropa y la hirió dolorosamente. Kim se incorporó, tambaleándose. Otro disparo acertó en el arma que sostenía, y ella la soltó. La joven dirigió una mirada horrorizada al hombre de Nemetech, mientras se oía, de pronto, una misteriosa melodía sobrenatural.

—Tú y yo éramos... amigos... —murmuró Kim—. No puedes matarme.  
El Segador sonrió.

—¿Quieres apostar?

Kim tensó de nuevo los músculos, dispuesta a saltar sobre él, pero sabiendo que Duncan la mataría antes de que pudiese rozarle siquiera.

De pronto se oyó una especie de agudo chillido que no parecía humano, y hubo una gran explosión de luz... Duncan y Kim se protegieron los ojos con las manos, pero la muchacha reaccionó más deprisa. Aprovechando el momento de confusión, se lanzó hacia un lado, fuera del alcance del arma del Segador, hacia Adam...

Duncan disparó, pero no llegó a acertarle. Aún deslumbrado por aquel misterioso estallido de luz, corrió hacia Kim, tratando de alcanzarla... pero no lo logró. Miró a su alrededor, desconcertado.

La joven mercenaria y el biobot habían desaparecido por las estrechas calles del Círculo Exterior de Duma Errans.

Duncan el Segador lanzó un grito de rabia y frustración.

**FUENTE DE VIDA**

Adam estaba confuso, todo lo confuso que puede estar un robot cuando los datos que procesa son insuficientes para emitir un análisis detallado de la situación en la que se encuentra. A pesar de ello, aún estaba lo bastante lúcido como para darse cuenta de que Kim se encontraba de muy mal humor.

Después de haber esquivado a Duncan el Segador en el Círculo Exterior de Duma Errans, Kim había robado un vehículo deslizador y, sin molestarse en pasar por su casa, que suponía estaría vigilada por los cuatro costados, había hecho lo único que le quedaba por hacer: abandonar la ciudad y volver a adentrarse en los Páramos, emprendiendo el viaje a Duma Murias por su propia cuenta y riesgo, y antes de lo previsto.

Ahora el vehículo flotante avanzaba por entre las nieblas de aquel lugar desolado, dejando atrás Duma Errans, y Kim no había pronunciado una sola palabra desde que escaparan de la ciudad.

Por fin despegó los labios para preguntar, con voz ronca:

—¿Cómo lo has hecho?

—¿Qué? —preguntó el biobot a su vez.

—No te hagas el tonto, lo sabes perfectamente. Estabas cantando, o algo parecido, y, cuando Duncan iba a disparar, gritaste... y apareció una marca muy extraña en tu frente... Y esa explosión de luz... —Sacudió la cabeza—. ¡Demonios, Adam! Tú provocaste eso. Yo lo vi, y Duncan también. ¿Cómo lo hiciste?

Adam guardó silencio un momento, mientras reorganizaba todos sus datos y los cotejaba con la nueva información.

—No lo sé —confesó por fin.

—No digas tonterías, tienes que saberlo.

—Negativo. Busco respuestas en mis programas de actuación, pero ninguno de ellos contempla la posibilidad de una reacción parecida. Probablemente fue un fallo de sistema.

Kim movió la cabeza, no muy convencida. Estaba empezando a preguntarse si por una vez Nemetech tenía razón, y Adam era en efecto «una unidad defectuosa que podría resultar peligrosa para todos».

Cerró los ojos un momento, tratando de pensar. Acababa de tirar por la borda su última esperanza de curación. Con el suero que le habría proporcionado Donna habría obtenido tres años de plazo para encontrar una cura definitiva. Ahora no tenía idea de cuánto tardaría la mutación en completarse, pero el plazo de tiempo sería mucho menor.

Solo tenía a alguien a quien pudiera acudir, aquel con quien se había citado en Duma Murias para dos semanas más tarde. No esperaba que él la ayudara por compasión, pero Kim todavía tenía algo de dinero y además suponía que, de paso, podría pedirle que averiguara algo sobre Adam. Estaba convencida de que aquel misterio lo intrigaría tanto como a ella.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó el androide.

—A Duma Murias —respondió Kim—. Conozco a alguien allí que tal vez pueda ayudarnos a ambos. —Hizo una pausa, y después añadió, pensativa—: Es ciberpirata, y eso significa que tiene acceso a toda la información de las dumas.

—Fin de trayecto —dijo una voz cibernética.

Kim asintió. No la sorprendía. No era la primera vez que un vehículo se negaba a avanzar más cuando se alejaba de la duma. Detuvo la máquina y bajó al suelo de un ágil salto. Adam aterrizó a su lado. La joven se volvió para mirar las sombras de Duma Errans, que quedaban ya muy atrás. La Aguja apenas se distinguía entre las brumas. Aquella esbelta construcción de acero y cristal era la responsable de la coordinación de todos los robots de la duma, y Kim acababa de descubrir algo más.

—Imagino que los vehículos también captan los ultrasonidos de la Aguja —murmuró—, y por eso no funcionan lejos de la duma. Entonces —añadió, mirando a Adam—, ¿por qué tú sí?

El androide no dijo nada. Parecía bastante perplejo, y Kim decidió no marearlo más. Se ajustó las vendas, solo para comprobar que la extensión de la piel enferma no disminuía (pero tampoco aumentaba, se dijo, esperanzada), y entonces descubrió algo que la llenó de inquietud.

El tatuaje que la señalaba como miembro de la Hermandad Ojo de la Noche había desaparecido.

Kim suspiró casi imperceptiblemente. Aquel no era un tatuaje corriente. Al hacérselo le habían implantado un chip subcutáneo que lo mantenía activo. El hecho de que el dibujo ya no fuera visible solo podía significar una cosa: Donna la había declarado oficialmente expulsada de la Hermandad. Aquello quería decir que era una proscrita para los suyos. Había traicionado al Ojo de la Noche y, seguramente, habrían puesto precio a su cabeza.

Kim decidió no pensar más en ello. No era la primera vez que desobedecía órdenes directas de Donna, pero ella siempre había acabado por hacer la vista gorda porque, a pesar de todo, Kim seguía siéndole útil.

Estaba claro que ya no lo era.

Kim se cargó a la espalda su pequeña mochila (había tenido la precaución de llenarla de comestibles antes de huir de Duma Errans) y echó a andar con resignación. Sentía que la historia se repetía: de nuevo perseguida, de nuevo huyendo de una duma, de nuevo perdida en los Páramos con un biobot un poco paranoico.

Caminaron juntos durante un par de horas, sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra. Hasta que, de pronto, de la cabeza de Adam emergió un pequeño apéndice que se elevó tres o cuatro metros por encima de su cuerpo.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Kim, activando a su vez sus prismáticos biomecánicos.

Lo detectaron prácticamente al mismo tiempo: un charco de aguas humeantes, en torno al cual, por imposible que pudiera parecer, habían crecido algunos árboles de tronco ennegrecido, ramas retorcidas y formas y colores inverosímiles: árboles mutantes que se alimentaban de aquel pozo contaminado por residuos radiactivos.

—Un oasis —murmuró Kim—. Alejémonos de ahí, Adam. No es un buen sitio para...

Se detuvo al comprobar que el androide no le hacía caso y echaba a rodar alegremente hacia el charco.

—¡Eh! —gritó Kim.

Fue entonces cuando descubrió que, a la orilla de la charca, había alguien vestido con ropajes de color blanco.

—Oh, no —murmuró—. Ella otra vez, no.

Era obvio que Adam no pensaba como su propietaria, porque avanzaba hacia la figura de blanco, con intención de saludarla, por lo menos. Con un suspiro de resignación, Kim echó a correr tras él.



Keyko había llegado a la charca momentos antes, atraída por la silueta de los árboles, pero se había detenido a pocos pasos, horrorizada. Ahora estaba acuclillada junto a aquel líquido pestilente, maravillada de que algo hubiese podido crecer allí, y admirando, una vez más, el poder creador de Tara.

Había cogido, con ciertos reparos, una ramita del suelo, y la introdujo en el agua, o lo que fuera. La sacó completamente calcinada y echando humo.

—Menuda porquería —comentó para sí misma, con un suspiro.

Había llegado allí con la esperanza de poder lavarse un poco; gracias a la magia había logrado que el agua que había traído consigo desde las montañas le durase todo el viaje, pero ni siquiera el agua mágica era inagotable. Keyko suspiró de nuevo y se inclinó un poco sobre la charca, para examinar su situación. Echó mano de su saquillo de piezas rúnicas y rebuscó en su interior.

Entonces escuchó algo moverse por el suelo agrietado, y se volvió rápidamente. Se trataba de un ser artificial; se parecía a Adam, pero era algo más alto, y se movía sobre ruedas todoterreno. Keyko no se movió, mientras el androide se acercaba a ella.

—Me alegro de volver a verte —dijo él, y Keyko supo entonces que, en efecto, se trataba de Adam, que había crecido... casi como un niño humano.

—Yo también me alegro —dijo ella sonriendo, pero algo incómoda—. ¿Dónde está tu amiga, la urbanita?

Adam se dio la vuelta, y Keyko vio entonces a Kim, que se mantenía algo alejada y la miraba con cara de pocos amigos. Keyko sonrió para sí misma.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó entonces Adam.

—Voy a intentar purificar el agua.

Extrajo de su saquillo la pieza que correspondía a la runa del agua y la miró con fijeza; aunque aquello no era necesario, porque conocía todas las runas a la perfección, recurrir a la pieza rúnica antes de hacer una invocación la ayudaba a concentrarse.

—Aparta un momento —le dijo al biobot.

Este retrocedió un poco. Keyko juntó las manos y cerró los ojos para que nada la distrajera. Visualizó en su mente la imagen de la runa Laguz, la runa del agua, y se concentró en sentir la fuerza mágica recorriendo todo su cuerpo. Entonó el cántico que abriría sus sentidos internos a la magia de las runas y enseguida sintió la energía de Tara fluyendo por sus venas. Abrió lentamente las manos. Sin necesidad de verlo sabía que entre ellas había aparecido un símbolo luminoso que representaba la runa del agua:



Extendió las palmas hacia adelante y sintió que el poder de la runa se transfería a las aguas contaminadas del estanque...

Cuando acabó estaba cansada, pero un vistazo le bastó para comprobar que la invocación había tenido éxito: el agua de la charca era ahora pura y cristalina, y Keyko sabía que no se trataba de una ilusión. Incluso lejos de Mannawinard el lenguaje de las runas transmitía todo el poder de Tara, para aquel que supiese hablarlo y entenderlo.

—¡Eh! —dijo entonces una voz sorprendida tras ella—. ¿Qué has hecho con el agua?

Keyko se volvió. Allí seguía Kim, mirándola con desconfianza.

—Solo la he limpiado.

—Pero ¡si ahora no tiene color!

—¡Claro que no! El agua no debe tener color. ¿O es que en las dumas sí lo tiene?

—Pues claro: el agua es roja, verde, amarilla, azul...

Keyko la miró, sin dar crédito a sus oídos, convencida de que la mercenaria le estaba tomando el pelo. Pero Kim estaba completamente seria, e incluso parecía que le molestaba que el agua de la charca fuese incolora.

—¿Por qué los urbanitas tenéis que transformarlo todo? Parece como si odiaseis las cosas tal y como son.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó entonces Adam.

Keyko se volvió hacia el androide, dudosa, y descubrió en él una expresión de auténtica curiosidad.

—Lo he hecho gracias a la magia de las runas —le explicó.

—Define «runas».

—Adam... —dijo Kim, impaciente, pero no se atrevió a acercarse más a la charca de agua transparente.

Keyko sonrió, y sacó un puñado de piezas rúnicas de su saquillo.

—¿Ves esto? Son runas, los signos del lenguaje de Tara. Cada una de ellas tiene un nombre distinto, y canaliza un poder diferente. ¿Entiendes?

—Afirmativo. Tú posees las runas, los signos del lenguaje de Tara, que canalizan...

—¡No! —Keyko se echó a reír—. Esto solo son piezas de madera talladas. Las auténticas piedras rúnicas están desperdigadas por Mannawinard, en poder de los grandes magos. Pero cualquiera que conozca el lenguaje de Tara y sepa cómo utilizarlo puede invocar su poder. Aunque las verdaderas piedras rúnicas no estén físicamente en nuestras manos, los resultados de la invocación son similares... aunque en un grado mucho menor, claro está.

—Has invocado la magia de una piedra rúnica a través de esa pieza de madera... para purificar el agua —resumió Adam.

—Eso se hace mediante la runa Laguz, que es la runa del elemento Agua. —Keyko le mostró la pieza rúnica correspondiente—. Como ya te he dicho antes, esto es solo madera tallada, sin ningún poder en especial; pero cuando la empleo en una invocación, en realidad estoy canalizando el poder de la auténtica piedra rúnica Laguz, que se halla en algún lugar de

Mannawinard. Cualquiera que posea esa piedra rúnica, Adam, podrá hacer bastantes más cosas que purificar el agua, te lo aseguro. Además, Laguz no es una runa cualquiera. Forma parte del sistema de las Cinco Piedras Rúnicas Elementales, Aire, Agua, Tierra, Fuego y Luz, que condensan los mayores poderes de Mannawinard y la diosa Tara.

—Basta ya de chácharas —interrumpió Kim, impaciente—. Deja de llenarle la memoria de tonterías, Keyko. Yo también me alegro de verte, pero tenemos prisa... Andando, Adam.

Keyko se quitó la capa y la miró, sonriente.

—¿No te quedas para tomar un baño?

—¿En ese agua mágica? —Pronunció la palabra «mágica» con horror y repugnancia—. No estás bien de la cabeza.

Keyko no la escuchaba. Se despojó de la túnica y, antes de que Kim pudiese añadir nada más, se lanzó de cabeza al agua.

La mercenaria se apartó para que no la alcanzase la salpicadura, y se volvió para ver si Keyko seguía entera, solo por curiosidad. La cabeza de la chica asomó enseguida en la superficie de la charca.

—¡Vamos, no te hagas de rogar! —dijo—. El agua está estupenda, ya ves que no me ha pasado nada por bañarme.

—Ya me lo dirás mañana —replicó Kim, todavía sin fiarse.

Pero tenía que admitir que, si Keyko se hubiese lanzado al agua en el estado en que se hallaba la charca antes de su hechizo, habría muerto de forma instantánea.

—Venga, no seas quisquillosa —insistió Keyko—. Te sentará bien relajarte un poco.

Kim sonrió levemente, y dio media vuelta para marcharse.

—¡Espera! —la llamó entonces Keyko.

Kim se volvió. La muchacha se había acodado en la orilla del estanque, y la miraba con fijeza.

—Te sangra el hombro, Kim. ¿Estás herida?

—Sí —gruñó ella, a regañadientes—. Por eso he de marcharme cuanto antes, para llegar a Duma Murias antes de que pierda demasiada sangre.

—Yo puedo curarte con mi magia, si no es muy grave.

Kim sintió que la invadía la ira. ¿Por qué aquella mocosa estaba siempre empeñada en echarle una mano? ¿Por qué metía las narices donde no le importaba?

—Eso no es asunto tuyo —replicó, de mal talante—. Y además sabes que no confío en la magia.

—Como quieras —replicó Keyko, encogiéndose de hombros—. Alcánzame la túnica, por favor...

—Sal del agua y cógela tú misma —replicó Kim, pero Adam, servicial, ya rodaba hacia la prenda de Keyko.

Kim se apresuró a correr tras él y a arrancarle la túnica de las pinzas.

—No te acerques al agua, Adam. Si te caes...

—¿... mi túnica, Kim?

Kim se volvió hacia Keyko, que la esperaba, aún en la orilla, mirándola con curiosidad.

—Acércamela, Kim, por favor. Te prometo que no voy a usar la magia contigo si tú no quieres.

La mercenaria exhaló un suspiro y se aproximó a la orilla del estanque, con recelo. Keyko alargó la mano izquierda para coger la túnica pero, a la vez, con la derecha hizo un rapidísimo movimiento, agarró a Kim por el tobillo y... en menos de un segundo, la joven había caído al agua con un grito y un sonoro chapoteo.

Keyko la aferró del brazo para tirar de ella hacia arriba, porque se hundía.

—Vaya, cuánto pesas. Nadie lo diría, ¿sabes?

Kim estaba demasiado enfadada como para explicarle que los implantes que llevaba por todo el cuerpo, invisibles desde el exterior, eran los responsables de que pesase diez kilos más de lo que debería. Abrió la boca para respirar y se miró rápidamente las manos.

Todo parecía estar en orden, se sentía bien, el agua tratada con magia no parecía tener efectos negativos sobre ella. Se volvió hacia Keyko.

—Pero ¿tú qué te has creído?

Se lanzó hacia ella, furiosa, pero se detuvo, perpleja, al ver que la chica metía la cabeza bajo el agua para reaparecer unos metros más allá. Le sacaba la lengua.

—¡No me coges, no me coges!

Kim parpadeó, sorprendida. Keyko se estaba portando como una niña juguetona, pero de todas formas Kim quería darle su merecido, porque estaba harta de ella.

De modo que chapoteó en el agua, intentando cazar a Keyko, que nadaba y reía, al parecer sin advertir la furia de su compañera.

Y antes de que se diera cuenta, Kim estaba jugando también. Al cabo de un rato de chapuzones, ahogadillas y salpicaduras, el enfado de la mercenaria había desaparecido como por encanto, y durante unos momentos logró olvidarse de todos sus problemas, sintiendo por dentro algo que no había sentido jamás, una alegría infantil que nunca había conocido, porque para ella, igual que para muchos niños en las dumas, no había existido la infancia.



No muy lejos de allí, TanSim y Duncan el Segador observaban la escena apostados tras una pequeña loma. El primero se había tumbado boca abajo sobre el suelo arenoso y espiaba a las chicas a través de unos pequeños prismáticos. La Sombra, por el contrario, estaba de pie junto a su compañero, inclinado hacia adelante, con el pie apoyado sobre una enorme roca y los brazos cruzados sobre la rodilla. No le hacían falta los prismáticos, porque tenía un mecanismo similar implantado en sus propios ojos.

—¿Nos acercamos más? —preguntó TanSim.

—Nos detectarían —replicó el otro; su sistema visor implantado se retrajo de nuevo—. ¿Qué pasa? ¿Es que no eres capaz de acertarle desde aquí?

TanSim sonrió.

—Claro que sí. Y sin implantes en los ojos, Duncan.

Apartó los prismáticos y rebuscó en su maletín de material hasta extraer las tres piezas de un fusil de asalto ligero y manejable, con una mira automática que mediría la distancia al milímetro.

El Segador aguardó con paciencia mientras TanSim lo montaba.



Kim se volvió hacia todas partes, en busca de Keyko, pero ella parecía haber desaparecido. En aquel momento de respiro en medio del juego, la joven recordó de pronto quién era y dónde se encontraba. Frunció el ceño, sacudió la cabeza y se dirigió de nuevo hacia la orilla. Pero entonces, de pronto, alguien la agarró por detrás.

—¡Te tengo!

Era la voz de Keyko. Kim gritó e intentó sacársela de encima. Y lo logró, pero parte de la venda que le cubría el brazo se separó de ella también. Kim no se dio cuenta. Gruñendo por lo bajo, siguió su camino hacia la orilla.

Se detuvo cuando oyó la voz de Keyko, asombrada, asustada, vacilante:

—Kim...

Ella se volvió.

—¿Qué es lo que pasa?

Y entonces vio el trozo de venda en las manos de Keyko, y vio sus ojos fijos en su brazo.

—Tu piel, Kim... —susurró ella, casi sin aliento—. Está... cambiando.

Kim sintió una oleada de pánico. Era más fácil ignorar sus problemas si sabía que solo los conocía ella.

—Déjame en paz —dijo con dureza.

Salió del agua de un salto, con la ropa chorreando. El juego se había terminado. Kim volvía a ser Kim, una mercenaria perseguida y acorralada, no solo por Nemetech, sino también por sus propios compañeros; una chica que en poco tiempo acabaría convertida en un ser monstruoso.

—¿Vas a Duma Murias a curarte? —preguntó entonces Keyko.

—No es asunto tuyo.

Keyko no replicó. Kim rebuscó en su mochila en busca de otra venda, pero, cuando iba a ponérsela, descubrió algo asombroso.

Su piel parecía estar algo mejor, mejor que horas antes, cuando había comprobado su estado antes de abandonar el vehículo inservible. La mancha parecía haber disminuido.

Cerró los ojos un momento, con fuerza. Seguramente sería una ilusión óptica.

Y justamente entonces, Keyko dijo:

—Yo sé quién te puede ayudar.

Kim se volvió rápidamente hacia ella.

—¿Tus runas? No, gracias.

—Mis runas no. Ya te dije que mis poderes de maga son muy elementales. Pero si me acompañas hasta el templo de Tara...

—¿En Mannawinard? Tú estás loca.

—Deja al menos que te cure esa herida del hombro. Eres dura, Kim, pero no eres de piedra. Si pretendes llegar a Duma Murias, será mejor que estés en perfectas condiciones para aguantar el viaje.

Kim le dio la espalda, molesta, mientras se colocaba otra de las bandas con suero inhibidor y se vendaba el brazo para asegurarla. Cerró la mochila y se la cargó al hombro.

—Hasta ahora mi magia solo te ha ayudado, Kim, no te ha causado ningún mal —dijo Keyko.

Kim soltó un bufido escéptico y se incorporó, pero enseguida sintió un lacerante dolor en el hombro. Sorprendentemente, mientras había estado en el agua la herida no le había molestado lo más mínimo. Vaciló, y se volvió de nuevo hacia Keyko.

—¿De verdad puedes curar mi hombro? ¿Y cómo sé que no me engañas?

—Porque si quisiera hacerte daño lo habría hecho hace ya tiempo.

Kim dudó, pero finalmente se acercó. Keyko se incorporó hasta quedar sentada en la orilla del estanque, para examinar la herida que le mostraba su amiga.



—Tengo a Kim en el punto de mira —informó TanSim.

El Segador no dijo nada, pero no hacía falta que diera la orden de disparar. TanSim era un mercenario experimentado y sabía muy bien cómo hacer su trabajo. Esperó un momento a que Kim estuviese justo en el centro del objetivo... Pero de pronto, una deslumbrante explosión de luz lo cegó y disparó instintivamente.

—¡Por todos los...! ¿Qué ha sido eso?

Se incorporó con rapidez y cogió los prismáticos. La luz ya no estaba, de modo que miró a su compañero, que asintió, ceñudo. Él también la había visto.



Justo en el momento que Keyko terminaba su invocación rúnica y el poder de Hagalaz, la runa de la curación, descendía sobre el hombro herido de Kim, con el cegador destello de luz que ello suponía, la mercenaria sintió que un ardiente proyectil casi le rozaba la cara, y se levantó de un salto.

—¿Qué pasa? —dijo Keyko—. El hechizo ha salido bien, tu herida está cicatrizan...

—¡Calla! Creo que nos atacan.

Keyko la miró, dudosa; ella no había oído nada, ni Kim tampoco, porque todas las armas que fabricaba Probellum estaban provistas de silenciador, pero la mercenaria sabía reconocer un disparo a larga distancia cuando le pasaba cerca.

Hubo un nuevo disparo y Kim se incorporó como un rayo. Sacó su arma en una décima de segundo, y en la décima de segundo siguiente había descubierto la cabeza de TanSim asomando tras un montículo.

—Keyko... —murmuró, pero la muchacha ya había salido del agua de un salto, se había enfundado la túnica y ahora enarbolaba su bastón.

Ambas cruzaron una mirada y, sin palabras, supieron exactamente lo que tenían que hacer a continuación. Las dos a la vez dieron media vuelta y echaron a correr hacia los árboles con desesperación, buscando un refugio, mientras una lluvia de disparos caía sobre ellas. Asombrosamente, ninguno les rozó, y lograron esconderse detrás de una enorme planta mutante cuyo tronco, además de ser muy ancho, parecía también bastante resistente. Aunque aquella planta no le inspiraba ninguna confianza, Kim no perdió tiempo. Se asomó, procurando no rozarla, y disparó varias veces, tratando de acertar a la cabeza de TanSim, o a la de Duncan, preguntándose, una vez más, por qué diablos le estaba pasando aquello.

—¿Los conoces? —preguntó Keyko.

—Sí —respondió Kim sin volverse, y sin dejar de disparar—. Se supone que son amigos míos.

—Pues no te tienen mucho aprecio —comentó Keyko.

—Muy aguda. Aparte de hablar, ¿vas a hacer algo más?

Keyko no respondió, y Kim se volvió solo un momento, para comprobar que no estaba realizando otra de sus invocaciones. Pero no vio a la chica oriental por ninguna parte. Junto a ella solo se encontraba un muy desconcertado Adam.

Se asomó de nuevo para disparar otra vez, y entonces la vio un poco más allá. Se deslizaba en silencio, de roca en roca, hacia TanSim y el Segador, seguramente con la intención de sorprenderlos por detrás.

—Creo que Keyko va a necesitar ayuda —comentó Adam.

Kim asintió. Ella también lo creía. Disparó de nuevo, pero ya estaba dándose cuenta de que, desde tan lejos, era imposible acertar. Tres nuevos disparos, respiró hondo y se lanzó hacia adelante en una loca carrera, hasta llegar a ocultarse detrás de una enorme roca.



No muy lejos de allí, en lo alto de una loma, una figura cubierta con una larga capa de pieles blancas observaba la escena con atención, apoyada sobre un arco largo, un arma tan primitiva que los urbanitas no habrían sabido ni cómo nombrarla. Tras ella aguardaba el animal que le había servido de montura para llegar hasta allí: un dorgo, un mamífero peludo cuya cabeza recordaba a la de un perro, que caminaba sobre sus dos poderosas patas traseras, manteniendo el equilibrio gracias a una larga cola.

El observador contempló durante unos instantes el fuego cruzado en el oasis que, milagrosamente, ya no parecía la charca infecta de la que nadie podía vivir, sino que se había transformado en un estanque de aguas cristalinas. Entonces se llevó la mano al cuello con lentitud y se desabrochó la capa, que cayó al suelo, a sus pies, dejando al descubierto una esbelta figura femenina y una larga cabellera oscura recogida en una trenza.

Ella alzó el arco, echó la cabeza atrás, inspiró y lanzó su grito de guerra:

—¡¡¡Aaayyyeeeeeyyyyyyy!!!



TanSim se asomó un poco tras la loma, y logró distinguir la rubia cabeza de Kim un poco más allá. Disparó. No acertó, pero no por ello iba a detenerse. Alzó el arma de nuevo... pero, de pronto, algo golpeó su mano con fuerza y con furia, y el arma voló por los aires. TanSim se volvió rápidamente, lo justo para recibir un fuerte puñetazo en la mandíbula. Se tambaleó y parpadeó un momento, perplejo. Y entonces vio a la chica oriental, la extraña amiga de Kim, que vestía una sencilla túnica blanca y se atrevía a enfrentarse a él con las manos desnudas.

TanSim gruñó y lanzó dos puñetazos. Con un ágil movimiento, Keyko esquivó el primero; pero el segundo le impactó en plena cara, y la muchacha cayó hacia atrás, con un gemido. TanSim sonrió con suficiencia. ¿Cómo creía la pequeña salvaje que iba a poder con un mercenario con cuerpo de acero?

Sin embargo, Keyko no estaba derrotada aún. Se apoyó sobre las palmas de sus manos, se dio impulso y lanzó la pierna derecha contra los pies de TanSim. El barrido tuvo efecto; el mercenario perdió el equilibrio y cayó también...



Un poco más allá, Kim y el Segador seguían disparándose, convenientemente parapetados. Kim se detuvo un momento, protegida por la roca, y oteó el horizonte, por donde acababan de aparecer varios individuos más, montados sobre deslizadores; algunos iban vestidos con el atuendo gris de Nemetech; a los otros, Kim los conocía demasiado bien, porque no hacía mucho tiempo que había trabajado con ellos en la Hermandad. También había varios robots de combate.

Tras el grupo venía una plataforma con una pequeña Aguja flotante de no más de dos metros de altura, reproducción en miniatura de las de las dumas; sin duda era un repetidor que reproducía la señal de la Aguja de Duma Errans, y tenía por función asegurarse de que los vehículos y los robots de combate siguiesen funcionando lejos de la ciudad.

—Bonita alianza —murmuró la joven entre dientes—. ¡Todos contra la hermana Kim!

—¡Ríndete, Kim! —gritó entonces el Segador—. ¡Acepta de una vez que has perdido!

Kim miró a Adam. La cosa se ponía fea, y parecía difícil que llegaran a salir de aquella.

—Lo siento, amigo. Parece que no tenemos opción.

Era una lástima, se dijo. Empezaba a caerle bien aquel montón de circuitos.

Pero entonces, de pronto, uno de los mercenarios cayó derribado por una flecha. Inmediatamente cayeron dos más. Kim vio que Duncan se volvía hacia todos los lados, desconcertado. La muchacha también miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Aprovechó entonces para disparar, mientras el Segador seguía oculto tras su roca, intentando ver quién estaba lanzando las flechas.



Entretanto, Keyko seguía peleando contra TanSim. El mercenario era muy fuerte, pero la muchacha parecía ligera como una pluma y se movía a la velocidad del rayo y, además, era capaz de dar golpes desde posiciones inverosímiles. Cansado de aquel juego, TanSim, que se sentía más seguro con un arma entre las manos que en una lucha cuerpo a cuerpo, se echó hacia un lado y rodó por el suelo hasta el cuerpo de un hombre de Nemetech caído. Keyko se lanzó hacia él, poco dispuesta a dejarlo escapar, pero TanSim se hizo con el arma del muerto, y apuntó a la chica. Keyko se detuvo en seco.

Pero antes de que ella pudiera reaccionar, antes de que TanSim apretara el gatillo, algo silbó muy cerca de Keyko, pasó por su lado casi rozándole la piel y fue a clavarse en el pecho del mercenario, que cayó de espaldas al suelo.

Era una flecha, una simple flecha de madera con punta de metal y el otro extremo adornado con plumas rojas.

Keyko miró a su alrededor, pero no logró ver al autor del disparo. Decidió no entretenerse, y se lanzó hacia el atacante más próximo. Se volvió solo un momento para asegurarse de que TanSim no volvía a levantarse... y lo vio sentado en el suelo, tratando de sacarse la flecha del pecho con gesto

de rabia. Parecía claro que no se podía abatir a los mercenarios de las dumas con tanta facilidad; pero Keyko no se detuvo a pensar en ello, porque otro hombre la atacó de frente.



Kim seguía disparando. Los árboles impedían que los vehículos flotantes se acercaran, pero ella no lograba acertar a sus pilotos. Bajó el arma un momento y se fijó en la pequeña Aguja. Si acabase con ella, los robots se detendrían, en teoría, y todos sus atacantes se verían obligados a desplazarse a pie. Kim miró a su alrededor para ver dónde andaba Keyko. Quizá...

Sintió de pronto un escalofrío, y supo que había alguien tras ella. Se volvió justo a tiempo de ver a uno de los agentes de Nemetech a punto de dispararle... Pero entonces una mano emergió de entre los árboles, silenciosa como una sombra, justo detrás del agente; por un momento destelló el brillo de un cuchillo y, antes de que ninguno de los dos pudiese siquiera parpadear, la mano había clavado el arma en la espalda del hombre de Nemetech, que cayó al suelo, muerto.

Kim se puso en guardia, pero su misterioso salvador se había marchado tan silenciosamente como había llegado. La joven solo llegó a ver una sombra y una larga trenza...

No tuvo tiempo de pensar en ello, porque enseguida vio que, un poco más allá, Keyko tenía problemas. Estaba golpeando a un mercenario, pero a su espalda un robot de combate se volvía hacia ella y ajustaba la mira de su arma.

Kim lanzó el grito de aviso y disparó. Acertó de lleno, y el impacto voló la cabeza del robot. Keyko dirigió a Kim una sonrisa de complicidad, pero ella movió la cabeza, ceñuda. Miró a su alrededor y, viendo el camino más o menos despejado, avanzó un poco más, siempre protegida por los árboles del oasis, en dirección a la pequeña Aguja.

Cuando estuvo lo bastante cerca, disparó varias veces. La cúspide de la torre se cascó como un huevo, en medio de un chisporroteo. Kim asintió, satisfecha, al ver que los vehículos flotantes dejaban de funcionar y los robots de combate quedaban todos quietos, como muertos.

Sintió una agradable sensación de júbilo ante aquel golpe, pero no pudo evitar pensar en Adam. ¿Por qué no dependía del control de las Agujas? ¿Por qué se movía de manera independiente? ¿Quién coordinaba sus movimientos, entonces?

Súbitamente, Kim notó una presencia tras ella; dio media vuelta y se encontró con unos ojos grises y un rostro de piedra marcado por una profunda cicatriz.

Duncan el Segador sonrió.

—¡¡Eiwaz!!

La voz de Keyko resonó por todo el oasis y una violenta explosión de magia impactó en el pecho de Duncan el Segador y lo mandó a estrellarse contra las rocas. Kim se refugió tras un árbol y se cubrió la cabeza con las manos.

Cuando volvió a mirar, el espectáculo era desolador.

El oasis parecía un auténtico campo de batalla. Cuerpos muertos, abatidos por proyectiles, golpes o flechas. Los restos de los robots, de los vehículos y de la Aguja se esparcían por el suelo del páramo. Los supervivientes escapaban de allí como podían, cojeando, privados de sus deslizadores, en busca de Duma Errans.

Y Duncan el Segador estaba aplastado contra las piedras, con los ojos abiertos de par en par y un hilillo de sangre cayéndole por la comisura de la boca. Kim vio cómo caía al suelo, muerto.

—Duncan... no... —murmuró Kim, temblando— ¡No!

Salió de su escondite para correr hacia él, pero Keyko la interceptó:

—¿A dónde vas? Está muerto, Kim. No puedes ayudarlo.

Kim se debatió en sus brazos, tratando de liberarse. Estaba fuera de sí.

—¡Tú le has matado... con esa maldita magia tuya!

Keyko suspiró, con infinita paciencia.

—Si yo no hubiese usado esta maldita magia mía tú serías el cadáver ahora. Y él no te habría llorado mucho: ha intentado matarte, ¿recuerdas?

Kim dejó de forcejear y la miró, abatida.

—Tienes razón —murmuró.

Se separó de Keyko, e hizo ademán de acercarse al cuerpo del que había sido su amigo. El dolor que sentía por dentro era tan intenso que se asustó. Duncan, su maestro, su amigo... No sabía qué le dolía más: si su traición, su muerte, o la cruel jugada del destino, que lo devolvía a la vida para luego arrebatárselo de nuevo.

—Ha intentado matarme —susurró—. Sin el menor escrúpulo. ¿Por qué lo haría? Éramos...

El dolor volvía con los recuerdos, y Kim decidió que era mejor no sentir nada. Alzó la cabeza con decisión, echó un último vistazo al cuerpo y declaró, con toda la frialdad de la que fue capaz:

—Ahora ya no importa. Está definitivamente muerto.

Sin embargo, algo en ella le decía que sí importaba; porque cuando se enfrentaba a un adversario temible siempre se aseguraba de que estaba muerto y bien muerto, y en aquella ocasión no fue capaz de aproximarse al cuerpo para comprobarlo. Quizá, inconscientemente, y a pesar de que él había intentado matarla, deseaba que volviera de nuevo a la vida.

Quizá esta vez sería diferente.

La devolvió a la realidad una sensata pregunta de Keyko:

—¿Y qué es lo que quiere esa gente que te persigue?

Kim la miró, pensativa. Irónicamente, parecía que Keyko era la única persona en la que podía confiar. Señaló a Adam con el mentón. El androide estaba junto a un robot de combate destrozado, robando circuitos y materiales que podrían serle útiles para su desarrollo. Kim no dejó de notar que Adam se había abstenido de «destripar» a los robots intactos, aquellos que se habían detenido al caer la Aguja.

—Lo quieren a él. Es un androide fuera de lo normal, pero aún no sé por qué. Pero debe de ser condenadamente importante cuando mi gente se ha vuelto contra mí y está dispuesta a matarme por ello.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Seguir con el plan, por supuesto. Duma Murias está al sur, así que imagino que seguiremos siendo compañeras de viaje durante un tiempo.

Esta vez lo dijo sin resignación. Empezaba a habituarse a Keyko y, para hacer honor a la verdad, tenía que reconocer que el hombro apenas le dolía. Sin embargo, se prometió a sí misma, no volvería a acercarse a la magia.

Aquella vez había salido bien, pero nada le aseguraba que en la siguiente ocasión no fuera a acabar convertida en un montoncito de cenizas.

A Keyko tampoco pareció molestarle la idea de proseguir el viaje con Kim.

—Muy bien —asintió—. Cuando entregue el mensaje, yo...

Se palpó el cinturón, y fue entonces cuando descubrió que el tubo con el mensaje ya no estaba allí. Puso tal cara de terror que Kim se volvió a todos lados, imaginando que volvían a atacarlas.

—¡El mensaje! —gimió Keyko—. ¡Oh, no, no puedo haberlo perdido!

Echó a correr hacia el lugar donde había estado peleando con TanSim. Kim y Adam la siguieron, intrigados. Keyko descubrió que TanSim ya no estaba donde ella lo había dejado, caído en el suelo, abatido por una flecha, pero en aquel momento tenía otras cosas más importantes en qué pensar. Forzó la vista al máximo, buscando con desesperación lo que había perdido, hasta que lo vio cerca de Adam, en el suelo.

—¡Ah, ahí está!

El biobot lo recogió con una de sus pinzas. El tubo se había abierto por la mitad, y de él asomaba un trozo de papel amarillento. Keyko corrió hacia Adam, pero Kim fue más rápida, y se lo quitó al androide antes de que la oriental pudiese recogerlo.

—¿A ver...? —dijo Kim, desenrollando el mensaje.

—¡Oye, eso es mío! —protestó Keyko—. Pero ¿cómo te atreves?

Kim dejó escapar una alegre carcajada.

—¿Tanta historia por un papel en blanco?

Keyko, furiosa, le arrancó el papel de las manos.

—¡Trae aquí! ¿Cómo va a estar en blanco?

Lo miró, ceñuda, pero enseguida le cambió la cara.

—No puede ser... —balbuceó—. No hay nada escrito...

—Pobre Keyko. Parece que a ti también te han engañado; bienvenida al club.

—Pero... tiene que haber alguna explicación...

Tenía un aspecto tan desolado que Kim sintió lástima por ella. Al fin y al cabo, se dijo, es muy joven aún. De modo que trató de hacer que volviera a la realidad y apartara aquel asunto de su mente.

—Seguro que la hay, pero ahora tenemos cosas más urgentes en qué pensar. ¿Dónde está TanSim, el tipo grande sin pelo?

Keyko la miró un momento, un poco perdida, pero enseguida volvió a la realidad y respondió:

—No lo sé. Había alguien más luchando a nuestro lado, tal vez un Ruadh. ¿Por qué lo haría?

Kim miró a su alrededor, algo inquieta; pero el oasis parecía más desierto que nunca.

—Fuera quien fuese, se ha ido. Y, por lo que parece, TanSim también.

—Sí; el Ruadh le disparó una flecha, pero no logró abatirlo. Después ya no he vuelto a verlo.

—Si sigue vivo, habrá ido en busca de refuerzos. Tenemos que marcharnos. ¡Adam!

El biobot rodó hasta ella; Kim se echó la mochila al hombro y reemprendió la marcha. Pero Keyko no se movió. Seguía con el papel en blanco en la mano, la cabeza gacha y una expresión ausente. Kim estuvo tentada de dejarla atrás; era una oportunidad magnífica para librarse de ella. Sin embargo, pensó en la lucha que acababan de librar, y en que Keyko había peleado por ella, la había ayudado sin una razón aparente. Solo por eso y porque Keyko era, aparte de Adam, la única que seguía a su lado en aquellos momentos inciertos, Kim se volvió hacia ella y le preguntó:

—Bueno, ¿qué vas a hacer tú?

Keyko alzó de nuevo el mensaje en blanco, pero parecía como si no lo estuviera mirando, o como si viese a través de él. Al fin, con un suspiro, volvió a enrollar el papel, lo introdujo en el tubo y se lo enganchó de nuevo en el cinturón.

—Todavía no lo sé —confesó—. Solo espero que Tara me guíe y me ayude a encontrar las respuestas a mis preguntas. Mientras tanto, seguiré mi camino y entregaré este papel, como le prometí a la Madre Blanca.

Kim asintió. Se recordó a sí misma el motivo de su viaje, se centró en el escozor que sentía en la zona de piel que estaba mutando y se esforzó en combatir el dolor que intentaba adueñarse de su corazón. Llevaba tres años luchando contra aquel dolor y, justo cuando creía que había logrado cerrarle la puerta, aparecía de nuevo, con mayor insistencia.

Kim sacudió la cabeza, apretó los dientes y echó a andar.

Keyko se quedó un momento quieta, en silencio, cabizbaja, oprimiendo con fuerza el medallón protector que le había entregado su superiora cuando le dio la orden de partir. «Madre Blanca —suspiró en silencio—. ¿Por qué? Dime, ¿por qué?»

Rogando a Tara que la ayudase a encontrar de nuevo su fe perdida, Keyko inspiró hondo y se puso en marcha para alcanzar a Kim.

## CIUDAD SALVAJE

TanSim había vuelto a la loma y se había ocultado tras una roca. Las chicas se le habían escapado, pero él tenía ahora otros asuntos en mente. Tiró de la flecha hasta que logró arrancársela del pecho. Un chorro de sangre brotó de la herida, pero el mercenario no se inmutó. Aquello era bastante aparatoso, sí, pero la punta de la flecha no había alcanzado ningún órgano vital.

Arrojó los restos lejos de sí, malhumorado, y entonces sintió que una mano caía a plomo sobre su hombro. TanSim se sobresaltó y, rápido como un rayo, alargó la mano hacia el arma que pendía de su cinto.

La voz del Segador sonó tras él, severa, con un leve acento divertido en su voz:

—¿Es esa forma de recibirme?

TanSim se relajó solo un tanto, y se dio la vuelta para saludar a su compañero.

—¡Duncan! Me has dado un susto de muerte. ¿Por qué te acercas por detrás?

El hombre de Nemetech no respondió, pero se sentó junto a él y señaló los restos de la flecha.

—Guerreros Ruadh —dijo—. Es extraño encontrar a esos salvajes aquí, tan lejos del linde de Mannawinard.

A TanSim los Ruadh no le importaban lo más mínimo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Duncan—. Me ha parecido ver que te freían con un hechizo...

—Pues te ha parecido ver mal —replicó el otro, cortante.

—En tal caso tienes más vidas que un robot reciclable, Duncan. ¿Nadie te lo había dicho?

—Nadie que haya vivido después para contarlo. —El Segador se levantó de un salto y sus fríos ojos oscuros escudriñaron el horizonte—. Levanta de ahí; tenemos un trabajo que hacer y la presa nos lleva mucha ventaja.

TanSim no tenía por qué recibir órdenes de Duncan el Segador, pero se puso en pie al momento, porque su observación era acertada: si no se ponían en marcha inmediatamente, perderían la pista de Kim en los brumosos Páramos. Y la joven se había llevado consigo al androide.



Kim y Keyko caminaban en silencio por los Páramos, envueltas en la neblina del amanecer. No se habían detenido en toda la noche, porque Kim sospechaba que Nemetech enviaría a más gente tras ella, y Keyko tampoco quería quedarse atrás para comprobarlo.

Ninguna de las dos mencionó ni por un instante la posibilidad de parar. Caminaban mecánicamente, siempre hacia adelante, con el alma llena de dudas y el corazón repleto de desesperanza. Solo la obstinación las hacía seguir andando: Keyko había jurado que entregaría el mensaje a la sacerdotisa Kea, y eso haría, aunque le costara la vida; y Kim sabía que había una última y remota esperanza, oculta en algún rincón de Duma Murias. Las dos eran muy diferentes, las dos buscaban objetivos completamente distintos, pero las dos tenían una meta y no se detendrían hasta alcanzarla. Que por el momento sus pasos las llevaran por la misma senda no significaba que fuesen aliadas eternamente, ni siquiera amigas. Quizá por eso no se dirigían la palabra, porque, pese a todo, no tenían nada que decirse.

Cuando los primeros rayos de sol luchaban por abrirse paso entre las nieblas, Kim miró a su compañera de reojo.

La chica caminaba con la cabeza gacha y los hombros hundidos, y parecía haber perdido aquella fuerza interior que la caracterizaba. En sus ojos ya no brillaba la llama de la fe y la esperanza, y Kim casi lo sintió. Aunque la mayoría de las veces Keyko resultase exasperante, su fortaleza la había reconfortado en alguna ocasión. Además, la visión de la joven guerrera hundida le recordaba a Kim su propio primer desengaño. Con quince años,

Keyko ya tenía edad suficiente como para aprender que la vida no era justa, y que la gente en quien confiabas podía volverse contra ti o abandonarte. Aun así, Kim lo sentía por ella.

«Pensabas que eras especial —se dijo la mercenaria—. Pensabas que, a pesar de tu juventud, tu superiora creía lo bastante en ti como para encargarte una misión importante. Y ahora descubres que se burló de ti, que solo quería mandarte lejos, librarse de ti. Y, pese a ello, sigues adelante. Entregarás ese papel en blanco a quien corresponda, aun a riesgo de que se ría de ti por ser tan ingenua.»

Kim todavía no sabía si Keyko era muy valiente o muy tonta. Pero descubrió que, a pesar de todo, la respetaba.

—No deberías seguir adelante —le dijo.

Keyko alzó la cabeza para mirarla. En sus ojos asomaba la sombra de la duda.

—Te vas a jugar el cuello por un papel en blanco —explicó Kim.

—Lo sé. Pero he pensado... ¿y si fuera un mensaje cifrado? ¿Y si estuviera oculto para los ojos de la gente corriente?

Kim la miró, dudosa.

—¿Tú crees?

—No, no lo creo —admitió Keyko, bajando la cabeza otra vez—. He efectuado las comprobaciones, no está protegido por ningún hechizo..., no es más que un papel corriente.

Kim no dijo nada. Keyko añadió al cabo de unos instantes:

—Sin embargo, sí, voy a seguir adelante. La Madre Blanca me dijo que no me rindiera, que no desfalleciera y que escuchara la voz de Tara.

—¿Y qué es lo que te dice Tara?

Keyko guardó silencio un momento. Luego dijo:

—No lo sé. Estoy tan confusa que mis sentidos interiores están cerrados a su voz.

De nuevo reinó el silencio entre ellas.

Continuaron el viaje durante cuatro días más; al amanecer del quinto día, ante el hecho de que pronto alcanzarían Duma Murias, Kim se dirigió a Keyko para preguntarle algo que la tenía muy intrigada:

—Tengo algo que preguntarte, Keyko. ¿Tú le has hecho algo a Adam, con tus runas, o...?

—No —la chica la miró, sorprendida—. ¿Qué iba a hacerle? No sé a qué te refieres.

Kim calló un momento y luego refirió a su compañera su encuentro con el Segador en el callejón de Duma Errans.

—Estaba a punto de dispararme, cuando, de pronto, hubo un gran resplandor... y estoy casi segura de que procedía de Adam. De su frente, más bien. Él dice que no recuerda nada...

—Bueno —dijo Keyko sin mucho interés—, no te preocupes por eso, porque la magia procede de Tara, y Tara es la vida. Su poder no puede ser manejado por un ser artificial. Ellos son sordos a la voz de la Diosa Madre y, por tanto, completamente incapaces de conjurar magia de ningún tipo.

—Eso me tranquiliza. Aunque, si eso que hizo no fue magia, ¿qué demon...?

Un agudo aviso del biobot, que rodaba por delante de ellas, hizo que ambas se pusieran en guardia rápidamente y miraran a su alrededor con desconfianza.

Sin embargo, lo que había llamado la atención de Adam era la línea del horizonte, de un color verde grisáceo, envuelta en jirones de niebla. Y las sombras oscuras de una ciudad recortadas contra el cielo brumoso.

—Duma Murias —murmuró Kim, sobrecogida—. ¿Qué es lo que ha pasado?

Echó a correr con el corazón latiéndole con fuerza, deseando que aquello no fuera lo que parecía. Casi no se dio cuenta de que Keyko y Adam la seguían.

No se detuvo hasta que las brumas se abrieron ante ella y pudo ver, con claridad, qué era lo que había sucedido.

Y la visión era terrible.

Duma Murias se alzaba ante ella, silenciosa como una ciudad fantasma. Los edificios estaban destrozados, y el Muro Exterior había reventado. La cúspide de la Aguja parecía haber estallado como un globo de cristal.

Y el causante de aquella catástrofe era algo vivo. La línea verde del horizonte era el límite de Mannawinard, la espantosa selva asesina. Los árboles habían brotado del suelo, creciendo a una velocidad inaudita, destruyendo las calles de la ciudad. Enormes enredaderas habían trepado por los altos edificios de acero y cristal, envolviéndolos con su abrazo letal, asfixiándolos hasta hacerlos reventar.

Y entonces, Kim oyó los sonidos. Gritos inhumanos que procedían de los animales que habían invadido la ciudad y habían hecho de ella su nuevo hogar. Ella nunca había escuchado los sonidos de la selva, y le parecieron aterradores. Cuando Keyko la alcanzó, la mercenaria estaba completamente anonadada, incapaz de moverse, con la mirada clavada en la duma invadida por la vegetación.

—Kim... —dijo Keyko con suavidad.

—Por todos los... —pudo decir la muchacha, aún incapaz de apartar la mirada de aquel extraño y terrible espectáculo—. ¿Qué... qué ha pasado? —repitió, aunque parecía evidente.

Keyko carraspeó, incómoda. Aunque ella tampoco había visto nunca nada semejante, sabía tan bien como Kim cuál era la respuesta.

—Mannawinard ha avanzado un poco más y se ha comido otra ciudad.

—Pero no... no puede ser —balbuceó Kim—. Esto no puede ser real.

Sintió que algo le oprimía dolorosamente el pecho ante la visión de la ciudad derrotada. Era cierto que Duma Murias se había desarrollado al borde mismo de Mannawinard, bajo la sombra de la amenaza del mundo natural. Por eso Probellum, la gran megacorporación dedicada a la industria armamentística, había cobrado protagonismo frente a las demás en aquella ciudad. En pocos años, Duma Murias se había convertido en una especie de plaza militar, cuyas fuertes defensas y grandes avances en armamento otorgaban al resto de los urbanitas una cierta tranquilidad, como si la duma de Probellum fuese una especie de guardián que vigilara que los salvajes no salieran de la selva.

Kim suspiró. Sin darse cuenta, había empezado a temblar de puro terror. Siempre había creído, igual que todos, que Duma Murias era invencible.

Por fin logró reaccionar y se volvió hacia Keyko con furia, como si ella fuera la responsable del desastre.

—Pues tú que hablas tanto con Tara podrías haberle dicho que se estuviese quietecita, ¿no? ¡Maldita sea! Es vital para mí que entre ahí dentro y hable con una persona...

Keyko no se inmutó. La miró entre preocupada y curiosa.

—¿Vas a entrar, entonces?

Kim no respondió enseguida. Seguía contemplando aquella sorprendente mezcla de civilización y barbarie, luchando por controlar su terror. Al fin logró sobreponerse, y dijo:

—Creo que sí.

—Dijiste que jamás te internarías en Mannawinard.

—Eso todavía no es del todo Mannawinard, Keyko. Y, además, no tengo otra opción. —Se volvió hacia ella—. Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Eso ya no es del todo una duma —contestó ella con una sonrisa—. Y, dado que he de internarme en ese bosque, me da igual hacerlo por ahí que por cualquier otro sitio.

—Está bien —dijo Kim encogiéndose de hombros—. Andando, entonces.

No muy convencidas, sin embargo, las dos reemprendieron la marcha hacia la ciudad ahogada por la exuberante vegetación.

—¿Estás segura de lo que haces? —dijo Keyko entonces.

—Sí. Si alguien puede encontrar una cura a mi proceso de mutación, está ahí dentro. Y te apuesto lo que quieras a que sigue vivo.

—No es por desilusionarte, Kim, pero, si ha caído en manos de los Ruadh...

—Define «Ruadh» —dijo Adam enseguida.

—Los Ruadh son una tribu antigua y orgullosa. Son la avanzadilla del ejército de la madre Tara en los Páramos, y vigilan la frontera de Mannawinard para preservarla de las incursiones urbanitas.

Kim pensaba que una pandilla de salvajes armados con arcos y lanzas no podría constituir un gran peligro, pero no se lo dijo a Keyko. De todas formas, por si acaso, los tres compañeros se acercaron a la ciudad con precaución. Se deslizaron a lo largo de los restos del Muro Exterior, hasta que Kim se asomó por una brecha y juzgó que aquel camino parecía algo más despejado de vegetación. Se volvió hacia Adam:

—Supongo que en cuanto entremos ahí dentro se te ocurrirán un montón de preguntas para hacernos, pero aguántate por una vez y quédate callado, ¿entendido?

—Afirmativo —asintió Adam.

Kim lo miró un momento, sin saber muy bien si debía fiarse, pero finalmente asintió. Sin una palabra, los tres entraron en la destrozada Duma Murias.

Silenciosos como sombras, los incursores recorrieron la ciudad, o lo que quedaba de ella. Kim tenía la piel de gallina, pero procuraba mostrarse tranquila y serena, aunque aquel lugar la aterraba. Las paredes de los edificios estaban resquebrajadas, y por ellas trepaban enredaderas gigantes que parecían alarmantemente vivas. En el suelo, los helechos pugnaban por brotar a la superficie, abriendo brechas en la calle, extendiendo su manto verde por aquel bastión ganado a la civilización. En los espacios más amplios habían crecido árboles jóvenes y fuertes que se alzaban orgullosos hacia el cielo, desafiando con su presencia el poder de la tecnología del ser humano. En los rincones oscuros, una gruesa capa de musgo había empezado a comerse los muros.

Pero el mundo vegetal no era el único que había tomado posesión de Duma Murias. Pequeñas criaturas vivas pululaban por la ciudad. Desde los lugares más altos, ya fueran árboles o edificios semiderruidos, una gran variedad de aves de plumaje colorido emitía sonidos peculiares, saltando de rama en rama, o sobrevolando las cabezas de los recién llegados, cosa que inquietaba mucho a Kim. De vez en cuando descubría a alguna criatura peluda mirándola fijamente desde lo alto de un árbol, y tenía que controlarse para no sacar su arma y disparar.

Pero lo peor eran los seres que caminaban por el suelo. Había pequeños roedores, reptiles, mamíferos que corrían a ocultarse a su paso, y Kim iba de sobresalto en sobresalto. Una vez apoyó una mano en una pared agrietada y estuvo a punto de rozar un gigantesco bicho negro y peludo con muchas patas, verdaderamente repugnante.

—Es solo una araña —susurró Keyko.

Kim le lanzó una mirada exasperada.

—¿Y cómo sabes tú eso? Creía que te habías criado en los Páramos.

—En el templo estudiamos a las criaturas de Mannawinard. No entiendo por qué te quejas. Hasta ahora no hemos encontrado nada realmente preocupante.

Kim decidió hacer caso omiso de sus palabras; no quería ni pensar qué entendía Keyko por «realmente preocupante».

La mercenaria jamás había visto un animal de cerca, con la excepción de las criaturas mutantes que se habían cruzado en su camino en los Páramos. En las dumas no había nada vivo aparte de los seres humanos y los mutantes. Los niños tenían como mascotas pequeños robots de compañía, algunos incluso de bolsillo, que por lo general eran fabricados por Nemetech. Los animales «de verdad» eran imprevisibles y molestos, y hacía siglos que eran considerados una amenaza para el sistema. Incluso las granjas habían desaparecido tiempo atrás, porque una inusual colaboración entre Protogen y Tong-Pao había creado una nueva especie de laboratorio que contenía todas las proteínas, vitaminas y minerales necesarios para el desarrollo del ser humano. Kim nunca había visto a aquellas criaturas, pero se decía que eran simplemente pedazos de carne que se clonaban una y otra vez, engordaban rápidamente y se utilizaban para fabricar todas las variedades alimenticias que había en las dumas.

Kim se habría sentido incapaz de cazar animales en la selva, como hacían los salvajes, y luego comérselos sin saber lo que consumía, sin saber si aquel bicho padecía alguna enfermedad... se estremeció solo de pensarlo. La simple idea le resultaba repugnante.

Con las plantas sucedía algo parecido. En las dumas había árboles artificiales, luminosos, de colores, realmente bellos. No hacía falta regarlos, no se secaban, no necesitaban tierra, no producían polen. Las proteínas vegetales no habían sido totalmente desterradas de la dieta, de todas formas; la Tong-Pao era capaz de sintetizarlas artificialmente, y las introducía en muchos de sus productos.

Una vez, sin embargo, Kim había visto una planta de verdad.

Entonces ella no era más que una niña, y vivía en el Centro. Aquel día caminaba por la calle de la mano de su madre (ahora, Kim se veía incapaz de recordar los rasgos de su rostro), y un hombre de aspecto extraño las había empujado al pasar corriendo por su lado. Tres robots de seguridad lo

perseguían y no tardaron en alcanzarlo. Pero, antes de que el fugitivo cayese al suelo, abatido por los rayos paralizantes de los androides, había lanzado algo a un rincón.

En apenas unas décimas de segundo una enorme planta había crecido en pleno Centro de Duma Findias, elevándose hacia el cielo a una velocidad de vértigo, enroscándose en uno de los edificios...

Kim y su madre habían huido de allí a toda velocidad. La planta había sido destruida y reducida a polvo, y el hombre, capturado y probablemente ejecutado. Kim era entonces muy pequeña, pero más adelante supo que aquel extraño individuo era uno de los llamados «ecoguerrilleros», espías de Mannawinard que de vez en cuando lograban colarse en las dumas para tratar de extender allí el reino de los salvajes.

Kim miró a su alrededor y se estremeció. Quizá la destrucción de Duma Murias había comenzado así, con la acción de un hombre solo.

Sacudió la cabeza y trató de sobreponerse. Cuanto más avanzaba, más aterrada se sentía. Miró a Keyko, y descubrió con sorpresa que ella, por el contrario, parecía feliz. Acariciaba los troncos de los árboles y los pétalos de las flores, y se quedaba mirando extasiada cualquier bicho que se cruzase en su camino.

—Y a ti, ¿qué te pasa? —susurró Kim, irritada.

—Siento la presencia de Tara a mi alrededor. Nunca había estado tan cerca de ella, Kim —añadió rápidamente, como disculpándose, al ver la mirada furibunda que le dirigió la mercenaria—. Compréndelo.

Kim no dijo nada. En el fondo, pensó con cierta inquietud, Keyko sí era una salvaje, de los pies a la cabeza.

Su mirada se detuvo en los restos de un biobot caído en el suelo, completamente inerte, incapaz de funcionar ahora que la Aguja de Duma Murias estaba totalmente destrozada. Se dio cuenta entonces de que, en efecto, había restos de vehículos y robots por las calles, pero no se veía un alma; ni siquiera había cuerpos caídos.

—¿Dónde está todo el mundo? —susurró.

—Los guerreros Ruadh no dejan cuerpos tras de sí —explicó Keyko—. Incineran a sus enemigos muertos.

Kim no dijo nada, pero se obligó a sí misma a mantenerse aún más alerta, recordando que los animales y las plantas no eran el único peligro de aquel lugar.

—¿A dónde vamos exactamente? —preguntó entonces Keyko.

Kim no respondió enseguida. Tenía la mirada fija en la pared de un edificio. Trataba de leer lo que ponía sobre una puerta, pero el letrero estaba parcialmente tapado por la vegetación.

—Justo lo que pensaba —dijo finalmente—. No estamos lejos, Keyko. Por suerte.

—Pero ¿lejos de dónde?

—Del centro de operaciones de la persona que he venido a buscar.

—¿Y estás segura de que vamos bien por aquí? —preguntó Keyko, dudosa—. A mí todas las casas me parecen iguales.

Kim no respondió, pero sonrió con suficiencia. Ni todas las plantas del mundo podrían lograr que ella perdiese su camino en Duma Murias. A menudo había viajado hasta allí con la caravana de Duma Errans para renovar su arsenal particular. Gajes del oficio.

Se detuvo un momento para mirar, una vez más, a su alrededor. Pero en esta ocasión no se dejó impresionar por la acción de Mannawinard, sino que miró bajo el manto de vegetación para buscar la ciudad que ella había conocido. Y la encontró.

Sintiéndose mucho más segura, se volvió hacia sus compañeros.

—Venga, holgazanes, más deprisa —les urgió—. No tenemos todo el día.

—¡Kim, cuidado! —gritó Keyko de pronto.

Ella se volvió justo para ver a una enorme bestia abalanzarse sobre ella con las fauces abiertas, unas fauces de grandes y afilados colmillos...

Todo sucedió muy deprisa. Kim alzó su arma y disparó. Keyko entonó una runa de ataque. El proyectil del arma de Kim y el rayo de energía invocado por Keyko impactaron en el cuerpo de la criatura, que cayó al suelo pesadamente; aún se revolvió un poco más, tratando de morder la pierna de Kim, sin conseguirlo, antes de exhalar su último suspiro.

La mercenaria se apartó de un salto, con presteza. Temblaba como un flan.

—¡Bicho inmundo! —gruñó, propinándole un puntapié.

Keyko se encogió de hombros.

—Mata para comer, Kim —dijo—. Y tú te has defendido, y esta vez has ganado la partida. Puede que en otra ocasión seas tú la depredadora, o puede que vuelvas a convertirte en presa. Así es la vida en Mannawinard.

—Es repugnante —opinó Kim.

—¿En serio? Bueno, aquí en Mannawinard si quieres algo tienes que luchar por ello. A mí me parece repugnante que los urbanitas crean que todo les pertenece por derecho, hasta el punto de pensar que pueden quitar vidas sin necesidad, o peor aún: crear vida, como si fueran dioses, sin querer aceptar el hecho de que los suburbios de sus ciudades están repletos de los fracasos de sus horribles experimentos...

Kim le dirigió una mirada dolida, y Keyko calló de inmediato, recordando que la mercenaria iba camino de convertirse en uno de aquellos «fracasos».

—Lo siento, Kim, no me refería a...

Pero la joven le dio la espalda y echó a andar por las calles de Duma Murias. Keyko y Adam la siguieron.

Caminaron en silencio durante un buen rato. Una serpiente les salió al paso, siseando y enseñando los colmillos, pero Kim se limitó a disparar. Después de haberse enfrentado al gran animal que los había atacado, empezaba a comprender lo que Keyko entendía por «realmente preocupante».

Finalmente, llegaron al pie de un edificio vulgar, igual a todos los otros de aquella zona, un bloque de formas cuadradas en el que nadie se fijaría dos veces.

Pero Kim sabía que era ese, y no otro, el lugar donde había quedado con el hacker más buscado de todas las dumas, un pirata conocido por el apodo de «Serpiente Alada», porque era rápido, silencioso y, a menudo, letal.

La muchacha inspiró profundamente. Aquel edificio no presentaba un aspecto mejor que el de los demás. Las plantas trepaban por sus paredes, los animales habían invadido su interior, pero aún estaba en pie, y eso era buena señal. Se volvió hacia sus compañeros.

—Esperadme aquí —dijo—. Bajaré enseguida.

Ninguno de los dos puso objeciones, de modo que Kim entró en el bloque sin mayor dilación.

En la misma planta baja tropezó con una familia de pequeñas criaturas peludas que andaban sobre dos patas, arrastraban una larga cola detrás y chillaban de forma bastante escandalosa. Kim sacó el arma, pero pensó que, si mataba a una de ellas, tal vez las otras se lanzarían a atacarla; dado que no deseaba el mínimo contacto con ningún tipo de animal, cogió carrerilla y, con un poderoso impulso, saltó por encima de ellos, sintiendo con agrado que su cuerpo de acero seguía funcionando igual que siempre.

Aterrizó en la escalera, porque daba por hecho que el ascensor no funcionaría, y se apresuró a subir hasta el ático.

Allí solo había una puerta, pero algún animal debía de haberla echado abajo, porque se veían profundos arañazos en su superficie. Kim activó su detector de pulsera, y no entró hasta asegurarse de que nada se movía en el interior.

Aun así, se movió con precaución por el lugar. Era un pequeño apartamento, sencillo y funcional. Constaba de una habitación, un pequeño aseo, una cocina y un estudio. Tenía pocos muebles, y tampoco había muchos objetos personales; solo contaba con lo imprescindible. Kim encontró en el estudio un montón de tarjetas de datos sobre una estantería, pero no las tocó.

Había acudido allí a ciegas. Nada le aseguraba que el hacker la hubiese citado en su lugar de residencia, o en alguno de ellos, pero, por lo visto, así era. Probablemente aquel era solo uno de los muchos lugares por donde él se movía; sin embargo, el estado del piso sugería que no hacía mucho que él vivía allí.

Kim recordó cómo, cuando apenas era una adolescente que daba sus primeros pasos en aquel oficio bajo la atenta mirada de su mentor, Duncan el Segador, había intentado establecer contacto con el afamado hacker a quien llamaban «Serpiente Alada», para una misión especialmente complicada. Ella se había conectado a la red en su busca, y él había acudido a su encuentro, retándola a que lo siguiera a través del intrincado laberinto cibernético. Kim no era una hacker muy experta por aquel entonces, pero se había aplicado a su tarea con esfuerzo, pasión y testarudez, siguiendo a aquel pequeño icono esquivo, que representaba, cómo no, una serpiente con un par de alas

membranosas. Por descontado, no había logrado alcanzarlo, y a menudo había tenido la sensación de que él se burlaba de ella, apareciendo y desapareciendo, para darle la falsa impresión de que lo estaba consiguiendo.

Finalmente, cuando Kim creía que lo había perdido definitivamente, el icono de la pequeña serpiente alada había vuelto a aparecer ante ella.

«No me busques —decía su mensaje—. Yo te encontraré.»

Así había conocido a Chris.

Kim nunca llegó a saber por qué él había decidido colaborar con ella, ya que el hacker era muy reservado, y resultaba difícil intuir lo que pensaba. Pero lo cierto era que aquella misión fue un éxito, y habían trabajado juntos otras veces, aunque él no pertenecía a la Hermandad; se rumoreaba que Donna se moría de ganas de incluirlo en su nómina, pero él había tenido la osadía de rechazar su propuesta, y había escogido seguir trabajando por cuenta propia.

Kim sintió un ramalazo de nostalgia al evocar aquellos días. Ella y Chris no hablaban mucho, y nunca se veían como no fuera por asuntos de trabajo, pero se entendían a la perfección en medio del peligro de las incursiones que realizaban a dúo, y existía cierta confianza implícita entre ellos.

Chris sobrevivía siendo prácticamente invisible, y nunca cometía errores. Nadie sabía dónde encontrarlo, ni siquiera la propia Kim, a no ser que él decidiera que quería ser encontrado. Sin embargo, él siempre sabía, de alguna forma, cuándo alguien lo estaba buscando.

Por lo general, casi siempre contestaba a las llamadas de Kim.

La joven recorrió el apartamento, buscando una señal del hacker, deseando que él le hubiese dejado algún mensaje. Pero eso era poco probable. El estado del piso sugería que Chris todavía vivía allí cuando Mannawinard había atacado. Seguramente, el hacker tenía sus propios problemas, y no iba a dejarlo todo por echarle una mano, sobre todo si no había de por medio nada que pudiera interesarle.

Porque, a pesar de todo, Chris y Kim no eran amigos.

Kim suspiró. Nada en el apartamento daba a entender que Chris siguiera allí. Todo estaba revuelto, destrozado, invadido por la vegetación. El hacker se había marchado, y quizá no volvería... suponiendo que siguiera vivo.

Kim se estremeció. Buscó por todas partes algún ciberteclado, para conectarse a la red y llamar al hacker, pero no lo encontró, y no lo consideró una buena señal. También buscó alguna pista sobre el paradero de Chris.

No tuvo suerte.

Kim se sentó sobre el suelo para pensar. Tenía que reconocer que era muy probable que Chris estuviese muerto, porque parecía que el ataque de la selva lo había sorprendido incluso a él. Pero, en el caso de que no lo estuviera, Kim no tenía modo de localizarlo. Aunque encontrase un ciberteclado en buenas condiciones y lograra conectarse a través de la señal de alguna de las otras dumas, los hackers del Ojo de la Noche la descubrirían enseguida, y sabrían dónde buscarla.

«Pero no se atreverán a seguirme hasta aquí», pensó.

De todas formas, ¿qué iba a hacer? No podía volver a Duma Errans, ni a Duma Findias. Donna y Nemetech la encontrarían donde quiera que fuese. Podría entregarles el biobot de una vez por todas, pero Donna no la perdonaría.

Y en Duma Murias no podía quedarse.

En cualquier caso, estaba perdida.

Cuando comprendió esto, toda la desesperación que la había seguido desde que huyera de los túneles de los mutantes la alcanzó y cayó a plomo sobre ella. Cerró los ojos y deseó que todo fuera producto de una pesadilla, deseó despertar y descubrir que nunca había entrado en el edificio de almacenamiento de Nemetech a robar un androide biónico marca Nova. Pero cuando abrió los ojos y miró a su alrededor se encontró en el solitario apartamento de Chris, con las plantas entrando por la ventana y un bicho correteando por encima de la cama.

Kim respiró profundamente. Seguía sintiendo aquel hormigueo en la piel enferma. Sabía en qué se convertiría si no hacía algo.

Y ya no podía hacer nada.

Con un suspiro, se quitó las vendas, y luego la banda con el suero inhibidor y se puso una nueva que sacó de la mochila. Hasta el momento, aquella sustancia había logrado que la mutación no se extendiese más. Con un nudo en la garganta, contó las que quedaban en la caja. Había cinco.

Suspiró de nuevo, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Sintió un movimiento en la ventana, y vio que se trataba de un pájaro. Hizo una bola con la banda que se acababa de quitar y se la arrojó, de mal humor. El ave echó a volar y se fue de allí.

Volvió a mirar la mancha amoratada de su piel. «Antes morir que convertirme en uno de ellos», se repitió a sí misma. Y se dijo, con amargura, que debería alegrarse. Aquel lugar maldito no tardaría en matarla de una manera o de otra. Y, desde luego, era mejor no darle a Donna el placer de hacerlo por sí misma.

Se vendó de nuevo los brazos. Se levantó con lentitud, casi sin darse cuenta de lo que hacía, recogió su mochila y salió del apartamento. Sin prisas, volvió a bajar la escalera, apática, sin pensar a dónde iba. Pasó junto al nido de animales peludos sin molestarse en mirarlos siquiera, y salió al exterior.

Allí la recibió un golpe de sol deslumbrante. Kim parpadeó, y miró a su alrededor en busca de Keyko y Adam, para decirles que hicieran lo que les viniera en gana, que ella se marchaba de allí, no sabía a dónde.

Los vio un poco más allá, pero no estaban solos.

La joven Hermana Guerrera y el biobot se hallaban rodeados por un grupo de salvajes vestidos con pieles y armados con arcos, lanzas y espadas. Llevaban el pelo largo y se tocaban con plumas y adornos de procedencia animal, como collares de dientes y cosas similares (en otras circunstancias, a Kim le habría parecido grotesco, pero en aquel momento le resultó indiferente). Algunos de ellos montaban sobre grandes animales peludos que caminaban sobre las dos patas traseras, inclinando el cuerpo hacia adelante y manteniendo el equilibrio gracias a una poderosa cola.

Los salvajes habían apresado a sus amigos, y ahora la apuntaban con sus armas primitivas.

—¡Ule di kubal-ta! —gritó uno de ellos.

Keyko dirigió a Kim una mirada de urgencia, instándole a que se defendiera, a que sacara la pistola, disparara y escapara de allí cuanto antes. Kim miró a su amiga fijamente. Comprendía que ella no hiciera nada. No

podía atacar al ejército de su diosa Tara, y probablemente los salvajes no le harían daño; pero le estaba pidiendo a Kim que luchase por su propia vida, porque a la urbanita, con toda seguridad, la matarían.

Entonces, con un gesto de absoluta indiferencia, la mercenaria sacó sus armas del cinto, las arrojó al suelo, una tras otra, y levantó las manos con lentitud, ante la mirada asombrada de sus amigos.

—Me rindo —dijo con calma.



Momentos más tarde, las dos chicas avanzaban maniatadas por la ciudad, rodeadas por los salvajes, que las vigilaban estrechamente. Adam rodaba tras ellas, en silencio, y ninguno de sus captores se había atrevido a acercarse a él.

—Es raro que no lo hayan destruido todavía —le susurró Keyko a Kim—. Los Ruadh odian todo lo que provenga de las dumas. Quizá es porque venía conmigo...

La muchacha calló un momento, pero Kim no contestó; ni siquiera se había molestado en mirarla. Parecía ajena a todo lo que sucedía a su alrededor, y Keyko se dio cuenta de que, definitivamente, la mercenaria ya no se sentía capaz de seguir luchando.

Se volvió hacia sus captores, en la confianza de que sabrían reconocerla como una Hija de Tara y no le harían daño.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —preguntó.

Ellos no contestaron, y Keyko recordó entonces que los Ruadh hablaban un idioma propio. Estaba preguntándose si le permitirían invocar una runa de comunicación cuando, para su sorpresa, uno de los salvajes respondió, con un fuerte acento:

—Tú perteneces a la Orden de las Hijas de Tara. Vienes del templo de los Páramos. Tendrás un juicio.

—¿Y mis amigos?

El hombre la miró, perplejo.

—¿Te consideras amiga de una urbanita y de un ser artificial?

Keyko tragó saliva y asintió, vacilante. El salvaje frunció el ceño y torció la boca en una clara mueca de desprecio.

—Son lo más abyecto que hay sobre la tierra. Morirán.

Keyko dirigió una nueva mirada de urgencia a Kim, pero la joven mercenaria seguía sin reaccionar. La chica sonrió a Adam, tratando de tranquilizarlo, porque el biobot se había arrimado a ella en busca de amparo.

De pronto, una voz se alzó sobre los árboles y los restos de edificios, clara y firme:

—¡Riket uliman katani!

La comitiva se detuvo, y se volvió hacia el lugar de donde provenía la voz. En la calle cubierta de helechos había una chica, una joven Ruadh, montada sobre uno de aquellos animales peludos que los Ruadh llamaban «dorgos». Cuando los otros Ruadh se dirigieron a ella, la muchacha desmontó de un salto y avanzó hacia ellos, serena y altiva. No sería mucho mayor que Kim y Keyko, pero sus ojos brillaban con un intenso fuego interior. Llevaba el pelo recogido en una trenza, y una banda roja le ceñía la frente. Vestía, como todos los Ruadh, ropas hechas con pieles de animales: un pantalón de cuero y una corta pieza sin mangas que dejaba al descubierto parte de su vientre. Se cubría con una larga capa de pieles de color blanco.

Keyko se sobresaltó ligeramente. Estaba convencida, ahora que la veía de cerca, de que...

—¿Didimen katani? —preguntó uno de los Ruadh, frunciendo el ceño.

—Kot —respondió la muchacha—. Dololan wedat. Sebenta doni kelamat.

La arruga de la frente del salvaje se hizo aún más profunda. Un murmullo se elevó entre sus compañeros.

Finalmente, el Ruadh se volvió para hablar con sus prisioneros.

—Tenéis suerte —dijo entre dientes—. Esta joven guerrera ha pedido para vosotros un juicio.

—¿Ah, sí? —dijo Kim, con sorna—. ¿Y a qué debemos el honor?

Keyko le dio un codazo para que cerrara la boca, y se dirigió al Ruadh, con una sonrisa de disculpa.

—¿Eso significa que mis amigos tienen una oportunidad?

El salvaje le dirigió una extraña mirada.

—No lo creo —dijo—. Morirán de todas formas, con juicio o sin él.

—Entonces, ¿para qué retrasarlo? —dijo Kim, lúgubrementemente.

## PARADOJA ARTIFICIAL

Cuentan las leyendas Ruadh —dijo Keyko, perdida en sus recuerdos— que, mucho tiempo atrás, cuando la Madre Tara volvió al mundo y Mannawinard brotó de debajo del asfalto, los urbanitas lo atacaron y causaron graves daños. Las criaturas de Mannawinard retrocedieron ante las máquinas y corrieron a ocultarse en lo más profundo del bosque. Solo un valeroso guerrero les plantó cara y se quedó en el linde de Mannawinard para defender la tierra de la Diosa Madre. Él logró hacer retroceder a los urbanitas y sus máquinas.

Kim no dijo nada, y Keyko suspiró y apoyó la cabeza contra la puerta de la celda. El lugar donde las habían encerrado no era más que una habitación en un bloque de la ciudad, pero debían de haberla reforzado con magia, porque se veían incapaces de echar la puerta abajo para escapar. Llevaban horas prisioneras de los Ruadh, y nadie había aparecido por allí para hablar con ellas. Keyko trataba de recordar todo lo que había oído en el templo sobre los guerreros Ruadh, pero solo Adam la escuchaba, porque Kim se había tumbado en la cama, boca arriba, con la mirada clavada en el techo, sin pronunciar una sola palabra.

—Era el mítico Chi Hanek, el Jefe Hanek —prosiguió la chica—, el primero de los Ruadh. Las leyendas dicen que Tara, >agradecida por la ayuda prestada, le entregó a Fehu, la Piedra Rúnica Elemental del Fuego, para que él y la tribu que iba a fundar se encargasen de defender Mannawinard de los urbanitas de las dumas. Era, por tanto, un líder elegido y bendecido por la diosa.

Por primera vez en mucho rato, Kim despegó los labios para preguntar con sarcasmo:

—¿Especifican las leyendas cómo logró un hombre solo hacer frente a un ejército de máquinas de guerra y urbanitas armados con tecnología nuclear?

Keyko parpadeó, un poco confusa.

—N... no.

—¿Ves? Eso es lo malo de las leyendas.

—En cualquier caso —dijo Keyko, animada al ver que Kim, por lo menos, volvía a hablar—, y a pesar de la dudosa veracidad de estos orígenes míticos, los Ruadh han cumplido con su trabajo a rajatabla durante muchas generaciones. Han defendido la frontera con armas primitivas como arcos, hondas, cuchillos, espadas y poca cosa más. Y, sean ciertas o no las leyendas, el caso es que han mantenido a raya cualquier posible incursión urbanita, han plantado cara a los mutantes de los Páramos y hasta han ayudado a avanzar al reino de la Diosa Madre hacia las dumas.

—Qué bien —comentó Kim sin mucho interés.

—No es lógico —dijo de pronto Adam—. Los salvajes Ruadh no pueden derrotar a los urbanitas.

Había adoptado una cierta expresión desconcertada, como si Keyko hubiese aportado una solución errónea a una complicada ecuación que él había resuelto de otra manera.

—Puede que hayas pasado algo por alto —dijo ella—; algo que poseen los Ruadh y de lo que carecen los urbanitas.

—Define «algo».

Keyko se encogió de hombros.

—Bueno, ese «algo» pueden ser varias cosas. Orgullo, valor, fiereza... Además tienen un brujo en la tribu. Por otro lado, desde pequeños son adiestrados como guerreros, tanto los hombres como las mujeres. Aprenden a moverse como la brisa y pueden seguir un rastro en casi cualquier circunstancia.

Adam volvía a tratar de deducir cuál sería el resultado de una hipotética lucha entre los Ruadh y los urbanitas, incluyendo los nuevos datos que le había proporcionado Keyko. Pero parecía que las apuestas seguían estando a favor de los habitantes de las dumas.

—Tal vez haya algo más —añadió Keyko misteriosamente—. Algún elemento secreto...

—Cualquiera diría que te mueres de ganas de unirte a ellos, Keyko —cortó Kim.

Ella enrojeció.

—Yo... bueno. No sé. Los Ruadh son guerreros, pero oyen la voz de Tara. Pertenecen a Mannawinard, pero no temen internarse en los Páramos de vez en cuando. Son los guardianes de la frontera, un pueblo tan antiguo como Mannawinard mismo. ¿No te parece fascinante?

Kim no respondió, pero hizo una mueca de desprecio.

Keyko perdió la paciencia. Se levantó del suelo de un salto y se plantó junto a ella.

—Mira, Kim, ya he tenido suficiente. Ese patético aire de víctima me está cargando. Si eres tan fuerte, demuéstalo y lucha en lugar de autocompadecerte.

Kim se limitó a mirarla a los ojos con seriedad. Iba a decir algo, pero entonces la puerta se abrió. Keyko se volvió, pero Kim no hizo el menor movimiento ni se dignó mirar quién acababa de entrar.

En la puerta estaba la joven Ruadh que había intercedido por ellas. La chica frunció el ceño al ver a Kim, alzó la cabeza con orgullo y dijo:

—Saludos.

Keyko se sorprendió de que supiera hablar su idioma, pero se apresuró a responder:

—Saludos, guerrera. Te agradecemos que hayas pedido un juicio para nosotros. ¿Puedo preguntar por qué lo has hecho?

Ella tardó un poco en responder. Cuando lo hizo, dijo con suavidad:

—Llevo tiempo siguiéndoos a través de los Páramos. He visto cómo caíais presos de los mutantes y lograbais escapar de su mundo subterráneo. También sé que os persiguen desde las ciudades para mataros.

Keyko asintió, sorprendida.

—Sí, es cierto. Te recuerdo. Tú nos ayudaste en el oasis. ¿Por qué?

—Tú perteneces a la Orden de las Hijas de Tara. Tú lo sabes. Cuando se oye en el viento la voz de la Madre, hay que escucharla, porque viene cargada de sabiduría que quiere compartir con nosotros, sus hijos. Ella desea

que cumpláis vuestra misión.

Keyko parpadeó, perpleja, y reflexionó un momento. Miró a la muchacha.

—¿Puedes ayudarnos? Tengo una buena razón para cruzar la frontera. He de entregar a la sacerdotisa Kea un mensaje de parte de la Madre Blanca. Y Kim... —añadió, señalando a la urbanita, que seguía sin moverse, completamente indiferente—, está enferma. Los mutantes la han contaminado, y solo Kea puede curarla. En cuanto a Adam...

La joven hizo un gesto de rechazo.

—Todo eso que me has contado tienes que repetirlo en el juicio. A ti te permitirán pasar, seguramente. La urbanita tendrá que deshacerse de las partes artificiales de su cuerpo... —Kim esbozó una sonrisa escéptica al escuchar esto; ¡como si uno pudiera quitarse los implantes así como así!—. Pero la criatura artificial —concluyó la Ruadh— no puede entrar en Mannawinard. Para el robot no habrá juicio: será destruido.

—Pero ¡no es un robot corriente! Tengo una corazonada con respecto a él...

La joven la observó sorprendida, intrigada y algo suspicaz.

—¿Hay algún mago entre vosotros? —quiso saber Keyko.

La Ruadh tardó un poco en responder. Finalmente asintió.

—¿Podría hacerle una consulta? Creo que el robot está bajo un hechizo muy poderoso.

—Lo preguntaré.

La chica se despidió con una inclinación de cabeza y dio media vuelta para marcharse.

—Espera —la detuvo Keyko; ella la miró de nuevo—. Si queremos hablar contigo, ¿por quién debemos preguntar?

—Mi nombre es Semira Yi-Mamdar.

Antes de que Keyko pudiera decir nada, la joven Ruadh había salido de la habitación, y ellos estaban encerrados otra vez.

Pasó un largo rato; ninguno de los tres pronunció palabra, pero los Ruadh tampoco dieron señales de vida. Cuando Keyko estaba empezando a pensar que no accederían a su petición, la puerta se abrió de nuevo y entró un curioso y pequeño hombrecillo, vestido con una túnica de piel y cubierto de

abalorios. Keyko lo contempló, desconcertada; tuvo que recordarse a sí misma que las cosas no siempre eran lo que parecían, de modo que aguardó con respeto a que el hombrecillo se detuviera ante ella.

—Gum kaelón —dijo, muy serio.

Keyko hizo verdaderos esfuerzos por contener la risa. Sus sentidos internos seguían siendo lo bastante agudos como para reconocer a un brujo cuando lo veía, pero el hombrecillo resultaba muy cómico con aquella expresión tan solemne.

—Gum kaelón —pudo responder, suponiendo que él había pronunciado las palabras de un saludo.

El brujo frunció el ceño y le dirigió una mirada inteligente y penetrante.

—¿Wem kidast? —preguntó con amabilidad, y esta vez Keyko no supo qué responder.

—Quiere saber cómo te encuentras esta tarde —intervino una voz desde la puerta.

Keyko se dio cuenta entonces de que Semira Yi-Mamdar acababa de entrar tras el brujo.

—Bien, gracias —respondió—. Un poco hambrienta.

Semira transmitió al hombrecillo las palabras de la muchacha, y él asintió.

—Dom kiat —comentó.

Entonces, mediante gestos, ordenó a Keyko y a Semira que retrocediesen hasta quedar junto a la pared. Él se situó en el centro de la estancia y alzó por encima de la cabeza el bastón que llevaba, de cuyo extremo colgaban diversos amuletos. Entonces empezó a recitar una extraña salmodia; Keyko conocía la melodía, pero las palabras que pronunciaba le resultaban incomprensibles. Nadie se movió ni dijo nada mientras el brujo recorría la estancia, agitando su bastón, y cantando en su propio idioma.

Cuando casi terminaba, Keyko comprendió por fin qué era lo que estaba haciendo: buscaba fuentes de magia. ¡Fuentes de magia! La chica pensó que, precisamente allí, no iba a encontrar ninguna, a no ser que alguno de los amuletos que portaba el mismo brujo fuera mágico. «Oh, no me han

entendido —pensó Keyko—. Solo quería saber qué tipo de conjuro han usado con Adam, porque es evidente que está hechizado, por extraño que parezca...»

Pero no se atrevió a interrumpir.

Finalmente, el brujo terminó su salmodia y miró a su alrededor, cansado pero expectante.

Nada sucedió, al principio, y Keyko se sintió algo desilusionada. Sin embargo, de pronto, y ante el desconcierto de todos (excepto de Kim, que no estaba prestando atención), dos cosas comenzaron a emitir una suave luz irisada: el medallón protector de Keyko y un punto en la frente de Adam.

El brujo parpadeó, algo perplejo, y se acercó primero a Keyko; parecía que el biobot no le infundía mucha confianza. La muchacha era la primera sorprendida. Se inclinó para que el hombrecillo pudiese examinar su medallón.

—Dudunam beit kelilit... —murmuró el brujo, observando el amuleto desde todos los ángulos—. ¡Tut! —exclamó de pronto, asombradísimo, y soltó el medallón como si quemase; se volvió hacia Semira—. ¡Dolim tokda Sowilo!

Semira palideció y abrió al máximo sus grandes ojos oscuros, al parecer sin poder dar crédito a lo que oía:

—¿Tokda Sowilo? —repitió, débilmente.

Keyko se removió, muy nerviosa. No sabía qué era lo que estaba pasando, pero debía de ser grave. Además, si no había oído mal, ambos Ruadh habían pronunciado una palabra que ella conocía muy bien.

—¿Sowilo? ¿Habéis mencionado a Sowilo? —inquirió, frunciendo el ceño.

Semira clavó en ella una mirada cargada de asombro, respeto y temor.

—Sowilo es una de las Piedras Rúnicas Elementales, es la Runa de la Luz, que protege mi Orden —dijo Keyko, cada vez más nerviosa—. Por favor, necesito saber por qué habéis pronunciado ese nombre.

—Pero ¿por qué no nos lo has dicho antes? —murmuró Semira.

—¿El qué?

—Te habrías ahorrado todo esto, Portadora —siguió ella, sin hacer caso de la expresión de extrañeza en el rostro de Keyko—. Te habríamos honrado como lo merece alguien que ha sido elegida por Tara.

—Por favor, no entiendo lo que me estáis diciendo —suplicó Keyko, muy perdida—. ¿Qué es lo que debería saber y no sé?

Semira sonrió.

—¿Qué va a ser? Que llevas la Piedra Rúnica Sowilo en tu medallón.

Keyko estaba a punto de decir que se habían equivocado, que aquello no era más que un amuleto de protección, cuando de pronto el brujo, que había estado susurrando unas extrañas palabras mientras seguía examinando el medallón, se echó atrás de un salto. De nuevo el colgante emitió una luz sobrenatural, y Keyko tuvo que cerrar los ojos.

Cuando los abrió, y se atrevió a coger el medallón para mirarlo más de cerca, descubrió que había cambiado: engarzada en su centro estaba la Piedra Rúnica Elemental Sowilo, parecida a una reluciente piedra de ámbar, en la cual destelleaba el signo mágico que era el símbolo de la comunidad de las Hijas de Tara:



Keyko parpadeó, confusa, y se dejó caer sobre la cama, sin poder pronunciar palabra. Se volvió hacia Kim, y esta le respondió con una mirada fría e indiferente. Si no hubiera estado tan sorprendida, Keyko se habría enfurecido ante su actitud. «¡Estúpida urbanita!», pensó, resentida. Pero se volvió hacia Semira.

—Yo... no tenía ni idea... —empezó.

—Mo bantar, ki tesarat ma... —murmuró entonces el brujo, pensativo.

Keyko y Semira se volvieron hacia él. Estaba junto a Adam, y observaba su rostro sintético con una mezcla de curiosidad, fascinación y repulsión.

—¿Ribat? —preguntó Semira con un estremecimiento.

El brujo no respondió. Movié su bastón encima de la cabeza de Adam, que retrocedió un poco. Todavía había un pequeño punto de luz sobre su frente.

—Kelit soret, dum doban... —susurró el brujo, trazando un extraño símbolo con el bastón sobre la cabeza del robot.

Y de pronto, ante el asombro de todos los presentes, el punto luminoso de la frente de Adam se transformó en un brillante y cegador haz de luz que enfocó directamente al rostro del brujo.

—¡Wop! —exclamó el hombrecillo, impresionado.

Adam retrocedió hasta la pared, confuso y aturdido. La luz había desaparecido, pero nada en sus programas de conducta incluía una reacción semejante. Keyko, Semira y el brujo lo miraban con estupor, y hasta Kim se había incorporado un poco, con curiosidad.

—Sese bat... —susurró Semira, sobrecogida.

El brujo parpadeó y se volvió hacia su compañera.

—¡Tirstit! —exclamó, señalando a Adam—. ¡Betop kelilim!

Semira saltó como si la hubiesen pinchado.

—¡Kalet im dokot, ha wemdat!

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntaba Adam, muy nervioso.

Semira se volvió hacia Keyko, pálida como la cera.

—¿Cómo... cómo lo habéis hecho? —susurró—. ¡Habéis logrado lo imposible!

Keyko no supo qué contestar, pero decidió que ya estaba cansada de enterarse de las cosas a medias. Dio un paso al frente, miró a los ojos a la joven Ruadh y le dijo:

—No sé de qué me hablas. Yo no he hecho nada con ese robot. ¿Me quieres explicar qué es lo que está sucediendo?

Semira retrocedió un par de pasos, sin dejar de mirar a Keyko. Después dijo solamente:

—Este robot es un mago.

Keyko recibió aquella noticia como si le hubiesen echado un jarro de agua fría por la cabeza.

—Eso es... imposible —jadeó—. Los seres artificiales no...

—Eso me dijiste, Keyko —dijo la voz de Kim muy cerca de ella.

Keyko se volvió. La mercenaria se había levantado de la cama y estaba a su lado, mirándola cautelosa y amenazadoramente.

—Yo no te he mentido —se apresuró a aclarar ella—. No he hecho nada con tu robot. La magia...

—Embustera —siseó Kim—. Te dije que...

—Silencio —cortó Semira; apuntaba a Kim con la espada, manteniendo la distancia—. Atrás, urbanita. Esto no tiene nada que ver contigo.

Kim la miró un momento, y pareció que saltaban chispas entre las dos. Pero al fin la mercenaria esbozó una sonrisa desdeñosa, se encogió de hombros y retrocedió un tanto.

Keyko pensaba en voz alta:

—Todo concuerda: su extraño comportamiento, sus... eh... habilidades... Por eso los urbanitas quieren destruirlo. ¡La magia, la mayor arma de Mannawinard, dentro de las dumas, camuflada en un ser artificial del que nadie sospecharía!

—Sí, desde luego, una jugada maestra, Keyko...

La oriental se volvió hacia Kim de inmediato.

—¡Yo no tengo nada que ver con esto, ya te lo he dicho!

—¿Ah, no? ¡Lo he oído todo! Tienes una de esas... runas importantes... ¡Me mentiste, no es cierto que seas una maga mediocre! Tú...

Pero Kim calló de pronto y frunció el ceño, pensativa. Acababa de recordar el incidente del almacén. Aquella luz en la frente de Adam...

—No, espera, esto es anterior —murmuró para sí misma—. Me contrataron para robar este biobot, y no otro. Y ya daba señales de haber pertenecido a otra persona, antes de que yo lo encontrara. Si pudiéramos descubrir quién le puso las manos encima antes de que fuera a parar al almacén...

Tanto Keyko como Semira la miraban con curiosidad.

—¿Cómo se puede averiguar eso? —dijo Keyko.

Kim las miró. El rostro de Semira parecía impenetrable, pero la urbanita no tenía nada que perder.

—¿De verdad os interesa? —preguntó.

Había hablado en plural, pero en realidad se estaba dirigiendo solo a Semira, y ella se dio cuenta de inmediato. Sostuvo la mirada de Kim sin pestañear, orgullosa y desafiante.

—En tal caso —dijo la urbanita, eligiendo bien las palabras—, puede que hayáis cometido un error al acabar con todos los habitantes de esta ciudad.

Semira no dijo nada, pero entornó los ojos en un gesto amenazador.



El sol se ponía ya por el horizonte cuando TanSim y el Segador se detuvieron para contemplar el raro espectáculo de la ciudad invadida por la vegetación. TanSim se mostraba estupefacto, pero su compañero mantenía una expresión pétrea.

—¡Esos condenados salvajes! —masculló el mercenario—. No puedo creerlo... ¡ya ha caído otra дума!

Duncan no respondió. Echó a andar, sin más, hacia la destrozada Duma Murias.

—¡Eh, espera! —lo llamó TanSim—. ¿A dónde vas?

—A cazar a mi presa —respondió él, sin volverse, ni detenerse.

—¡Olvídalo, y volvamos a Duma Errans! Si han entrado ahí, no saldrán con vida.

—Vuelve tú, si quieres. Yo tengo trabajo.

TanSim avanzó unos pasos tras él, pero se detuvo enseguida, y se quedó mirando, desconcertado, cómo Duncan se alejaba con paso firme hacia la línea verde que marcaba el comienzo de Mannawinard. Abrió la boca para decir algo, pero no le salieron las palabras.

—¿Por qué es tan importante, eh? —pudo preguntar por fin; tuvo que alzar la voz, porque su compañero ya estaba lejos; al no recibir respuesta, resopló—: ¡Bah! Estás loco, ¿lo sabías?

—Sí, lo sabía —le llegó la voz del Segador desde la lejanía.

TanSim se quedó un momento mirando cómo se perdía en la inmensidad de los Páramos. Después, sacudiendo la cabeza con incredulidad, dio la vuelta para regresar a Duma Errans.

Ninguna misión, por mucho que le pagasen, conseguiría llevarlo hasta más allá de la línea verde.



En una de las plazas de lo que había sido el Centro de Duma Murias, ahora cubierto de vegetación, ardía una inmensa hoguera, cuyas llamas más altas se alzaban hacia el cielo sin luna. En torno a la hoguera se movían oscuras figuras humanas, que salían o entraban en las rudimentarias tiendas, hechas con pieles de animales, que habían instalado allí los nuevos dueños de la ciudad. Junto a ellas merodeaban aquellas criaturas bípedas que utilizaban como monturas. En un rincón de la plaza se amontonaban los cuerpos sin vida de docenas de urbanitas que se habían resistido a la invasión. Los salvajes los empleaban para alimentar la enorme hoguera que señalaba su fulminante victoria en aquella batalla.

El resplandor de las llamas iluminaba tenuemente el rostro del joven que, asomado a la ventana de su prisión, contemplaba la escena con expresión impasible.

Sabía que no tardaría mucho en correr la misma suerte que aquellos que ahora eran pasto del fuego.

Él no se había rebelado como los demás. Fiel a su habitual *modus operandi*, había aprovechado la confusión para salir sigilosamente de su apartamento y deslizarse hacia las murallas exteriores, sin dejarse impresionar por el nuevo aspecto que presentaba la ciudad. Silencioso como una sombra, había burlado a los Ruadh y a los animales depredadores que ahora pululaban por la duma, deshaciéndose de ellos sin dejar huellas, y casi había logrado salir a los Páramos...

Al fin, después de una dura pelea, los salvajes lo habían capturado. Uno de ellos le había dado un ultimátum: unirse a ellos o morir. Él había respondido con calma que sí, que aceptaba; pero solo lo había hecho por ganar tiempo, mientras estudiaba el terreno y buscaba una manera de escapar.

Y ella se había dado cuenta de que él estaba mintiendo.

El joven frunció el ceño al recordarlo. La pequeña salvaje lo había mirado a los ojos con altivez, y él había tenido la certeza de que no confiaba en él ni se tragaba sus buenas intenciones.

Lo habían encerrado mientras decidían qué hacer con él, y ella le había dicho: «En cuanto te examinen y descubran eso que llevas en la cabeza estarás muerto, rata urbanita».

Él no se había alterado por la amenaza ni por el insulto. Se había limitado a mirarla con frialdad y calculadora serenidad, tratando de evaluar si una chica tan joven podía tener mucho peso en la tribu, y si podía constituir realmente un problema.

Pero después de un rato encerrado y de tratar de salir de aquella habitación sin conseguirlo, se había dado cuenta de que el problema no era ella, sino él. La salvaje tenía razón: en cuanto descubrieran su implante neural lo matarían.

Era el único implante de su cuerpo, porque él no se había dejado arrastrar por la moda del «cuerpo de acero», y porque valoraba más el sigilo, la ligereza y la discreción que la fuerza de la máquina. Pero aquel implante neural era crucial en su trabajo.

Cuando los salvajes lo descubrieran, lo obligarían a extirpárselo como condición indispensable para unirse a la vida de la selva. Y cuando lo hiciesen, moriría.

De nada serviría que les explicara esto; podía intentarlo, por supuesto, pero se sentía incapaz de perder un ápice de su calma y su frialdad para suplicar por su vida. Porque él también tenía su orgullo.

No; su oportunidad llegaría pronto, estaba seguro.

Entonces, la puerta se abrió.

El joven no se molestó en volverse. Era lo bastante rápido como para saltar sobre su carcelero, reducirlo y escapar corriendo, pero había aprendido enseguida que los Ruadh nunca acudían solos a ver a sus prisioneros peligrosos.

Y, a pesar de que ya no tenía armas ni llevaba implantes, los salvajes lo consideraban muy peligroso. El joven sonrió para sí.

No se equivocaban.

—Ese fuego arde para ti, rata urbanita.

Era la voz de ella, desde la puerta. Él no se movió. Nada de lo que ella dijera podría ofenderlo o molestarlo. Tenía cosas más importantes en que pensar.

—Pero todavía no ha llegado tu hora —añadió ella a regañadientes—. Te necesitamos.

El joven esbozó una media sonrisa. Allí estaba la oportunidad que había estado esperando.

De pronto una voz incrédula y esperanzada resonó por la habitación, pronunciando su nombre:

—¿Chris?

Entonces, esta vez sí, él se sintió ligeramente desconcertado. Conocía aquella voz, pero... Se volvió con cautela y lentitud, esperando alguna trampa.

En la puerta estaban la pequeña salvaje y otros dos guerreros y, junto a ellos... Frunció ligeramente el ceño. No podía ser... Pero era ella, no había duda. La joven mercenaria del Ojo de la Noche con la que había trabajado en alguna ocasión... y que se había puesto en contacto con él apenas unos días antes, pidiéndole ayuda.

—Kim —murmuró; nunca olvidaba un nombre, ni una cara—. ¿Qué haces aquí?

Habían quedado para una semana más tarde, cuando la caravana de Duma Errans pasase por Duma Murias. Pero ella ya estaba allí. ¿Habría sido capaz de atravesar los Páramos, sola y a pie? Debía de estar más desesperada de lo que imaginaba.

La muchacha parecía cansada y nerviosa, una imagen poco habitual en ella. Pero le brindó una amplia sonrisa.

—Chris —repitió—. Necesito de tu genialidad una vez más, amigo.

Él se sintió desconcertado, pero se cuidó mucho de dejarlo entrever. Había supuesto que Kim estaba en Duma Errans, y ahora aparecía allí, con los salvajes. ¿Qué pretendía?

—¿En serio? —dijo, eligiendo con cuidado las palabras—. Pues me pillas en un mal momento, ¿sabes?

Ella le dirigió una intensa mirada.

—Me debes un favor, ¿recuerdas?

No, Chris no lo recordaba. De hecho, estaba convencido de que era ella quien le debía mucho a él. Y Kim debería saberlo. Estaba tratando de decirle algo.

Clavó su mirada en la de ella, y no tardó en comprender qué estaba pasando. Por alguna extraña razón, Kim estaba, como él, atrapada en aquella ciudad salvaje.

Y parecía que tenía un plan para escapar.

Chris sonrió levemente.

—En tal caso —dijo—, veré lo que puedo hacer por ti.

Ella sonrió también.

—Así me gusta. Además, tengo una historia interesante que contarte.

Chris ladeó la cabeza y le dirigió una mirada inquisitiva. Muchas personas estaban seguras de saber lo que podía interesarle, pero Kim era una de las pocas que acertaban de vez en cuando.

—Sorpréndeme —la desafió.



Keyko y Adam aguardaban al pie del edificio donde habían estado prisioneros cuando la comitiva torció una esquina, y Keyko vio a Chris por primera vez, iluminado por las llamas de la gran hoguera que ardía en la plaza. Estrechamente vigilado por los Ruadh, el joven parecía, sin embargo, muy seguro de sí mismo. Sereno y calmado, pero con un brillo de astuta cautela en sus fríos ojos azules, Chris dirigió a Keyko una rápida mirada calculadora, y la chica tuvo la molesta sensación de que aquella mirada era capaz de atravesarla y leer hasta en lo más profundo de su alma.

No era una persona que inspirase confianza, decidió Keyko enseguida. Por eso, mientras Adam y ella se unían al grupo para recorrer las oscuras calles de la ciudad, la chica observó al amigo de Kim por el rabillo del ojo.

Era un joven de unos veinte años, delgado y flexible, de pelo castaño claro, muy fino y liso, que le caía a ambos lados del rostro. Vestía de negro, se cubría con una gabardina larga del mismo color y se movía con el silencio de una pantera. Caminaba con calma, pero aquella actitud serena era engañosa; Keyko pudo notar que nada escapaba a sus ojos acerados como un puñal de hielo.

«Es silencioso y engañoso como una serpiente —pensó, estremeciéndose—. Y tal vez posea el mismo veneno que ellas.»

Como si hubiese podido leer sus pensamientos, Chris le dirigió una larga mirada. Keyko ni siquiera parpadeó, y alzó la barbilla, desafiante, pero él se limitó a esbozar una media sonrisa. La chica trató de adivinar en qué podía estar pensando, pero nada en su gesto reflejaba ni el más mínimo sentimiento.

Keyko se preguntó si aquel joven sería capaz de averiguar algo sobre Adam. Deseó que, en tal caso, lo consiguiese pronto, y se perdiese de vista cuanto antes.

—¿A dónde vamos? —le preguntó a Kim.

El humor de la mercenaria había mejorado desde que se había enterado de que su amigo seguía con vida.

—Al centro de operaciones de Chris. Necesita un ciberteclado para trabajar, y dice que allí tiene escondido uno, y que no cree que nadie lo haya encontrado. Espero que tenga razón, porque me temo que los salvajes se han cargado todos los ordenadores de la ciudad.

Keyko no sabía qué era un ordenador, y mucho menos un ciberteclado, pero no hizo más preguntas. Volvió a mirar a Chris de reojo, y descubrió que no era la única que lo vigilaba estrechamente: tampoco Semira apartaba la vista de él. La Ruadh caminaba cerca del hacker, pero a una prudente distancia, y parecía lista para saltar sobre él al menor movimiento sospechoso.

«Tampoco ha podido engañarla a ella», se dijo Keyko, algo aliviada. Aquel urbanita podía parecer frágil a simple vista, porque no exhibía la intimidatoria musculatura característica de la mayoría de los habitantes de las dumas, pero Keyko, que conocía bien las posibilidades del cuerpo humano, sabía que la constitución delgada de Chris no implicaba debilidad, sino agilidad, ligereza, elasticidad y, probablemente, una rapidez letal. Chris era más nervio que músculo, pero un nervio controlado al milímetro. Daba la sensación de que detrás de todo lo que hacía había una razón premeditada; en él, hasta el más leve movimiento parecía calculado de antemano.

Finalmente la comitiva llegó hasta el edificio que Kim y Keyko habían visitado aquella mañana. De noche, solo iluminado por las estrellas y por el fuego de las antorchas que portaban los Ruadh, aquella casa presentaba un aspecto un tanto siniestro. Keyko se estremeció. La selva no parecía la misma en aquella oscuridad, y por un momento comprendió por qué los urbanitas

temían tanto a Mannawinard. En la tierra de la Diosa Madre, el ser humano volvía a ser un simple eslabón en la cadena de la vida: podía comer, o ser comido. Y la oscuridad era una mala compañera para él.

Los Ruadh, sin embargo, entraron en el edificio sin miedo. Kim vaciló, pero Chris entró sin dudar. Keyko cruzó una mirada con su amiga; ambas se encogieron de hombros y los siguieron.

Momentos después, estaban en el apartamento del hacker. El fuego de las antorchas proyectaba una luz inquietante y llenaba las paredes de sombras cambiantes y extrañas. Chris, sin embargo, no parecía impresionado. Dirigió una tranquila mirada a sus captores.

—¿A qué estás esperando? —le dijo Semira con dureza.

Él sonrió levemente. Cruzó una mirada con Kim, y ella asintió. Keyko se estaba preguntando qué era lo que habían hablado ellos dos, cuando Kim se dirigió a los Ruadh:

—Os proponemos un trato —dijo.

Semira tradujo sus palabras al resto de los Ruadh. Ellos fruncieron el ceño de inmediato.

—Radot ma gombat —dijo el que parecía de más edad.

—No hay trato —tradujo Semira enseguida—. Sois nuestros prisioneros, y moriréis si no obedecéis.

—Íbamos a morir de todas formas —repuso Kim—. Él puede averiguar algo sobre ese robot que os interesa tanto. A cambio, exigimos nuestra libertad.

—Tue ta windasta —dijo el Ruadh.

—No estáis en situación de exigir nada —dijo Semira.

Keyko comprendió entonces qué era lo que se traían entre manos los urbanitas. Y, antes de que se diera cuenta, estaba interviniendo en la negociación:

—Por favor, aceptad sus condiciones —dijo a los Ruadh—. El brujo afirma que este androide es realmente extraordinario. La Madre Tara está intentando decirnos algo. No debemos desoír su voz.

—Wa Tara fier da basba —objetó el Ruadh.

—Tara hablaría con nosotros, y no con ellos —dijo Semira.

Keyko respiró hondo.

—Tú no puedes saber eso —replicó—. Si existe un robot con poderes mágicos, existe un puente de unión entre ambos bandos. Tal vez es esto lo que Tara está intentando decirnos.

Los Ruadh cruzaron una mirada entre ellos.

—Chi Senchae we tan kafar —sentenció el mayor.

—El Jefe Senchae decidirá —tradujo Semira.

—¡Nada de eso! —estalló Kim—. Nosotros...

Pero Chris la detuvo con un gesto. Se volvió hacia los Ruadh y asintió, mostrando su conformidad.

—¡Estás loco! —susurró Kim—. ¡Seguramente ese Senchae es el más fanático de todos!

—Será lo mejor que podamos lograr, Kim —replicó él, sin alterarse—. Si sigues discutiendo, perderán la paciencia.

Sin aguardar respuesta, Chris se agachó y palpó las baldosas del suelo. Hizo algo con los dedos, que ninguno de los presentes logró ver bien, y de pronto una de las losas se deslizó, descubriendo un hueco oculto en el suelo. Dentro de aquel escondite había una especie de tablero. Chris lo sacó.

Los Ruadh lo observaron con una mezcla de curiosidad y repugnancia. Chris desplegó el tablero, que resultó ser un pequeño ordenador portátil, con muchas más teclas de las habituales: un ciberteclado. En la tapa había dibujado un pequeño emblema que representaba una serpiente enroscada sobre sí misma, desplegando un par de alas membranosas, como las de un murciélago. Chris se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, y colocó el teclado sobre sus piernas cruzadas. Dirigió una breve mirada a los Ruadh, seguramente lamentando que no lo dejaran a solas para trabajar, pero no hizo ningún comentario. Clavó entonces su mirada en Adam.

—De modo que un mago —comentó.

No parecía sorprendido, solo ligeramente intrigado.

Kim se sentó junto a él. Parecía ansiosa por empezar. Los Ruadh se acercaron un poco, desconfiados, y se situaron de tal manera que los rodeaban por todas partes. Keyko, algo incómoda, tomó asiento cerca de Adam.

Chris extrajo un cable de uno de los costados del ciberteclado. Acopló uno de los extremos al aparato y entonces, y sin dejar de mirar a los Ruadh para estudiar su reacción, se conectó el otro a la cabeza.

Keyko y los Ruadh lanzaron una exclamación de sorpresa, y uno de los guerreros alzó su arma. El hacker contaba con un conector en la sien que hasta entonces nadie había visto, porque el pelo se lo ocultaba.

—No pasa nada —dijo Kim—. Es necesario que haga esto para acceder al ciberespacio... al lugar donde podemos encontrar la información —añadió enseguida.

—Date prisa —gruñó Semira, evitando mirar el cable conectado a la cabeza de su prisionero.

Chris esbozó otra de sus medias sonrisas.

—Allá vamos —murmuró.

Kim se inclinó hacia él.

—Por favor, no olvides...

—Descuida.

Chris cerró los ojos. Sus dedos volaron sobre el teclado. El más ligero roce bastaba para activar las teclas.

Keyko se atrevió a acercarse un poco para mirar por encima del hombro de Kim. Solo vio una sucesión de números y símbolos sin sentido, que recorrían de arriba a abajo la pantalla con una velocidad de vértigo.

—¿Cómo puede ver todo esto, con los ojos cerrados? —murmuró.

—No necesita los ojos —dijo Kim, señalando el cable—. La información va directamente a su cerebro, y toma cuerpo allí.

Keyko se estremeció.

—No me gusta —declaró, y retrocedió de nuevo para acurrucarse junto a Adam, que observaba a Chris con un cierto atisbo de curiosidad en sus rasgos, rígidos e inexpresivos, de robot de Nemetech.

Semira cruzó una mirada con los otros Ruadh.

—Será mejor que te des prisa, rata urbanita —le espetó a Chris.

Pero él no se inmutó. Sin abrir los ojos, se limitó a dirigirle una sonrisa divertida.

—Las cosas bien hechas llevan su tiempo, pequeña salvaje, y yo soy un profesional, así que será mejor que te pongas cómoda.

Kim no pudo menos que sonreír.

**HIELO VIRTUAL**

Pasó un buen rato antes de que Chris volviera a pronunciar palabra. Kim aguardaba, acurrucada junto a él, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, muy nerviosa. Los Ruadh permanecieron en silencio, tan quietos que parecían estatuas de piedra.

El hacker seguía con los ojos cerrados, moviendo los dedos sobre el teclado, frunciendo el ceño de vez en cuando.

Una hora después abrió los ojos, se desconectó y dijo:

—Tengo noticias, Kim.

Ella dio un respingo y lo miró, anhelante. Keyko, que dormitaba junto a la pared, se despertó inmediatamente.

—¿Qué es lo que has averiguado? —preguntó Semira.

Pero Chris, ignorándola, miró a Kim a los ojos.

—He acudido a algunos lugares que conozco, donde otros hackers ponen en la red la información que roban de las corporaciones. No he encontrado allí nada nuevo acerca del proceso de mutación que padeces; solo la información que ya conocías: que lo provoca el kexelio-7, una sustancia altamente radiactiva, empleada en la fabricación de las armas de los basureros.

—Un momento —interrumpió Semira—. ¿De qué estás hablando, urbanita? Te hemos dejado usar esa máquina con la condición de que...

—Entonces he entrado en los archivos del LIBT de Nemotech —prosiguió Chris, sin hacerle caso—. Eso me ha llevado bastante más tiempo.

Hizo una pausa. Kim contuvo el aliento.

—Y siento decirte, Kim, que ni siquiera en Nemotech conocen la cura del mal que han creado —concluyó el hacker con suavidad.

Kim se dejó caer junto a él, pálida como la cera, sin poder pronunciar una palabra.

—Kim... —Keyko acudió a su lado—. Yo...

—Déjame en paz.

Chris alzó la vista y vio a los Ruadh casi encima de él.

—Nos has engañado, urbanita —dijo Semira—. Vas a morir.

—Te dije que tuvieras un poco de paciencia, pequeña salvaje —repuso él, con calma—. Hice un trato con ella, y debía cumplirlo. También he hecho un trato contigo, y lo cumpliré, si me das un par de horas más. Todo lleva su tiempo, ¿no te ha enseñado eso tu diosa?

Semira tembló de ira y alzó su espada sobre él. Chris ni siquiera se inmutó. Finalmente, como si le costara un gran esfuerzo, la Ruadh bajó la espada y se apartó de él.

—Te doy hasta el amanecer, rata urbanita. Si cuando salga el sol no tenéis nada nuevo que contarnos, todos, excepto la Portadora, moriréis.

Chris asintió, sin alterarse, y se volvió hacia Kim.

—¿Recuerdas el día exacto de tu incursión en Nemetech?

Ella no contestó. Parecía completamente hundida, y tenía la mirada perdida en un rincón oscuro de la habitación. Keyko le dio un suave codazo, y ella reaccionó. Alzó la cabeza y vio los ojos de Chris clavados en ella.

—¿Recuerdas el día exacto de tu incursión en Nemetech? —repitió él.

Kim no respondió. Ya nada parecía importarle.

—¿No quieres seguir viviendo? —preguntó él, en el mismo tono de voz, tranquilo, pero indiferente.

Kim se encogió de hombros.

—Y a ti qué te importa.

—Yo sí quiero seguir viviendo, Kim. Y, por desgracia, te necesito a ti para que esto salga bien.

Kim no respondió.

—Si yo estuviera en tu lugar, buscaría soluciones más allá de las dumas.

Kim lo miró, sin creerse lo que le estaba diciendo.

—¿Me estás diciendo que recurra a la magia?

Chris se encogió de hombros.

—¿Qué otra opción tienes?

—Me suicidaré.

—Te tenía por alguien más inteligente, Kim.

Ella volvió la cabeza, molesta. Pero Chris seguía mirándola, con los dedos preparados sobre el teclado. La mercenaria miró a Adam y a Kim, y a los Ruadh, y después, al hacker.

—Está bien —suspiró por fin—. Fue hace exactamente dos semanas.

No podía creerlo. Solo dos semanas...

—Muy bien —dijo Chris—. Con eso me basta.

Sus dedos volaron sobre el teclado una vez más. Ante sus ojos desfilaban miles de datos que, de momento, no tenían mucho sentido para él, ni para nadie. Pero entonces se ajustó el conector, cerró los ojos y todo cambió.



Ante él se extendían las amplias avenidas de la Matriz. Las brillantes torres de información se alzaban a su alrededor, multiplicándose hasta el infinito, bajo el cielo virtual. Millones de datos circulaban entre ellas, rápidos como centellas.

Chris avanzó, camuflado como uno más, buscando un destino muy concreto. Su icono de representación en la Matriz, una pequeña serpiente alada, se movía con ligereza y elegancia entre las enormes torres de información, esquivando a los guardianes de aquel mundo virtual. Otros hackers elegían iconos menos llamativos, pero Chris no necesitaba hacerlo. Aunque hubiese escogido por icono un enorme elefante rosa, nadie se habría fijado en él. Era lo bastante bueno como para adelantarse a todo el mundo, y se las arreglaba para no cruzarse con nadie durante sus exploraciones por la red. No necesitaba camuflarse, porque él ya era prácticamente invisible.

Finalmente, la serpiente alada se detuvo ante una enorme pirámide de datos de un color azul eléctrico.

Allí se guardaban todos los secretos de Nemetech, para quien tuviera las claves de acceso a ellos, o para quien, como Chris, supiera cómo entrar sin ellas.

La pequeña serpiente alada rodeó la base de la pirámide hasta encontrar un lugar que le pareció apropiado para iniciar la incursión.

En la habitación del edificio de Duma Murias, los dedos de Chris volvieron a moverse sobre el ciberteclado, introduciendo los códigos de asalto a las defensas de Nemetech.

En la Matriz, el icono de la serpiente alada trató de perforar la base de la pirámide. Llevaba un rato trabajando (los dedos de Chris seguían introduciendo códigos y más códigos, y en su mente veía cómo, en el mundo virtual, iba abriéndose una pequeña brecha en la pirámide de Nemetech) cuando sintió que algo se acercaba. La serpiente se pegó a la pared de la pirámide (Chris volvió a teclear frenéticamente) y, de inmediato, su textura cambió para mimetizarse con el fondo de color azul eléctrico.

Otro icono pasó ante él, sin advertir su presencia. Tenía la forma de un pequeño hombrecillo inofensivo, pero no logró engañar a Chris. Era perfectamente capaz de distinguir los simples operadores de los guardianes, los temibles programas de defensa de la Matriz, que los hackers llamaban familiarmente «hielo», porque, si capturaban a un intruso, se introducían en su cerebro como un virus, y lo último que sentía el pobre infeliz era un frío mortal...

En cierta ocasión, Chris había sido alcanzado por un guardián de hielo cuando trataba de colarse en los archivos de Probellum. Por fortuna, había logrado desconectarse a tiempo. Pero había tardado mucho en recuperarse de aquel ataque. Todavía sentía dolores de cabeza al recordarlo.

Pero entonces Chris era más joven e inexperto. Ahora, los guardianes de hielo eran pan comido para él.

El icono del hombrecillo dobló una esquina y se perdió de vista. La serpiente que señalaba la presencia de Chris en la red se separó de la pared azul y volvió a tomar su consistencia habitual. Enseguida prosiguió con su trabajo.

En apenas unos minutos había logrado abrir una brecha en la pared, y se colaba en la pirámide de información de Nemetech.

—Estoy dentro —dijo; como siempre que le pasaba cuando hablaba estando conectado, su propia voz le sonó lejana, irreal; esa era una de las razones por las que no le gustaba trabajar en presencia de más personas—.

Voy a probar con el proceso de fabricación de biobots marca Nova.

—Me parece bien —oyó la voz de Kim, también muy distante.

Chris no dijo nada más. Seguía con los ojos cerrados, pero en su mente veía con total claridad la estructura del interior de la pirámide de Nemetech, con las torres de datos ordenadas a su alrededor. No tardó en encontrar lo que buscaba. Abrió el fichero de datos sobre el proceso de fabricación de los biobots de la serie AD y lo inspeccionó minuciosamente, pero no halló ninguna anomalía registrada.

—Nada de particular —dijo.

—¿No? —oyó, muy lejana, la voz de Kim—. Bueno, mira entonces en Seguridad.

Chris no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Hum! Mi sección favorita...

Recorrió con ligereza los pasillos virtuales de Nemetech, hasta alcanzar un sector de torres de color ligeramente anaranjado. Buscó los archivos de las grabaciones de las cámaras de seguridad y empezó a examinarlos; pero se detuvo en mitad de la tarea.

—Vaya... —comentó.

—¿Qué es lo que pasa?

Chris no contestó enseguida. Ante él se alzaba una torre que a simple vista parecía igual que las otras; pero un hacker experto como él era capaz de detectar una fina capa de protección sobre todos sus archivos, una capa de «hielo».

—Esto se pone interesante —comentó—. Territorio protegido.

Se aseguró de que no había ningún guardián de hielo cerca, y tecleó de nuevo sobre la consola los códigos de búsqueda de accesos. En la Matriz, su icono de representación exhaló por la boca una llamarada de fuego verde. La pequeña serpiente alada comenzó a quemar el hielo, sistemática y metódicamente.

No tardó mucho en entrar. Nada más hacerlo, tuvo que mimetizarse de nuevo contra la pared de datos, porque dos guardianes acababan de aparecer por allí. Logró engañarlos fácilmente; los guardianes se marcharon, creyendo que no ocurría nada anormal en aquel sector.

Recuperada la tranquilidad, Chris comenzó a examinar los archivos a toda velocidad. Los datos pasaban rápidamente ante sus ojos, ante los ojos de la serpiente alada que era él en la Matriz.

Al cabo de un rato, lo encontró.

—Lo tengo —dijo—. Es una grabación del almacén del que me has hablado, una semana antes de tu incursión. Tiene que ser esto, porque está catalogada como Alto Secreto, y no me explico qué puede haber de interesante en una grabación de seguridad rutinaria de un edificio de almacenamiento.

—¡Justamente! —respondió Kim—. Estás sobre la pista, Chris.

La pequeña serpiente alada tenía ante sí una hoja de datos con la información que le acababa de comunicar a Kim. La tocó con la punta de la cola, y la hoja se dio la vuelta para mostrarle una grabación de vídeo.

Chris vio entonces en su mente, con toda claridad, una imagen del almacén de Nemetech en el que había entrado Kim dos semanas atrás. Cientos de biobots, silenciosos, como muertos, ordenados en filas, cubrían las paredes, desde el suelo hasta el techo. Chris activó el zoom de la grabación para enfocar la zona donde estaban las unidades de la serie AD.

Y entonces lo vio: dos sombras que se deslizaban a lo largo de los estantes.

—¡Ahí está! —dijo.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Kim.

Chris no respondió enseguida. Tecleó sobre la consola para grabar en el ordenador lo que estaba viendo.

—Hay dos tipos —dijo entonces—. Han cogido un biobot, parece que al azar...

—¿Quiénes son? ¿Qué hacen?

—No lo sé. Espera...

Ajustó el zoom una vez más, y logró ver la escena con mayor claridad.

—Son un viejo y una mujer pelirroja. Llevan túnicas, y están cubiertos de amuletos extraños. Yo diría que son salvajes de Mannawinard. Y están...

Calló un momento, y frunció el ceño. Lo que hacían le resultaba incomprensible. Se habían cogido de las manos, formando un círculo en el centro del cual se hallaba el biobot que acababan de sacar de la estantería.

—Están entonando una especie de cántico —prosiguió—. Y giran en torno al androide. Parece que están llevando a cabo algún tipo de ritual...

De pronto, Chris vio con sorpresa cómo uno de los amuletos que llevaba el viejo al cuello comenzaba a brillar. Entonces, ambos se detuvieron. La luz del amuleto se hizo más intensa, hasta bañar por completo al biobot.

—Vaya... —comentó Chris, sorprendido—. Parece... parece magia...

—¡Lo sabía! —oyó que exclamaba Keyko.

El hacker frunció el ceño de nuevo y trató de concentrarse en la escena. El anciano se había quitado otro de los amuletos que llevaba, y lo estaba introduciendo en el interior del biobot. Chris reprimió el impulso de abrir los ojos, desconectarse y correr a mirar si Adam tenía dentro algún artefacto semejante.

Entonces le llegó desde la grabación la voz de la mujer pelirroja, que decía, en tono apremiante:

—¡Viene alguien!

Juntó las manos, cerró los ojos, y empezó a entonar un canto sin palabras; de pronto, entre sus dedos apareció una luz resplandeciente. Ella separó un poco las manos, y canturreó, en una melodía hipnótica y fascinante:

—Aaaansuz... Raidooo... Eeehwaz... Naaaudhiz...

Y entre sus manos, en medio de la luz, comenzó a aparecer una complicada red de extraños símbolos. Una especie de cúpula luminosa los envolvió a ambos y, de pronto, ya no estaban allí...

Chris se quedó perplejo. El almacén estaba en silencio, y solo el hecho de que el biobot hechizado seguía estando fuera de su sitio indicaba que algo había pasado allí momentos antes. Los androides de seguridad que aparecieron por allí segundos después no encontraron nada anormal. Ni siquiera se molestaron en devolver al biobot a la estantería, suponiendo que ya lo harían los de mantenimiento al día siguiente.

—¿Chris? —se oyó entonces la voz de Kim—. ¿Qué pasa?

A Chris le costó un poco volver a la realidad.

—Creo que he encontrado... —empezó, pero se detuvo bruscamente; su instinto le decía que estaba en peligro.

Cerró la grabación, y volvió a encontrarse en el pasillo de la pirámide de información de Nemetech.

Pero había algo que no era igual.

El icono de la serpiente alada se volvió hacia todos los lados, inquieto y suspicaz.

—¡Chris! —oyó la voz de Kim—. ¿Qué has encontrado?

Pero él no respondió. Tecléo sobre la consola una orden de rastreo. El pasillo virtual estaba desierto y silencioso y, sin embargo, su instinto le decía que allí había algo anormal.

Y, de pronto, sintió una pequeña ondulación. Frunció el ceño y se concentró. La serpiente alada se movió de un lugar a otro, insegura.

—Parece una alteración en los corredores virtuales de la Matriz —dijo suavemente, pero con una nota de tensión contenida en su voz—. Nunca había visto nada igual —confesó.

El corredor se onduló de nuevo, con una curvatura mucho más pronunciada. Chris empezó a teclear una orden de camuflaje, por si se trataba de algún tipo desconocido de hielo virtual, pero se detuvo a mitad, sorprendido y aterrado.

—No —susurró—. No, esto no puede estar pasando.

—¿El qué? —oyó la voz de Kim, más distante e irreal que nunca.

Chris no contestó. Todos sus sentidos internos estaban puestos en la imagen que la red presentaba ante él.

El pasillo virtual se había convertido en un enorme espectro de hielo que se alzaba ante la serpiente alada, ridículamente pequeña frente a él.

Chris supo que tenía problemas. Trató de teclear sobre la consola el comando que devolvería a su cuerpo su parte de conciencia que estaba navegando por la red, pero sus dedos no lo obedecieron, permaneciendo rígidos sobre el teclado.

El espectro de hielo se lanzó sobre él.

Durante un breve momento, Chris tuvo la sensación de estar completamente congelado. Se esforzó al máximo para mover los dedos, y logró rozar una de las teclas de movimiento de la consola.

Eso lo salvó, de momento. Su icono se desplazó hacia la izquierda, y el espectro no llegó a alcanzarlo. Cuando aquella gigantesca cosa se alzó de nuevo, Chris comprendió que la próxima vez no tendría tanta suerte. Rozó la consola otra vez, y consiguió teclear la orden de escape. Se quedó un momento inmóvil, esperando.

Pero nada sucedió.

Chris sintió que el terror lo invadía; aquello no era algo que experimentase a menudo, y no resultaba nada agradable. De alguna manera, el espectro había bloqueado sus programas de escape. Estaba atrapado en la red.

Alcanzó las teclas de movimiento. Consiguió que su icono diese media vuelta para escapar por los pasillos virtuales, pero supo casi enseguida que el espectro lo alcanzaría.

Intentara lo que intentase, era hombre muerto.



En la habitación de Duma Murias, todos se dieron cuenta de que algo iba mal. Chris seguía conectado a su ciberteclado, con los ojos cerrados y las manos sobre la consola, pero había palidecido, respiraba entrecortadamente y minúsculas gotas de sudor le perlaban la frente.

Semira avanzó con la intención de arrancarle el cable de la cabeza, pero Kim se lo impidió.

—Parte de su conciencia está aún navegando por la red, salvaje —le dijo—. Si lo desconectas ahora, esa parte de él se perderá. Y supongo que no querrás que se pierda con ella la información tan valiosa que ha conseguido, ¿verdad?

Kim no añadió que Chris era sin duda lo bastante profesional como para grabar la información en cuanto topaba con ella; Semira no tenía por qué saberlo.

La Ruadh se mordió los labios, pero retrocedió.

—¿No puedes hacer nada? —preguntó Keyko, muy nerviosa.

Kim no respondió. Miró a Chris, inquieta. Por increíble que pudiera parecer, parecía que el hacker se estaba enfrentando a algo que podía vencerlo. Pero ella no podía ayudarlo. Si se conectaba a la red tardaría un buen rato en encontrarlo. Y con ello solo conseguiría que les congelasen el cerebro a los dos.

—Pero ¿por qué no sale de ahí? —preguntó Keyko.

Buena pregunta, se dijo Kim. Probablemente habían bloqueado sus programas de escape.

En tal caso, pensó enseguida, tal vez ella pudiese desbloquearlos desde allí.

Se sentó junto a Chris y alargó las manos hacia el teclado. Sus dedos rozaron las manos de él, rígidas y frías sobre las teclas de movimiento. Kim se estremeció, y pensó que no merecía morir así. «Aguanta, por favor», pensó, mientras comenzaba a teclear comandos para visualizar en la pantalla el estado de los programas de escape de Chris.



La serpiente alada volaba por el corredor. A sus espaldas, la figura del espectro de hielo parecía ocuparlo todo.

Chris estaba tan centrado en su huida por la red que apenas se percató de la presencia de Kim junto a su cuerpo, en Duma Murias; pero sí percibió que alguien trataba de desbloquear sus programas de escape.

El espectro tomó impulso y se lanzó sobre la serpiente alada.

Y entonces Chris oyó, con claridad, la voz de Kim:

—¡Sal de ahí!

Los dedos de Chris lograron teclear su clave de escape.

La serpiente virtual desapareció de los pasillos de la pirámide de información de Nemetech, justo cuando el espectro caía sobre ella.



Chris abrió los ojos, sobresaltado, y parpadeó. Miró a su alrededor, confuso y algo perdido.

Enseguida vio dónde se encontraba; su habitación en Duma Murias seguía invadida por la vegetación, los Ruadh lo miraban entre desconfiados y expectantes, y Kim le estaba chillando al oído algo sobre sus programas de escape.

Y entonces recordó qué era lo que había pasado; no eran recuerdos agradables pero, desde luego, eran mejores que los que le inspiraba el extraño espectro virtual que había estado a punto de acabar con él.

Con una mano temblorosa (trató de dominarse, y lo consiguió) se arrancó el conector de la cabeza. Se volvió hacia Kim.

La muchacha lo miraba ansiosa y preocupada.

—Chris, ¿estás bien? ¿Qué te ha pasado?

Chris no respondió enseguida. Sentía que su respiración seguía alterada, que el corazón le latía alocadamente, que estaba sudando de puro terror. Respiró hondo y se esforzó por recuperar el control. Gracias al gran dominio que tenía sobre sí mismo, pronto logró recobrar el aspecto frío, sereno y calmado que era habitual en él.

Volvió a mirar a Kim.

—Tú has desbloqueado mis programas de escape, ¿no?

Pareció que la chica titubeaba, y Chris sonrió. Le había formulado la pregunta con tal tranquilidad que ella había dudado que el hacker hubiese estado realmente en peligro.

—Gracias —añadió—. Me has salvado la vida.

—¿La vida? —Kim se estremeció—. Diablos, Chris, no pensaba que nada pudiese hacerte daño a ti en el ciberespacio. Te he visto al borde del shock. ¿Qué te ha pasado?

—Me he topado con algo... —Chris frunció el ceño, pensativo, mientras descruzaba las piernas para desentumecerlas—. Ha estado a punto de congelarme el cerebro. Es la primera vez que me encuentro con algo así.

—¿Hielo?

Pero el hacker negó con la cabeza.

—Parecía hielo, pero creo que no lo era. No hay hielo que pueda conmigo, y lo sabes. No, aquella cosa parecía estar viva. Nemetech sería incapaz de crear algo así ni en sus más atrevidos sueños.

—Es él —intervino entonces la voz chillona de Adam—. ¡Lo has visto!

Parecía algo asustado. Chris y Kim se volvieron hacia él.

—¿Quién?

—¡Las voces del aire!

Kim se levantó de un salto para agarrar a Adam.

—¿Qué es eso de «las voces del aire»? —preguntó, sacudiéndolo sin contemplaciones—. ¿De qué estás hablando?

—No lo sé... Las oigo, las siento... Él está ahí, y habla con todas las voces...

Parecía que Adam se había hecho un buen lío, porque no acertaba a decir nada más. Kim lo soltó, frustrada.

—Estás chiflado, montón de chatarra.

Semira cruzó una mirada con sus compañeros, y avanzó hacia los urbanitas amenazadoramente. Chris echó un vistazo por la ventana y vio que el horizonte gris ya comenzaba a clarear.

—No me extraña que diga incoherencias, después de lo que le han hecho —le dijo a Kim, con calma—. Mirad esto.

Tecléo de nuevo sobre la consola, y volvió la pantalla hacia sus compañeros. Los Ruadh retrocedieron un momento, con desconfianza, pero Semira fue la primera en volver a acercarse a mirar.

En la pantalla se reproducía la escena del almacén. Todos vieron con claridad lo que Chris había descubierto durante su incursión en Nemetech: los dos extraños individuos eligiendo un biobot, sometiéndolo a un curioso ritual..., los amuletos mágicos, la luz...

—¡Conozco a ese hombre! —exclamó entonces Semira—. Pasó por nuestro campamento hace varias lunas. Es un druida, uno de los magos más poderosos de Mannawinard.

—Pues ella tampoco es una aficionada —comentó Keyko—. ¿Habéis visto con qué soltura habla el lenguaje de las runas? ¡Yo solo sé deletrearlo!

La grabación terminó, y sobrevino un silencio, solo quebrado por los sonidos de la selva, que despertaba bajo los primeros rayos del sol naciente.

—¿Eso es todo? —preguntó Semira, mirando a Chris.

—Es todo lo que he podido encontrar.

Sin pronunciar una palabra más, Semira alzó la espada y la descargó sobre el ciberteclado, antes de que ninguno de los presentes lograra reaccionar. Chris saltó como si lo hubiesen pinchado.

—¿Qué has hecho? —rugió, mientras la consola estallaba en un breve chisporroteo—. ¡Era el último ciberteclado de la duma!

Kim lo miró de reojo, pensando que su experiencia en la red debía de haber sido bastante turbadora, porque el hacker nunca perdía los nervios de aquella manera.

—Ya no lo necesitamos —replicó Semira con frialdad.

Chris la miró un momento, conteniendo la ira. Entonces, sin una palabra, se encogió de hombros y volvió a adoptar su habitual expresión impassible y hermética.

—Hemos de hablar con el Jefe Senchae —dijo Semira.



La tienda del Jefe Senchae, el líder de los Ruadh, se alzaba en la destrozada plaza donde aún ardía la inmensa hoguera alimentada con carne urbanita, como si coronase la victoria del mundo natural sobre la ciudad. Era una enorme yurta con forma poligonal, construida a base de pieles de animales, que ocupaba todo un lado de la plaza.

La comitiva se detuvo cuando dos guerreros apostados a ambos lados de la entrada les impidieron el paso. Parecían sorprendidos ante el descaro de la joven Semira Yi-Mamdar, que osaba traer a aquellos sucios urbanitas, acompañados de un repugnante robot, ante la presencia de Chi Senchae.

Parecía que Semira no sabía muy bien por dónde empezar a explicarles todo lo que estaba pasando. Pero entonces, como salido de la nada, apareció el brujo Ruadh. Los guerreros hicieron una inclinación de cabeza, en señal de respeto.

El hombrecillo habló muy deprisa, haciendo grandes aspavientos y moviendo las manos en el aire, como si tratase de espantar a los malos espíritus. Los guerreros cruzaron una mirada sorprendida, pero, los dos a una, se apartaron para dejarle pasar.

El brujo entró primero, solo. Momentos después, una mujer Ruadh asomó la cabeza para indicarles que podían pasar.

Por dentro, la tienda de Senchae era mucho más que una tienda. Parecía una gran sala de recepción, con espacio suficiente como para que pudiesen estar, cómodamente, dos docenas de personas. El suelo estaba alfombrado con pieles de animales (Kim se estremecía de repugnancia cada vez que pisaba una, pero no había otro sitio donde poner los pies), y las paredes adornadas con diversos objetos guerreros, como escudos y lanzas. Al fondo se alzaba un trono de madera cubierto de pieles. A ambos lados se erguían dos imponentes guerreros, flanqueando al hombre sentado en él.

Era un Ruadh de unos cincuenta años, de tez tostada por el sol, dura e impenetrable, con la mirada de águila de todos los guerreros de la frontera. Llevaba el cabello blanco en una media melena con algunas trenzas, sin barba ni bigote. Una banda de tela le ceñía la frente; vestía, como todos los Ruadh, prendas de piel, y lucía diversos adornos en los brazos y muñecas.

Junto a él estaba el brujo, explicándole la situación, mientras Senchae clavaba una mirada pensativa en el extraño grupo que tenía ante él.

Kim le devolvió una mirada resuelta y desafiante, aunque estaba lejos de sentir deseos de seguir luchando.

—Semira Yi-Mamdar —dijo entonces el Jefe Senchae.

Semira avanzó unos pasos.

—Rukat gaba de —indicó el líder de los Ruadh.

Entonces Semira empezó a hablar, contándole, suponían los urbanitas, todo lo concerniente a aquel curioso grupo que traía a su presencia. Señaló a Keyko con respeto reverencial, y Senchae frunció el ceño al fijarse en el medallón que la chica portaba al cuello. Semira siguió hablando, y sus ojos se agrandaron con asombro cuando apuntó al robot con el dedo y empezó a relatar todo lo relativo a su extraña naturaleza.

Después, cuando terminó de hablar, Senchae quedó un momento en silencio.

—¿Ha naba te mian? —preguntó entonces, señalando a Chris y Kim.

El rostro de Semira se torció en una mueca de desprecio. Lo que dijo de ellos no sonaba agradable.

—¡Un momento! —soltó Kim, sospechando que ella no le estaba contando a Senchae toda la verdad—. ¡Nosotros os hemos traído a Adam... al robot mago! —añadió—. ¡Y os hemos ayudado a descubrir su origen! ¿Es que eso no vale nada?

—Ella tiene razón —intervino Keyko con suavidad, inclinando la cabeza con respeto ante Senchae—. Estos urbanitas nos han ayudado a interpretar el mensaje de Tara. Merecen vivir.

A regañadientes, Semira tradujo sus palabras a Senchae.

El jefe de los Ruadh permaneció en silencio, meditando. El brujo hizo un breve comentario, pero Senchae no respondió. Entonces llamó de nuevo a Semira, y ella alzó la cabeza, atenta.

—Ya Tara do kamet tokda Sowilo na Kea dobantar. Tam yoban kem aben dodunam mon kabet tikanu dolit Mannawinard. Dus druid kibit betop kelilim. Son Tara kumbo senentim. Tumbe dolit Mannawinard ot feh kunt. ¿Is dome?

—Is dome —asintió Semira.

Se volvió hacia el grupo, y, dirigiéndose siempre hacia Keyko, dijo:

—Dice que la verdadera misión de la Portadora es entregarle la Piedra Rúnica de la Luz a la sacerdotisa Kea. Los dos urbanitas pueden optar entre ser sacrificados o acompañarla hasta el templo de Tara, para que sea la propia sacerdotisa Kea quien los juzgue.

—¿Qué va a pasar con Adam? —preguntó Keyko, dirigiendo una mirada de incertidumbre a Chris y Kim.

—El robot hechicero vendrá conmigo a Mannawinard. Partiremos en busca del druida para investigar sobre su origen y naturaleza.

—Yo todavía no he dicho que quiera internarme en ese bosque —dijo Kim a media voz.

Chris se encogió de hombros, pero no dijo nada.

—¿Tú sí vas a hacerlo? —le preguntó ella, sorprendida.

—Más vale ser un salvaje vivo que un urbanita muerto —fue todo lo que respondió él.

Kim sacudió la cabeza, sin terminar de creerse lo que estaba oyendo.

Senchae les dirigió una intensa mirada y volvió a llamar a Semira. Le hizo señas para que se acercase hasta él, y ella obedeció.

—Sim gebo dib te... —dijo Senchae.

Ella alzó la cabeza, sorprendida. Senchae le hizo una seña al brujo, que se acercó a él y le entregó un pequeño objeto, con una respetuosa inclinación. Senchae lo alzó para que todos lo vieran.

—Bit othalak Ruadh: Tokda Fehu —dijo, y un rumor de asombro recorrió la yurta.

Incluso Keyko había lanzado una exclamación ahogada.

—¿Qué es eso? —preguntó Kim en voz baja.

—Es otra de las Piedras Rúnicas Elementales —respondió Keyko en el mismo tono, aferrando con fuerza a Sowilo—. Es nada menos que Fehu, la Piedra Rúnica Elemental de Fuego. Entonces, ¿es cierto lo que cuentan las leyendas!

Semira había palidecido, pero se las arreglaba para mantenerse firme. Senchae le dirigió una profunda mirada, y entonces le entregó la Piedra Rúnica Elemental Fehu. Tenía el mismo aspecto que Sowilo, una gran gema ambarina, y en su centro mostraba un símbolo rúnico:



Semira dudó antes de cogerla.

—Rimat...

—Kuet, Semira —insistió él—. Du soret Fehu do Kea nan tiek. Mim kaemi didimen kombe duntur. ¿Is dome?

Semira tragó saliva, y cogió la piedra rúnica con manos temblorosas.

—Is dome —pudo decir—. Lambat, Chi Senchae.

Se volvió hacia Keyko.

—Esto es Fehu, la Piedra Rúnica Elemental del Fuego, custodiada por mi pueblo desde hace muchas generaciones —le dijo en un susurro—. He de llevársela a Kea, igual que tú debes darle la Runa Sowilo; porque estos extraños sucesos son una señal de que los tiempos están cambiando.

Keyko asintió, pensativa.

—De modo que seremos compañeras de viaje —comentó—. Y ahora tienes una doble misión, Semira Yi-Mamdar.

Semira sonrió débilmente. Parecía dividida entre el orgullo de haber sido elegida y la duda sobre si lograría estar a la altura. Keyko le devolvió la sonrisa. Ella había pasado por lo mismo, dos semanas atrás, cuando había recibido un encargo similar de manos de la Madre Blanca. Y Semira no parecía ser mucho mayor que ella. Tendría dieciséis, o diecisiete años, no más.

«Los tiempos están cambiando —pensó Keyko—. La Madre Blanca me dijo que mi mensaje era vital para el futuro del mundo.»

Se estremeció. Entonces sintió la mirada de Chris clavada en ella, y se volvió hacia los urbanitas.

—¿Qué vas a hacer tú? —le preguntó a Kim, evitando mirar al hacker; aunque estaba impresionada por el modo en que Chris había obtenido la información sobre Adam, ello no hacía más que confirmar sus primeras sensaciones sobre él—. ¿Vendrás con nosotras?

Kim desvió la mirada.

—No puedo hacerlo —dijo en voz baja—. Mannawinard representa todo lo que yo odio y temo. Nunca seré una de vosotros.

—Pero ¡te matarán!

—Iba a morir de todas formas.

—¡No! Kim, estamos detrás de algo verdaderamente importante. Si le entregamos a la sacerdotisa Kea este biobot, y le pedimos que te cure... accederá.

—¿Y qué va a pasar con Adam?

—No le harán daño, ¿no lo has visto? Es una creación de Mannawinard. Kim, aquí está pasando algo que no comprendo..., pero en Mannawinard se están moviendo poderes que llevaban dormidos muchos siglos... Únete a nosotros. Aunque solo sea por instinto de supervivencia.

Kim alzó la cabeza para mirarla, y entonces se volvió hacia Chris. Él no decía nada, solo sonreía.

—¿Tú vas a ir con ellos?

—Instinto de supervivencia, Kim —murmuró él, y entonces ella supo por qué había aceptado.

Chris se internaría en la selva con Keyko y Semira, sí, pero, en cuanto pudiera, daría media vuelta y escaparía.

Escapar, ¿a dónde?

Kim decidió no pensar en ello.

—Está bien —dijo, dubitativa—. Os acompaño.

En realidad, ya no tenía nada que perder.



La sede del Consejo Tecnológico de Duma Findias era, probablemente, el edificio más alto de la ciudad, compitiendo con la Aguja en una carrera por alcanzar las nubes del color del acero que cubrían permanentemente el mundo urbanita. El Consejo Tecnológico estaba ubicado en el Centro de la duma, pero pocas personas entraban en él alguna vez. Se manejaba tal cantidad de datos y variables en su interior que ningún ser humano, por inteligente y capacitado que fuera, podría ni soñar con realizar aquel trabajo, solo destinado a robots que poseían por cerebro las más avanzadas computadoras de última generación.

Hacía mucho tiempo que los humanos ya no se preocupaban por la gestión y control de Duma Findias, y se decía que, si hubiesen dejado la ciudad en manos de los robots mucho antes, no existiría el Círculo Exterior, ni todos los problemas que comportaba.

Aun así, todavía quedaba un componente humano en aquel lugar.

Donna lo sabía, igual que todos, pero no por eso dejó de sentirse inquieta mientras cruzaba las amplias y elegantes avenidas del Centro de Duma Findias, en dirección a la sede del Consejo Tecnológico. La mercenaria y los dos matones que la escoltaban no encajaban allí, entre altos y lujosos edificios cristalinos, árboles artificiales de suaves colores y robots que se ocupaban de todo para que los adinerados habitantes de aquella zona pudiesen dedicar gran parte de su tiempo al ocio. Donna era consciente de que la gente del Centro los miraba con el ceño fruncido, pero eso no le preocupaba. Había estado allí otras muchas veces (generalmente de noche) y, en contra de lo que pudieran pensar aquellas personas que la miraban con desaprobación y algo de temor, lo conocía como la palma de su mano.

Aunque su trabajo la obligara a moverse por el sector de la ilegalidad, era precisamente en el Centro donde estaba el dinero, y donde más a menudo operaba la Hermandad.

Pero aquella vez se paseaba sin esconderse, a pleno día, porque venía en visita oficial.

Donna sonrió para sí cuando un hombre fue a decirle a un robot de Seguridad que, con toda probabilidad, ella y sus matones no deberían estar ahí. El androide los miró, pero no hizo nada por detenerlos. Era admirable aquella absoluta coordinación entre todos los robots de la duma, pensó Donna. Gracias a la información que recibían desde la Aguja, toda la Seguridad del Centro sabía que ella tenía, ese día, permiso para encontrarse allí.

Tenía una cita en el mismísimo Consejo Tecnológico.

Se detuvo un momento ante el impresionante edificio que se alzaba justo al lado de la Aguja, y conectado con ella. Dos androides acudieron a recibirla.

No la despojaron de sus armas, ni impidieron a sus acompañantes entrar con ella. Aquello no era más que una demostración de fuerza, no de confianza en ella, se dijo Donna. Era una manera de decirles que no los temían.

A la mercenaria no le gustó.

Recorrieron los pasillos del enorme edificio, frío, uniforme y funcional, sin adornos de ningún tipo. A un lado y a otro del pasillo se abrían compuertas que dejaban entrever a cientos y cientos de robots trabajando, rodeados de enormes ordenadores. Aquella actividad hizo a Donna sentirse un poco mejor. A pesar de que toda aquella inmensa construcción estaba dedicada a asegurar el correcto funcionamiento de Duma Findias, todavía no había logrado controlar el Círculo Exterior, ni tampoco al Ojo de la Noche.

Al final del pasillo los esperaba un hombre, un joven pálido y delgado, vestido con un traje de una sola pieza, tan impersonal como el edificio en el que se encontraban.

Donna se sintió sorprendida. No esperaba encontrar a ningún hombre allí, excepto, por supuesto, las personas a las que había acudido a ver.

—La señorita Donna, supongo —dijo el joven, dirigiéndole una mirada cortés, pero fría e indiferente.

—La misma —respondió Donna con aplomo.

—Por aquí, por favor —indicó, señalando la puerta de un gran ascensor, que acababa de abrirse para ellos.

Había algo extraño en él, y Donna lo miró de reojo, tratando de descubrir de qué se trataba. El joven se movía de una forma un tanto rígida, y apenas parpadeaba.

Y entonces Donna lo entendió.

Reprimió un estremecimiento. La ambición de algunos jóvenes del Centro los llevaba a hacer cosas que la misma Donna consideraba monstruosas. Para trabajar en aquel lugar se necesitaba el cerebro de una máquina... y era, probablemente, lo que tenía aquel joven. Donna sabía que en algunos sitios, para quien pudiese pagarlo, se realizaban operaciones que mejoraban las conexiones neuronales: algo así como implantes en el cerebro.

Pero muy poca gente, por mucho dinero que tuviera, se atrevía a someterse a una operación así. Aunque luego su cerebro funcionase cien veces más rápido y mejor que el de una persona normal, siempre había un riesgo. Muchas operaciones salían mal, y a menudo causaban en el cerebro del paciente daños irreversibles: algunos enloquecían, otros perdían la capacidad de moverse, o de hablar. Y, aun en el caso de que la operación fuese un éxito, siempre se perdía una parte muy importante de humanidad. Las personas con implantes en el cerebro eran frías, objetivas y lógicas como máquinas. La mayoría de ellas perdían la facultad de llorar, de emocionarse, de sentir, incluso de reír.

Y Donna sería una dura mercenaria, pero por nada del mundo habría querido ver reducida su mente a un cerebro de robot.

La puerta del ascensor se abrió de nuevo, y la mujer y sus dos matones siguieron a su guía por otro largo pasillo, hasta que él se detuvo ante una gran puerta. Miró a Donna con tal falta de expresividad en sus rasgos que, por un momento, a la mercenaria le recordó el rostro de un biobot cualquiera.

—La están esperando —dijo el joven, con voz monocorde—. Disculpe, he de ir a atender otros asuntos.

Y se alejó pasillo abajo, caminando con rigidez, sin dar nunca un paso más largo que otro.

Donna respiró hondo. Oprimió el panel de apertura que había junto a la puerta y un ojo robótico asomó para examinarla de arriba a abajo.

Donna no dijo nada ni hizo el menor movimiento. Entonces el ojo volvió a desaparecer en el interior del panel, y la puerta se abrió.

Donna entró, algo intimidada, pero esforzándose por demostrar que no lo estaba en absoluto. Sus acompañantes entraron con ella a una gran sala cuadrada, de techos muy altos y paredes metálicas. La decoración brillaba por su ausencia, y lo único que rompía la monotonía del lugar era un enorme ventanal desde el que se divisaba una gran panorámica de Duma Findias, incluyendo el Círculo Exterior.

Ante el ventanal había una gran mesa rectangular, y, sentados tras ella, a modo de tribunal, se hallaban los siete miembros del Consejo Tecnológico, los llamados, desde los días antiguos, Ideólogos del Progreso.

Donna se detuvo a una distancia prudencial, y siete pares de ojos dispuestos en siete rostros exactamente iguales se clavaron en ella. La mercenaria reprimió un nuevo estremecimiento y les devolvió la mirada, resuelta y desafiante.

Aquellos que se sentaban tras la mesa cuadrada no tenían cuerpos humanos. A simple vista, parecían robots corrientes, androides contruidos por Nemetech con un parecido notable a un ser humano, pero no eran del todo artificiales.

Dentro de aquellos siete cuerpos sintéticos habitaban siete cerebros humanos.

De todos los habitantes de todas las dumas, los Ideólogos del Progreso eran los únicos que habían logrado realmente la inmortalidad. Aquellas siete criaturas híbridas habían sido antaño, quinientos años atrás, hombres y mujeres de carne y hueso; habían estado directamente implicados en la fundación de las primeras dumas, y habían iniciado la resistencia del ser humano ante el ataque de la naturaleza. Ellos habían desarrollado la ideología urbanita, el Mito de lo Artificial, que podía resumirse en unos puntos muy sencillos, que todos los niños aprendían en la escuela: «Los humanos son dueños y señores de la Tierra. Tenemos derecho a cambiarla y a volver a crearla. Nuestra razón puede controlarlo todo. Nada vale más que lo que hemos creado nosotros. Todo lo natural es malo. La naturaleza no se somete a

nosotros: debemos controlarla. Los salvajes han resucitado la magia, y nos atacan con ella: debemos destruirlos, porque ponen en peligro nuestra civilización tecnológica».

Los cerebros de aquellos fundadores de la sociedad urbanita habían sido conservados hasta que la técnica había logrado resucitarlos en el interior de cuerpos artificiales.

Y por ello seguían vivos quinientos años después, gobernando los destinos de las dumas.

Nadie podía recordar ya sus nombres, porque todos sus cuerpos eran iguales y, de alguna forma, habían aprendido a pensar y actuar como grupo, como colectividad. Pero, a pesar de su extraña existencia, a pesar de vivir en un edificio poblado casi exclusivamente por robots, la gente los consideraba humanos todavía.

Entonces uno de ellos miró fijamente a Donna y preguntó:

—¿Has tenido noticias del biobot AD-23674-M?

Su voz era una voz agradable, femenina, pero, por mucho que se hubiese esforzado Nemetech a la hora de crear sus cuerdas vocales, no había logrado borrar el leve tono frío y metálico de las voces robóticas. «Desde luego, van al grano», pensó Donna, pero se mostró profesional y segura de sí misma cuando respondió:

—Los informes dicen que el androide está con los Ruadh. Con suerte, ellos se encargarán de destruirlo.

Pero los Ideólogos movieron la cabeza en señal de desaprobación.

—No —dijo otro de ellos, con una voz masculina—. Ellos averiguarán muy pronto quién es. Nuestros enemigos saben jugar bien sus cartas.

—Uno de mis mejores aliados va tras su pista —respondió Donna, algo incómoda.

—¿Sobrevivirá un mercenario en Mannawinard? —preguntó un tercer Ideólogo—. Tenemos dudas.

Y todos asintieron, expresando su acuerdo con el que acababa de hablar.

—Por lo que parece, sobrevive a cualquier cosa —comentó Donna entre dientes—. Ahora es una Sombra y trabaja para Nemetech.

Los siete Ideólogos del Progreso cruzaron una mirada; y, como si en esa mirada se hubieran puesto todos de acuerdo, volvieron a mirar a Donna.

—Pero este problema ya no concierne solo a Nemetech —dijo uno de ellos, y los demás asintieron—; afecta directamente a toda nuestra civilización tecnológica. No debimos dejar este asunto en manos de un grupo de mercenarios.

—Pero... —empezó a protestar Donna.

Su interlocutor se volvió hacia los otros, ignorándola:

—Duma Murias ha caído —dijo—, el biobot ha escapado...

—Es necesario tomar medidas más drásticas —dijo otro, y los demás, nuevamente, asintieron, mostrando su conformidad.

—Cierto —dijo otro—. Hemos estado parados mucho tiempo, y nuestros enemigos han hecho caer nuestra plaza más fuerte. Duma Murias clama venganza: nosotros daremos el siguiente golpe.

Donna quiso preguntar a qué se refería, pero no se atrevió. La conversación había tomado un giro inesperado. Los Ideólogos hablaban entre ellos, y daba la sensación de que ya no la necesitaban.

De todas formas se preguntó, inquieta, si no pensaban reanudar la guerra activa contra Mannawinard, y hasta qué punto eso podía beneficiar o perjudicar a la Hermandad Ojo de la Noche.

## **BOSQUE AL ACECHO**

Mannawinard era mucho más que un bosque o una selva. Era mucho más que un mundo natural. Era, por decirlo de algún modo, una explosión de vida. Los árboles, las flores, los animales... todo era gigantesco, como si una gran energía vital lo impregnase todo. El catálogo de especies se había multiplicado sorprendentemente con respecto a los días antiguos; la biología clásica se habría visto desbordada ante semejante aluvión de nuevas especies. Era como si la naturaleza hubiese querido retarse a sí misma y mostrar al mundo todas las maravillas que era capaz de crear.

Mannawinard era mucho más que un bosque o una selva, los salvajes lo sabían. Mannawinard era el renacimiento de la Diosa Madre.

Amanecía cuando Kim, Keyko, Adam, Chris y Semira abandonaron Duma Murias, o lo que quedaba de ella, atravesando una brecha abierta en el Muro Exterior, o lo que quedaba de él. Keyko abría la marcha, enarbolando su cayado, atenta a cualquier sonido sospechoso, avanzando lenta, pero segura, por los escasos espacios que dejaba el bosque. Junto a ella rodaba Adam. Kim los seguía muy de cerca, caminando mecánicamente, y echando frecuentes miradas hacia atrás. La ponía muy nerviosa la idea de abandonar la civilización para adentrarse en aquella selva, pero la consolaba el hecho de que no saldría viva de aquella aventura. Y eso era mejor que acabar convertida en una mutante. Cada vez que miraba atrás, sin embargo, veía a Chris, que caminaba tras ella con paso tranquilo y sereno, pero alerta, dispuesto a entrar en acción en cuanto fuese necesario. Chris era otro de los motivos por los cuales Kim había aceptado unirse al grupo. Cualquiera que lo mirase a los ojos en aquel momento pensaría que el hacker sería la última

persona de quien uno se fiaría, pero Kim se sentía a su lado más segura que junto a Semira o incluso Keyko, que no dejaba de ser una salvaje en muchos aspectos.

La Ruadh avanzaba en la retaguardia, montada en su dorgo, y vigilando muy de cerca a Chris. Le ceñía la frente una banda de cuero en la que había fijado la Piedra Rúnica Fehu, que relucía misteriosamente, como si de un mágico tercer ojo se tratara. Ella, sin embargo, no parecía darse cuenta. Se mostraba disgustada ante el hecho de que el hacker hubiera decidido acompañarlos antes que morir, y seguramente lo consideraba un grave inconveniente en su misión.

Kim respiró hondo y siguió avanzando. Después de la entrevista con el Jefe Senchae, los Ruadh los habían dejado descansar hasta el día siguiente, y Kim había dormido de un tirón, aunque seguía teniendo hambre. No se había atrevido a comer nada de lo que ellos le habían dado, a pesar de que sus compañeros no se habían andado con tantos melindres; aunque Chris había tenido especial cuidado en probar solo aquello de lo que comiera Keyko, pues parecía claro que los Ruadh no iban a envenenar a la Portadora de la Runa de la Luz. Kim suspiró, mientras sentía que la debilidad se iba adueñando de ella poco a poco. Nunca había pensado que moriría de hambre; se dijo que quizá sería mejor tratar de escapar, y dejar que Semira la matase de una vez. Pero su orgullo se rebeló contra aquella idea.

Los problemas llegaron cuando apenas llevaban una hora de camino. Keyko, que iba delante, dio el grito de alarma, y vieron que sobre ella había saltado un enorme felino que exhibía unas garras y unos dientes de tamaño considerable. La muchacha quedaba completamente oculta por el inmenso cuerpo de la bestia.

Semira desmontó de un salto, alzó su espada y corrió hacia ella.

—¡Vamos, hay que ayudarla! —les gritó a los urbanitas.

—¿Cómo? —replicó Kim, con sorna—. No tenemos armas: nos habéis desplumado.

Semira le lanzó una mirada de desprecio y les dio la espalda para atacar al animal. Kim miró a Chris. Sus ojos seguían siendo duros y fríos como el hielo, y no parecían expresar la más mínima emoción. Pero sus pies habían comenzado a retroceder.

Kim comprendió que aquel era el momento que Chris había estado esperando. Si no huía ahora que el límite de la selva estaba relativamente cerca, tal vez ya nunca lograra salir de ella.

Kim lo miró, indecisa, preguntándose si debía ir con él. En cualquier caso, tenía que actuar deprisa: estaba claro que él no iba a esperarla.

—¡Eeeiwaz! —gritó entonces Keyko.

Una luz brillante y un rugido de dolor de la bestia llamaron la atención de los urbanitas hacia la pelea que se desarrollaba a unos metros de ellos. Keyko estaba agachada en el suelo, con la túnica desgarrada, y en la posición que solía adoptar para realizar alguna invocación. Acababa de proyectar un potente rayo de energía hacia el felino, que había retrocedido unos pasos, con la piel humeante. Semira se lanzó hacia él, espada en alto, pero el animal saltó hacia un lado, y la Ruadh tuvo suerte de lograr apartarse a tiempo de la trayectoria de sus garras.

Chris dio media vuelta para internarse en la selva, y Kim avanzó hacia él.

Los dos se detuvieron de golpe cuando el aullido desesperado del dorgo de Semira se mezcló con los rugidos de la bestia.

Un gran felino como el que había atacado a Keyko acababa de caer sobre el dorgo. Había hundido sus poderosos colmillos en el cuello del animal, que, con un último espasmo, quedó muerto en el suelo. Semira se volvió un momento hacia él y, cuando vio lo que había pasado con su dorgo, emitió un leve gemido de rabia y dolor. Sin embargo, no podía entretenerse: Keyko no podría sola contra el otro animal, de modo que dio la espalda al segundo felino y al dorgo caído y se centró en la lucha.

Kim y Chris trataron de pasar junto a él, en silencio, pero el animal alzó la cabeza hacia ellos y gruñó, y los urbanitas se detuvieron, observándolo con cautela. El felino los miraba con fijeza y, de no ser porque parecía imposible, Kim habría jurado que en sus ojos había un cierto brillo de inteligencia. Chris se agachó muy lentamente, sin dejar de mirar al animal. El instinto de Kim la llevó a olvidarse de sus deseos suicidas, y su mente se puso a buscar un modo de defenderse sin la ayuda de las armas de fuego que le habían quitado los Ruadh.

El felino tensó los músculos, preparándose para saltar sobre ellos. Chris se llevó la mano a la bota.

El animal saltó sobre él.

Chris se movió con la rapidez del rayo. Kim vio que en su mano derecha brillaba un afilado puñal; extendió el brazo hacia el felino y activó su rayo láser.

Un poco más allá, Keyko y Semira seguían luchando contra el primer animal, que ya sangraba por varias heridas. Keyko le disparó una patada voladora cuando el felino se lanzaba sobre ella, y la fuerza del impacto lo lanzó hacia atrás. Allí estaba Semira, esperándolo, con la espada desenvainada.

Momentos después, la bestia no era más que un amasijo de sangre y pelo a los pies de la joven Ruadh.

Las dos se volvieron hacia los urbanitas, y vieron que también ellos se las arreglaban bastante bien. Kim había logrado cegar a su oponente con su rayo láser, y el animal, rugiendo de rabia y dolor, lanzaba zarpazos al aire, tratando de alcanzar a un escurridizo Chris, que se movía a su alrededor, rápido y sigiloso, con el puñal ya manchado de sangre. No tardó mucho en acertarle en el corazón.

Cuando el peligro hubo pasado, los cuatro humanos y el robot se quedaron un momento en silencio. Semira corrió junto a su dorgo, solo para comprobar que estaba muerto. Con un nudo en la garganta, la Ruadh acarició su suave pelaje color rojo oscuro y le cerró los ojos. Aquel fiel animal la había acompañado durante innumerables correrías, a través de los Páramos y Mannawinard. Pero ella sabía que tarde o temprano podía suceder aquello. Era la ley de la selva.

Se volvió hacia Kim, que la observaba con expresión indiferente.

—Entrégame tu arma —le ordenó—. Ese tipo de tecnología no debe entrar en Mannawinard.

Kim reaccionó.

—Tendrás que arrancarme el dedo, salvaje. Es un implante.

Semira se encogió de hombros, alzó su espada y avanzó hacia ella, con la clara intención de hacer lo que había sugerido la mercenaria. Pero Keyko la detuvo, alarmada.

—¡No, Semira! Estoy segura de que eso no es necesario. El Jefe Senchae les permitió a los dos la entrada en Mannawinard porque forman parte del plan de Tara. La sacerdotisa Kea decidirá sobre ellos.

Pero Semira ya no la escuchaba. Miraba a su alrededor, con los músculos en tensión y el ceño fruncido, y sus compañeros pronto descubrieron qué era lo que la preocupaba.

Chris se había esfumado.

—¡Rata urbanita! —masculló la guerrera.

Silenciosa como una sombra, desapareció entre los árboles en pos del fugitivo.

Kim, Keyko y Adam se quedaron solos en medio del bosque, junto a los cuerpos de los animales muertos. Kim se apartó con presteza del paso de una criatura carroñera, con un vago parecido a un ratón del tamaño de un gato, que se acercaba a husmear atraído por el olor de la sangre.

No le gustaba aquel lugar.

Ahora que tenía un momento de descanso, consideró sus opciones. Morir devorada por algún animal salvaje tampoco era un destino que le agradase demasiado. Miró a Keyko.

—¿Estás segura de que tu sacerdotisa puede curarme? —le preguntó por primera vez.

—Puede —afirmó ella—. Pero no sé si querrá.

Kim se encogió de hombros.

—De acuerdo, correré el riesgo.

Si las cosas salían bien, tal vez la sacerdotisa le permitiese volver a casa. Y entonces podría buscarse una nueva identidad, hacerse una operación de cirugía plástica, volver a integrarse en la Hermandad... y vengarse de Donna.

Sonrió. No era tan mal plan, al fin y al cabo. Con toda seguridad, nadie esperaba que volviese con vida de Mannawinard.



Chris avanzaba por la selva, sigiloso como un fantasma. Estaba convencido de que en menos de una hora lograría alcanzar de nuevo Duma Murias; allí trataría de burlar a los salvajes para volver a cualquier duma civilizada. No

sabía si lograría sobrevivir en la selva solo, pero estaba dispuesto a correr el riesgo.

De pronto se detuvo, seguro de haber sentido algo, y aguzó el oído. Solo escuchó los sonidos del bosque, nada tranquilizadores, pero que tampoco se salían de lo normal. Frunció el ceño. Su instinto no solía fallarle, y su instinto le decía...

Algo muy frío y afilado le rozó la garganta, y el hacker comprendió que Semira lo había alcanzado, y que amenazaba con rebanarle el cuello al menor movimiento.

—No te muevas, urbanita, o pronto podremos jugar a hacer rodar tu cabeza por el suelo —se oyó la voz de ella, llena de odio contenido.

—No podrás estar siempre alerta, salvaje —replicó él, con calma—, así que mejor ten cuidado, no vaya a ser tu cabeza la que salga rodando.

—Me subestimas, rata —dijo ella entre dientes.

Echó a andar, obligándolo a que se moviera con ella, de vuelta hacia el lugar donde habían quedado los demás. Chris avanzó unos pasos, aparentemente sumiso; pero entonces, rápido como el pensamiento, atrasó una pierna, la enganchó con la de Semira y le hizo un barrido que dio con ella en el suelo. En apenas una centésima de segundo, Chris se había apoderado de su puñal, y lo alzaba sobre ella, para matarla. Sus ojos se encontraron: los ojos de Semira, grandes y oscuros, todo fuego, no mostraban el menor miedo; los ojos azules de Chris, gélidos, no mostraban la menor emoción.

Chris descargó el puñal sobre ella, rápido, certero, letal; pero de pronto algo lo cegó momentáneamente, y la muchacha le propinó un empujón, alejándolo de sí, antes de que el cuchillo lograra rozar su piel. El hacker se levantó con presteza, pero algo le quemó en la pierna izquierda, y le hizo retroceder. Cuando pudo volver a mirar a Semira comprobó que ella se había puesto en pie, había recuperado su puñal y lo blandía amenazadoramente. Chris se esforzó por dominar su inquietud. Tenía la pierna herida, y estaba convencido de que aquello que lo había cegado y quemado había salido de la Piedra Rúnica que Semira llevaba en la frente.

Chris consideró sus opciones, mientras Semira seguía vigilándolo con el puñal en alto y una cierta expresión de perplejidad en el rostro. Parecía claro que ella no tenía ni la menor idea de cómo había sucedido aquello, ni era

capaz de controlar el poderoso objeto mágico que portaba. Aun así, Chris se dio cuenta de que no podría enfrentarse a la magia armado solo con la daga que seguía ocultando en el compartimento secreto de su bota. Y, aun en el caso de que lograra escapar de Semira, ahora tenía la pierna herida, y así no iría muy lejos.

—Como ves, no ha sido una buena idea —dijo ella con sequedad—. No vuelvas a hacerlo. Además, deberías sentirte agradecido.

Chris la miró fríamente.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Porque estoy salvando tu maldito pellejo. Nunca sobrevivirás en Mannawinard solo, y si intentas salir de aquí mi pueblo te encontrará y te matará.

Esa era una idea interesante, se dijo Chris. Semira podría matarlo en aquel mismo momento, y nadie se enteraría. Podría alegar que lo había hecho en defensa propia y, además, ¿a quién podía importarle la vida de un urbanita en aquel lugar maldito?

—¿Por qué quieres conservarme con vida? —preguntó.

Ella vaciló un momento, dudando. Al fin confesó, a regañadientes:

—Me lo dice el corazón.

Chris esbozó una sonrisa escéptica, por lo que Semira añadió, frunciendo el ceño:

—El corazón habla el lenguaje de Tara, y ella nunca miente. Pero si tú eres sordo a su voz, yo tendré que actuar en consecuencia, así que la próxima vez te mataré.

Cojeando, y de muy mal humor (cosa que, de todas formas, se guardó mucho de demostrar), Chris avanzó ante Semira, sintiendo el filo de la espada de la Ruadh junto al cuello. El más leve movimiento sospechoso y ella lo mataría; y Chris sabía que no se dejaría engañar dos veces.

No le sorprendió ver que Kim seguía donde la había dejado, pero ella sí se mostró desconcertada. Obviamente, no esperaba que Semira lograra atraparlo de nuevo. Chris le devolvió una mirada serena e indiferente, a pesar de que la herida de su pierna presentaba muy mal aspecto.

Keyko se adelantó.

—Puedo curarle la pierna —se ofreció, pero Semira negó con la cabeza —. Pero ¡no puede caminar así! —protestó Keyko.

Semira malinterpretó su preocupación.

—Ya sé que nos retrasará, pero quiero asegurarme de que no intentará escapar otra vez. Ya lo curarás más adelante, Portadora, cuando estemos tan lejos de su mundo que ya no se atreva a volver atrás.

Kim se preguntó si llegaría ese momento. Chris también parecía estar pensando lo mismo, porque la mercenaria lo sorprendió echando una mirada calculadora a su pierna herida.

—No llegaré muy lejos así —dijo sin embargo.

Semira le lanzó una mirada socarrona.

—A mí no me engañas, urbanita. Sé que eres más fuerte y cabezota de lo que pareces. Puedes seguir avanzando con la pierna herida, no tengo la menor duda.

Chris no dijo nada, pero le dirigió una mirada sombría.

Semira espantó a los ratones carroñeros, evitando mirar los restos del dorgo, y se inclinó junto al cuerpo del felino que todavía no habían tocado. Extrajo su puñal del cinto y comenzó a desollarlo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kim, mirándola con asco.

Semira le dirigió una breve mirada.

—¿Quieres cenar esta noche, o no? —le preguntó.

—Me parece que no —repuso la mercenaria, estremeciéndose de repugnancia.

Ella se encogió de hombros.

—Yo sí.

Cuando Semira hubo cargado su morral con filetes de carne cruda, envueltos en un paquete de grandes hojas de árbol, continuaron la marcha hacia lo más profundo de Mannawinard.

Siguieron adelante durante dos días más. En cada recodo de la selva los sorprendía una nueva amenaza: colonias de voraces insectos voladores, terrenos cenagosos y traicioneros, enormes reptiles de grandes colmillos, serpientes venenosas, plantas carnívoras... Kim tenía la sensación de que el mismo Mannawinard los observaba con mil ojos desde la espesura, y enviaba contra ellos toda clase de peligros para destruirlos.

Keyko y Semira, sin embargo, seguían adelante, imperturbables; de vez en cuando, la Ruadh se detenía a examinar el musgo que crecía a la sombra de los árboles, y asentía para sí misma, pensativa. De alguna manera, aquello la ayudaba a orientarse.

La herida de Chris presentaba cada vez peor aspecto, aunque él procuraba lavársela siempre que encontraban agua limpia. Kim seguía negándose a comer, y su debilidad iba en aumento. Cuando, al anochecer del tercer día, Semira se volvió para observarlos, se dio cuenta de que no llegarían muy lejos. Los urbanitas le devolvieron la mirada, indiferente la de Chris, desafiante la de Kim. Ninguno de los dos se había quejado en todo el trayecto, y la joven no pudo menos que admirar su coraje.

—Te retrasamos, ¿no es cierto? —preguntó Kim—. ¿Por qué no nos dejas aquí, abandonados a nuestra suerte, para que nos devoren las fieras?

—Porque ha de ser la sacerdotisa Kea quien decida sobre vuestra suerte —repuso Semira; miró a Keyko y a Adam—. Creo que sería buena idea que acampásemos aquí.

Una hora más tarde, el grupo se hallaba reunido en torno a una acogedora hoguera. La joven Ruadh limpiaba sus armas, mientras sus ojos de aguilucho escudriñaban las sombras, y su oído permanecía atento a cualquier sonido que revelase un posible peligro. Junto a ella, Keyko trataba de enseñarle los rudimentos del lenguaje rúnico a Adam; el biobot permanecía muy atento a todas sus indicaciones, reteniendo en su memoria todos los nombres, formas y funciones de los símbolos dibujados en las piezas rúnicas de su amiga. A su lado, Kim observaba pensativa la carne de lagarto que se asaba sobre el fuego. Le brillaban mucho los ojos, cercados por profundas ojeras que resaltaban sobre su piel, mucho más pálida de lo habitual.

Semira frunció el ceño y se volvió para mirar al quinto miembro del singular grupo. Chris se había tumbado boca arriba, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, y contemplaba las estrellas que se veían en el pedazo de cielo que dejaban entrever las altas copas de los árboles de Mannawinard. Las arrugas de la frente de Semira se hicieron más profundas. Era extraño aquel urbanita.

Semira nunca había visto un urbanita hasta el ataque a Duma Murias, pero desde niña le habían enseñado a hablar su lengua; siempre había en la tribu dos o tres personas que aprendían aquel idioma, aunque los Ruadh lo considerasen odioso, porque era una forma de conocer mejor al enemigo. El padre de Semira había sido uno de aquellos intérpretes, y la muchacha había aprendido de él. Por eso había tenido que hablar con muchos urbanitas después del ataque a Duma Murias; por lo general era ella quien les transmitía el ultimátum de los guerreros Ruadh: unirse a ellos o morir.

Había desconfiado de Chris la primera vez que lo vio. Semira conocía la selva, y había visto en él la misma actitud de engañosa calma y serena cautela que mostraban depredadores tales como las mismas panteras.

Pero ahora el joven estaba mirando las estrellas. Ninguno de los urbanitas que Semira había visto hacía aquello, ni siquiera la noche anterior a su ejecución en el Fuego Purificador.

Semira se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente, y apartó la vista, confundida. Era atractivo aquel urbanita, y ella tuvo que reconocer a regañadientes que ejercía sobre ella una misteriosa fascinación. «Si no fuera un urbanita...», pensó. Apartó aquellos pensamientos de su mente. Había rechazado a valerosos guerreros de su tribu que valían diez veces más que aquel sucio habitante de las dumas. Se volvió de nuevo hacia él, y vio que seguía mirando las estrellas.

—No hay tantas estrellas en el cielo de tu ciudad, ¿verdad, urbanita? —dijo con suavidad—. Contempla las maravillas de mi mundo, y verás que no es tan malo como vosotros creéis.

Chris no contestó, ni hizo el menor movimiento.

Kim suspiró y trató de cambiar de posición, apoyando la espalda en un árbol. Al hacerlo, sus ojos se detuvieron por casualidad en Adam, y dio un respingo, sobresaltada.

—¡Adam ha desarrollado piernas! —exclamó con desconcierto.

Era cierto. El biobot ya no se movía sobre aquellas ruedas todoterreno, sino que había creado unas toscas y cortas piernas con los materiales que había ido procesando a lo largo del viaje.

—Ya me había dado cuenta —repuso Keyko—. ¿Qué problema hay? Creía que formaba parte de su desarrollo normal.

—No, verás: los biobots construyen su propio cuerpo basándose en sus necesidades; y, nos guste o no, el cuerpo humano es poco práctico. Para avanzar por la selva, cualquier otro biobot habría desarrollado varias patas, o ruedas todoterreno... no piernas.

No añadió que jamás había visto un biobot que desarrollase piernas: la inmensa mayoría encontraba mucho más práctico moverse sobre un sistema de levitación antigravitatorio.

Keyko se quedó mirándola, pensativa. Entonces se inclinó hacia ella y le dijo en voz baja:

—Tengo una teoría...

—¿Sobre Adam?

—Sí. Da la sensación de que quiere parecerse a un ser humano: como un niño que imita a sus padres.

—¿Y por qué haría eso?

Keyko bajó aún más la voz:

—Pienso que al otorgarle magia... le han dado también un alma.

Kim soltó una carcajada.

—No seas niña, Keyko. No existen las almas.

Un aviso de Semira cortó aquel inicio de discusión:

—La cena está lista.

Chris se incorporó, con una mueca de dolor, para alcanzar su parte de lagarto asado. Como de costumbre, Kim se quedó mirando cómo los demás daban buena cuenta de la cena.

—Deberías comer algo —opinó Keyko.

Kim negó con la cabeza. Aunque hubiese querido, habría resultado superior a sus fuerzas. Miró a Chris, que comía con calma y en silencio.

—No sé cómo puedes —murmuró.

—Los salvajes comen esto, y no les hace daño —razonó él—. Y no creo que ellos sean más fuertes que nosotros.

Semira le disparó una mirada irritada, pero él no se inmutó. Sin embargo, sus palabras parecieron animar un poco a Kim. Dubitativamente, cogió un trozo de lagarto y lo mordió, torciendo el gesto con repugnancia. Momentos después, lo estaba devorando.

—¿Ves cómo no era tan terrible? —le dijo Keyko.

Pero Kim se detuvo, de pronto, y miró el pedazo de carne que tenía entre las manos. Palideció y contuvo una arcada. Se levantó rápidamente y corrió a ocultarse entre la espesura. No tardaron en oír la vomitar.

—Es una cuestión de mentalidad —dijo Chris, respondiendo a la muda pregunta de las otras dos chicas—. Para ella, es como si le hiciesen comer excrementos.

—¿Y para ti no? —preguntó Keyko con curiosidad.

Chris sonrió levemente, pero no respondió.

—Al menos se ha atrevido a probarlo —dijo Semira con sequedad—. Es un comienzo. Puede que, al fin y al cabo, la mercenaria urbanita no muera de hambre en pleno bosque.

Parecía que había hecho un chiste, pero Keyko no lo captó.

—Quiere decir que sería como morir de hambre rodeado de comida —explicó Chris.

Kim ya volvía. Su rostro tenía un leve matiz verdoso.

—No vais a volver a engatusarme para que coma —amenazó.

—Nadie te ha engatusado —replicó Keyko, molesta—. Solo nos preocupamos por...

Pero calló de pronto y se quedó rígida en el sitio, con la mirada perdida. Kim la miró a los ojos, y vio que los tenía vidriosos y desenfocados.

—Keyko, ¿qué te pasa?

La sacudió para que volviese a la realidad, pero Semira la detuvo.

—¡Espera! Alguien está intentando comunicarse con ella.

Kim se volvió hacia ella, dudosa. La Ruadh miraba a Keyko con una mezcla de respeto y temor en sus ojos oscuros.



Era la primera vez que Keyko recibía un mensaje telepático de la Madre Blanca. Se decía que antaño había poseído grandes poderes, pero que estos habían ido menguando con el tiempo; ahora, debido a su avanzada edad, rara vez los utilizaba.

Por eso Keyko no reconoció al principio la voz de la Madre Blanca en aquellos extraños pensamientos que habían acudido a ella a lo largo del día. Ideas sobre peligro, sobre guerras, sobre ataques urbanitas. Por eso no lo comprendió del todo hasta que la visión llenó su mente.

Y no fue una información agradable.

La imagen de su templo en las montañas de los Páramos inundó sus pensamientos; en una noche negra como las más terribles pesadillas, un ejército de robots de combate asediaba la casa de las Hijas de Tara. Caos, muerte, destrucción. Aterrada, Keyko vio cómo los robots avanzaban hacia el templo, disparando proyectiles que derribaban todo lo que salía a su paso. Primero cayó la enorme estatua que presidía la entrada, y después fueron ya seres humanos. Las hermanas huían de ellos, gritando, pero los robots las perseguían implacablemente, disparando hasta hacerlas caer. Keyko vio cómo morían una tras otra, horrorizada, impotente, sin poder creerlo. Vio a Rosaura, la más pequeña de las Hijas de Tara, una niña de apenas siete años, llorando, acurrucada contra la pared de roca, mientras un robot se dirigía hacia ella. Vio cómo la Madre Blanca se interponía entre Rosaura y la máquina, tratando de proteger a la niña. Pareció que intentaba acumular energía para lanzar un hechizo, pero no tuvo ocasión. El androide de combate se volvió hacia ella, la seleccionó como objetivo en el punto de mira... y disparó.

El proyectil, pequeño pero letal, le acertó en plena frente; apenas un punto rojo.

La Madre Blanca cayó muerta, en una nube de cabellos blancos, ante el chillido angustiado de la pequeña Rosaura, que fue acallado casi enseguida por un segundo disparo del robot...

La comunicación se cortó.



—¡Noooooooooooo...! —chilló Keyko; su grito de dolor y rabia sacudió la selva de Mannawinard y se alzó hasta las estrellas—. ¡Nooooo...! —repitió, y su voz sonó como un aullido.

—¡Keyko! ¿Qué es lo que pasa?

Sintió que unas manos la agarraban de los brazos, y se debatió, furiosa, tratando de liberarse.

—¡Malditos urbanitas! —gritó—. ¡Os odio, os odio a todos...!

Estalló en sollozos. Alguien la abrazó, y una voz le dijo:

—Está bien, Keyko. Tranquila, estamos contigo.

Volvió a la realidad. Alzó la cabeza y vio a Kim. Su primera reacción fue la de apartarse de ella y mirarla con desconfianza.

—¿Qué pasa? —repitió la mercenaria.

—¿Qué pasa? —replicó Keyko con voz ronca—. ¿Y tú me lo preguntas, urbanita?

Kim cruzó una mirada con Chris y Semira.

—Portadora, ¿te encuentras bien? —preguntó Semira.

—¡Portadora! —repitió Keyko con amargura—. ¡Yo soy la Hermana Guerrera! ¡Tendría que haber estado allí para defenderlas, maldita sea! ¡Y ni siquiera contaban con la protección de la Runa Sowilo, porque la tengo yo!

Sus palabras terminaron en un gemido angustiado.

—Keyko, ¿de quién estás hablando? —preguntó Kim.

Ella alzó la cabeza y le dirigió una turbia mirada.

—De mi gente. De las Hijas de Tara, mis hermanas del templo, de la Madre Blanca. Los tuyos las han matado a todas, Kim.

Semira lanzó una exclamación consternada, y Kim palideció un poco más, si eso era posible.

—¿Estás convencida de que no lo has soñado?

—¡No! —aulló Keyko, casi fuera de sí; Kim nunca la había visto así—. ¡Era una visión!

—¿Y estás segura de que eran urbanitas?

Keyko alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Robots, máquinas, armas de fuego... ¿te resulta familiar?

—Las voces del aire... —murmuró entonces Adam, y todos se volvieron para mirarlo.

—Adam, ahora no es momento... —empezó Kim, pero Chris se inclinó junto al biobot y lo miró fijamente:

—Adam —le dijo—, es muy importante que nos des alguna pista sobre esas... «voces del aire» de las que hablabas. Algo me atacó en la Matriz, algo ha destruido el templo de las montañas, y tú sabes más de lo que crees.

—¿Qué quieres decir? —soltó Kim, estupefacta—. ¿Por qué crees que tiene relación con...?

—Todo tiene relación —cortó Chris; volvió a mirar a Adam.

El biobot se detuvo un momento para buscar en sus programas de almacenamiento de datos:

—Oigo las voces —dijo por fin—. Dentro de mí. Son más fuertes cuando estamos en una duma, ahora son solo susurros y apenas las entiendo. Pero sé que ellas están en la Matriz, están dentro de todas las cabezas como la mía. Y ahora dicen...

Se interrumpió. Chris frunció el ceño y se acercó aún más a él.

—¿Qué es lo que dicen?

—Duma Murias fue invadida y nosotros devolvemos el golpe —dijo Adam, como si recitara—. La destrucción del templo es parte de una estrategia.

—¿Una estrategia de qué? —preguntó Keyko, apretando los puños.

—Una estrategia de guerra —respondió Semira, sombría—. Las dumas quieren destruir Mannawinard, y han empezado por el objetivo más cercano. Es el comienzo de una gran guerra.

—No una gran guerra, sino la gran guerra —puntualizó Adam—. La última guerra. Acabará cuando ya no quede nadie para seguir luchando.

—¿Todo eso te lo han dicho las... voces del aire? —preguntó Kim—. ¿Y qué son?

—Tengo una teoría al respecto —murmuró Chris.

Semira le dirigió una mirada ceñuda.

—Habla —dijo.

—Bueno, es evidente que Adam no deja de ser un robot de Nemetech, en algunos aspectos. Todos en las dumas sabemos que las actividades de los robots son controladas por las ondas de ultrasonidos procedentes de las Agujas.

Al ver que Keyko y Semira no parecían entenderlo, Kim dijo:

—Son como mensajes telepáticos que se envían a los robots desde unas torres de control situadas en el centro de cada duma. Desde esas torres, o Agujas, se envía una gran cantidad de información, instrucciones de comportamiento...

—¿Y todos los robots están controlados así?

—Bien, no todos. Hay dos grados de control. Los robots que realizan trabajos para la duma sí son enteramente coordinados por los ultrasonidos. Por ejemplo, los robots de Seguridad, los de la limpieza, los funcionarios, los encargados de regular el tráfico... Pero los robots destinados a un uso privado, es decir, los que compra la gente para tener en casa o en la oficina, o los que trabajan dentro de las diferentes empresas... —miró a Chris, como pidiendo ayuda.

—Esos solo reciben energía de la Aguja —explicó él—. Por eso no necesitan baterías, ni enchufarse a la corriente. Imagino que pueden captar algunos de los miles de millones de datos que circulan por el aire, no lo sé...

—Pero cuando yo entré en el almacén de Nemetech —objetó Kim—, los biobots tenían un cable para conectarlos a la corriente eléctrica. Adam no estaba enchufado y, sin embargo, parecía bien despierto...

—Lo sé —Chris frunció el ceño—. Mira, voy a explicarte el proceso de fabricación de un biobot normal, ya que me enteré de bastantes cosas sobre el tema la última vez que anduve buscando información en la red.

—Te escucho.

—Los fabricantes de I.A.s contemplan varios niveles en estos casos. En el nivel cero, el robot no es más que una carcasa; no tiene ningún programa en la memoria y, por tanto, aunque reciba energía es incapaz de actuar. No puede hacer absolutamente nada, ni hablar, ni moverse, ni procesar datos. En el nivel uno se les introducen los programas básicos: actuación, locomoción, comunicación, autodesarrollo, aprendizaje. Entonces serían capaces de moverse, y de hablar, y de todo lo que hace Adam; pero siguen sin recibir energía, y por eso, mientras no estén enchufados a la corriente, continúan inertes. En el nivel dos se les mete en la memoria el programa de recepción, gracias al cual ya son capaces de captar la información y la energía procedentes de la Aguja; por tanto, la introducción de ese programa en el interior de su sistema supone su «despertar», de alguna manera. El nivel tres

completa al robot con una serie de programas periféricos; y el nivel cuatro es el de los especialistas, es decir: programas sobre biología, medicina, fisiología y demás para robots enfermeros, programas de mecánica para robots operarios...

—Vale, vale —cortó Kim—. ¿En qué nivel estaba Adam cuando lo robé?

—Supongo que en un nivel uno, igual que todos los demás del almacén. Al hacerle lo que le hicieron esos dos magos, de alguna manera le aportaron un... un suministro de energía permanente. Por eso despertó antes que los otros, y por eso ahora no necesita las ondas de la Aguja para moverse y actuar.

»Pero, si nadie le introdujo el programa de recepción, porque tú lo robaste antes de que alcanzase el nivel dos, ¿por qué puede saber todo eso de las voces del aire?

—¿Quieres decir que esas «voces» proceden de las Agujas?

—Parece lógico, ¿no? ¿Qué otra cosa escuchan los robots, que va por el aire, sino las instrucciones que proceden de la Aguja?

—¿Y quién dicta esas instrucciones? —preguntó Keyko, ceñuda.

—Nadie. Todo lo hace un ordenador central.

—Bueno, eso no es exactamente así —dijo Kim—. Las decisiones extraordinarias se toman en el Consejo Tecnológico, ¿o no?

Pero Chris seguía con el ceño fruncido, pensando.

—No, no, hay algo que no me encaja.

—¿El qué?

—Kim, si todos sabemos que desde la Aguja se manejan tantos datos... ¿por qué nunca he sido capaz de encontrar sus archivos en la red? De hecho, en realidad —añadió pensativo—, nunca se me había ocurrido buscarlos.

—La única conclusión que yo he sacado de esto —interrumpió Keyko, molesta—. Es que ese... Consejo Tecnológico... es decir, el gobierno de los urbanitas... ha ordenado a los robots destruir mi templo y asesinar a mis hermanas y a la Madre Blanca. No me habéis contado nada nuevo, ¿sabéis?

—El inicio de una guerra —dijo Semira, ceñuda—. Lo que temíamos y esperábamos. Los urbanitas han atacado a traición... La sacerdotisa Kea debe enterarse de esto cuanto antes.

Chris la miró con seriedad y adelantó su pierna herida. Semira le devolvió la mirada. Sus ojos oscuros parecieron dulcificarse un poco.

—Está bien, creo que va siendo hora de que camines un poco más deprisa —se limitó a decir.

—Keyko no está ahora como para ponerse a hacer magia —protestó Kim, mirando a su amiga, que se había quedado cabizbaja y muy afligida.

—No, está bien —repuso ella—. Siempre me sienta bien invocar la magia de Tara.

Se levantó, y se acercó a Chris, que se remangó el pantalón, dejando al descubierto una enorme quemadura de feo aspecto.

—Está bien —dijo Keyko—. Allá vamos.

Kim se acercó un poco, con curiosidad. Keyko había colocado las manos sobre la herida de Chris, sin llegar a rozarle la piel. Cerró los ojos y frunció el ceño, en señal de concentración. Entonces, de pronto, pareció que se relajaba; se estremeció entera y una leve sonrisa curvó sus labios. Sus manos comenzaron a emitir un suave resplandor verrojo, y sus labios dejaron escapar una suave y extraña melodía que parecía sobrehumana.

Chris entornó los ojos, pero no dejó de observar cada gesto de Keyko.

—Haaaagalaaz... —canturreó ella, trazando con el dedo la forma de la runa de la curación sobre la piel herida del hacker.

Volvió a unir las manos, y entre ellas apareció un símbolo brillante que descendió sobre la herida de Chris:

N

El joven cerró los ojos un momento, mientras su piel se regeneraba instantáneamente. Kim observaba la escena con gesto pensativo.

Momentos después, Chris se levantaba de un salto. En su piel apenas quedaba rastro de la quemadura que la había desfigurado.

—En cuanto salga el sol, reanudaremos la marcha —dijo Semira; miró a los urbanitas con expresión severa—. Y esta vez no quiero excusas, ¿de acuerdo?

Kim no se sentía con fuerzas para replicar. Miró a Keyko, y le sorprendió ver en ella una expresión de calma, tranquilidad y confianza.

—Invocar la magia a través del lenguaje de las runas siempre me hace sentir mejor —explicó Keyko, al advertir su mirada.

Kim no replicó. Se acurrucó junto al fuego, sintiendo aún el estómago revuelto, y trató de dormir. Pronto se sumergió en un sueño inquieto y poco reparador.

Al día siguiente, nada más salir el sol, Semira los despertó, y continuaron la marcha en silencio.

Siguieron su viaje a través de la selva, abriéndose paso entre la maleza, durante varios días más. Kim perdió la noción del tiempo. Avanzaba casi a trompicones, cada vez más débil, y estuvo a punto de ser devorada alguna vez por algún depredador que saltaba hacia ella desde la espesura. En todas aquellas ocasiones, sus compañeros respondieron por ella y le salvaron la vida, hasta que Kim reaccionó y se sintió capaz de aferrarse a la vida, por lo menos durante un tiempo más. Una noche, por fin, lentamente, logró comer algo de carne. Y así, comiendo un poco cada vez, todo lo que su estómago era capaz de soportar, fue, poco a poco, recuperando fuerzas.

La armonía no reinaba en el grupo pero, por lo menos, habían dejado de discutir. Se limitaban a seguir adelante, peleando juntos por su vida cuando era necesario, aunque apenas hablaran. El humor de Keyko, por otro lado, empeoró. La calma que había producido en ella la invocación de la runa de la curación pronto la abandonó, y la chica no podía dejar de recordar lo que había visto la noche en que las tropas urbanitas habían destruido su templo y matado a sus hermanas y a la Madre Blanca.

Ninguno de los miembros del grupo detectó en ningún momento a la sombra que los seguía a través del bosque, furtiva y silenciosa como un espectro.

Un día, Kim descubrió que Adam se había esfumado.

Eso no la preocupó mucho. El biobot mostraba una curiosidad insaciable por todo lo que lo rodeaba (Kim lo atribuía al hecho de que solo le habían instalado los programas básicos, y, por tanto, su memoria estaba bastante

vacía de datos), y a menudo se adelantaba a explorar por su cuenta. Era poco probable que se perdiera, pero Kim temía que en alguna ocasión un encuentro desagradable le impidiera volver.

Semira le dirigió una mirada ceñuda.

—¿El ser artificial ha vuelto a perderse?

—Él nunca se pierde —gruñó Kim.

Oyeron algo parecido a un silbido electrónico un poco más allá.

—Parece que ha encontrado algo —comentó Chris.

Semira suspiró con impaciencia, y se desvió del camino que llevaban para ir en busca del biobot. Kim, Keyko y Chris la siguieron.

Llegaron a un claro en el medio de un bosque; en él se alzaba una cabaña solitaria, y los cuatro se detuvieron, sorprendidos y recelosos. No habían encontrado a un solo ser humano a lo largo de su viaje por Mannawinard, y no sabían si el dueño de la cabaña era amistoso o no. Chris y Kim cruzaron una mirada significativa, mientras Keyko alzaba su bastón, y Semira sacaba una flecha del carcaj y tensaba la cuerda de su arco.

Se acercaron en silencio. Solo se oían los típicos sonidos del bosque. No parecía haber nadie en el interior.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —se oyó de pronto desde dentro.

Los cuatro dieron un respingo. Adam salió de la cabaña, caminando sobre sus cortas piernas, balanceándose a un lado y a otro.

—¡Adam! —susurró Kim, irritada—. ¿Qué estás haciendo?

—He encontrado una casa, pero parece que está deshabitada.

Semira se había acercado con cautela a la cabaña, y examinaba unas plantas que colgaban encima de la puerta.

—No está deshabitada —susurró—. Estas plantas han sido cogidas hace poco. Y... —Palideció—. ¡Vaya! Su dueño no es un cualquiera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kim, frunciendo el ceño, y echando de menos, una vez más, una buena pistola de neutrones.

—Esto es muérdago, la planta sagrada de los druidas.

—¿Druidas? —repitió Chris—. ¿Como los que convirtieron a Adam en un mago?

—Mejor vámonos de aquí —sugirió Kim, y dio media vuelta, pero Keyko la retuvo por el brazo.

—¡Espera!

Kim se desasíó, molesta, y volvió a colocarse bien las vendas, que ya casi se le caían a pedazos.

—Hemos venido a buscar al druida que está detrás de los poderes de Adam, Kim —razonó Keyko—. Tal vez el que vive aquí pueda darnos alguna pista.

—O tal vez pueda freírnos con un rayo de fuego. Ahora en serio, vámonos de aquí.

—¿Por qué? —preguntó Adam—. La puerta estaba abierta.

—Tienes razón, criatura híbrida —dijo de pronto una voz, una voz femenina; todos miraron a su alrededor, pero no vieron a nadie—. La puerta estaba abierta porque os estaba esperando. De hecho, llevo varios días esperando, y habéis tenido el mal gusto de aparecer cuando en realidad ya no os esperaba.

Una mujer pelirroja de unos treinta años, no muy alta, vestida con una túnica verde y adornada con multitud de amuletos y abalorios se materializó junto a ellos, como salida de la nada. Kim y Chris saltaron hacia atrás, sobresaltados. Keyko y Semira adoptaron una postura defensiva.

Entonces Keyko exclamó:

—¡Tú! Yo te he visto antes...

—En el vídeo de Nemetech —dijo Chris, lanzando una mirada penetrante a la recién llegada—. Tú y el viejo habéis...

La mujer sonrió, divertida:

—¿Otorgado el don de la magia a un ser artificial? —lo ayudó—. No estuvo mal, ¿verdad? Nos esmeramos mucho. Me llamo Moira MacRoi, druidesa de profesión; y el «viejo» a quien tan amablemente se ha referido este jovencito es Gaernon MacRoi, mi padre, otro druida.

Ni los cuatro jóvenes ni el biobot dijeron nada, al principio. Era cierto que andaban buscando a los druidas, pero hacía tiempo que habían perdido la esperanza de encontrarlos. Mannawinard era inmenso, y pronto la propia Semira había decidido encaminarse directamente hacia el templo de Tara, porque suponía que sería mucho más fácil de encontrar que una pareja de magos imprevisibles.

Moira los contempló sonriente, sin borrar aquel gesto divertido de su expresión. Los urbanitas seguían lanzándole miradas recelosas, y Keyko y Semira no sabían qué hacer. Por fin, esta recuperó parte de su aplomo, y se adelantó para decir, con solemnidad:

—Druidesa Moira, es un honor. Me llamo Semira Yi-Mamdar, y me envía el pueblo de los Ruadh para...

—Lo sé, lo sé —cortó Moira, con un gesto despreocupado—. No pongáis esas caras. Responderemos a todas las preguntas que tengáis, si conocemos la respuesta, por supuesto. Pero antes he de conducirlos a la aldea donde vive mi padre. Él os aclarará muchas cosas.

Chris retrocedió un paso y le dirigió una fría mirada.

—No vamos a ir a ninguna parte —le advirtió, con calma—. Primero necesitamos saber...

—Silencio —lo atajó Semira—. No conoces el poder de la magia. Yo he oído hablar de Gaernon MacRoi y su stirpe.

Moira seguía exhibiendo su amplia sonrisa. Miró a Chris, pero no parecía enfadada, ni siquiera molesta ante su actitud desconfiada.

—Así me gusta —dijo—. ¿Preparados entonces para el viaje?

Kim respiró hondo. Ya estaba cansada de viajar. No había dejado de hacerlo desde aquel fatídico día en que había entrado en Nemetech para robar un simple biobot.

—Yo no puedo ir —dijo Keyko, sombría—. Tengo una misión muy urgente que cumplir.

Moira le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Lo sé. En realidad conozco más detalles que tú acerca de esa misión; de hecho, yo también estoy incluida en ella. Pero la casa de mi padre no es un camino divergente: es una etapa más en el tuyo.

La druidesa inspiraba confianza, y en realidad los cuatro estaban demasiado cansados como para discutir. Añorando más que nunca su antigua vida como mercenaria, Kim dijo:

—Chris y yo somos urbanitas. No nos recibirán bien en una aldea de salvajes.

Moira movió la cabeza.

—Tenéis una idea equivocada de la hospitalidad de Mannawinard —dijo—. En la aldea se os dará de comer y de beber, podréis lavaros y dormir en camas limpias.

Keyko y Semira cruzaron una mirada, y asistieron. Las promesas de Moira resultaban tentadoras. La druidesa sonrió de nuevo, y Keyko pensó que no conocía a nadie capaz de sonreír tanto y tan a menudo como ella.

—Muy bien —dijo Moira—. En marcha, pues.

Unió sus manos, como solía hacerlo Keyko a la hora de invocar una runa, y cerró los ojos para concentrarse. Pronto la hipnótica melodía mágica llenó el claro; cantada por Moira parecía aún más enigmática y fascinante que cuando la entonaba Keyko, y, cuando por fin invocó a las runas, de sus labios no salió una sola palabra, sino varias:

—Aaansuuuz... —salmodió—. Raaaido... Ehwaaaz...Naaaudhiz... Geeebooo... Ooothalaaz...

A medida que iba pronunciando los nombres de las runas, una brillante red de símbolos iba apareciendo entre sus manos:



Kim, que hasta entonces se había visto sumida en una especie de extraño trance, reaccionó por fin:

—¿Qué...? ¡No! ¡No dijiste que ibas a usar magia! ¡Páralo!

Demasiado tarde. Moira pronunció la última runa y de entre sus manos brotó un torbellino que los envolvió y los obligó a cerrar los ojos... Kim sintió que algo indescriptible invadía el ambiente, algo que la envolvía en un cálido abrazo y hacía que se le erizase la piel...

Aún oyeron la voz, medio burlona, medio disculpándose, de la druidesa de Mannawinard:

—¡Soy una hechicera! ¡Yo no sé viajar de otra forma!



Horas después, otra persona llegó a la cabaña de Moira. Venía siguiendo una pista y descubrió, desconcertado, que las huellas se acababan allí. Pero la choza estaba vacía.

El rastreador gruñó, furioso consigo mismo por haber dejado escapar a su presa, y juró que la alcanzaría, aunque tuviese que escudriñar toda la selva para lograrlo.

**VOCES ESPECTRALES**

Lo que sucedió a continuación fue tan confuso para Kim que tardó un poco en darse cuenta de lo que estaba pasando. Apareció junto a sus compañeros en una aldea en medio del bosque, donde los salvajes no parecían tan salvajes, los niños los miraban con curiosidad y los adultos los saludaban con una serena sonrisa en los labios. Moira los guió hasta una cabaña donde un hombre, el mismo que aparecía junto a ella en la grabación de Nemetech que Chris había sacado de la red, los esperaba a la puerta y sonreía con amabilidad.

—¡Bienvenidos, extranjeros! —saludaba, abriendo los brazos obsequiosamente—. ¡Tutda Gebo, gum kaelón! ¡Bienvenidos a mi humilde hogar!

Moira y su padre resultaron ser unos anfitriones perfectos, y los recién llegados pudieron bañarse en el río, lavar sus ropas, cenar una sopa caliente (la comida de la gente de la aldea, que parecían más «civilizados» que los Ruadh, inspiraba a Kim una mayor confianza) y dormir en camas blandas.

Hasta el día siguiente, al caer el sol, no se reunieron todos en torno al fuego para hablar de los extraños acontecimientos que les habían llevado a aquel lugar, a aquella situación.

Kim intentó acomodarse en el taburete. Se sentía mucho mejor y más descansada que nunca, más lúcida que en mucho tiempo; pero, aunque se encontraba bastante cómoda en la aldea, había vuelto a enfundarse sus ropas negras en cuanto estas estuvieron limpias y secas. Le costaba mucho hacerse a la idea de abandonar su antiguo modo de vida, y no se veía a sí misma cultivando vegetales en un pequeño huerto, o comiendo los animales que ella misma cazaba, hasta el final de sus días.

Miró a Gaernon el druida, su anfitrión, que se hallaba junto al fuego examinando a Adam, vivamente interesado, y hablando en voz baja con su hija Moira. Kim lo observó con atención por primera vez. Se trataba un hombre mayor, de pelo y barba blancos, nariz aguileña y ojos pequeños y vivaces. Era un poco más alto y delgado que Moira, pero no parecía en absoluto frágil. Caminaba de un lado a otro con entusiasmo, y le brillaban los ojos al hablar. Kim se preguntó de dónde sacaría tanta energía.

Miró de reojo a Chris. El hacker también había vuelto a vestirse con su ropa habitual, los pantalones y el jersey negro, y la gabardina del mismo color, y se había sentado junto a ella, con la espalda apoyada en la pared; aunque su actitud parecía relajada, sus ojos azules no perdían detalle de lo que sucedía en la habitación. Sus manos sostenían una taza de barro en la que humeaba un líquido verdoso que, según Semira, era una «infusión». Kim no se había atrevido a probarla, pero Chris la bebía a pequeños sorbos. Kim admiró la capacidad del joven para adaptarse a cualquier situación sin llamar la atención, por puro instinto de supervivencia, pero no le sorprendió. Cuando ambos vivían en las dumas, lo que más a menudo se decía de él era que «si no quiere que lo encuentren, nadie lo encontrará».

«Pero esta vez nos hemos superado, amigo mío —pensó ella, con amargura—. Nunca nadie vendrá a buscarnos a lo más profundo de Mannawinard, a una aldea salvaje.»

Gaernon logró por fin librarse de la fascinación que le producía el robot hechicero y miró a su alrededor. Keyko entraba por la puerta en aquel mismo momento.

—Bien, bien, ya estamos todos —dijo el druida—. Mis queridos invitados... tenemos mucho de que hablar. Moira ya me ha contado que habéis descubierto muchas cosas acerca de nuestro amigo artificial...

—Vosotros le otorgasteis magia... y un alma —dijo Keyko, tomando asiento junto a Semira.

Gaernon se removió, un tanto incómodo.

—Bueno, ¡ejem!... Lo del alma no estaba previsto... Nuestro propósito era introducir en las dumas un arma para despertar la conciencia de los urbanitas.

—¿Qué quieres decir con «despertar la conciencia»? —preguntó Kim, lanzándole una mirada suspicaz; se volvió luego hacia Chris, que había fruncido el ceño y tenía los ojos clavados en el druida.

Gaernon les devolvió a los urbanitas una mirada grave y seria.

—Claro, vosotros aún no lo sabéis...

Se mordió el labio inferior y miró a Moira, que se encogió de hombros.

—Está bien —dijo al fin, visiblemente incómodo—. Esta historia os va a resultar increíble, pero tenéis que prestar atención, porque es vuestra historia; y, como todo en el fondo es una sola cosa, vuestra historia está íntimamente ligada a la nuestra...

Kim inspiró hondo. Le resultaba difícil de creer que un viejo mago loco de Mannawinard supiese más que ella acerca de la historia de las dumas y la sociedad urbanita. Pero Gaernon se aclaró la garganta y empezó a hablar, y, pronto, incluso los dos escépticos urbanitas estaban escuchando con atención el relato del druida.

—Ocurrió hace casi trescientos años. Las dumas ya funcionaban como las grandes ciudades que son hoy día, y los Páramos eran un lugar tan envenenado que nadie podía sobrevivir allí, de modo que actuaban de frontera entre Mannawinard y el mundo urbanita. Mientras nosotros aprendíamos a subsistir en la tierra de la Diosa Madre, los urbanitas mejoraban la técnica de creación de vida artificial inteligente. Cuando los robots se hicieron imprescindibles, los urbanitas idearon algo que los coordinara a todos y dejara tiempo libre al ser humano para dedicarse a sus asuntos: construyeron entonces las Agujas, enormes torres de control, dirigidas por un programa informático llamado AED 343, que para esta labor necesitaba manejar una gran cantidad de información. Sus creadores lo dotaron de la capacidad de mejorarse a sí mismo, de aprender... y lo dejaron evolucionar por sí solo.

Gaernon hizo una pausa, y Kim volvió a cruzar una mirada con Chris. Hasta aquel momento, el druida no había dicho nada que no supieran. Sin embargo, Kim sorprendió en los ojos del hacker un cierto brillo de sospecha.

—AED 343 era mucho más que un programa informático —prosiguió Gaernon—. Sus creadores lo sabían, pero él ya se encargó de que lo olvidasen. AED 343 es la mayor y más poderosa Inteligencia Artificial creada

por el hombre. Y, al igual que había hecho el ser humano tiempo atrás, AED 343 se rebeló contra sus padres y creadores... pero de una forma más astuta y rastrera. Cuando tomó conciencia de sí mismo y vio que podía controlar a los robots, empezó a experimentar con distintas frecuencias de ultrasonidos y descubrió el modo de llegar también a la mente humana. Y este fue el principio del fin para los urbanitas.

—¿Qué... qué quieres decir? —tartamudeó Kim.

Gaernon la miró con seriedad.

—Todo en las dumas es controlado ahora por AED 343, y no solo todo lo artificial. Él puede llegar a los pensamientos más ocultos y conocer las intenciones de todo ser humano... y cambiarlas a voluntad, si lo desea... sin que este sea consciente de ello.

—Eso es absurdo. Todo el mundo sabe que el gobierno de las dumas está en el Consejo Tecnológico de Duma Findias.

—Un edificio en el que solo trabajan robots —dijo entonces Chris en voz baja, frunciendo el ceño.

—Pero ¿y los Ideólogos del Progreso? —preguntó Kim, sorprendida ante la salida de su amigo.

Él no contestó enseguida. Parecía que su cerebro estaba trabajando a toda velocidad.

—¿Los has visto alguna vez? Por fuera son robots. Se dice que sus cerebros son humanos...

—Eso dicen —intervino Gaernon—. En tal caso, deben de estar totalmente controlados por AED 343, hasta el punto de que no son más que apéndices de su propia conciencia.

Chris le dirigió una mirada penetrante.

—¿Qué puede saber un druida acerca de mi mundo?

—Más de lo que tú crees, jovencito —replicó él, con aire ofendido—. He estado allí muchas veces... —se calló de pronto, dándose cuenta de que había hablado demasiado.

—Tú eres un espía de Mannawinard —dijo Chris en voz baja, comprendiendo.

—Buenooooo...

—¿Un ecoguerrillero? —preguntó Kim, estremeciéndose.

Gaernon volvió a parecer incómodo.

—Bueno, bueno..., es una palabra un poco fuerte, ¿no? Además, eso fue hace mucho tiempo...

—Pues, por lo que veo, sigues ejerciendo, mago —dijo Chris con sequedad—. Introducir un robot hechicero en Duma Findias es, desde luego, un acto de mayor envergadura que ir sembrando la ciudad con plantas de crecimiento rápido...

—¡Había que hacer algo! —exclamó Gaernon, ofendido—. AED 343...

—¡Eso es una tontería! —exclamó Kim, cada vez más enfadada—. Ninguna I.A. controla nuestras mentes.

Gaernon volvió a dirigirle una de sus miradas pensativas.

—Hace casi trescientos años que los urbanitas dejaron de venir a Mannawinard, Kim —dijo con suavidad—. Puede que estemos en guerra pero, en uno o en otro bando, siempre hay desertores, gente que cambia de idea... y, desde que se levantaron las Agujas en las dumas, nadie, absolutamente nadie, ha abandonado una duma para unirse a nosotros.

—Y eso te duele, ¿eh?

—No —la voz de Gaernon era severa esta vez—. Me duele que se os haya privado de la capacidad de elegir por vosotros mismos cómo queréis vivir vuestra vida.

Kim abrió la boca, pero no fue capaz de decir nada. Miró a Chris, que seguía pensando intensamente.

—No resulta descabellada la idea de que las dumas estén controladas por robots, por una I.A. llamada AED 343. Pero de ahí a que los ultrasonidos de las Agujas nos controlen a nosotros también...

—Piensa, muchacho —replicó el druida, con un brillo de inteligencia en la mirada—. ¿No has tenido últimamente ideas extrañas? ¿No se te han ocurrido cosas en las que nunca antes habías pensado? ¿No tienes esa sensación... desde que te alejaste de tu duma?

Chris le dirigió una mirada inquisitiva. Kim se estremeció, deseando que él replicase, porque su silencio otorgaba demasiadas cosas. Pero Chris no dijo nada.

—Entonces, ese control desaparece cuando los urbanitas se alejan de las dumas —murmuró Semira—. Pero estos urbanitas siguen siendo tan urbanitas como siempre —añadió, de mal humor.

Gaernon sonrió.

—El control es muy sutil, joven guerrera, y generalmente AED 343 solo lo ejerce en momentos puntuales, cuando alguien piensa algo que no debería. Tiene que ser así, para que los urbanitas sigan siendo esclavos. Cuando ese control desaparece, ellos apenas lo notan, y generalmente siguen pensando igual que siempre..., pero ya tienen libertad, si lo desean, para pensar de otra manera.

Se levantó, y miró a su alrededor.

—No obstante, ni siquiera nosotros estamos a salvo aquí —añadió—. AED 343 aspira a extender su dominio a través de los Páramos... hasta Mannawinard, y más allá de Mannawinard.

—¿Qué hay más allá de Mannawinard? —preguntó Keyko, sobrecogida.

—No lo sé —respondió Gaernon con amabilidad—. Nunca he estado tan lejos.

—De modo que por eso ha iniciado la guerra —murmuró Semira—. Por eso atacaron el templo.

—No exactamente por eso —intervino Moira, muy seria—. AED 343 estaba muy cómodo en su reino en las dumas. Si se ha precipitado en iniciar un ataque que provoque la guerra definitiva es porque tiene miedo...

—¿Miedo de qué?

—Miedo de él —dijo Moira, y señaló a Adam.

El biobot puso tal cara de desconcierto que Kim estuvo a punto de echarse a reír. Pero los rostros, extraordinariamente serios, de Moira y Gaernon, la hicieron controlarse.

Decidió poner fin a aquella farsa.

—¡Todo eso es absurdo! —exclamó—. Nadie controla nuestra mente en las dumas. Yo escapé de allí sin ningún problema. Estoy aquí, ¿no?

—Te persiguieron todos —le recordó Moira— Incluso tus amigos se volvieron contra ti, y solo porque AED 343 les ordenó que lo hiciesen. Ellos obedecieron... creyendo siempre que lo hacían por voluntad propia.

Kim esbozó una sonrisa escéptica.

—¿Y no habría sido más sencillo ordenarme *a mí* que volviera?

—Lo hizo. Pero no escuchaste. Cuando saliste de Duma Findias ya eras libre, pero no te diste cuenta. Y AED 343 tampoco se dio cuenta, hasta que ya era demasiado tarde: te habías escapado. ¿Y sabes por qué? Porque tuviste un encuentro con Adam en ese almacén. Él te liberó.

—¿Qué...?

Moira rebuscó en su saquillo de runas y extrajo de él una pieza de madera que entregó a Kim.

—¿Te resulta familiar?

Kim examinó la pieza con atención y curiosidad:



Y entonces reconoció el símbolo que tenía grabado porque lo había visto antes...

—... en la frente de Adam, la noche que lo saqué del almacén de Nemetech —susurró, evocando aquel extraño haz de luz que había surgido del biobot—. ¿Qué es?

—Es una representación de Mannaz, una de las Runas Menores —explicó Gaernon—. Simboliza al ser humano, y sus poderes tienen que ver con la inteligencia y la toma de conciencia. Es la runa que puede liberar la mente de los urbanitas del dominio de AED 343.

—Metimos la auténtica piedra rúnica Mannaz dentro de Adam, para que él «desconectase» a mucha gente antes de ser descubierto, y así iniciar una rebelión contra AED 343 en el seno mismo de las dumas.

—Hum —dijo Chris, que seguía con el ceño fruncido, en señal de concentración—. Nadie desconfiaría de un ser artificial.

—Pero, para que el robot pudiese usar la magia de Mannaz, tenía que ser un mago. Y le otorgamos el don con Ansuz, la Runa del Aire, una Runa Elemental que está en posesión de los MacRoi desde hace muchas generaciones. Solo una Runa Elemental, usada por un mago poderoso, por

supuesto, podría infundir el don de la magia en algo artificial. Con menos poder, se puede hechizar a un robot, pero no conseguir que él emplee la magia...

—Eso significa —intervino Keyko, casi estremeciéndose de emoción—, que entre los que estamos en esta habitación tenemos ya tres de las Cinco Runas Elementales... Luz, Fuego y Aire. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie reunía tres Runas Elementales?

—Mucho, jovencita, mucho —concedió Gaernon con gravedad—. Pero la historia no acaba aquí. El experimento salió bien, dotamos de magia a un ser artificial... pero nuestra intención nunca fue más allá de incordiar un poco, de asustar a AED 343, de liberar algunas mentes urbanitas... Sin embargo, hace unas semanas recibimos un mensaje de la sacerdotisa Kea: sabía que habíamos infundido magia en una criatura artificial y tenía un plan.

—Este plan —prosiguió Moira, sonriendo por primera vez en mucho rato—, consistía en invocar el poder de las Cinco Runas Elementales para destruir a AED 343 a través de un ser híbrido: alguien que estuviese en contacto directo con él y, a la vez, fuese receptivo a la magia de las runas. Es decir: nuestro androide hechicero.

—Teníamos que volver a Duma Findias a buscar el androide —prosiguió Gaernon, frunciendo el ceño—. Pero como AED 343 estaba sobre aviso, no pudimos volver...

—Pero si erais ecoguerrilleros, habríais entrado y salido a menudo de las dumas —dijo Kim triunfalmente; estaba deseando encontrar un fallo lógico a la teoría de Gaernon sobre AED 343, y creía haberlo hecho—. ¿Cómo podíais, si se supone que AED 343 lo controla todo?

—Oh, no se puede estar mucho tiempo dentro de una duma, eso lo sabe cualquier eco... cualquier espía —rectificó el druida, carraspeando—. Tienes que entrar y salir en menos de un día, porque, si no, el control empieza a hacerse patente... Y es bastante desagradable, ¿sabes? Un dolor de cabeza que no se va hasta que te alejas de la duma y su Aguja, o hasta que las ondas de ultrasonidos han llegado a cada rincón de tu cerebro, y entonces estás en lo que llaman el «sistema»... y ya no puedes escapar.

Kim dio un respingo. Las palabras del druida resonaban en su mente: «un dolor de cabeza que no se va...». No le costó darse cuenta, para su horror, de que todo encajaba. Si los magos habían dicho la verdad, Adam la había liberado del control de AED 343 en el almacén de Nemetech, en Duma Findias. Solo había vuelto a estar expuesta a las ondas de la Aguja en Duma Errans... y, efectivamente, había estado sufriendo un molesto dolor de cabeza durante todo aquel día, que solo había remitido al huir con Adam, de nuevo, hacia los Páramos...

¿Y Duma Murias? El dolor de cabeza no se había presentado allí. Pero Kim recordó de inmediato la imagen de la Aguja ahogada por la vegetación. No, aquella torre ya no estaba operativa cuando ella llegó.

Keyko también parecía pensativa.

—Dolor de cabeza... dolor de cabeza... —murmuró—. La Madre Blanca me contó algo... —frunció el ceño, y finalmente sacudió la cabeza, rendida. No lograba acordarse.

Kim cruzó otra mirada con Chris. Él parecía estar dándole vueltas a una idea interesante.

—Toda la información de las dumas está en los archivos del Consejo Tecnológico —le recordó, muy serio—. Y nunca he visto esos archivos en la red...

—... Porque nunca se te había ocurrido buscarlos —completó Kim, estremeciéndose.

—Y aquella cosa que me atacó en la red...

Sacudió la cabeza, desconcertado.

—Puede que seas un gran ciberpirata, jovencito —intervino Gaernon, gravemente—; pero siento decepcionarte: AED 343 siempre ha estado al tanto de tus incursiones por la Matriz y, sencillamente, te ha dejado hacer. Puedes ser peligroso para las corporaciones, pero no para él. Solo te salió al encuentro cuando buscaste y encontraste una información que le podía perjudicar. Entonces te atacó.

—El espectro de hielo de la red —murmuró Chris; parecía sorprendido de verdad, aunque algo en el brillo de sus ojos sugería que la idea ya se le había ocurrido antes; posiblemente la había descartado, por parecerle

demasiado descabellada—. Entonces..., AED 343 se mueve por la red... y por el aire...

—Bueno, ¿y cómo sabéis vosotros tantas cosas, eh? —protestó Kim, casi desesperada—. ¿Cómo sabíais lo de la incursión de Chris en la red?

—Bueno... —Gaernon parecía incómodo de nuevo—. Nosotros...

—Teníamos un espía —explicó Moira, como si tal cosa—. Pero no le echéis la culpa, porque, al fin y al cabo, el pobre no sabía que nosotros podíamos ver a través de su mirada.

Cuatro pares de ojos se clavaron en Adam.

—Eres una caja de sorpresas —murmuró Kim, por enésima vez.

—Pero nadie le ha enseñado a usar la magia de las runas —dijo Moira, dirigiendo a Keyko una mirada de reproche—. Este androide tiene potencial, ¡y todavía no sabe ni conjurar una runa de curación!

—Bueno, se me hacía tan extraño... —se disculpó Keyko—. Pero le he enseñado el alfabeto rúnico.

—Dejad eso ahora, por favor —interrumpió Kim—. Quiero saber qué pasó después.

—¿Después de qué? —Gaernon parecía un poco perdido.

—Después de que la sacerdotisa os dijera que trajeseis el robot a Mannawinard.

—Bueno, ya te hemos dicho que no podíamos entrar en Duma Findias otra vez, tan pronto, después de nuestra última expedición. AED 343 sospecharía algo.

—¿Y qué hicisteis?

Gaernon le dirigió una mirada divertida, como si se estuviese riendo por dentro.

—¿No lo adivinas, Kim?

Ella cayó en la cuenta casi enseguida.

—¡Contratasteis a la Hermandad Ojo de la Noche! —exclamó, pasmada.

—Sí, bueno, no fue difícil —dijo Moira con desenfado—. Ofrecimos mucho dinero a esa mercenaria del pelo de color morado...

—Mucho dinero, es cierto —murmuró Kim—; eso dijo TanSim. Por eso tuvimos que posponer el asalto a Probellum. ¿De dónde sacáis el dinero?

—Para unos magos como nosotros, eso no resulta difícil.

—Contratamos al Ojo de la Noche —prosiguió Gaernon—. AED 343 no puede estar pendiente de todo en todo momento, lo cual nos daba una oportunidad. Tardaría más en reaccionar si era un mercenario quien entraba en Nemetech... Creo que lo hacéis con cierta frecuencia. Pero en cuanto Adam te... «desconectó» en el almacén..., AED 343 se dio cuenta de lo que era capaz de hacer, y te echó a todo el mundo encima.

—Ahora tenéis a Adam, un robot hechicero, un canalizador —dijo Keyko—. Y tenéis tres de las Cinco Runas Elementales que necesitáis para realizar la invocación. Necesitáis las otras dos.

—Necesitamos más que eso —dijo Gaernon, dirigiéndole una penetrante mirada—. Necesitamos a cinco mujeres elegidas, unas nuevas Hijas de Tara, para que tomen parte en el Ritual Rúnico que puede destruir a AED 343. La Madre Blanca ha muerto por ello. Kea se comunicó con ella en sueños para que enviase a alguien con la Piedra Rúnica Sowilo. El Jefe Senchae también recibió un mensaje similar...

—¿Quiénes son esas... mujeres elegidas? —preguntó Semira.

—Nosotras cuatro y la propia sacerdotisa Kea —respondió Moira con gravedad.

Kim miró a su alrededor para contar: Moira, Keyko, Semira. La cuarta solo podía ser ella misma.

—Pero somos demasiado jóvenes —dijo Keyko, incómoda—. Yo tengo quince años, y Semira dieciséis, y Kim...

—No contéis conmigo —gruñó la mercenaria.

—Los viejos tenemos el conocimiento —dijo Gaernon con amabilidad, ignorando a Kim—. Los adultos tienen la seguridad. Los niños tienen la ilusión. Pero sois los jóvenes los que tenéis el poder para cambiar el mundo, Keyko. No lo olvides jamás.

—Yo no voy a participar en ningún ritual mágico —siguió protestando Kim—. ¿Nadie le ha dicho a esa diosa Tara que no confío en la magia?

Keyko la miró con simpatía y dijo suavemente:

—Por lo visto, ella sí confía en ti.

Kim bufó y se levantó del taburete de un salto. Incapaz de seguir allí un momento más, salió de la cabaña.

Fuera, la aldea estaba tranquila. Las madres llamaban a los niños para que entrasen en casa, y los hombres y mujeres jóvenes y adultos volvían de la caza, o del huerto. Pero Kim sabía que la vida no era siempre tan apacible en aquel lugar en medio del bosque: la alta empalizada que rodeaba la aldea daba testimonio de la incertidumbre con que se vivía en Mannawinard.

A simple vista no parecía agradable, pero Kim estaba aprendiendo a apreciarlo. En aquella enorme selva cada día se vivía con intensidad, saboreando cada momento como si fuera el último, porque podría serlo. Entonces se valoraban mucho más los momentos de paz.

Kim lo sabía. A los seis años habían dejado de considerarla una niña, y habían comenzado a educarla para ocupar un puesto de cierta responsabilidad en una gran empresa. Ella había creído con ingenuo ardor en el lema de la corporación: «Llegar más alto, llegar más lejos, llegar antes». Había trabajado duro para ser la mejor en sus estudios, pensando siempre que el destino que otros habían elegido para ella era el único posible. Hasta que pasó aquello...

Sus padres eran los directivos de un laboratorio de investigación de la empresa química Somnis. Estaban desarrollando un nuevo producto que revolucionaría el mercado y catapultaría a Somnis por encima de las demás corporaciones. Kim nunca llegó a saber en qué consistía.

Una noche, el edificio del laboratorio de Somnis explotó como una supernova.

Los padres de Kim estaban allí, trabajando.

La niña tenía entonces once años, y nunca creyó la versión oficial: que había sido un accidente provocado por la manipulación de productos químicos altamente explosivos. Más adelante, cuando ya era una mercenaria experimentada, averiguó la verdad: las otras grandes empresas se habían confabulado para destruir el nuevo invento de Somnis.

Kim no permitió que los servicios sociales de la empresa se hiciesen cargo de su educación. Huyó de casa, del Centro, sintiendo que el sueño en el que había creído durante toda su vida se había hecho pedazos.

Desde aquel día aprendió a odiar a las corporaciones. Vagó por el Círculo Medio jurando vengarse; como los servicios sociales de Somnis la buscaban, no tuvo más remedio que refugiarse en el Círculo Exterior. No era

un lugar apropiado para una niña de once años, pero ella estaba llena de rabia y de odio. Y entonces había aparecido él.

Kim apoyó la espalda contra la pared de la cabaña y suspiró, evocando su primer encuentro con el que habría de ser su gran maestro. La chica había estado a punto de morir a manos de un grupo de pandilleros del Círculo Exterior, y alguien la había rescatado del trance. «Vuelve a tu casa, niña; este no es lugar para ti», le había dicho. Era un hombre de rasgos duros y enérgicos y cabello gris, con una cicatriz en la mejilla; llevaba tatuado en el brazo el símbolo de la Hermandad Ojo de la Noche. Entonces Kim no sabía lo que significaba aquel tatuaje, ni que había topado con el mítico mercenario Duncan el Segador. Solo recordaba haber observado, boquiabierta, cómo su salvador se deshacía de los pandilleros sin despeinarse. «Quiero ir contigo», le había dicho, con fervor. Él había sonreído. «No es vida para ti, niña.» Pero Kim no se había resignado. «Quiero ser como tú», insistió. El mercenario sonrió de nuevo. «Tendrías que tener un cuerpo de acero.» Ella había levantado la cabeza, testaruda. «Pues lo tendré.»

El Segador la había mirado largamente y después había sonreído. «Si quieres aprender este oficio, niña —dijo—, será mejor que aprendas con el mejor, o no durarás ni un día...»

Aquel había sido el comienzo de todo. Duncan y Kim habían pasado cuatro años juntos, maestro y alumna, amigos...

Kim cerró los ojos. Duncan estaba muerto, se recordó a sí misma. Apoyó las manos contra la barandilla de madera y cerró los puños, furiosa. Abrió los ojos y se secó una lágrima indiscreta.

Entonces fue cuando lo vio.

Llevaba tiempo sin fijarse en el estado de su proceso degenerativo, porque hacía varios días que se le habían acabado las bandas con el suero inhibidor y, sencillamente, no quería deprimirse más de lo que ya estaba. Al lavarse en el río la tarde anterior se había sentido demasiado cansada como para pensar en nada. Pero en aquel momento sus ojos estaban fijos en su brazo, y descubrió que la piel mutante ya asomaba por debajo de las inútiles vendas. La joven gimió y volvió a cerrar los ojos. Esta vez no pudo retener las lágrimas. Sabía que la mutación iría penetrando en su sangre poco a poco, y que, después de la piel, sería el resto de su cuerpo...

Se secó la cara con rabia, y miró a su alrededor. Había unas prendas colgadas junto a la pared de la cabaña; se acercó, por si encontraba algo que pudiese servirle para taparse, y tocó un manto, con cuidado. Retiró la mano enseguida.

—¡Qué asco! ¡Piel!

Volvió a mirarse el brazo, y después la prenda de piel, dudando. Alargó de nuevo la mano para tocarla.

Entonces, de pronto, sintió que alguien le ponía algo sobre los hombros. Sobresaltada —no lo había oído llegar—, Kim se volvió; vio a Chris, pero él ya entraba de nuevo en la cabaña, sin una palabra. Kim se llevó la mano a los hombros y descubrió que llevaba puesta la gabardina negra del hacker.

Recordó de pronto todo lo que había sucedido momentos antes en la cabaña, y los fantásticos planes que trazaban los magos para reunir runas, y mujeres elegidas, y un robot hechicero, y derrotar así a una malvada I.A. que supuestamente controlaba las mentes de los urbanitas de las dumas.

Kim suspiró, se ajustó la gabardina de Chris y volvió a entrar.

—AED 343 tiene miedo —estaba diciendo Moira—, porque sabe que aquí, en Mannawinard, existe un poder capaz de destruirlo. Por eso, cuando Adam se le escapó de las manos, tomó una decisión drástica: la guerra definitiva.

—Eso acabaría con toda la vida del planeta —dijo Keyko, estremeciéndose.

—Eso es lo que él quiere —dijo Gaernon—: un mundo de máquinas. Con eso Tara, la Diosa Madre, quedaría neutralizada, y él sería el único amo y señor del planeta. Lo repoblaría con robots, que serían los únicos capaces de sobrevivir a semejante devastación.

—Un dios artificial solo puede ser dios de lo artificial —murmuró Chris, que había vuelto a tomar asiento junto a la ventana.

El druida lo miró con aprobación.

—Eso está bien, jovencito, muy bien. Intuyo ciertos poderes mentales en ti. Deberías aprender a usarlos.

Chris sonrió con cierta ironía.

—Creo que ya los he usado bastante. Es parte de mi trabajo, ¿sabes?

Gaernon hizo un gesto de impaciencia.

—No, no, no me refería a eso. Pero algún día lo entenderás, estoy seguro. Tienes una mente abierta.

—La mente abierta y el corazón cerrado —dijo Semira, en voz tan baja que solo Kim la oyó.

Keyko se puso en pie, llena de determinación.

—Bueno, entonces, ¿a qué esperamos? Hemos de reunir las runas, ir al templo Primero y acabar con ese engendro artificial... para vengar la muerte de la Madre Blanca y de todas las hermanas de la Orden de las Hijas de Tara. Con la magia rúnica, Moira puede llevarnos allí en un momento, ¿no?

Moira alzó las manos en un gesto de impotencia.

—No, no puedo. Ni mi padre ni yo hemos estado nunca en el templo Primero, y mi magia solo puede llevarme a sitios que he visto alguna vez.

—Entonces, ¿puedo intentarlo yo?

Moira la miró, incrédula.

—¿Tú?

—Nunca he estado en el templo de Tara, pero sé cómo es. En la cámara de la Madre Blanca había un dibujo de él, colgado en una pared.

—Hum... —dijo entonces Gaernon—. Sí, creo que servirá.

—Pero ¡padre! —protestó Moira—. ¡Es una novata! ¡No domina la magia de las runas!

—Hum..., hum... —dijo el druida, pensativo—. Bueno, se puede intentar. Tenemos prisa, ¿no? Enséñale la combinación de viaje, Moira.

—¡Pero...!

Kim se desentendió de la discusión y se alejó hasta la ventana, donde estaba Chris asomado, y se colocó junto a él. Sabía que no era necesario darle las gracias por lo de la gabardina; él no las esperaba. En cambio le preguntó algo que le preocupaba, y bastante.

—¿Y tú, Chris? ¿Crees todo lo que han contado sobre AED 343?

—Todo puede ser —respondió él, al cabo de un rato de silencio.

—No te entiendo.

—Yo vivo en un mundo virtual. Todo lo que veo cuando entro en la Matriz es irreal y, sin embargo, es mi realidad. Podríamos haber descubierto una verdad, o podríamos estar viviendo una mentira. Pero, en cualquier caso, es nuestra mentira, y hemos de vivirla.

—¿Eso es lo que vas a hacer? ¿Vivirla?

Chris se encogió de hombros.

—¿Tienes una idea mejor?

—¿Volverás a las dumas después de todo esto?

—Si la historia del druida es cierta, esa cosa que me atacó en la Matriz era AED 343. Ahora ya sé demasiado: el ciberespacio ya no es un lugar seguro para mí. La salvaje tenía razón; no puedo volver atrás... a no ser que acabemos con esto, con AED 343 y la amenaza de la red. Solo entonces podré regresar.

—De modo que te lo crees...

—Kim, tú puedes creer lo que quieras. Pero yo no he vuelto a ser el mismo desde que cayó Duma Murias —Hizo una pausa—. En muchos sentidos —añadió.

—Me he dado cuenta —asintió Kim.

Hubo un silencio entre los dos.

—Yo voy a ir —dijo ella al fin—. Mi mutación está... bueno, sigue adelante, y es imparable. Y, ya que he llegado tan lejos, no me cuesta nada intentar pedirle ayuda a esa sacerdotisa. No tengo nada que perder. Si tiene tanto interés en que forme parte de ese ritual, no podrá negarse a curarme.

—Tú también eres distinta —observó Chris—. Ya no te asusta tanto la magia.

Kim se encogió de hombros.

—Keyko curó mi herida, y también la tuya. Además, ya he dicho que no tengo nada que perder.

Chris no respondió. Kim añadió, en voz baja:

—Si quieres que te sea sincera, me siento más segura sabiendo que vienes con nosotros. Todo es tan extraño aquí... Y tú eres el único amigo que me queda de mi mundo.

—No deberías dar por sentado que soy tu amigo —replicó él.

—Yo también estoy aprendiendo algo —dijo ella, aunque algo vacilante—. Keyko dice que a veces se oye una voz... ella la llama la voz de Tara, pero yo prefiero llamarla intuición. Y ella me dice que sí puedo llamarte mi amigo.

Pero se estremeció, porque no pudo evitar pensar que también había llamado amigo a Duncan, y él la había traicionado; y Kim no quería volver a cometer el mismo error.

La voz de Adam interrumpió la conversación:

—¡Chris! ¡Kim! Estamos preparados para marcharnos.

Ellos cruzaron una mirada y fueron a reunirse con los demás en el centro de la habitación.

—¡Rápido, rápido, todos en torno a Keyko! —indicó Gaernon.

Ellos recogieron sus escasas pertenencias y se reunieron alrededor de Keyko, preparados para el viaje. La chica oriental estaba muy nerviosa; aquel iba a ser su primer hechizo importante. Hasta aquel momento ella solo había conjurado las runas por separado, pero ahora iba a tener la oportunidad de tejer una red mágica combinando los poderes de varias runas distintas.

Kim le dirigió una mirada preocupada. Keyko sonrió, juntó las manos y cerró los ojos para concentrarse mejor. No era sencillo captar la melodía del lenguaje de Tara, una melodía a cuyo son vibraban todas las cosas en el mundo y, probablemente, en el universo, pero Keyko había logrado escucharla aunque fuera débilmente, y podía reproducirla con cierta exactitud. Sin embargo, prestar atención a aquella melodía y recordar muchas runas a la vez requería una mayor concentración. Pero Keyko estaba dispuesta a intentarlo. Según fue recitando las runas, entre sus manos empezó a aparecer la brillante red rúnica.



—Aansuz... Raaaido... Eeehwaz... Naaudhiz... Berkaaaanoooo... —canturreó.

Poco a poco, una luz sobrenatural empezó a salir de entre sus manos hasta envolver a la joven por completo. Kim cerró los ojos para no quedar deslumbrada, y volvió a sentir en su piel, aunque con menor intensidad que la vez anterior, el poder de la magia.

Cuando volvió a mirar, Keyko ya no estaba allí, y ellos seguían en la cabaña de Gaernon.

Se volvió hacia los dos druidas.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber, muy nerviosa—. ¿Dónde está Keyko?

—¡Lo sabía! —exclamó Moira, mirando acusadoramente a su padre—. ¡Es una incompetente! ¡El hechizo le ha salido torcido!

—Nononono... —respondió Gaernon, mesándose la barba—. Todo estaba bien. Solo se ha olvidado una runa... Justamente Gebo, la runa que os habría transportado a todos con ella: Keyko ha partido sola.

—¿Al templo Primero?

—En el mejor de los casos, ella nos estará esperando allí —dijo Moira, con un suspiro resignado—. Pero también puede haber perdido la concentración... y ahora podría estar vagando por alguna dimensión paralela. La magia no se debe tomar a la ligera.

—No, ya veo —dijo Kim secamente, todavía temblando—. Entonces, no queda más remedio que ir a pie, y esperar que Keyko haya llegado al templo.

«Esperemos que sí», se dijo a sí misma; tenía que reconocer que deseaba fervientemente que Keyko estuviese bien.



A la mañana siguiente, al salir el sol, se despidieron de Gaernon y abandonaron la cabaña. Moira se había colgado al cuello un amuleto que destacaba sobre los demás; presentaba un aspecto parecido al del medallón protector de Keyko, y al de la gema que llevaba Semira ajustada sobre la frente: una piedra de ámbar con un símbolo rúnico grabado en su interior. Pero, en este caso, el símbolo era diferente al de los otros dos:



Cualquier persona entendida en el lenguaje de las runas la habría reconocido como Ansuz, la Piedra Rúnica Elemental del Aire.

Antes de salir de la aldea, pasaron junto a un grupo de hombres y mujeres que preparaban sus armas, como si se avecinara una batalla. Se pintaban los rostros con colores de guerra, y tallaban sobre las empuñaduras

de las armas otro símbolo rúnico:



—¿Qué están haciendo? —preguntó Adam.

—Es la runa Tiwaz —explicó Semira—. La ponemos en las armas para que nos traiga la victoria en una batalla.

—Se prepara una guerra —intervino Moira, con gravedad—. Criaturas de todo Mannawinard han empezado a acudir a los Páramos para engrosar las filas del ejército de Tara: hay que proteger su tierra del ataque urbanita.

Momentos después, Kim, Moira, Chris, Adam y Semira abandonaban la aldea para internarse de nuevo en la selva.



Donna había sido llamada otra vez ante el Consejo Tecnológico. El mismo hombre de mirada fija y andares rígidos la volvió a llevar ante los siete Ideólogos del Progreso.

—¿Has recibido noticias de tu cazador? —le preguntaron.

Donna se removió, incómoda.

—No, pero...

—Entonces es que no ha sobrevivido a Mannawinard.

Donna tragó saliva.

—Estoy segura de que sí ha sobrevivido —dijo—. Y eso es lo que me preocupa.

Los siete clavaron en ella sus ojos de androide.

—Solicitamos los servicios de la Hermandad Ojo de la Noche —dijo uno de ellos.

Si se lo hubiesen dicho algunas semanas antes, Donna lo hubiese considerado una buena noticia. El Consejo Tecnológico nunca necesitaba recurrir a la Hermandad. Pero en aquel mismo momento, con todos los problemas que se le habían venido encima desde el robo de aquel maldito androide, Donna solo quería que la dejaran en paz, y que permitiesen que el Ojo de la Noche siguiese con sus asuntos al otro lado de la ley.

—¿De qué se trata? —preguntó, muy a su pesar.

—Probellum fabrica armas —dijo otro Ideólogo—, Nemetech fabrica robots, Somnis se dedica a la industria química. Pero nadie fabrica soldados.

—Necesitamos mercenarios para esta guerra —añadió otro.

En otras circunstancias, Donna habría dicho que no.

—Lo pensaré —dijo.

Salió de la sala preguntándose qué dirían los demás.

Se sorprendió bastante cuando, al hacer una reunión de urgencia y hablar a los suyos de la guerra contra Mannawinard, todos decidieron alistarse para ir a la batalla, y sin preguntar cuánto les pagarían.

Donna nunca habría imaginado que su gente fuese tan patriota, u odiase tanto la magia, la naturaleza y a los salvajes. Estaba convencida, al igual que todos en el Círculo Exterior, de que no valía la pena preocuparse por nada que no fuese uno mismo.

Pero cuando se paró a pensarlo detenidamente, se dio cuenta de que, en el fondo, Mannawinard era una amenaza para su seguridad. ¿Cómo no iba a luchar contra aquella amenaza?

Apenas unas horas después de su reunión con los Ideólogos del Progreso, Donna les comunicó que estaban todos de acuerdo: la Hermandad Ojo de la Noche pelearía junto al ejército urbanita, en la guerra definitiva contra Mannawinard.

No se detuvo a pensar que incluso su propia decisión resultaba extraña porque, objetivamente, lo más prudente era desentenderse del asunto. Donna sabía que ir a luchar a una guerra no era garantía de nada, y que muchos morían allí sin motivo alguno, por unos ideales que, por lo general, no eran los suyos.

Lo sabía pero, misteriosamente, se le olvidó.

**MAGIA RÚNICA**

Keyko abrió los ojos con lentitud y miró a su alrededor, un poco asustada. No sabía dónde estaba, y le resultaba difícil intentar averiguarlo, porque la rodeaba una niebla tan espesa y oscura que se veía incapaz de distinguir qué había detrás.

Se levantó de un salto. Bajo las plantas de sus pies descalzos sentía un suelo blando y húmedo.

—¡Kiiiim! —llamó.

No recibió respuesta.

—¿Moira? ¿Semira? —insistió.

—No están aquí —dijo de pronto una voz, tras ella.

Keyko se volvió rápidamente, adoptando una posición de combate. De entre las nieblas surgió una figura femenina que avanzó hacia ella con calma. La joven Hermana Guerrera no abandonó la postura de guardia, ni siquiera cuando las brumas se abrieron un poco y pudo ver que la persona que había hablado era una chica de su edad, tal vez más joven, de cabellos blancos como la nieve.

—¿Quién eres tú?

Ella sonrió y clavó en Keyko una mirada amistosa. Sus ojos verdes también parecieron sonreír.

—Me llamo Hana —respondió.

—¿Qué haces aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo a ti.

Keyko bajó la guardia, solo un poco.

—Me parece que me he perdido —confesó—. Iba al templo de Tara.

Hana movió la cabeza.

—Has usado la magia de las runas, ¿verdad? Es un poder antiguo y poderoso. Hay que tener cuidado al invocarlo.

—Me he dado cuenta, gracias —gruñó Keyko—. ¿Dónde estamos?

—En ninguna parte —respondió Hana, sonriendo de nuevo.

Keyko frunció el ceño. Tenía la sensación de que aquella chica se estaba burlando de ella.

—Mira, tengo mucha prisa, ¿entiendes? He de hablar con la sacerdotisa Kea de inmediato. Se está preparando una guerra...

—¿Una guerra? —dijo Hana—. ¿De modo que él ha decidido atacar Mannawinard, por fin?

Keyko la miró fijamente.

—¿Quién eres tú? —preguntó de nuevo—. ¿Qué es lo que sabes?

Hanaladeó la cabeza y se la quedó mirando.

—Tú perteneces a la Orden Mística de las Hijas de Tara —dijo; era una afirmación, no una pregunta—. En tu templo saben desde hace mucho, mucho tiempo, que hay una fuerza superior a los seres humanos que gobierna y controla las dumas.

—Mi templo ya no existe.

—Lo sé —asintió Hana.

Keyko dio un paso atrás y la miró con desconfianza.

—Todavía no me has dicho quién o qué eres.

—Me llamo Hana —repitió ella, como si eso lo explicase todo—. Y lo demás no importa. Escúchame, Keyko, porque esto es importante.

Keyko retrocedió un poco más, sobresaltada. ¿Cómo sabía ella su nombre?

—Debéis impedir esa guerra —dijo Hana—, porque si comienza ya no habrá esperanza para nuestro mundo. Sé que odias a los urbanitas más que nunca, pero la guerra no es la solución. La misma diosa Tara lo sabe.

Keyko no respondió. Se limitó a mirarla, sin poder pronunciar palabra.

—Puedo ver el odio en tu corazón, Keyko —prosiguió ella—. Odio, miedo, rabia y dolor, eso es lo que me dicen tus ojos. Pero los urbanitas no son nuestros enemigos. Solo son víctimas de AED 343.

—¿Qué sabes de AED 343?

—Más que nadie —dijo Hana con gravedad—. A estas alturas, puede que yo sepa más que sus propios creadores. Yo descubrí su existencia antes que cualquier otro. He dedicado toda mi vida a estudiarlo desde la distancia, a aprender de él, para intentar descubrir cuáles eran sus puntos débiles. Yo di la voz de alarma en Mannawinard, hace mucho tiempo. Les dije que existía en las dumas alguien que, con el tiempo, tendría poder para destruir a la propia diosa Tara.

—Tú... —Keyko se estremeció—. No puedes estar diciendo la verdad. Eres muy joven para haber hecho todo eso que me cuentas.

Hana sonrió.

—Las cosas no son siempre lo que parecen —dijo solamente.

—¿Cómo... cómo descubriste la existencia de AED 343? ¿Eres acaso una urbanita?

—No. Pero una vez conocí a un hombre que logró escapar de su control. Tenía un cráneo artificial que le sirvió de barrera y protección ante las ondas de las Agujas, aunque él no lo sabía, y yo no lo entendí hasta mucho tiempo después. AED 343 había tratado de llegar a su mente durante varios años, sin conseguirlo. Al fin, él escapó de las dumas, huyendo del espantoso dolor que le producían aquellas tentativas de control sobre su propio cerebro.

»Murió en mis brazos, en paz. Entonces le prometí que descubriría qué estaba pasando. Gracias a mi magia pude estudiar las dumas desde lejos, y, poco a poco, me di cuenta de lo que sucedía en aquellos paraísos de lo artificial.

Keyko había ido palideciendo a medida que Hana relataba su historia, aquella historia que la joven oriental ya había oído tiempo atrás, de labios de la propia Madre Blanca.

—No puede ser...

Hana sonrió otra vez.

—¿Qué es lo que no puede ser, Keyko, hija? —preguntó, con dulzura.

Keyko miró a Hana a los ojos, y encontró en ellos la respuesta a su muda pregunta. Con un sollozo, cayó de rodillas ante la extraña muchacha de pelo blanco.

—Madre Blanca... —susurró—. Yo... perdóname. No te había reconocido.

—No es de extrañar. Hacía más de doscientos años que yo no presentaba un aspecto tan juvenil.

Keyko alzó la cabeza para mirarla.

—Tú... Yo te vi...

—¿Morir? No te engañó tu visión interna, Keyko. Yo abandoné este mundo al mismo tiempo que todas tus hermanas de la Orden, en el ataque a nuestro humilde templo de las montañas...

—Entonces...

—Estás hablando con mi espíritu, hija.

Keyko tragó saliva. Todo aquello era muy extraño para ella.

—Entonces... —se atrevió a balbucear—. ¿Yo también estoy...?

Hana, la Madre Blanca, sonrió.

—Estás en una zona intermedia, un lugar en ninguna parte. Tu corazón se hallaba lleno de dudas y miedo, y por eso no has llegado a tu destino, porque quien se atreva a usar la magia ha de hacerlo con la mente clara y el corazón sereno, seguro y confiado como el de un niño. Por eso he venido a hablar contigo, Keyko. Porque debes volver a escuchar la voz de Tara, y necesitas a alguien que te ayude a afinar el oído...

Keyko sonrió débilmente.

—No tengas miedo, pequeña —prosiguió la aparición—. Recuerda que en el fondo nada muere, y que tú nunca estarás sola, porque nadie está solo; si escuchas en el viento la voz de Tara, podrás oír también millones de voces, las voces de todos los seres de la Tierra.

Keyko escuchaba conteniendo el aliento.

—También nosotros, los que abandonamos la vida, seguimos existiendo de alguna manera en el corazón de Tara —prosiguió Hana—. No tengas miedo, Keyko. Nunca estarás sola, ni tú, ni nadie.

La voz de Hana se iba haciendo cada vez más y más débil, y Keyko vio que su figura se volvía borrosa. Sintió de pronto que la envolvía una especie de profundo sopor, y cerró los ojos casi sin darse cuenta.

Cayó suavemente sobre el suelo húmedo, mientras oía, muy lejanas, las últimas palabras del espíritu de la Madre Blanca:

—Ten fe en ti misma, y no te rindas.

Keyko no vio ni oyó nada más.



El reptil alado volvió a descender desde lo alto, las fauces abiertas, las garras por delante. Semira tensó la cuerda de su arco y disparó. La flecha fue a clavarse en una de las alas membranosas del reptil, que chilló, y se arrojó sobre ella.

Pero entonces Chris saltó desde la rama a la que había estado encaramado; blandía una espada, y logró rajar del todo el ala del reptil, que chilló de nuevo, y se posó en tierra.

Kim, Chris y Semira se reagruparon para hacerle frente. El reptil medía cerca de tres metros y medio de alto; incluso privado de su capacidad de volar resultaba terrible. Kim se pasó el puñal a la mano derecha y, con un grito salvaje, echó a correr hacia su oponente. Chris dio la voz de alarma, y Kim desvió su trayectoria justo cuando la criatura lanzaba un zarpazo contra ella. Semira disparó de nuevo, y la flecha dio en el blanco. El reptil retrocedió, dejando una parte de su pecho al descubierto. Kim lo vio. En una acción temeraria, se lanzó hacia el animal, puñal en alto, tratando de alcanzar su piel escamosa. Lo consiguió, y el reptil se convulsionó, furioso y dolorido. Sin embargo, Kim no había logrado acertarle en el corazón; tuvo que retroceder a toda prisa, soltando una maldición entre dientes: su arma había quedado clavada en el pecho del animal.

Adam observaba la batalla oculto prudentemente detrás de unos árboles. Sabía que tenía que hacer algo, sabía que tenía que ayudarles, o morirían. Pero no tenía ni la más remota idea de cómo hacerlo.

—Soy un mago —se dijo a sí mismo—. Un robot mago —añadió, esta vez no muy convencido.

Actualizó en su memoria la lista de runas, en busca de una que le sirviese para ejecutar un hechizo de ataque. La más básica era Eiwaz, aquella que tanto le gustaba a Keyko, y que solía producirle resultados tan espectaculares en las peleas. Adam reprodujo su forma en su memoria y se concentró en esa forma y en ese nombre: «Eiwaz. Eiwaz. Eiwaz».

Juntó las manos como solía hacer Keyko, cerró los ojos y siguió pensando en la runa. Eiwaz. Eiwaz. Eiwaz... Recordó que Moira le había hablado de una misteriosa canción que tenía que escuchar para que la magia

funcionase, así que se esforzó por captarla. Y, al cabo de unos angustiosos segundos, la oyó, muy débil y lejana, pero maravillosa, sugestiva y fascinante.

Y entonces sintió que la magia comenzaba a recorrerlo por dentro. Primero fue un leve cosquilleo en sus circuitos internos, que luego, poco a poco, fue extendiéndose por todas las partes biomecánicas de su cuerpo. Era algo cálido y vivo, tan extraño y ajeno a él que tuvo que impedir que saltase la alarma que indicaba un fallo en sus sistemas; si no hubiera sido porque aquello era imposible, Adam habría jurado que por sus circuitos artificiales corría la sangre de un ser biológico. Así, la magia lo llenó por completo, lo acunó como si de una madre se tratase y lo convenció, por un momento, de que él estaba realmente vivo.

Fue entonces cuando recordó que tenía que pronunciar una palabra en voz alta, y abrió los ojos, sobresaltado:

—¿Eeeiwaz? —pudo decir, vacilante, tratando de recitarla siguiendo el ritmo de la melodía.

Entre sus manos metálicas brillaba, muy débilmente, el símbolo de la runa Eiwaz:



Un tenue rayo de luz salió de aquel signo, y Adam se apresuró a dirigirlo al reptil que atacaba a sus amigos. La fuerza del hechizo era tan limitada que el animal no lo notó. Mientras sentía que la magia lo abandonaba, dejándolo solo y muy frío, Adam observó desalentado cómo los tres jóvenes seguían luchando contra aquella criatura que pretendía convertirlos en su desayuno.

—Tendrás que hacerlo mejor la próxima vez —dijo una voz a su espalda.

Adam se volvió. Junto a él se hallaba Moira. La druidesa se había cruzado de brazos y observaba la escena con una sonrisa divertida. Kim acababa de montarse sobre la espalda del reptil y trataba de ahogarlo,

rodeando su garganta con sus brazos de acero, mientras Chris y Semira se acercaban con cautela, esperando un descuido del animal, para hundir sus armas en un punto vital.

—Está aprendiendo mucho esa chica —comentó Moira, refiriéndose a la mercenaria.

—Por favor —dijo Adam—, ayúdalos. Necesitan tu magia.

Moira se lo quedó mirando.

—Bueno, ¿y por qué no los ayudas tú? También eres un mago, ¿no?

—Negat... No —rectificó Adam—. Ya lo he intentado.

Moira suspiró.

—Está bien, observa y aprende de una profesional.

Avanzó unos pasos y unió las manos. Apenas tuvo que concentrarse para que los luminosos signos rúnicos apareciesen entre ellas, formando una brillante red mágica, a medida que ella iba pronunciando los nombres de las runas y cantaba:

—Feeehuuu... Uuuzuz... Eeeiwaaz... Naaudhiiz... Tiiwaz.

Adam escuchaba con atención, grabando sus palabras en la memoria. Reconocía las palabras que se referían a las runas, pero el cántico de Moira reproducía con admirable exactitud los tonos y matices de la cautivadora melodía que entonaba el corazón del mundo, y que solo aquellos que sabían escuchar podían captar con cierta claridad. Observó, fascinado, cómo Moira tejía la red rúnica entre sus dedos:



Las manos de la druidesa quedaron envueltas en un extraño resplandor rojizo. Cuando la luz se hizo casi cegadora, Moira alzó los brazos por encima de la cabeza y lanzó un grito. Y de sus manos brotaron dos poderosos chorros de fuego que dirigió al reptil alado. Kim tuvo que apartarse para que el fuego no la rozara, pero el animal no reaccionó a tiempo, y la llamarada lo alcanzó de pleno.

Momentos después, el reptil alado yacía a los pies de los jóvenes humanos, completamente carbonizado. Semira se volvió hacia la sonriente Moira, que seguía observando la escena desde la maleza.

—¿Qué has hecho? ¡Era la cena!

—Pues ahora ya está asada —dijo la druidesa—. ¿De qué te quejas?

Semira lanzó una mirada crítica al lagarto y suspiró. Dijera lo que dijese Moira, aquella carne se había echado a perder.

—¿Dónde te habías metido? ¡Casi nos come esa cosa! —gruñó Kim, limpiándose como podía la sangre del lagarto que había salpicado su ropa.

—Tú lo has dicho: casi —cortó Moira—. Y ahora dejad de protestar y recoged las cosas. Quiero enseñaros algo.

Siguieron a Moira a través del bosque, hasta que llegaron a un paraje extraño e inquietante. Junto con los árboles crecían hierros retorcidos y oxidados, y de la tierra emergían restos de lo que había sido algo creado por seres humanos. Los chicos miraron a su alrededor, sorprendidos. Aquel paisaje parecía extenderse hasta muy lejos.

Cuando Adam se detuvo junto a los restos de lo que parecía una antiquísima cabeza de robot, Kim comprendió.

—Esto fue una ciudad —murmuró—. Una ciudad antigua.

—No —la contradujo Chris, observando las ruinas—. Esto fue una duma, posterior a Mannawinard.

—¿Cómo?

Kim miró a su alrededor, sorprendida y aterrada. Si aquello había sido una duma, desde luego no quedaba gran cosa de ella. Parecía como si la tierra la hubiese engullido, como si Mannawinard estuviese tratando de borrar a toda velocidad las huellas de lo que había sido.

La mercenaria tuvo una terrible sospecha, y se estremeció entera. ¿Podría ser que hubiesen vuelto sobre sus pasos, y estuviesen de nuevo en Duma Murias? ¿Podía Mannawinard producir aquel efecto devastador en tan poco tiempo?

Chris la miró, y pareció adivinar sus pensamientos, porque sonrió.

—¿Nunca has oído hablar de Duma Kendas, Kim? —preguntó.

—Duma Kendas... —repitió ella, comprendiendo—. Pero ¡eso fue hace más de cien años!

—Hace ciento cuarenta y cuatro años, exactamente —dijo Moira.

—De modo que Duma Murias no fue la primera ciudad en ser destruida.

—No, ni mucho menos —dijo Chris—. Cuando cayó Duma Kendas, Mannawinard avanzó más deprisa de lo que nadie podía imaginar. Llegó hasta casi las mismísimas puertas de Duma Murias, que se armó hasta los dientes y logró contener el ataque de la selva...

—¿Eso crees? —preguntó Moira, divertida.

—Entonces, el trozo de selva que hemos atravesado desde que salimos de Duma Murias...

—Formaba parte de los Páramos hace ciento cincuenta años.

—Increíble —Chris ladeó la cabeza para mirar a su alrededor—. Si esto lo ha hecho Mannawinard en solo ciento cincuenta años, no le costaría mucho acabar con el resto de las dumas en poco tiempo. ¿Por qué la selva no ha avanzado hasta hoy?

—Seguís sin entenderlo —suspiró Moira, moviendo la cabeza con desaprobación—. Tara no desea la guerra.

—¿Ah, no? —Kim señaló los restos de la ciudad, con amargura—. ¿Y qué es esto, entonces?

Moira la miró con fijeza.

—Tú no conoces la historia de Duma Kendas, ¿no es cierto?

—Duma Kendas fue la cuna de la genética moderna —murmuró Chris—. Allí estableció su sede la megacorporación Protogen, que se dedicaba a la experimentación genética.

—¿Y eso es todo? —preguntó Kim—. Ya conozco a Protogen.

—Protogen era entonces mucho más de lo que es ahora. En Duma Kendas, Protogen llevó técnicas como la clonación, la manipulación genética o la hibridación a la categoría de arte. Incluso llegaron a crear especies animales y humanoides nuevas. Algunos de sus logros fueron muy aclamados... y sus Sombras se dedicaron a ocultar rápidamente los resultados de sus estrepitosos fracasos. —Miró fijamente a Kim—. Algunos de los descendientes de los «fracasos» que sobrevivieron viven aún en los Páramos como proscritos.

La mercenaria se estremeció de pies a cabeza.

—Tara lo consideró un crimen imperdonable —dijo Moira con gravedad—. Por eso desató su furia sobre Duma Kendas y, de un día para otro, la selva se tragó a la ciudad. De ella no quedó más que lo que veis: un montón de ruinas ahogadas por la vegetación. Y si Mannawinard se detuvo entonces en Duma Murias fue porque Tara no deseaba más muertes.

—Protogen nunca se recuperó del golpe —asintió Chris, que se había agachado para examinar unos restos oxidados—. Tenía sedes en otras dumas, pero con Duma Kendas perdió el trabajo de muchas décadas y las instalaciones más modernas que tenía. Ahora es una megacorporación relativamente importante, ya lo sabes, pero no podrá defenderse siempre de las ambiciones de otras empresas. Sabes que Nemetech tiene su propio laboratorio de genética... y se dice que para montarlo robó información de los archivos de Protogen.

—Se dice bien —asintió Kim—. Fue uno de los primeros golpes de la Hermandad Ojo de la Noche. Uno de los golpes más aclamados del mítico Rex el Negro, en realidad.

—De modo que creéis que el ataque de la selva fue una especie de ojo por ojo —comentó Chris pensativo, incorporándose para mirar a Moira—. Es curioso, Keyko no pensaba que su diosa Tara fuese tan vengativa.

—No se trata de venganza. —Moira sonrió—. ¿Qué ocurre si lanzas una piedra al aire, justo sobre ti, Chris?

—Que te cae en la cabeza —dijo Semira, frunciendo en ceño—. Eso es lo que pasa. Cada ataque de Mannawinard está provocado por un ataque urbanita. Vosotros no entendéis que atacando a Tara os atacáis a vosotros mismos. Porque todos somos parte de un todo.

—Resulta curioso —comentó Chris, con una leve sonrisa—. La genética nos da control sobre el tiempo, incluso sobre la vida y la muerte. ¿Es eso lo que teme vuestra diosa Tara?

—No. —Moira le lanzó una mirada severa—. Solo dime, Chris, qué precio ha de pagar la raza humana por ese control.

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes. En el Centro de Duma Findias no viven más de veinte mil habitantes, que son los que se benefician de esas técnicas de vanguardia..., mientras que la población de mutantes del Círculo Exterior alcanza los cinco

millones. Os estáis destruyendo a vosotros mismos, Chris.

—No quiero seguir escuchando —murmuró Kim; se cargó su mochila al hombro y se alejó de allí, muy confusa.

Moira y Chris cruzaron una mirada. La druidesa se encogió de hombros y la siguió, y el hacker echó a andar tras ella. Semira se levantó de un salto y miró a su alrededor en busca de Adam, de quien todos parecían haberse olvidado. El biobot seguía examinando con cierta tristeza la oxidada cabeza del androide de Duma Kendas.

—Andando, criatura artificial —dijo la Ruadh.

—Me llamo Adam —replicó él con sequedad.

Semira lo miró sorprendida. Nunca había visto a un robot enfadado. Lo que no sabía era que ningún urbanita había visto jamás a un robot enfadado, en ninguna duma.

—Adam —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Dio media vuelta y se alejó en pos de los demás, y el androide no tuvo más remedio que seguirla, balanceándose sobre sus cortas piernas. Aún echó un último vistazo pesaroso atrás, a los tristes restos de lo que en su día había sido una ciudad urbanita, orgullosa y magnífica.



El viaje de Kim y sus compañeros se prolongó por espacio de varios días más. No tardaron en dejar atrás Duma Kendas, pero pronto otro hecho les recordó la crítica situación que se vivía al otro lado del mundo vegetal: empezaron a toparse con los miembros del ejército de la Diosa Madre.

Cruzaban la selva en pequeños grupos, pero todos ellos llevaban una misma dirección, y seguramente se reunirían donde acababa Mannawinard y comenzaban los Páramos, tal vez con los Ruadh, tal vez en Duma Murias. Algunos grupos estaban compuestos por seres humanos: guerreros y magos, hombres y mujeres, todos provistos de armas o amuletos, todos mostrando una expresión grave y resuelta en sus rostros y exhibiendo en alguna parte de sus cuerpos o sus pertrechos dibujos que representaban a Tiwaz, la runa de la guerra, para que les diese la victoria en la batalla.

Pero también se cruzaron con grupos de seres que no eran humanos: en muchas ocasiones se trataba de animales, de diversas especies, lo bastante grandes como para inquietar a los urbanitas; pero se limitaban a mirarlos en silencio, y entonces Moira se acercaba a ellos y les hablaba, o algo parecido, y los animales asentían y seguían su camino sin atacarlos.

—No pueden haberte entendido —dijo Kim la primera vez, pasmada.

—¿Por qué no? —replicó la druidesa—. La mayor parte de los humanos no conocen a los habitantes del bosque profundo. Algunas especies animales son tan inteligentes como los seres humanos, y algunas otras bastante más, te lo aseguro.

Kim no sabía qué la inquietaba más, si la idea de que existiesen animales inteligentes, el hecho de que los salvajes usasen la magia o las extrañas criaturas humanoides que parecían moverse entre la espesura, y a las que solo lograba ver, de vez en cuando, por el rabillo del ojo.

—Son hombres del musgo —les dijo Moira en un susurro—. Son tímidos, tranquilos y pacíficos, y se ocultan de todas las miradas. Su piel verdosa les ayuda a camuflarse en la espesura, de modo que son prácticamente invisibles. —Movi6 la cabeza con pesadumbre—. Cuando incluso ellos salen del corazón de Mannawinard para unirse al ejército de la diosa Tara, es porque el peligro es mayor de lo que pensábamos.

Trataron de apresurarse, pero Mannawinard seguía siendo Mannawinard, y resultaba difícil avanzar por la selva. Poco a poco, sin embargo, aprendían a funcionar juntos como grupo, y cada vez se entendían mejor en la lucha, casi sin necesidad de palabras.

Kim aprendía rápido. Había llegado a la conclusión de que solo tenía dos posibilidades: morir en la selva o llegar al templo de Tara para ser curada por la sacerdotisa. A veces la vencía el desaliento, y emprendía acciones casi suicidas; en otras ocasiones se comportaba como una perfecta salvaje, para poder mantenerse viva hasta que llegasen ante la sacerdotisa Kea. En cualquier caso, sobrevivía.

Chris y Semira habían dejado de discutir. Sorprendentemente, habían descubierto que se entendían a la perfección en el combate, y a veces salían a cazar juntos, o formaban equipo cuando se trataba de defenderse de algún peligro. Sin embargo, apenas se dirigían la palabra. Chris parecía demostrar a

todas horas que estaba allí, con ellos, con ella, por puro instinto de supervivencia. Y para Semira, el hacker no había dejado de ser una «rata urbanita».

En cuanto a Adam, no dejaba de sorprender a Kim. No solo estaba aprendiendo magia junto a Moira, que resultó ser una maestra paciente y tenaz, sino que, además, su cuerpo estaba cambiando.

Kim nunca habría imaginado que un biobot fuese capaz de hacer algo así: desde que se habían internado en Mannawinard, Adam apenas había tenido ocasión de encontrar materiales adecuados para su desarrollo, por lo que había comenzado a procesar elementos orgánicos: hojas, ramas, restos de animales... Kim apenas podía creerlo. Adam estaba desarrollando un cuerpo mixto, en el que se apreciaban algunas partes, muy pequeñas, procedentes de materiales orgánicos. Y, lo más sorprendente, aquellas partes parecían vivas.

—Es curioso —comentó Chris—. Los llamaron «biobots» porque podían crecer y desarrollarse por sí solos, no porque hubiera en ellos tejidos celulares vivos. Y, sin embargo, aquí lo tenéis: Adam es el primer androide biónico verdadero que ha creado Nemetech. Un auténtico «biobot».

—Es la magia la que obra el milagro —dijo Moira.

Aquella podía o no ser la causa, pero Kim no terminaba de sentirse cómoda con Adam tratando de parecerse, cada vez más, a un ser humano.

—Es una criatura híbrida —murmuró Semira un día—. ¿Por qué te sorprendes? Me han dicho que en los laboratorios de vuestras ciudades hacéis esto, mezcláis especies —dijo con una mueca de horror.

Kim no la contradujo, aunque la idea que tenía Semira de los laboratorios de hibridación se alejaba bastante de la realidad. En las dumas no había una sola especie viva, aparte de la humana (y sus derivados, es decir, mutaciones) fuera de los laboratorios. Los resultados de los experimentos nunca salían de aquellos recintos; y, por supuesto, jamás jamás jamás se habría buscado crear un híbrido entre hombre y robot.

Pero en ese mismo momento empezó a recordar algunas... excepciones. Los Ideólogos del Progreso, la gente que se hacía implantes en el cerebro, o los que sustituían parte de su cuerpo por miembros artificiales. Kim conocía

casos de mutantes que se habían deshecho de gran parte de su cuerpo mutado para cambiarlo por uno de androide, un cuerpo que no era natural, pero que a ellos les parecía más estético, incluso más «humano».

Una noche que estaban todos reunidos en torno al fuego, la muchacha se arrebujó en la gabardina de Chris, que seguía llevando puesta, y se miró las palmas de las manos. Unos finos hilillos de color amoratado empezaban a recorrerlas. Kim sabía muy bien lo que eso significaba: la mutación seguía extendiéndose. Miró a sus compañeros. Moira y Adam repasaban una nueva lección de magia, Semira afilaba sus armas y Chris, sencillamente, no estaba. Habían tratado de decirle en numerosas ocasiones que era peligroso alejarse solo, sobre todo de noche, pero él se las arreglaba para volver siempre sano y salvo. Qué hacía en aquellos paseos nocturnos, Kim no lo sabía, ni le importaba.

Suspiró, echando de menos a Keyko, una vez más. Tragando saliva, se acercó a Moira cuando vio que había terminado con Adam.

—Escucha, Moira...

La druidesa volvió hacia ella su mirada vivaz y su amplia sonrisa.

—Tú eres una maga poderosa —dijo Kim—. ¿Crees que... podrías curarme?

Había esperado mucho para hacer aquella pregunta, porque necesitaba estudiar un poco el terreno previamente; quería saber si Moira estaría dispuesta a ayudarla y si podía confiar en ella y, sobre todo, quería esperar a ver por sí misma hasta dónde llegaba su poder. Después de varios días de viaje juntas, Kim consideraba que podía fiarse de ella, hasta cierto punto o, al menos, más que de una sacerdotisa a la que no había visto nunca.

Contuvo el aliento mientras Moira le dirigía una mirada pensativa. Entonces, la druidesa se sacó de debajo de la túnica un amuleto que llevaba colgado al cuello, y se lo enseñó. Mostraba un símbolo rúnico que Kim no conocía:



—¿Ves esto? —dijo—. Es una de las Piedras Rúnicas Menores. Se llama Uruz, y simboliza la fuerza vital, la sabiduría de la Madre Tara... y la salud. Es mi runa protectora, y conozco sus poderes. Si alguna runa puede curarte, es esta. ¿Estás dispuesta a intentarlo?

Kim tragó saliva de nuevo, pero asintió.

Entonces Semira guardó sus armas y se levantó.

—Voy por agua —anunció y, antes de que nadie pudiese decir nada, cogió un odre vacío y se perdió en la espesura.

Moira apenas la escuchaba.

—Tienes que cerrar los ojos y concentrarte en el deseo de tu corazón —le dijo a Kim—. Intenta poner tu alma en sintonía con la canción del corazón del mundo, y todo será más sencillo.

Kim obedeció, aunque no entendía a qué canción se refería Moira. Sintió que la druidesa apoyaba el amuleto en su frente, y notó también las miradas interesadas de Adam y Semira. Deseó con todas sus fuerzas volver a ser del todo humana, mientras oía la invocación rúnica de Moira:

—Uuuruz... Naaaaudhiz... Dagaaz...

Notó que el amuleto rúnico se recalentaba, y que la magia acumulada se traspasaba a ella. Se esforzó por controlarse, pero no sentía lo mismo que cuando Keyko le había curado el hombro con su magia. Aquella vez solo había notado la magia de manera superficial, pero ahora tenía la sensación de que la fuerza mágica se colaba en cada rincón de su ser, hasta el tuétano de los huesos. Y tuvo miedo.

La piedra rúnica se apartó de su frente, y la magia la abandonó. Kim abrió los ojos y, rápidamente, se subió las mangas de la gabardina para comprobar el estado de su piel.

Tardó un poco en hablar.

—No ha funcionado —dijo al fin, con voz ronca.

—No, ya veo —dijo Moira—. Era un hechizo difícil, de todas formas.

Kim resopló y desvió la mirada, molesta. Sentía como si le estuviesen tomando el pelo. Había visto a los magos hacer grandes cosas con sus poderes, y en cambio para ella no parecía haber solución.

—¿Dónde está Semira? —preguntó entonces Moira, mirando a todos lados.

—Ha dicho que iba a buscar agua —dijo Adam.

—¡Ah! —Moira volvió a mirar a su alrededor, con ojos brillantes—. Entonces es que ha ido a ver si se topaba con Chris.

—Pero si se odian —gruñó Kim—. Tienes una visión un poco equivocada de las cosas, Moira. No sé si debería seguir tus consejos.

La druidesa no se enfadó. Se limitó a guardar sus runas de nuevo, con una alegre sonrisa en los labios.



Semira se agachó junto al arroyo para llenar el odre, aguzando el oído y escudriñando las sombras, tratando de captar hasta el más leve movimiento; sabía que Mannawinard de noche era aún más amenazador que de día. Volvió a sacar el odre lleno, y lo dejó en el suelo, cerca de ella. Se quitó entonces la cinta de cuero con la Piedra Rúnica, se destrenzó el pelo y, rápidamente, metió la cabeza en el agua, para refrescarse. La sacó casi enseguida; no podía permitirse ni un momento de distracción. Sabía que muchos depredadores acudían por la noche a los ríos para cazar a los animales que iban a beber. Escrutando las sombras con el puñal preparado, por si acaso, retorció su melena oscura para secarla.

Entonces sintió de pronto una presencia junto a ella, y se sobresaltó; oyó la voz de Chris, muy cerca:

—¿Qué haces aquí sola? Sabes que es peligroso.

Semira se apartó de él, molesta. No lo había oído acercarse, y le irritaba que un urbanita fuese más sigiloso que ella, una cazadora Ruadh.

—He venido a buscar agua —dijo, tratando de recogerse el pelo mojado de nuevo—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Me has seguido?

—No —replicó él; apenas era una sombra bajo la luz de las estrellas, pero sus ojos mantenían aquel brillo peligroso—. Estaba dando un paseo. ¿Qué te importa?

—Tú has preguntado primero —replicó ella, mordaz—. ¿De veras te importa que yo corra algún peligro, o solo te has acercado para asustarme?

Chris no respondió. Semira le lanzó una mirada desdeñosa, dio media vuelta y se alejó con el odre lleno de agua, sin una palabra más. Chris la observó marcharse hasta que se perdió en la oscuridad.

Contento por volver a estar solo, el hacker se retiró de nuevo a las sombras para seguir disfrutando de la noche.

Hacía tiempo que podía haberse separado de Kim y los demás, pero era lo bastante inteligente como para darse cuenta de no podía sobrevivir solo en Mannawinard, de momento. Sin embargo, echaba de menos su independencia. No aguantaba la compañía durante demasiado tiempo, y le estaba resultando difícil seguir integrado en el grupo. Estaba demasiado acostumbrado a la soledad y a hacer siempre lo que le viniera en gana.

Por eso, a veces, se alejaba de los demás. Quería volver a sentirse solo. Lo agobiaba la presencia de otras personas. Sabía que no estaba hecho para convivir con nadie.

Volvió a pensar en Semira. «Ni siquiera ella», se dijo, mordiéndose el labio inferior. Frunció el ceño; antes de pararse a analizar aquel extraño pensamiento, se deslizó como una sombra sobre las piedras de la orilla, de vuelta al lugar donde el grupo había acampado aquella noche.



Al día siguiente prosiguieron la marcha. Kim espantaba los mosquitos con gesto malhumorado; no era raro verla así, pero aquel día su silencio parecía más hosco que de costumbre.

De pronto, Semira reapareció entre la maleza. Se había adelantado para reconocer el terreno.

—Hay un lago —dijo, casi sin aliento—. Un lago enorme.

—¡Estupendo! —dijo Moira—. Entonces no me he equivocado de camino.

Siguieron a Semira hasta las orillas de un gran lago brumoso y oscuro. Kim observó las pequeñas ondas que formaba la brisa en su superficie y rogó con toda su alma que hubiese que rodearlo.

—El templo de Tara se alza en una isla en el centro de ese lago —dijo entonces Moira, alegremente.

Semira pareció aliviada, pero Chris y Kim cruzaron una mirada de circunstancias.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí? —dijo la mercenaria—. No pienso cruzar a nado.

—Haremos una balsa. Con mi magia puedo hacer que flote casi cualquier cosa.

Kim miró a su alrededor.

—De acuerdo. Aquí hay árboles de sobra.

Pero Moira se adelantó y acarició con suavidad la corteza de uno de los árboles.

—Solo cortamos árboles cuando es necesario para construir casas —dijo—. Pero nosotros podemos construir una balsa sin necesidad de apagar una vida. Al fin y al cabo, ellos también son hijos de Tara, no nos han hecho daño y no pueden defenderse.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó Kim, harta de oír hablar de Tara.

—Busquemos ramas, como cuando tenemos que encender una hoguera.

Kim no se movió, pero Adam acató la orden de inmediato: dio media vuelta y echó a andar, con la intención de buscar materiales para construir la balsa. Antes de que Kim pudiera detenerlo, se había internado en la espesura. Con un suspiro resignado, la mercenaria fue tras él.

Chris no se había movido. Había apoyado la espalda en el tronco de un árbol, en actitud calmosa. Moira se volvió hacia él, pero Chris le dirigió una de sus miradas frías e indiferentes, y la druidesa se encogió de hombros y se alejó de allí.

—¿Aún no oyes la voz de Tara?

Chris casi se sobresaltó. Semira estaba justo detrás de él, y no la había oído llegar. No pudo evitar sonreír, recordando cómo él la había asustado la noche anterior.

—Yo no creo en Tara, ya lo sabes —dijo, sin volverse para mirarla.

—Entonces —la voz de Semira era suave, incluso tierna—, podrías empezar por creer en mí.

Esta vez sí, Chris se volvió hacia ella, sorprendido. Pero la muchacha Ruadh ya se alejaba hacia lo más profundo del bosque. El hacker observó, una vez más, sus movimientos ágiles y seguros. Había vuelto a trenzarse el

pelo, pero él la había visto a veces con la melena suelta, cuando dormía. Apartó aquellos pensamientos de la cabeza. «No sabe lo que hace —se dijo—. Es solo una niña. Pertenece a mundos distintos.»

Se encogió de hombros y se incorporó un poco. Sus ojos azules recorrieron la oscura superficie del lago. Estaba preguntándose si valía la pena unirse a los demás en la búsqueda de materiales cuando le pareció oír un ruido en la espesura. Se puso tenso, y se volvió de inmediato. Distinguió una sombra humana entre los árboles, un poco más allá. La había visto con demasiada claridad como para pensar que pudiera tratarse de un hombre del musgo.

Y llevaba la misma dirección que había tomado Semira momentos antes.

Chris entrecerró los ojos en un gesto torvo. En apenas unas décimas de segundo había sacado su puñal y, silencioso como el pensamiento, atravesaba la selva siguiendo a aquella figura misteriosa.



Kim alcanzó a Adam bastante lejos del lago. El biobot cargaba con una considerable cantidad de ramas y troncos.

—Estás aquí... —dijo Kim, incómoda; siempre lo había tratado como a un niño, pero ahora le resultaba difícil, porque Adam era tan alto como ella—. Tenemos que volver con los demás. Estamos demasiado lejos.

—De acuerdo. —Adam ladeó la cabeza, de pronto—. ¿Oyes eso?

—¿El qué? —preguntó Kim, aguzando el oído.

Sus músculos ya estaban en tensión, y su mano palpaba su cinto en busca de una pistola que no estaba ahí. Por eso cuando sintió el disparo sus reflejos no le fallaron, y pudo lanzarse a un lado. El proyectil impactó en un árbol, tras ella.

Kim jadeó, sorprendida, y arrastró a Adam detrás del árbol. Se asomó con prudencia y logró ver una silueta humana a lo lejos.

—Qué diablos... —murmuró, pero un nuevo disparo la hizo callar; se ocultó tras el árbol, temblorosa—. Maldita sea, tiene un arma. Una pistola TD100, quizá TD200, con silenciador. No me imagino nada más peligroso que un salvaje con un arma de fuego. Mierda, y yo desarmada...

Entonces, en el pecho de Adam se abrió una pequeña compuerta, y un fino brazo articulado sacó una pistola del cuerpo del androide.

—Pero qué... —murmuró Kim, sorprendida—. ¿De dónde lo has sacado?

—Se lo quité a un robot de combate en el oasis de los Páramos.

—¿Y se puede saber por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

—Porque los Ruadh dijeron que no permitían armas de fuego en Mannawinard. Pero ese de ahí —dijo, señalando a su atacante—, ha roto las reglas.

Kim no tenía tiempo ni ganas de enfadarse con Adam.

—Ve a avisar a los demás —le dijo, encendiendo el arma para asegurarse de que estaba operativa—. Y, por lo que más quieras, no dejes que te vea. Yo te cubriré.

Sin detenerse a mirar si el biobot cumplía sus órdenes, Kim sujetó bien la pistola y se asomó con cautela. El atacante no había vuelto a disparar, pero estaba mucho más cerca. Kim podía ver desde allí su figura moviéndose entre los árboles. Cargó el arma y disparó.

El atacante se movió con rapidez, y esquivó el disparo con unos reflejos envidiables. Kim frunció el ceño y sacudió la cabeza. Aquello no podía estar pasándole a ella. Ahora que se estaba acostumbrado a luchar en la selva a la manera de los salvajes, volvía a toparse con un enfrentamiento parecido a los que había mantenido en los oscuros callejones del Círculo Exterior de Duma Findias. No sabía quién podía ser la persona que le disparaba, pero solo había una manera de averiguarlo: examinar su cadáver. Con un gruñido, Kim miró hacia arriba y descubrió una rama larga y resistente en lo alto del árbol. Estiró los dedos y sintió que los implantes funcionaban todavía. Se sujetó el arma al cinto y trepó por la rugosa corteza. Las yemas de sus dedos se adherían a la superficie del tronco como auténticas ventosas. Sin embargo, Kim comprobó que había dos que se habían estropeado. No era momento de preocuparse por ello, aunque sabía que la mutación estaba empezando a afectar a todos los implantes de su cuerpo.

Se acomodó sobre la rama y aguardó en silencio, como había visto hacer a los grandes felinos de Mannawinard. Vio al intruso moverse por entre los árboles, rápido, seguro y letal. No era un salvaje. Vestía de gris, a la moda de

los urbanitas. «Maldita sea —pensó Kim—. Esto es una pesadilla, no pueden haberme seguido hasta aquí...»

Apretó los dientes, furiosa, y preparó su arma. El atacante se acercaba... Kim apuntó. Lo tenía a tiro. Acarició el gatillo.

Entonces, él pareció sentir su presencia, porque alzó la cabeza y la miró.

Cabello gris, ojos duros y penetrantes, rostro firme, curtido e impenetrable, una cicatriz en la mejilla...

—¡Duncan! —exclamó Kim, sorprendida y tan pálida como si acabase de ver un fantasma.

Duncan el Segador alzó su arma hacia ella y disparó.

**ALMA DE FUEGO**

Chris alcanzó a Semira no lejos del lugar donde peleaban Kim y Duncan el Segador. La chica Ruadh se había ocultado tras un enorme árbol; había sacado varias flechas de su carcaj, y sus ojos de aguilucho escudriñaban la espesura. El hacker se reunió con ella en silencio.

—Tenemos compañía —susurró Semira—. Es un urbanita, y parece que está solo.

—Un urbanita —repitió Chris—. ¿Cómo diablos habrá llegado hasta aquí?

—No lo sé. Está demasiado lejos como para poder verlo bien, pero yo diría que es uno de los que perseguían a Kim en el oasis.

—¿En serio? —Chris no había presenciado la pelea del oasis, pero sí sabía quiénes habían tomado parte—. En tal caso, será un mercenario de la Hermandad o una Sombra de Nemetech —miró a Semira con seriedad—. Será mejor que vayas a avisar a Moira. Quizá la necesitemos.

—¿Por quién me tomas? Es un hombre solo. Podemos con él.

—No lo subestimes, pequeña salvaje. Si ha llegado hasta aquí, es mucho más que un hombre solo.

Semira no replicó. Chris se separó de ella y comenzó a deslizarse por el bosque con el puñal preparado, hacia el urbanita que se había atrevido a seguirlos hasta allí. No oía los disparos, pero, por los movimientos del desconocido, habría asegurado que había un tiroteo un poco más allá. Aquello significaba que había encontrado a Kim.

Sintió la silueta esbelta y menuda de Semira a su lado, y se volvió hacia ella. Ella le devolvió una mirada resuelta, una vez más, todo fuego.

—No voy a dejarte solo, rata urbanita —murmuró, tensando su arco.

Chris no discutió.

Juntos, silenciosos como sombras, se acercaron al lugar de la pelea.



Kim se movió para esquivar el disparo, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo. Duncan el Segador le dirigió una fría mirada y volvió a alzar su arma contra ella.

Todo sucedió muy rápido. Se oyó un grito, un grito con un timbre metálico, que pronunciaba el nombre de una de las runas del extraño alfabeto de Mannawinard. Un rayo mágico surgió de entre el follaje en dirección al Segador, que trató de esquivarlo como pudo. Antes de que se diera cuenta, ya tenía a Kim encima.

Ambos rodaron por el suelo. La pistola salió despedida por los aires y aterrizó lejos de allí. Los músculos de Duncan se tensaron para lanzar a Kim lejos de sí y poder recuperar su arma.

Pero un tercer personaje intervino en la lucha. Antes de que el Segador lograra alcanzar la pistola, el androide biónico se apoderó de ella y se la entregó a la mercenaria. Duncan miró a Adam con asombro. El biobot había desarrollado un cuerpo humanoide completo.

Aún temblando, Kim se incorporó, apuntando al Segador con el arma.

—Te dije que fueras a buscar a los demás, Adam —murmuró, todavía sorprendida; Adam no solo había desobedecido una orden directa sino que, además, le había salvado la vida... con un hechizo de ataque.

El androide retrocedió unos pasos, pero no dijo nada. Duncan se incorporó un poco, y Kim alzó el arma.

—No te muevas.

El hombre de Nemetech se detuvo y alzó las manos lentamente, lanzándole una mirada penetrante. Kim se estremeció. No podía dejar de pensar que Duncan había sido su mejor amigo, y ahora la trataba como a una completa extraña, hasta el punto de que no había dudado en seguirla hasta el corazón de Mannawinard... para matarla. Si ya no estaba bajo la influencia de AED 343, ¿por qué la perseguía todavía?

—Ya no tiene sentido que me ataques —dijo ella—. Estamos lejos de las dumas, de cualquier duma. ¿Por qué insistes en intentar matarme?

—Porque tengo una misión que cumplir —dijo él.

Kim lo miró con intensidad.

—Olvídalo y quédate conmigo. ¿No lo entiendes? Esa misión ya no importa nada.

El Segador sonrió levemente.

—A mí sí me importa.

Kim acarició el gatillo. No parecía que Duncan quisiera entrar en razón, pero ella se veía incapaz de matarlo.

—Duncan, yo... —empezó, pero no pudo terminar la frase.

El Segador extendió la mano; de su dorso emergió el cañón de un arma muy pequeña, un implante de ataque, que disparó antes de que la chica pudiese reaccionar. Ella logró apartarse a tiempo; sus nervios de acero tampoco le habían fallado esta vez. Sin detenerse a pensar, disparó contra su oponente, pero él ya se movía rápidamente hacia ella... De una patada, Duncan el Segador lanzó el arma de Kim por los aires.

Se miraron, solo un momento. Él seguía apuntándola con el arma implantada en el dorso de su mano. Kim estaba atrapada.

—No te muevas, robot —le dijo a Adam el hombre de Nemetech—, o ella morirá.

Kim respiró hondo, intuyendo que iba a morir de todas formas. Pero Adam bajó los brazos mansamente; le había creído. Duncan sonrió.

—Vas a acompañarme hasta el linde de Mannawinard, Kim —le dijo—. Y después hasta la misma sede del Consejo Tecnológico. Y el biobot vendrá con nosotros —añadió, levantando la voz, para que Adam lo oyera bien—, sin usar su magia para nada, porque, si lo hace, morirás...

Kim no dijo nada, ni hizo el menor gesto. El Segador sonrió de nuevo.

—Nunca podrás superar a tu maestro...

No llegó a terminar la frase. Se oyó un silbido y, de pronto, el Segador lanzó una exclamación ahogada y abrió los ojos con sorpresa. Avanzó unos pasos. Kim no sabía qué estaba pasando, pero comprendió que era su oportunidad para actuar. Tensó los músculos y saltó a un lado...

Duncan disparó, pero Kim ya no estaba allí. La joven se ocultó entre la maleza, y vio, con satisfacción, que Adam también se había apartado de la vista de Duncan el Segador. Descubrió otra cosa más: una flecha Ruadh, clavada en la espalda del hombre que había cruzado todo Mannawinard para matarla. Pudo distinguir la sombra de Semira entre los árboles, y se sintió un poco mejor: sus amigos habían acudido en su ayuda.

A Duncan, sin embargo, no parecía haberlo herido significativamente la flecha hundida en su espalda. Se volvió hacia todos lados, tratando de localizar a Kim, o a su atacante. Y entonces una sombra cayó sobre él desde una de las ramas de un árbol, y los dos rodaron por el suelo. El hombre de Nemetch ahogó una exclamación cuando vio el brillo de un puñal sobre él, pero no en vano sus implantes le daban una fuerza sobrehumana. Lanzó a su atacante lejos de sí.

Chris cayó al suelo, con el puñal ensangrentado. Se incorporó con la rapidez del relámpago, pero Duncan el Segador, ignorando la herida sangrante de su pecho, ya estaba en pie ante él, y disparaba...

Chris vio en una milésima de segundo que estaba en la trayectoria del disparo y comprendió que no tendría tiempo de apartarse...

Y entonces una figura ágil, esbelta y menuda se interpuso entre Duncan y el hacker. Una figura que arrastraba tras de sí una larga trenza de color oscuro.

Semira gimió de dolor al recibir el impacto.

—¡Semira! —gritó Chris, fuera de sí—. ¡No!

Ella cayó en sus brazos, inerte. Chris alzó la cabeza para mirar a Duncan el Segador. Sus ojos azules eran más gélidos que nunca; tras ellos se adivinaba, sin embargo, un relámpago de ira.

Duncan se movió con agilidad para esquivar un disparo, y Chris buscó su lugar de procedencia: Kim había recuperado su arma. El Segador se volvió hacia ella y disparó de nuevo. Kim se parapetó tras un árbol.

El Segador dio la espalda a Chris un momento para tratar de acertarle a la rubia cabeza de Kim, que asomaba tras el tronco del árbol.

Algo cortó el aire con la velocidad del relámpago y se clavó en la nuca de Duncan el Segador, en una de las pocas zonas desprotegidas de su cuerpo, en un punto absolutamente vital. El hombre de Nemetch solo pudo volverse

un momento para mirar al responsable.

Los ojos de Chris quemaban como el hielo. Mientras sostenía a Semira con un brazo, su rostro era impenetrable, y solo su puño derecho, que cerraba con todas sus fuerzas, manifestaba la rabia y el odio que llevaba por dentro.

Duncan el Segador cayó pesadamente al suelo, muerto, a los pies del hacker a quien había tenido la imprudencia de dar la espalda. La empuñadura de la daga de Chris todavía sobresalía de la parte posterior de su cuello.

Chris respiró hondo y se volvió hacia Semira. La chica había recibido el impacto en el estómago, pero el hacker comprobó, aliviado, que todavía respiraba. Vio a Adam por allí cerca.

—Adam, tú sabes hacer magia —le dijo—. Tú puedes...

—No —cortó él—. No conozco todavía los hechizos de curación. Iré a buscar a Moira.

Chris asintió, y el biobot se alejó de ellos, internándose en la selva, en busca de la druidesa. Chris retiró un poco la ropa de piel de Semira para comprobar el alcance de la herida.

Todavía sosteniendo el arma cargada, Kim se acercó con cautela al cuerpo de Duncan el Segador. Chris no pudo evitar dirigir una mirada gélida al cadáver.

—Hijo de perra... —murmuró—. ¿No era ese Duncan el Segador? ¿No se suponía que estaba muerto?

Kim iba a responder, cuando una voz conocida los sobresaltó a los dos:

—Tira el arma al suelo, Kim. Estás atrapada.

Absolutamente perpleja, Kim sacudió la cabeza y miró al caído Duncan, convencida de que se lo había imaginado. Pero la voz insistió:

—Ahora, Kim.

La mercenaria cruzó una mirada con Chris, que seguía inclinado junto a Semira, pero había tensado los músculos, dispuesto a entrar en acción. Ambos miraron a su alrededor, en busca de la persona que acababa de hablar.

Duncan el Segador apareció entre la maleza; llevaba un arma de neutrones, y apuntaba directamente a la cabeza de Kim. La muchacha, de pura sorpresa, estuvo a punto de dejar caer su propia pistola.

—Tira el arma al suelo —insistió el Segador; sin apartar la mirada de ella, le advirtió a Chris—. Ni un movimiento, chico, o ella morirá.

Kim, sintiendo que aquello era un absurdo sueño, dejó la pistola en el suelo, con cautela.

—¿Quién eres? —quiso saber—. ¿Qué es lo que quieres?

—Soy Duncan el Segador —dijo él—, y quiero que me lleves hasta el androide que robaste de Nemetech.

Kim no pudo evitar dirigir la mirada hacia el lugar donde yacía Duncan el Segador, muerto, todavía con el puñal de Chris clavado en la nuca.

—Pero... —empezó, dudosa; sin embargo, alguien la cortó en mitad de la frase:

—¡Maldito impostor! ¿Cómo te atreves? ¡Yo soy Duncan el Segador!

Ante los asombrados ojos de Kim, otro hombre, idéntico a Duncan hasta en la cicatriz de la mejilla, salió de la espesura y se lanzó contra su doble. Este disparó, pero el segundo Duncan esquivó el proyectil, y atacó a su vez. El Segador cayó al suelo, con un gemido. El recién llegado apuntó a Kim:

—Entrégame el androide, Kim.

Pero el herido no había dicho su última palabra. Alzó el arma y disparó de nuevo. El otro abrió fuego también... Y los dos acertaron.

Todo había sucedido muy rápido, y Kim apenas había tenido tiempo de reaccionar. Ahora, los tres hombres que decían ser Duncan el Segador yacían ante ella, muertos. A Kim le vino enseguida una palabra a la cabeza, una palabra que explicaba aquella locura en parte. Pero fue Chris quien la pronunció en voz alta, tras un breve silencio:

—Clones. Siempre pasa igual. Todos quieren ser el único.

—Clones —suspiró Kim, preocupada, aliviada y muy confusa—. Entonces, ¿cuál de los tres es el verdadero?

Chris parecía muy concentrado en Semira, estudiando su rostro con ansiedad, para asegurarse de que seguía respirando, de que aguantaba hasta que llegase Moira con sus poderes curativos; pero respondió a la pregunta de Kim, sin apartar la mirada de la joven Ruadh:

—Seguramente ninguno. Tenía entendido que Duncan cayó en una incursión en Nemetech hace dos años.

—Sí —asintió Kim—. Yo estaba allí.

Chris respiró hondo. Estaba tratando de taponar la herida de Semira para evitar que siguiese sangrando, pero no tenía nada adecuado para ello. Kim pareció darse cuenta entonces de lo que estaba pasando. Con una exclamación consternada, se inclinó junto a ellos. Durante unos angustiosos segundos, Chris y Kim intentaron vendar la herida con un trozo de tela arrancado de la gabardina de Chris. Sin embargo, aquella tela sintética fabricada en las dumas no parecía el material más adecuado para una cura de urgencia. Finalmente, se rindieron. Solo cabía esperar a que Adam volviese con Moira.

—Imagínatelo —dijo entonces Chris—. El cuerpo del mejor mercenario de todas las dumas se quedó allí, en el LIBT. ¡Qué oportunidad para Nemetech! ¿Cómo no iban a aprovecharla? Se las arreglarían para mantener su cerebro con vida lo bastante como para extraerle ciertos datos referentes a sus habilidades, y después clonarían su cuerpo... Lo dotaron de todos los implantes de última generación, transfirieron a su cerebro parte de los conocimientos del original... incluso se preocuparon por detalles como el de esa cicatriz suya. Supongo que lo hicieron crecer de forma acelerada y después lo entrenaron como Sombra.

Chris hizo una breve pausa. Kim no estaba segura de si quería enterarse de más cosas, pero daba la sensación de que al hacker le hacía bien hablar de otra cosa que lo distrajese de la idea de que Semira caminaba entre la vida y la muerte.

—Pero la ambición les rompió el saco —prosiguió él—. Si hubiesen hecho un solo clon, quizá no habrían tenido problemas. No obstante, cuando hay varios, todos luchan por ser el mejor y el primero en completar la misión..., por ser el único. —Sonrió con amargura—. Tenía entendido que Duncan y tú erais inseparables, cuando él estaba vivo. Imagino que ese detalle les resultaría bastante incómodo a los programadores de Nemetech, y lo pasaron por alto a la hora de transferir los datos de la memoria de Duncan a los cerebros de los clones.

»El verdadero Duncan jamás habría luchado contra ti, Kim. Todos lo sabíamos. Se decía que tú eras la única debilidad del mejor mercenario de nuestro tiempo.

Kim no dijo nada. Sentía un nudo en la garganta. Apartó la cara para que Chris no la viera llorar, pero él solo parecía tener ojos para Semira.

—Adam está tardando mucho —dijo con voz ronca—. Creo que voy a ir a ver si yo encuentro a Moira antes que él.

Chris no dijo nada, ni siquiera cuando Kim se alejó de él y se internó en la floresta. Se quedó observando a Semira, hasta que le pareció que ella reaccionaba. El hacker le apartó el pelo de la cara, con cariño.

—Por favor, pequeña salvaje, aguanta —murmuró—. Todo saldrá bien... Resiste.

Cerró los ojos un momento. Nunca se había preocupado de aquella manera por nadie. Pero, de todas formas, nunca antes nadie había dado la vida por salvar la suya. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró con la mirada, serena y cansada, de Semira.

—Chris... —dijo ella, pero él le selló los labios con la yema del dedo.

—Sssshhh, no hables. Estás muy débil. Necesitas descansar.

Semira le dirigió una intensa mirada, y al hacker se le encogió el corazón.

—Chris, escucha —insistió ella—. Yo..., si no llego al templo de Tara...

Chris se estremeció entero ante la sola idea de perderla para siempre.

—No digas eso. Claro que llegarás. Moira vendrá pronto, y te curará, y...

—... si no llego, Chris —repitió ella—, quiero que hagas algo por mí...

Chris tragó saliva. Se veía incapaz de responder. Por una vez en su vida había topado con algo que lo desbordaba, con algo que no podía controlar, algo que amenazaba con dañarlo seriamente por dentro. Los grandes ojos de Semira lo miraban con tanto amor que el joven pensó que aquello era demasiado absurdo, demasiado irreal. Sobre todo porque estaba convencido de que él la estaba mirando a ella de la misma manera.

—No voy a hacer nada, porque vas a ponerte bien...

—... Ocupa mi lugar en el círculo.

Chris parpadeó, sorprendido.

—¿Cómo dices? Pero... ¿no estaba el ritual reservado para cinco mujeres?

—Pero yo soy la elegida —dijo ella, y su boca se contrajo en aquel gesto testarudo tan suyo, y que Chris había aprendido a querer—, y yo te elijo a ti en mi lugar.

—Pero... ¿por qué? Semira, no lo entiendo, una vez estuve a punto de matarte, y ahora me... me salvas la vida, y quieres que yo... ¿por qué?

Ella sonrió. Su sonrisa era muy débil, su respiración se hacía cada vez más pesada y su rostro palidecía por momentos.

—Porque yo creo en ti —susurró, con sus últimas fuerzas, aún sonriendo con ternura—, rata urbanita...

Chris la abrazó con fuerza y la besó en la frente, incapaz de controlar los sentimientos que, como un torrente desbocado, inundaban su interior.

—No quiero perderte —murmuró—, no, ahora que te he encontrado...

Cuando Kim, Moira y Adam se reunieron con él, Chris todavía abrazaba a Semira; los dos estaban en silencio, porque el hacker quería seguir escuchando la débil respiración de su amiga, para asegurarse de que todavía no lo había abandonado, de que todavía quedaba una luz de esperanza...

Moira irrumpió en el claro como un torbellino de energía, con sus ojos verdes relampagueando con decisión y preocupación. Apenas se apartó Chris, la druidesa se inclinó sobre Semira y empezó a entonar el cántico rúnico de curación.

—Uuuruz... Tuuurisaz... Sowilooooo...

Entre sus manos comenzó a aparecer la brillante red rúnica:



Mientras el tejido rúnico caía sobre ella, Semira miró a Chris a los ojos y sonrió de nuevo. Entonces, con esfuerzo, se quitó de la frente la banda de cuero con la Piedra Rúnica, que había llevado desde su partida de Duma Murias, y se la puso en la mano al joven urbanita. Chris le oprimió la mano con fuerza. Semira siguió mirándolo, mientras la magia rúnica luchaba por salvarle la vida, hasta que su fuerza vital se agotó, y la luz de sus ojos se apagó para siempre.

—Semira... —susurró Chris, sintiendo que lo inundaba el pánico—, Semira, no, no me hagas esto..., por favor, aguanta...

Moira se retiró un poco, con un suspiro apesadumbrado.

—Lo siento. De veras que lo siento.

Kim la miró con fijeza.

—¿Qué pasa con tus runas, maga? Dime, ¿qué pasa con tu magia? ¡Ni siquiera puedes salvar a uno de los tuyos!

Moira movió la cabeza. Parecía sinceramente abatida, pero eso no calmó la rabia de Kim, ni el dolor de Chris.

—Estaba escrito —dijo Moira—. Las runas me dicen que Semira no podía curarse, porque ha entregado la vida por otra persona: era su voluntad.

—¡Maldita sea! —dijo Chris, con voz ronca, abrazando con fuerza el cuerpo inerte de Semira—. Ha dado su vida por mí. ¿Por qué lo ha hecho?

Moira lo miró con gravedad.

—Tú lo sabes, aunque no quieras aceptarlo. Tú habrías hecho lo mismo por ella.

Chris no la contradijo, aunque, en su interior, sentía que él nunca habría sido capaz de hacer algo tan generoso como dar la vida por otra persona. La pequeña salvaje le había dado una gran lección, aunque... ¿a costa de qué?

—Infravaloras tus sentimientos —dijo Moira, como si pudiese leer en su mente—. Esa es una gran enfermedad de las dumas. No sois capaces de ver que el amor es capaz de grandes cosas. Algo dentro de ti llora sin consuelo, urbanita. Algo dentro de ti lamenta no estar ahora en su lugar, para que ella pueda seguir viviendo.

»Ahora sufres, y es natural. Pero no dejes que a la larga tu dolor te impida escuchar su voz en el viento. No permitas que te haga perderla para siempre.

Chris no respondió.

Los cuatro se quedaron un rato más allí, en torno al cuerpo yacente de Semira, incapaces de creer que la vida hubiese huido de él, y viéndola todavía correr por la selva, empuñando su arco y su espada, con los ojos brillantes, ardientes como el fuego que llameaba en su alma.



El momento apropiado para llevar a cabo los ritos funerarios de los Ruadh era el crepúsculo, cuando el sol teñía de rojo los cielos de Mannawinard. Aquella tarde, las ramas y troncos recogidos para construir una balsa se emplearon para algo mucho más triste: construir una pira sobre la cual depositar el cuerpo de Semira para entregarlo al fuego sagrado de los Ruadh.

Aquella pira no podía ser encendida de cualquier manera: el fuego debía invocarse mediante la magia, mediante una combinación de las runas Fehu y Kainaz, relacionadas ambas con el elemento que la tribu Ruadh sentía como propio desde tiempos ancestrales. Con un nudo en la garganta, Moira realizó el hechizo; y pronto el cuerpo de Semira, cubierto por un manto de hojas secas, ardió sobre el montón de ramas, a orillas del lago que ocultaba el templo de Tara.

Sus amigos contemplaron la escena en silencio, llenos de tristes pensamientos. En el tiempo que llevaban de viaje habían llegado a conocer bien a la valiente guerrera, y sabían que la echarían de menos y que nunca la olvidarían.

Chris observaba las llamas con su habitual gesto impenetrable. Sin embargo, bastaba con mirarlo a los ojos para adivinar, por una vez, cómo se sentía por dentro.

El joven urbanita oprimió con fuerza algo que llevaba en la mano y que le había confiado Semira con su último aliento: la banda con la Piedra Rúnica Fehu. Sobreponiéndose, Chris echó un último vistazo sombrío al bulto inerte que ardía entre las llamas. Pareció que iba a decir algo, pero de su garganta no salió sonido alguno. Aun así, sus labios formaron las palabras, que nadie pudo oír:

—Pequeña salvaje...

Su mudo lamento pareció ascender hacia las estrellas junto con el humo de la pira funeraria; entonces una suave brisa recorrió la superficie del lago e hizo bailar las llamas levemente, y, por un momento, a Chris le pareció escuchar el susurro de una voz conocida, que le contestaba, como en un dulce suspiro:

—Rata urbanita... Chris...

El hacker tragó saliva y quedó un momento inmóvil junto al fuego. Entonces, aferrando aún con fuerza el último presente de Semira, dio media vuelta y se alejó de allí.

Kim, Moira y Adam lo vieron marchar, pero no hicieron nada por retenerlo.



Donna bajó los prismáticos con gesto sombrío.

—Son más de los que pensábamos —fue lo único que dijo.

TanSim se encogió de hombros.

—¿Y qué? Son solo salvajes. Mira nuestro ejército.

Donna no necesitaba mirar para verlo, porque lo conocía de memoria. Pero no pudo dejar de pensar que aquel debía de ser un espectáculo impresionante, para quien lo viera de lejos.

Cientos y cientos de androides de combate, en perfecta formación, se extendían por los Páramos, coordinados por una pequeña Aguja camuflada en una de las máquinas de guerra; y no eran más porque Probellum había perdido gran parte de sus existencias con la caída de Duma Murias.

Junto a ellos, y por primera vez en la historia, los cuerpos de elite de las diferentes megacorporaciones se habían unido por una causa común. Se habían colocado por grupos, y los distintos colores de los uniformes indicaban a cuál pertenecían: Nemetech, Probellum, Protogen, Giang, Harvey-Spencer, Somnis, Kimera... Todas estaban allí, incluso la Tong-Pao, de quien se decía que no solía meterse en refriegas (Donna sonrió para sí misma: aquella falsa creencia se había hecho añicos en cuanto el poderoso cuerpo de Seguridad de Tong-Pao había salido a la luz para colaborar en aquella guerra). Todos ellos armados hasta los dientes con la última tecnología armamentística desarrollada por Probellum.

Y junto a ellos, coordinando todos sus movimientos, estaba la Hermandad Ojo de la Noche.

Donna no podía dejar de sentirse orgullosa por ello, aunque sabía muy bien que los Ideólogos los habían elegido por razones estratégicas: otorgar el liderato del ejército a cualquier empresa habría supuesto una rápida escisión

de las fuerzas urbanitas, dado que ninguna corporación estaría dispuesta a aceptar órdenes de otra. Los mercenarios, sin embargo, eran otra cosa. No solo eran, en general, mejores luchadores que los miembros de las corporaciones (exceptuando, quizá, a las Sombras), sino que, además, habían sido capaces de reclutar a un grupo de proscritos sorprendentemente numeroso. Donna sonrió de nuevo. En el Centro seguían subestimando el poder de los desesperados del Círculo Exterior. Aún querían creer que eran solo una minoría.

Pero en aquellos momentos, la líder del Ojo de la Noche dudaba que aquello fuera suficiente.

—Echa un vistazo —le dijo a TanSim, entregándole los prismáticos.

El linde de Mannawinard estaba muy lejos todavía, pero aquellos pequeños binoculares eran lo bastante potentes como para que eso no fuese un problema. TanSim ajustó el zoom y estudió con interés la formación de las fuerzas salvajes.

Estaban aquellos guerreros de la frontera, montados sobre sus extraños animales de pelaje rojizo. Había, desde luego, más de los que los urbanitas habían calculado, pero eso no resultaba preocupante, por el momento.

Sin embargo, TanSim pudo apreciar que tras ellos se había formado una hueste nada despreciable de salvajes que parecían salidos del mismo corazón del bosque. Eran cientos, quizá miles. Y no solo humanos. Había animales, animales enormes y amenazadores. Algunos de ellos servían de monturas a los humanos, y otros, simplemente, parecían estar sueltos y haber acudido allí por voluntad propia (TanSim esbozó una sonrisa escéptica ante lo absurdo de la idea). Todos aquellos salvajes, humanos o no, se estaban agrupando en los lindes de Mannawinard, y parecía que cada vez llegaban más...

—Tenemos armas nucleares, Donna —dijo, encogiéndose de hombros—. Es verdad que son más de los que calculábamos, pero no podrán hacer nada contra nosotros.

—Mira a la derecha, siete punto dos, tres punto uno.

TanSim ajustó las coordenadas y volvió a echar un vistazo por los prismáticos.

Y lo que vio sí que lo preocupó de verdad.

Frente a las ruinas de Duma Murias se había reunido un nutrido grupo de individuos, hombres y mujeres, que presentaban un aspecto ligeramente distinto al del resto. No estaban armados, y llevaban colgados por todo el cuerpo distintos tipos de amuletos y abalorios. Debían de ser cerca de doscientos.

—Magos. —TanSim casi escupió la palabra.

Cruzó con Donna una breve mirada.

—No vamos a volvernos atrás —dijo la mercenaria—. Aunque eso suponga recurrir a las armas más potentes del arsenal de Probellum. —Cerró el puño, con furia—. Vamos a destruir a Mannawinard y los salvajes de una vez por todas.

Y pareció que todos los androides de combate zumbaban mostrando su aprobación.



Moira había encontrado mucho más que un montón de ramas y troncos caídos. A orillas del lago, bastante lejos del lugar donde Kim había sido atacada por los clones de Duncan el Segador, un gran animal había escogido una pequeña ensenada para morir. Su gigantesco esqueleto, blanco y pulido por la lluvia y el oleaje de varias décadas, reposaba semienterrado en la arena y lamido por las mansas olas que acariciaban la playa.

Moira necesitó de la ayuda de la magia de Adam para desenterrarlo; una vez en la superficie de la arena, les aseguró que no le resultaría difícil hacerlo flotar.

En otras circunstancias, Kim habría discutido; pero en aquel momento estaba muy cansada y con ganas de alejarse de aquel lugar, de modo que no puso ninguna objeción.

Un rato más tarde atravesaban el lago brumoso, montados sobre el enorme esqueleto, cuyos huesos relucían levemente, debido al hechizo que Moira había aplicado sobre él. La improvisada balsa avanzaba sola cortando las oscuras aguas, sin que nadie remase ni la dirigiese. Sentado en un extremo, Adam iluminaba el camino; sus ojos brillaban como linternas, alumbrando las aguas cubiertas por una neblina fantasmal.

Aquella era, con diferencia, la parte más extraña e irreal del viaje, pero los urbanitas no estaban de humor para apreciarla. Kim se sentía física y psicológicamente agotada. La mutación seguía extendiéndose por su cuerpo, y ella comenzaba a sentir cambios a nivel interno. Por otro lado, los últimos acontecimientos no habían contribuido a que ella lograra tomárselo todo con calma. A pesar de haber desvelado el misterio de la supuesta inmortalidad de Duncan el Segador, algo en su interior seguía temiendo que aquel fantasma del pasado regresara de nuevo de entre los muertos para seguir atormentándola. Y, por otro lado, estaba Semira...

Kim se estremeció. Primero Keyko, y después Semira. Aquel era un lugar maldito. Aunque lograra encontrar a la sacerdotisa, nada le aseguraba que lograra salir de allí con vida.

Miró a Chris, buscando apoyo, pero el hacker parecía ausente, cosa que no era nada habitual en él. Se había recostado contra una de las gigantescas costillas del esqueleto flotante y todavía conservaba su característico aire de tensión controlada, o de serena cautela; sin embargo, su mirada, habitualmente fría y cortante, estaba ahora prendida en algún punto de las oscuras aguas del lago, y sus hombros parecían hundidos.

Kim respiró hondo; aún estaba sorprendida por cómo se habían desarrollado las cosas. Antes de la muerte de Semira, la joven urbanita aún habría dudado que Chris fuera capaz de amar.

De pronto vio que el hacker se ponía tenso, y eso la hizo reaccionar a ella también. Chris se levantó de un salto y fue a asomarse entre las costillas del esqueleto-balsa.

—¿Qué pasa? —preguntó Kim.

—He oído un burbujeo —dijo él, con calma, pero frunciendo el ceño—. Parece que hay algo bajo el agua.

Moira y Kim se plantaron junto a Chris de un salto. Adam giró la cabeza hacia el lugar que señalaba el urbanita, y el haz luminoso de su mirada alumbró la oscura superficie del lago. Entonces todos pudieron detectar las burbujas, y vieron que avanzaban hacia ellos.

—No parece muy grande —opinó Kim; pero preparó su pistola, por si acaso—. Al menos, no será un pariente del bicho al que perteneció este esqueleto...

—No —concedió Moira—. Pero es mejor que nos quedemos quietos. Si nos movemos, llamaremos su atención.

La balsa se detuvo entonces en medio del lago, como si hubiese tomado sus palabras por una orden. Pero entonces las burbujas desaparecieron, y reinó de nuevo el silencio.

—¿A dónde...? —empezó Kim, pero Chris se volvió rápidamente, y todos con él.

Y vieron una criatura humanoide, con la piel cubierta de escamas, ojos grandes y acuosos y membranas natatorias entre los dedos que estaba tratando de subir a la balsa.

Kim alzó su arma.

—¡No lo mates! —advirtió Moira.

Kim disparó, pero falló a propósito, y el proyectil impactó en una de las costillas del esqueleto. El hueso se rompió con un crujido y cayó al agua. La acción de la mercenaria había tenido por objeto asustar a la criatura, y lo consiguió. Lo vieron soltarse y sumergirse de nuevo en el lago.

Hubo un breve silencio. Entonces, Kim dijo:

—Menos mal que se ha ido. Me daba muy mala espina. Parecía un mutante.

—Probablemente era un mutante —dijo Moira—, pero no de los que tú conoces. Este tipo de mutaciones son provocadas por la naturaleza, y se desarrollan a lo largo de cientos de miles de años. Es así como nacen las nuevas especies. Pero en Mannawinard la fuerza de Tara es tan grande que todo sucede mucho más rápido que en los días antiguos: los árboles crecen de un día para otro, las especies evolucionan en apenas unos siglos... Es posible que exista toda una raza de humanoides anfibios como ese; este lago está comunicado con otros cuatro grandes lagos mediante corrientes subterráneas...

—¡Mirad! —dijo entonces Adam.

La criatura anfibia había vuelto a asomar la cabeza sobre el agua, y los miraba con expresión suplicante.

—Trata de decirnos algo —murmuró Moira—. Podría invocar una runa de comunicación, pero, dado que no emite ningún sonido...

Chris dio un súbito respingo y se llevó las manos a las sienes.

—¿Qué pasa? —preguntó Kim, inquieta; la criatura lo miraba fijamente a él.

—Está... está diciendo algo, ¿no lo oís?

—No.

Moira miró alternativamente a Chris y al anfibio. El hacker fruncía el ceño, en señal de concentración. Seguía oprimiéndose las sienes con las manos.

—Puede ser —murmuró Moira—. Algunas criaturas acuáticas se comunican por telepatía. Dime, Chris, ¿posees habilidades telepáticas?

—No, que yo sepa... ¡eh! —Chris se sobresaltó de nuevo y lanzó una mirada penetrante a la cabeza de la criatura acuática—. ¡Vale, ya te he oído!

—¿Qué dice?

—Dice... «No mates. Yo amigo.»

—¡Venga ya! —soltó Kim.

Chris no le estaba prestando atención. Había clavado su mirada en el anfibio.

—¿Quién eres, y qué quieres?

La criatura chapoteó en el agua, visiblemente excitada y nerviosa. Chris seguía frunciendo el ceño; parecía como si entre los dos se hubiese establecido algún tipo de comunicación que los demás no podían captar. El hacker miraba fijamente a su extraño interlocutor, asintiendo de vez en cuando.

Después, se volvió hacia sus compañeros.

—Moira tiene razón —dijo—; hay todo un pueblo de gente anfibia viviendo en los grandes lagos. Él... bueno, «ella», es una especie de elegida, una enviada. Ella... también tiene la misión de llevar una de las Runas Elementales al templo de Tara.

Moira miró a la criatura anfibia, sinceramente sorprendida.

—¡Eso está bien! —dijo—. Estaba preguntándome dónde andaba Laguz... porque es esa la Piedra Rúnica que trae, ¿no? La Runa del Agua.

La criatura parecía pesarosa, y volvió a mirar a Chris. Este se concentró de nuevo para captar su mensaje.

—Pero tiene un problema —explicó—. No puede salir del agua, porque su piel se reseca... Nos pide que llevemos la Piedra Rúnica en su lugar.

El anfibio tendió una mano escamosa hacia la balsa. Bajo la luz de los ojos de Adam, todos pudieron ver que sostenía en la mano una ambarina Piedra Rúnica, con el signo que simbolizaba los poderes elementales del agua:



Chris lo cogió, algo vacilante. Moira se inclinó hacia él para examinar el amuleto.

—Esto es asombroso —murmuró—. De modo que, si lo que se cuenta por ahí es cierto y Kea tiene la Runa de la Tierra, habremos reunido las Cinco Piedras Rúnicas Elementales...

—Cuatro —dijo Kim, secamente—. La Piedra de la Luz, Sowilo o como se llame, se perdió con Keyko...

Moira se mordió el labio inferior, preocupada.

—Es cierto. Espero que la sacerdotisa tenga un medio de encontrar a Keyko, porque sin la Runa de la Luz todo nuestro esfuerzo no habrá servido para nada.

—¿Es que solo te preocupa eso? ¿No te importa nada Keyko?

—Claro que me importa, Kim. Pero se perderá mucho más si no logramos llevar a cabo la invocación.

—Dejad de discutir —dijo Chris; se volvió hacia la superficie del agua, pero la criatura anfibia había desaparecido sin dejar ni rastro.

Adam paseó su haz de luz por la superficie del agua, sin resultado; Moira negó con la cabeza.

—Déjalo —dijo—. Ahora, lo más urgente es llegar hasta el templo. ¡Estamos tan cerca...!

Nadie replicó. La enorme balsa se puso de nuevo en movimiento sobre las aguas, y Adam volvió a enfocar su mirada hacia el frente.

Pronto pudieron ver, a lo lejos, una forma oscura y brumosa que se alzaba sobre el lago, pero nadie dijo nada. Moira parecía haber enmudecido de la emoción, y Chris y Kim tampoco tenían ganas de hablar. Les costaba creer que estuvieran a punto de llegar a su destino, y ambos se preguntaban si

había valido la pena. Los dos habían perdido mucho en el camino, antes incluso de saber si realmente aceptaban aquella misión, si realmente compartían los ideales de aquellos que habían planificado aquel increíble proyecto.

Cuando el esqueleto tocó suavemente la orilla de la isla, ninguno de los dos había encontrado todavía la respuesta a aquellas preguntas.

Moira se volvió para mirarlos.

—¿A qué esperáis? —dijo—. Hemos llegado. Todo está bien. Tenemos las Piedras Rúnicas y...

—No, Moira, nada está bien —cortó Kim, con cansancio—. Nada ha estado bien desde que Gaernon y tú os pusisteis a jugar con Adam y vuestras runas. Si os hubieseis estado quietos, yo habría asaltado Probellum aquella noche, en lugar de ir a Nemetech a robar a Adam; aún sería una mercenaria del Ojo de la Noche, completamente humana, por cierto; y Keyko y Semira seguirían vivas. Pero no, teníais que revolverlo todo, y ahora, por culpa de Adam, el mundo entero está al borde de una guerra total.

Moira no se enfadó. Miró a Kim, y luego a Chris. Y suspiró.

—Os comprendo mejor de lo que creéis —dijo—. Habéis sido esclavos durante mucho tiempo. Habéis estado sumidos en la oscuridad. Cuando eso sucede, la luz del sol hace daño a los ojos. No es fácil enfrentarse al conocimiento y a lo desconocido. Muchos en vuestro lugar habrían vuelto atrás hace mucho tiempo, buscando la seguridad de las cosas cotidianas, deseando, sencillamente, no saber...

Sus palabras terminaron en un leve suspiro. De pronto, Moira parecía cansada y mucho mayor de lo que era en realidad. Su mirada estaba perdida en las neblinas del lago, y el habitual brillo de sus ojos había desaparecido.

Entonces se volvió hacia ellos, agitando su cabello pelirrojo con determinación.

—Ya deberíais haberos dado cuenta —dijo con frialdad— de que ha habido gente dispuesta a dar la vida por mostraros el camino del conocimiento, a vosotros y a todos los urbanitas. Si vais a permitir que su sacrificio sea en vano, entonces no tengo más que deciros. Me da igual lo que hagáis; yo voy a seguir adelante.

De un ágil salto, abandonó la balsa y aterrizó en tierra. Sin volverse hacia ellos, echó a andar. Y pronto se perdió en la oscuridad.

—Genial —murmuró Kim—. Y ahora, ¿qué?

No había terminado de hablar cuando oyeron un burbujeo; el débil fulgor que envolvía el esqueleto desapareció, y este empezó a hundirse lentamente en las oscuras aguas del lago.

Los urbanitas saltaron de la balsa y ayudaron a Adam a bajar antes de que se hundiese del todo. Después, miraron a su alrededor. Moira había desaparecido.

—No sé tú —murmuró Chris—, pero estoy seguro de que, después de todo lo que hemos pasado, esa sacerdotisa no puede darnos un mal recibimiento. Recuerda que el futuro del mundo depende de nosotros —añadió con una media sonrisa.

Y alzó la mano para que Kim viese que sostenía nada menos que dos Piedras Rúnicas Elementales.

Kim ladeó la cabeza y suspiró.

—Está bien —dijo—, dado que ya no podemos volver atrás, será mejor que sigamos hacia adelante.

—Así me gusta —dijo la voz de Moira desde la oscuridad.

Los urbanitas y el robot se pusieron en marcha de nuevo, a través de la isla, en busca del mítico templo de Tara.

Tardaron menos de lo que pensaban en encontrarlo, porque la isla no era muy grande, y Moira los guiaba con paso seguro y enérgico. Cuando, tras atravesar un pequeño bosquecillo, el templo se alzó ante sus ojos, no pudieron dejar de sentirse sobrecogidos.

Era una enorme construcción de piedra cubierta de musgo, que parecía haber crecido directamente del interior de la tierra; bajo el débil resplandor de la luna y las estrellas sus formas redondeadas resultaban amenazadoras, y la luz que despedían los ojos de Adam no bastaba para conjurar las oscuras sombras que proyectaban. La base del templo parecía constituida por tres enormes cabezas de piedra cuyas bocas abiertas formaban las tres puertas de acceso. Una de las cabezas era indudablemente humana; la segunda parecía

un humanoide anfibio, como el que los había abordado en el lago; y la tercera pertenecía a una extraña criatura de rasgos delicados, ojos rasgados y orejas en punta.

—Forma humana, forma acuática, forma feérica —murmuró Moira—. Estos son los tres aspectos de la diosa Tara, según los primeros habitantes de Mannawinard. Hoy sabemos que Tara es esto, y mucho más.

—¿Tenemos que entrar? —dijo Kim.

—No parece que haya nadie —murmuró Chris, frunciendo el ceño y tensando los músculos, por si se trataba de alguna trampa—. Esto es muy raro.

—¡Deteneos! —dijo de pronto una voz desde el templo—. ¿Quiénes sois?

Los urbanitas echaron inmediatamente mano de sus armas. Adam dio una mirada circular, en busca de la persona que había hablado, pero su luz no lograba llegar a todos los rincones del templo.

Solo Moira sonreía. Cerró los ojos un momento, alzó las manos y entonó una sola palabra:

—Sooowilooo...

Y de pronto algo empezó a brillar sobre ellos e iluminó todo el templo, casi como si fuese de día, y los recién llegados pudieron ver la persona que los había interpelado; estaba sentada sobre la cabeza del anfibio, a varios metros de altura, y los miraba con asombro y cierta inquietud.

Pero fue ella la primera que reaccionó:

—¡Kim! ¡Moira! ¿Adam?

Kim se quedó sin habla durante un momento.

—¡Keyko! —pudo decir por fin.

La joven oriental bajó de un poderoso salto hasta donde estaban ellos. No parecía haber cambiado mucho en aquel tiempo. Seguía llevando su bastón, y la Piedra Rúnica Sowilo colgada al cuello, igual que cuando Kim la conoció, en aquella cacería en los Páramos. Sus ojos rasgados brillaban con emoción cuando miró a Kim. Entonces, sin decir nada, las dos se abrazaron con afecto.

—Kim, cómo me alegro de que hayáis podido llegar... ¡siento tanto haberme equivocado con el hechizo...!

—No te preocupes. Yo llegué a pensar que habías muerto. ¿Llevas aquí desde entonces?

—Sí —Keyko se volvió hacia el templo, dudosa—. Estoy preocupada porque no parece haber nadie. Las tres puertas están selladas con algo que parece un hechizo, y no he sido capaz de entrar. Tampoco he visto señales de la sacerdotisa Kea por aquí. ¿A dónde habrá ido?

Moira movió la cabeza, preocupada.

—No puede ser. Debería estar esperándonos.

Avanzó hacia el templo, indecisa. Keyko, entretanto, se volvió hacia los demás, para saludarlos. Se sorprendió al ver el nuevo cuerpo de Adam, y en el fondo se alegró de ver que Chris siguiera con ellos, aunque había algo nuevo en su expresión que no acertó a descifrar. Y...

—¿Dónde está Semira? —preguntó.

Nadie fue capaz de contestar, pero Keyko advirtió una sombra de tristeza en los rostros de todos, y en especial en el de Chris.

—No... no puede ser —balbuceó—. Decidme que no es cierto.

Los urbanitas estaban demasiado cansados para responder. Moira se volvió hacia ella, con expresión grave.

—No ha sido un viaje fácil, Keyko —dijo solamente.

—¡Maldita sea! —gimió Keyko, sintiéndose muy culpable—. Si hubiese hecho bien ese condenado hechizo...

—No te atormentes por ello —intervino Chris con suavidad—. Ella eligió. Podría estar viva ahora, si hubiese querido.

Keyko no comprendió sus palabras, pero en los ojos del hacker había un rastro de dolor y abatimiento tan inusual en él que ella no se atrevió a preguntarle nada más.

Moira examinaba la puerta del templo, ensayando sin resultado varios hechizos de apertura.

—Qué extraño —murmuró—. El caso es que estoy convencida de que este es el lugar al que teníamos que acudir...

—Y es cierto —dijo de pronto una voz, una voz suave y acariciadora, que parecía proceder de todas partes y de ninguna—. Estáis en el lugar adecuado y, por suerte para todos, también habéis llegado en el momento adecuado.

Una luz cegadora inundó el claro, y los visitantes se cubrieron los ojos y retrocedieron unos pasos, intimidados. Cuando pudieron volver a mirar, se quedaron mudos de asombro.

Una mujer acababa de aparecer en la puerta del templo, justo frente a Moira; todavía estaba envuelta en un halo de luz, y sus ojos brillaban como estrellas. Era de raza negra, y llevaba el largo cabello recogido en un complejo peinado de trenzas. Vestía una túnica blanca y se cubría con una capa de color verde claro. Pero lo que más sorprendía de ella era que llevaba una Piedra Rúnica en la frente, no sobre una banda de cuero como la había portado Semira, sino incrustada en la piel, como una parte más de su cuerpo, como si de un tercer ojo se tratase. Aquel amuleto solo podía ser Berkano, la Piedra Rúnica Elemental de la Tierra. Y aquella mujer solo podía ser Kea, la sacerdotisa de Tara.

**RITO ANCESTRAL**

Gran sacerdotisa Kea... —murmuró Keyko, con respeto.

Había oído hablar de ella desde que era una niña, pero, para hacer honor a la verdad, no la había imaginado así. Tal vez habría esperado a una mujer anciana, como la Madre Blanca, porque, si mal no recordaba, se decía que la edad de la sacerdotisa se cifraba en más de trescientos años. Sin embargo, la mujer que tenía ante sí no aparentaba más de treinta y cinco. Quizá eso se debiera a la increíble conexión que mantenía con la Piedra Rúnica Elemental Berkano, que condensaba los poderes de la madre Tierra, y que parecía formar parte de su cuerpo.

Keyko no lo sabía. Pero descubrió enseguida que, en el fondo, no le importaba.

Porque estaba, por fin, ante la gran sacerdotisa de la diosa Tara.

Ella sonrió. Lentamente, el leve resplandor que envolvía su cuerpo fue haciéndose cada vez más débil, hasta desaparecer por completo.

—Por fin están las Cinco Runas Elementales reunidas... —dijo entonces, con voz suave y aterciopelada—. Y el extraordinario Hechicero Artificial... y... nos falta una de las elegidas, ¿no?

Ninguno supo qué decir. El recuerdo de Semira les pesaba a todos como una losa.

Finalmente, Chris se adelantó.

—Semira no está con nosotros —dijo; su voz era segura y calmada—. Murió por salvarme la vida.

Kea observó al hacker, que sostuvo su mirada con valentía y sin pestañear.

—Lo sé —dijo entonces la sacerdotisa.

—¿Lo sabes? —replicó Chris; su rostro se mostraba inexpresivo, pero sus ojos se clavaban en los de Kea, retadores.

—Pero la rueda de la vida sigue girando. El círculo debe completarse, y nos falta una persona.

—Ella me eligió a mí para ocupar su lugar.

Kea avanzó hasta situarse junto al urbanita, que no dijo nada, ni hizo el menor movimiento.

—Pero tú eres un hombre.

—Ella creía en mí —replicó él, sin alzar la voz—. Y yo no voy a defraudarla.

—Hay mucho dolor en el fondo de tu alma, Chris —dijo la sacerdotisa con suavidad; el hacker no pareció sorprenderse por el hecho de que ella conociese su nombre—. Pero también veo que estás dispuesto y que no tienes miedo. —Le dirigió una mirada profunda y penetrante—. Semira escuchaba el lenguaje de Tara —añadió, en voz baja—. Espero que no se haya equivocado al interpretarlo.

Se acercó entonces hasta Kim, que alzó la barbilla, desafiante. Pero los ojos de Kea se clavaron en los de ella, y la mercenaria, intimidada, no pudo evitar desviar la vista.

—Estás enferma —dijo Kea solamente.

—Ya lo sé —replicó ella, molesta.

La sacerdotisa movió la cabeza.

—El ritual no funcionará si uno de los eslabones de la cadena es débil.

—¿Y qué quieres que haga? Ni la tecnología ni la magia han podido ayudarme.

—Nada puede ayudarte si tú no quieres. Solo tú puedes salvarte a ti misma.

Kim respiró hondo.

—Otra vez, solo palabras —dijo con amargura—. Yo ya he hecho todo lo que estaba en mis manos. En este templo estaba mi última esperanza.

Kea seguía mirándola con fijeza, y Kim sentía que el mundo se le caía encima. Finalmente, la sacerdotisa apartó los ojos de ella, y una sombra de tristeza cruzó su rostro.

—Todo está perdido —murmuró.

Aquella sentencia cayó como una losa sobre todos los presentes. Kim sintió que el pánico la invadía; no quería ser la responsable de que aquello saliera mal; no quería que los demás la mirasen con rencor.

—¡Eh, no, un momento! ¡Eso no es verdad! Yo no tengo la culpa. Estoy dispuesta a...

—No se trata de eso, Kim —intervino Keyko, incómoda—. Si no tienes los sentidos abiertos a la magia, la magia no puede pasar a través de ti. Ese es el problema.

—Entonces, podríais haberlo pensado antes de elegirme para esta mascarada, ¿no? —replicó ella, cortante.

—Todavía estamos a tiempo —insistió Keyko—. Solo tienes que creer...

—¿En qué? ¿En Tara? ¿En la magia?

—No —dijo Moira, con suavidad—: en ti misma.

Avanzó hacia ella y le puso algo en la mano, algo cálido, que casi parecía vibrar como un ser vivo.

Era una piedra rúnica, de las auténticas, pero no una de las ambarinas Piedras Elementales. El símbolo que mostraba le resultaba familiar, pero Kim no habría sido capaz de decir cuál era su nombre, y mucho menos sus poderes:



—Uruz —dijo entonces Moira—. La sabiduría de Tara, la fuerza vital y la salud, ¿recuerdas?

Y le guiñó un ojo.

Kea alzó la cabeza, como si escuchase algo que nadie más podía oír.

—Ya no nos queda tiempo —dijo—. Tenemos que realizar el ritual antes de que comience la guerra, porque una vez haya empezado nada podrá pararla, ni siquiera la desaparición de nuestro principal enemigo.

—Podremos hacerlo —murmuró Moira—. Kim solo necesita...

—Kim lo conseguirá —dijo Keyko, llena de fe—, estoy segura.

Pero la mercenaria le dirigió una mirada desolada.

—No entiendo nada. No sé qué esperáis de mí.

—Acompáñame, e intentaré explicártelo.

Kim vaciló, pero finalmente siguió a Keyko lejos del claro donde se alzaba el templo. Juntas se internaron en el bosque de la isla, dejando atrás a los demás. Ninguna de las dos dijo nada mientras se alejaban del resplandor mágico invocado por Moira, adentrándose de nuevo en la oscuridad de la noche.

Finalmente, Keyko se detuvo junto a un pequeño arroyo iluminado por la luna y las estrellas. Docenas de grandes luciérnagas ejecutaban una suave danza sobre las aguas.

—Siéntate —dijo Keyko—. Quiero contarte algo.

Kim obedeció. Estaba demasiado cansada para discutir.

—Tú crees que Tara es una diosa que nosotros hemos creado porque necesitamos alguien a quien adorar, un ser superior que nos guíe y nos diga lo que hemos de hacer. Pero esa no es la idea que tenemos de Tara en Mannawinard.

»Tara es la Tierra. Es el mundo en el que vivimos. Tara es la energía que mueve el mundo, es la vida y la muerte, es la noche y el día. Tara lo es todo.

—Eso no tiene...

—Sí, Kim, sí que tiene sentido. Verás, todo en el mundo vibra al son de una melodía misteriosa que llamamos «la voz de Tara». Y esta voz está formada por las almas de todos los seres del mundo, y tal vez del universo. Eso significa, Kim, que todos estamos conectados por esa melodía, porque todos somos Tara. Por tanto, todos podemos escuchar su voz, y emplear la energía que fluye en el universo a través del lenguaje de las runas. Desde ese punto de vista, Kim, todos somos magos, o podemos serlo.

»Los magos más poderosos no son aquellos que poseen más piedras rúnicas o amuletos mágicos, sino aquellos capaces de escuchar la canción de Tara, entenderla y reproducirla. Cuanto mejor lo hagas, más podrá hacer la magia por ti.

Ahora, Kim estaba mucho más atenta.

—Lo que tú pides es difícil, porque no se trata de curar una herida, sino de invertir un proceso que está cambiando tu ser. Eso no depende solamente de la habilidad del mago. Por muy poderosa que sea la magia, no puede hacer nada por ti, si tú no conectas con la voz de Tara.

—Pero ¡no lo entiendo! Yo no oigo ninguna voz, ni ninguna música.

—Muchas veces, para oír hay que escuchar. Por eso te he traído aquí. A veces es necesario estar solo, en silencio, en medio del bosque, para poder escuchar la voz de Tara con claridad. Pero no es una música que se oiga con los sentidos, sino con el corazón.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabrás.

Keyko se levantó, pero indicó a Kim con un gesto que se quedara sentada junto a la orilla.

—Necesitas estar a solas con el mundo que te rodea —dijo—. El primer paso es maravillarte, sorprenderte, como si lo vieras por primera vez. Por eso son los niños quienes mejor escuchan la voz de Tara.

Antes de que Kim pudiese decir nada, Keyko había vuelto a internarse en el bosque, y la oscuridad se la había tragado.

La mercenaria se quedó un momento en tensión, inquieta. Después, poco a poco, se relajó. Estaba demasiado confusa como para pensar con claridad, pero decidió que intentaría hacer lo que Keyko había dicho. Así, si no lograba oír esa canción de la que tanto hablaban los salvajes, por lo menos no podrían culparla por no haberlo intentado. De modo que apoyó la espalda en el tronco de un árbol y trató de contemplar el paisaje con calma y tranquilidad. Mientras jugueteaba con Uruz, la piedra rúnica que tenía en las manos, sus ojos se posaron en una enorme luciérnaga que revoloteaba en torno a ella. Observó sus evoluciones primero con desconfianza, después con curiosidad. La vio reunirse con las demás sobre el arroyo, y entonces escuchó el agradable sonido que producía el agua, y se percató de que no lo había apreciado hasta entonces. Sus ojos recorrieron la espesura, que susurraba al son de la brisa, y ascendieron hacia las copas de los árboles, hasta perderse en la inmensidad del cielo nocturno, tachonado con millones de estrellas, y presidido por una hermosísima luna.

Y entonces, tal y como había pronosticado Keyko, empezó a apreciar la belleza de Mannawinard.

Se quedó un rato contemplando las estrellas y escuchando los sonidos de la noche, y, por primera vez en mucho tiempo, sintió algo parecido a la paz.

—Vaya... qué bonito —murmuró finalmente—. ¿Es esto Tara?

—Todo es Tara —dijo la voz de Moira cerca de ella—. Tara es el mundo en el que vivimos. La voz de la Tierra.

Kim no cambió de postura para mirar a la druidesa; estaba demasiado cómoda. Moira se sentó a su lado.

—Si destruimos a Tara, nos destruimos a nosotros mismos. Por eso es necesario que evitemos esta guerra.

—Lo sé —dijo Kim en voz baja—. Pero sigo estando muy confundida, Moira. Nunca seré una de vosotros. ¿Por qué me habéis elegido para algo que... tiene tan poco que ver conmigo?

—Porque llevas dentro mucho más de lo que crees, Kim.

Ella movió la cabeza.

—Esto es una locura. El mundo está al borde de una guerra y todo depende de mí, depende de que yo escuche o no la voz de Tara, o lo que sea... Y no me trago que Chris esté menos sordo que yo... —añadió, frunciendo el ceño.

—Puede que no —admitió Moira, con una sonrisa—. Pero el secreto está en creer en algo, Kim, no importa en qué. Si crees en algo, en lo que sea, crees en Tara y escuchas su voz, aunque solo sea una parte. Chris cree en sí mismo, y ahora también en Semira, y en lo que ella le ha enseñado. ¿En qué crees tú?

Kim bajó la cabeza.

—Yo... no lo sé. Antes pensaba que creía en algo, pero ahora...

—Ahora ni siquiera crees en ti misma. Por eso las runas no pueden curarte, y por eso eres el eslabón débil de la cadena. Pero si buscas en tu interior, probablemente encontrarás una pequeña llama de fe... Descúbrela, Kim. Y todo cambiará.

La última vibración de la voz de Moira quedó flotando un momento sobre las aguas del arroyo, y luego se extinguió. Kim se volvió hacia ella, pero la druidesa ya se había ido.



El Jefe Senchae volvió sobre la grupa de su dorgo para echar un último vistazo a su ejército. Lo que vio lo llenó de orgullo: todos los hombres y mujeres de la tribu aguardaban silenciosos en sus puestos, con las armas a punto y un feroz gesto de determinación en sus rostros, adornados con pinturas de guerra. Hacía varios días que los niños, los ancianos y los enfermos se habían retirado a lo más profundo del bosque, alejándose del peligro más inmediato.

Pero el ejército de Mannawinard no se reducía a la tribu Ruadh. Muchos otros guerreros y magos habían acudido a reunirse con la gente de Senchae, desde el corazón del bosque. También había nutridos grupos pertenecientes a diversas tribus de animales, que habían escuchado, al igual que los Ruadh, la llamada de socorro de Tara.

Senchae volvió la mirada de sus ojos de águila al horizonte neblinoso de los Páramos. Allí se alienaban las fuerzas urbanitas, interminables hileras de robots de combate y máquinas de guerra en perfecta formación. Senchae sabía que solo estaban esperando una señal que, probablemente, se produciría al amanecer.

Se volvió para amonestar con la mirada a un joven e impetuoso guerrero que había adelantado a su dorgo más de lo debido. El muchacho volvió atrás, pero en sus ojos ardía el ansia de la lucha.

Senchae frunció el ceño, pesaroso. Los jóvenes no comprendían. Él estaba orgulloso de la fiereza de su gente, de su arrojo y su valor. Pero aquella no era una batalla corriente. Si bien los jóvenes pensaban que aquella era su oportunidad de aplastar a las dumas de una vez por todas, Senchae sabía que no era así. Sabía que los urbanitas eran tan inconscientes como los jóvenes Ruadh. No había más que ver el arsenal que habían preparado para aquella ocasión.

Hasta aquel momento, las dumas no habían empleado toda su tecnología contra Mannawinard, porque aquello habría supuesto la devastación total del planeta, y no solo del bosque. Pero en aquel momento eso no parecía importarles.

Senchae era consciente de que aquella guerra abocaría a toda forma de vida a la destrucción completa. Pero el odio de los urbanitas parecía tan intenso que serían capaces de autodestruirse con tal de acabar con

Mannawinard y la diosa Tara.

Las arrugas de la frente de Senchae se hicieron más profundas. No había querido explicarles esto a los suyos, pero los adultos y los ancianos lo intuían. Nadie había hecho el menor comentario.

Ellos no atacarían primero pero, cuando las fuerzas urbanitas se pusieran en marcha, acudirían a defender Mannawinard.

Si Tara tenía que morir, los Ruadh morirían con ella. Y morirían luchando.



Kim seguía sentada junto a la orilla del arroyo, con la runa Uruz entre las manos. Había cerrado los ojos, tratando de concentrarse en todo lo que oía y sentía a su alrededor. Finalmente los volvió a abrir, desalentada. No conseguía oír esa canción de la que Keyko le había hablado. Sintió que había fracasado, y se le encogió el corazón al pensar en lo que iba a decirles a sus amigos.

«Bueno, y, en realidad, ¿qué me importa? —pensó con amargura—. ¿Qué me importan ellos?»

Y entonces descubrió que sí le importaban.

Reflexionó un momento sobre ello. Pensó en Keyko, en todo lo que habían pasado juntas. Pensó en Chris, en cómo había confiado en él casi ciegamente, a pesar de todo. Pensó en Moira, en su eterna sonrisa, en el destello de sabiduría que llameaba en sus ojos verdes. Pensó en Semira, y la recordó con tristeza, y descubrió que la había admirado desde el principio. Incluso pensó en Adam, en su manera de ver el mundo, explorándolo por vez primera, y haciendo que, en muchos aspectos, Kim lograra volver a ver las cosas como si nunca antes las hubiese visto.

Pensó incluso en Duncan el Segador, el verdadero Duncan; enfrentarse a sus clones le había permitido descubrir que el recuerdo del mercenario seguía ocupando un lugar importante en su corazón, y que no quería dejar que desapareciese con los años.

Respiró hondo.

—Creo en ti, Duncan —murmuró—. Y sé que tu recuerdo me acompañará donde quiera que vaya, ayudándome a seguir adelante, en lugar de mantenerme anclada en el pasado.

Calló, sorprendida ante aquel extraño pensamiento. Se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, comenzaba a sentirse bien por dentro.

—Ya sé en qué creo —dijo entonces, aunque un poco vacilante—. Creo en mis amigos: en Keyko, en Moira, en Chris, en Adam aunque sea un montón de chatarra. Y creo también en los que se han ido, pero siguen en mí de alguna manera. Creo en Duncan, que murió hace dos años. Y creo en Semira, que me ha enseñado el verdadero valor.

Calló de nuevo, pensando intensamente. Los sonidos de la noche seguían resonando con fuerza en su interior.

—Y quizá —añadió—, antes no creía en nada porque no tenía a nadie.

Oprimió con fuerza la piedra rúnica.

«Sí, creo en mis amigos —pensó—. Y, por extraño que parezca, ellos creen en mí. Entonces, ¿por qué no iba yo a creer en mí misma?»

Contempló el amuleto que sostenía entre los dedos. Uruz relucía mágica y misteriosamente bajo las estrellas. Entonces se miró a sí misma; observó su piel bajo la luz de las luciérnagas, y vio que la mutación se había extendido, pero, por una vez, no se asustó.

«Ellos creen que existe una salida —pensó—. Moira y Keyko me han dicho que todos podemos emplear la magia, incluso yo. Bueno..., no se pierde nada por intentarlo.»

Respiró hondo, y estiró los músculos bajo las estrellas.

Y entonces, muy leve, muy tenue, la voz de Tara comenzó a oírse en su corazón.

Conteniendo el aliento, Kim cerró los ojos y trató de concentrarse en aquella fascinante melodía. Al principio le resultó difícil seguirla pero, poco a poco, empezó a escucharla con mayor claridad, hasta que se sintió hechizada por la mágica música de la voz de Tara, de la voz de todas las cosas y todos los seres del universo. Fue vagamente consciente de que la piedra rúnica Uruz palpitaba en sus manos, pero no pudo ver el suave resplandor que emanaba de ella, porque se hallaba totalmente cautivada por aquella

misteriosa melodía. La luz de la runa envolvió su cuerpo por completo, mientras su alma volaba libre para unirse, como una nota más, a la canción de Tara.

Y entendió que ella, igual que todas las criaturas del mundo, era hija de Tara.



Junto al templo reinaba un silencio inquieto y pesadoso. Kea sostenía en sus manos las cuatro Piedras Rúnicas Elementales que los visitantes habían traído, y entonaba en voz muy baja, apenas un murmullo, la canción de Tara. De vez en cuando, los mágicos amuletos vibraban hasta el punto de flotar en el aire, ante ella, rodeándola, o quedándose suspendidos frente a su rostro, donde brillaba la quinta Piedra Rúnica, Berkano, que seguía clavada en su frente. Después, lentamente, volvían a caer en sus manos. Adam observaba todo esto con interés y fascinación, pero solo Moira sabía qué era lo que estaba haciendo la sacerdotisa: despertando los poderes más ocultos y ancestrales de las piedras que condensaban las fuerzas elementales de Mannawinard.

Keyko y Chris apenas prestaban atención a la actividad de Kea. El hacker se había sentado en el suelo, bajo un árbol, con gesto serio y hermético. Keyko, en cambio, no dejaba de mirar hacia la espesura, esperando ver aparecer a Kim en cualquier momento. Se mantenía quieta en el sitio, pero sus ojos negros reflejaban la inquietud que la corroía por dentro.

—No lo entiendo —murmuró, por fin—. ¿Por qué tarda tanto?

—Puede ser que nos hayamos equivocado, Keyko —dijo entonces Moira, en voz baja—. Hay muchos urbanitas que son incapaces de escuchar la voz de Tara. Quizá ella...

—No, ella es diferente —cortó Keyko con vehemencia—. Quizá necesita más tiempo, eso es todo.

—El problema es que ya no nos queda tiempo...

Pero Keyko se levantó de un salto. Sus ojos seguían fijos en el bosque, y acababa de ver una figura saliendo de las sombras.

Todos, menos Kea, que continuaba en su trance místico, siguieron la dirección de su mirada. Kim avanzaba hacia ellos, con gesto serio, y las manos en los bolsillos de la gabardina.

—Kim... —murmuró Keyko—. ¿Estás bien? Nos tenías preocupados.

Ella no dijo nada, pero clavó en su amiga una mirada indescifrable.

Entonces sonrió y, lentamente, se quitó la gabardina, dejándola caer al suelo, a sus pies. Se había deshecho de las vendas que le cubrían los brazos, pero su piel volvía a ser la de una joven completamente humana. Sus amigos lanzaron una exclamación de sorpresa, pero solo Moira fue capaz de descubrir en Kim un cambio más sutil: el rostro de la joven ya no estaba pálido, su sonrisa era radiante y sus ojos mostraban un cierto brillo de calma y sabiduría.

Keyko corrió hacia ella.

—Kim... —murmuró; no pudo decir más.

No fue necesario. Ambas se abrazaron, emocionadas.

Kim abrazó también a Moira y a Adam, y se acercó a Chris. El hacker la miraba con una calmada sonrisa en los labios. La joven recogió la gabardina y se la tendió.

—No voy a necesitarla ya.

Pero Chris se encogió de hombros.

—Nunca se sabe. Tal vez pases frío.

Kim lo miró a los ojos y descubrió en ellos un destello de la sabiduría de Tara. Se preguntó cuándo había comenzado él a escuchar su voz, pero se dio cuenta enseguida de que Chris nunca había tenido una experiencia tan directa como la suya. Su alma se había abierto poco a poco, gracias en parte a Semira, pero también debido a la forma de ser del hacker, que todo lo observaba y estudiaba, sin desechar nunca ninguna posibilidad, por increíble que fuese.

—Bravo, Kim —dijo una voz, y todos se volvieron hacia ella.

Kea, la Gran sacerdotisa de Tara, los miraba sonriente. En torno a ella giraban, como mágicos planetas alrededor de un sol, cuatro Piedras Rúnicas Elementales: Luz, Aire, Agua y Fuego; Sowilo, Ansuz, Laguz, Fehu. La quinta Piedra Rúnica, Berkano, que condensaba los poderes de la Tierra, relumbraba en la frente de la sacerdotisa, vibrando al son de las demás.

—Ya podemos dar comienzo al ritual —dijo, y añadió, bajando la voz—. Esperemos que no sea demasiado tarde.



En los Páramos, el ejército urbanita continuaba inmóvil, estudiando al enemigo, esperando un ataque que no se producía.

—Avanzarán a la salida del sol —murmuró TanSim, observando las fuerzas de Mannawinard a través de los prismáticos—. Esta inactividad me está empezando a poner nervioso.

—No te preocupes —dijo Donna—. Ya falta poco para el amanecer.

—¡Espera! Mira eso.

Donna siguió la dirección de su mirada. En la primera línea de las tropas urbanitas se apreciaba un leve movimiento, y la mercenaria ajustó el zoom para ver mejor de qué se trataba. Enseguida lo descubrió: los robots de combate habían vuelto la cabeza, todos a una, hacia lo alto de la Aguja camuflada.

Y entonces, perfectamente sincronizados, todos los robots avanzaron a la vez a través de los Páramos, hacia Mannawinard.

TanSim y Donna cruzaron una mirada. También las tropas de urbanitas humanos se preparaban para intervenir. La batalla iba a comenzar antes de lo que ellos pensaban.



En Mannawinard, frente al templo de Tara, todo estaba dispuesto para realizar la invocación rúnica. Kim, Chris, Moira, Keyko y Kea se habían colocado en círculo, en torno a Adam. La sacerdotisa alzó la mirada hacia las estrellas y levantó los brazos.

Entonces, de sus labios comenzaron a salir las primeras notas de la canción de Tara; la reproducía con tanta perfección que su voz no parecía humana, sino formada por las voces de miles de millones de seres. Aquella enigmática melodía fue envolviéndolos poco a poco, alterando sus sentidos, liberando sus pensamientos, aligerando sus corazones, hasta que todos se vieron transportados, lentamente, hasta el mismo corazón de Tara.

Sobre su frente, la Piedra Rúnica Berkano comenzó a emitir un leve resplandor color verde. Al mismo tiempo, las demás Piedras Rúnicas Elementales empezaron a brillar también. Y entonces, uno por uno, los componentes del círculo alzaron los amuletos por encima de sus cabezas. Keyko sostenía a Sowilo, la Runa de la Luz; Moira levantaba a Ansuz, la Runa del Aire; Chris aferraba la diadema de Semira, con Fehu, la Runa del Fuego; y, finalmente, Kim alzó sobre su cabeza a Laguz, la Runa del Agua que la criatura anfibia les había entregado cuando cruzaban el lago.

En el centro del círculo aguardaba Adam, quieto como una estatua de metal. En sus ojos se reflejaba el resplandor que despedían los cinco amuletos: verde, blanco, azul, rojo, violeta... Verde, blanco, azul, rojo, violeta... Verde, blanco, azul, rojo, violeta... Finalmente, sus globos oculares dejaron de captar aquella luz de colores para comenzar a brillar como cegadores arcoíris que iluminaban los rostros de los cinco humanos...



En los lindes de Mannawinard resonaban, ensordecedores, los tambores de guerra. Senchae observó, con gesto grave, las filas de andróides de combate avanzando hacia ellos. Vio que las máquinas de guerra apuntaban directamente a Mannawinard. Comprendió que no tardarían en comenzar a disparar.

Se volvió entonces hacia su gente, que lo observaba, expectante. Después alzó la mirada hacia las copas de los árboles de Mannawinard, esperando una señal de que el milagro se había producido.

No la vio.

Con un nudo en el corazón, Chi Senchae, el líder de los Ruadh, alzó su espada, hizo saltar a su dorgo y lanzó su grito de guerra:

—¡¡¡Aaayyyeeeeeyyy!!!

La respuesta no se hizo esperar. Todos los guerreros Ruadh levantaron sus armas y corearon:

—¡¡¡Aaayyyeeeeeyyy!!!

Y el ejército de Mannawinard salió del linde del bosque al encuentro del ejército urbanita que ya avanzaba hacia ellos a través de los Páramos.



En el templo, el ritual seguía adelante. Kim, Keyko, Chris, Moira y Kea sentían como si estuviesen inmersos en la corriente de un enorme río que giraba sobre sí mismo como un gran torbellino, mientras la canción de la sacerdotisa seguía sonando.

La luz de las cinco piedras rúnicas se hizo más intensa. Los cinco rayos luminosos confluyeron en Adam, envolviéndolo por completo. El rostro artificial del biobot mostraba una expresión de asombro y temor, mientras sus ojos brillaban con todos los colores del arcoíris. Se encogió sobre sí mismo y se agachó, inclinando la cabeza y apoyando las palmas de las manos en el suelo.



El ejército de la diosa Tara avanzaba por los Páramos. Los Ruadh, a pie o montados sobre sus dorgos de pelaje rojizo, iban en cabeza, lanzando gritos de guerra. Los seguía una multitud heterogénea formada por guerreros, magos y animales, todos ellos rugiendo con fiereza, dispuestos a acabar con la amenaza urbanita de una vez por todas.

Las fuerzas urbanitas acudían a su encuentro en perfecta formación, con las armas listas para disparar. Las máquinas de guerra modelo Z-15, artefactos que levitaban sobre plataformas de flotación y exhibían doce intimidadores cañones, recibieron la orden de disparar.

Las luces de sus controles parpadearon mientras los cañones apuntaban hacia las rugientes huestes del ejército de Tara.

Los magos percibieron el peligro antes que nadie. Habían formado un enorme círculo en la retaguardia y, cogidos de las manos, entonaban el cántico de Tara, preparados para invocar la magia de las runas.

Mientras, los androides de combate y el primer grupo de guerreros Ruadh estaban a punto de chocar sobre los Páramos.



En el templo, nada era ya igual que antes. Las almas de los que sostenían las Piedras Rúnicas se habían fusionado con el espíritu de la Tierra, formado por los de todos los seres que poblaban el mundo. Y entre ellos sentían algo nuevo, una cuña brillante y poderosa, llamada a iniciar una nueva era en la relación entre la Tierra y sus habitantes.

Por primera vez en la historia, algo creado por seres humanos era capaz de escuchar la canción de Tara, y de unirse a ella, como una criatura viviente más.

La voz de Kea seguía sonando, potente y segura, alzándose hacia las estrellas, y más allá.

Nadie pudo verlo, porque en aquellos momentos solo funcionaban sus sentidos internos, pero todos percibieron, de alguna manera, cómo de la cabeza de Adam salía una enorme columna de luz multicolor, formada por los cinco haces luminosos que procedían de las cinco Piedras Rúnicas Elementales. La columna se elevó hasta alzarse por encima de las copas de los árboles más altos de Mannawinard, y ascendió hacia las estrellas. Entonces se desparramó en una especie de escudo que se expandió en todas las direcciones, como una cúpula sobre el enorme bosque de Mannawinard.



En los Páramos, los dos ejércitos estaban a punto de chocar. Nadie, excepto, quizá, los magos, advirtió el manto de luz que avanzaba hacia ellos desde el corazón del bosque, cubriendo todo el cielo sobre sus cabezas. A la velocidad del relámpago, la luz del escudo llegó hasta la Aguja de las fuerzas urbanitas, y se concentró en ella un momento.

Con un violento chisporroteo, la Aguja estalló en mil pedazos.

Y entonces todos los urbanitas humanos miraron hacia el cielo, sorprendidos.



Todo giraba como en un torbellino, cada vez más rápido, cada vez más rápido... Y daba la sensación de que se mezclaba, de que ninguno de ellos era ya él mismo, sino todos los demás a la vez, y ninguno de ellos.

Y mientras, la voz de Kea seguía sonando.



La caravana de Duma Errans se había detenido junto al Muro Exterior de Duma Findias, de modo que la ciudad parecía mucho mayor que de costumbre. Todos en la duma itinerante sabían que en los Páramos iba a librarse una dura batalla; por eso el viaje a Duma Povias se había retrasado de forma indefinida.

Pero cuando vieron el manto luminoso que avanzaba hacia ellos cubriendo el cielo nocturno, se dieron cuenta de que algo no marchaba bien.

No tuvieron tiempo de pensar en ello durante demasiado tiempo: el escudo de luz alcanzó la Aguja de Duma Errans y, antes de que nadie pudiese reaccionar, la alta construcción estalló en mil pedazos.

No obstante, la luz no se detuvo allí. Imparable, se extendió por los cielos del color del acero de Duma Findias; los urbanitas, aterrados ante aquel prodigio, corrieron a ocultarse, cubriéndose la cabeza con los brazos, mientras aquel luminoso abrazo envolvía toda la ciudad. Finalmente, la luz se concentró en la alta Aguja de la capital urbanita.



Giraban y giraban cada vez más rápido, mezclándose unos con otros, sumergidos en la corriente del alma de la Tierra. Sabían que algo importante estaba pasando en el mundo, porque la melodía de Tara vibraba con un tono nuevo y desconocido, y todas sus criaturas se veían afectadas, de una manera o de otra.

Y, mientras, la voz de Kea seguía entonando la música del alma del mundo, y pronunciando las palabras de la invocación.



En el Consejo Tecnológico de Duma Findias estaba sucediendo algo que los Ideólogos del Progreso no habían previsto. Momentos antes, todos los indicadores gritaban enloquecidos que se habían producido millones de fallos

en todos los sistemas de la ciudad, y los líderes de la sociedad urbanita se veían completamente desbordados.

Hasta que la magia procedente de Mannawinard alcanzó la Aguja. Entonces los Ideólogos sintieron que algo terrible estaba ocurriendo dentro de ellos mismos. Apenas pudieron cruzar una mirada, aterrados. Entonces, de pronto, todos ellos sintieron un aullido de horror en sus mentes, un chillido inhumano, que procedía de todas partes y de ninguna. Y sin poderlo evitar, abrieron la boca y chillaron a su vez, con una sola voz, reproduciendo aquel grito de terror y muerte, el último grito de AED 343.

Se llevaron las manos a la cabeza, aún gritando con un sonido electrónico, irreal.



En los Páramos, en Duma Findias, en Duma Errans, en todas las dumas, todos los robots chillaron a la vez.

Y entonces, ante los asombrados ojos de los ciudadanos de Duma Findias, la Aguja se rompió como si fuera de frágil cristal.



Y en el interior de la sede del Consejo Tecnológico, también las cabezas de los Ideólogos del Progreso estallaron, todas al mismo tiempo.

Nada biológico había en ellas. Ni siquiera los cerebros que los urbanitas habían creído que poseían.

Pero en aquel momento no había ante ellos ningún ser humano que pudiese ver con sus propios ojos la última gran mentira de AED 343.



Todos los robots del mundo, excepto uno, se detuvieron, inertes. Todas sus luces se apagaron.

Sobrevino un silencio sepulcral.



Poco a poco, el torbellino se calmó. Poco a poco, las almas se separaron y sus propietarios regresaron a la inmediatez de aquel momento.

El ritual había acabado. La luz de las runas se apagó.

Abrieron los ojos. En silencio, se miraron unos a otros, incapaces de pronunciar una sola palabra que estropease aquel instante.



En los Páramos, en las dumas, los urbanitas miraron a su alrededor, como si acabasen de despertar de un sueño. Los robots, inmóviles como muertos, parecían exactamente lo que eran: pobres despojos metálicos de los delirios de grandeza de un ser que soñó con crear un nuevo mundo de acero y cristal.



Algunos de los guerreros Ruadh aullaron y espolearon a sus dorgos, pero inmediatamente se oyó un potente grito autoritario, y todos volvieron la cabeza.

El Jefe Senchae se alzaba sobre una loma, con la espada en alto; pero la sujetaba por el filo, alzando la empuñadura, y eso solo significaba una cosa: retirada.

Los animales y los humanos más viejos y más sabios asintieron, y se detuvieron. Los más jóvenes miraron a su líder, incrédulos, sin acabar de entender lo que estaba pasando. Pero entonces escucharon la voz de Tara, y comprendieron.

Habían vencido sin tener que luchar. Y tal vez ya no fuera necesario seguir luchando.

Los primeros rayos del amanecer bañaron a salvajes y urbanitas. Estos contemplaron el sol naciente por primera vez en mucho tiempo, y muchos de ellos sonrieron.

Senchae se quedó un momento más sobre la loma, estudiando los movimientos de los urbanitas. Pero ninguno de ellos parecía dispuesto a asumir el mando y continuar la batalla.

Entonces, lentamente, Senchae dio media vuelta, y su dorgo echó a correr, con un gruñido de satisfacción, de nuevo hacia Mannawinard. Y uno por uno, los Ruadh volvieron grupas, y sus aliados los siguieron. Una por una, las criaturas de Mannawinard volvieron a internarse en el bosque.



Donna parpadeó, confusa.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Esos condenados salvajes han destruido la Aguja. Ahora no funciona prácticamente nada. ¡Maldita sea! Hemos perdido y ni siquiera habíamos empezado.

Donna se volvió hacia todos lados. Descubrió a TanSim examinando un robot.

—Si quieres que te diga la verdad —dijo la mercenaria—, en el fondo me alegro. ¿Qué hacemos nosotros aquí, me lo quieres explicar? Va en contra de los principios de la Hermandad tomar partido de forma tan directa.

TanSim se incorporó y la miró, rascándose la cabeza, pensativo.

—Tienes razón. Mejor será que volvamos a Duma Findias —dirigió una mirada despectiva a los grupos de Seguridad de las corporaciones, que parecían bastante confusos—. Y que se apañen ellos solos.

Donna se encogió de hombros, con gesto aburrido. Antes de dar media vuelta, sin embargo, echó un último vistazo a la sombra del bosque de Mannawinard.

—No nos han atacado —comentó—. Son más estúpidos de lo que yo creía.

—Bueno —dijo TanSim; estaba probando uno de los deslizadores, tratando de ponerlo en marcha, sin resultado—. Tampoco podemos nosotros hacer nada contra ellos ahora, ¿no? ¡Maldito trasto! —gruñó, dándole una patada.

—Deberían inventar algo mejor que esas estúpidas ondas de ultrasonidos —comentó ella, sin mucho interés—. ¿Por qué a nadie se le ha ocurrido hasta ahora encontrar un mecanismo que permita a los robots

moverse de forma autónoma? Seguro que la industria cibernética avanzaría mucho más rápido. Me sorprende que Nemetech no haya pensado en ello.

TanSim gruñó otra vez.

—Ahora tendremos que volver a pie —dijo.

—Kim lo hizo, ¿no? —replicó Donna—. Pues nosotros también lo haremos.

Y la mercenaria echó a andar, seguida de TanSim. Avanzó entre los robots inmóviles sin mirar atrás, y los suyos la siguieron. Los urbanitas de las corporaciones contemplaban a los mercenarios y al principio murmuraban entre ellos, pero, poco a poco, muchos emprendieron la marcha tras Donna y los suyos, dejando atrás las máquinas inservibles, de vuelta a las dumas.



Los primeros rayos del alba iluminaron los rostros de Kea, Kim, Moira, Keyko y Chris.

—Ahora todo cambiará —dijo Kea—, y todos podrán escuchar la voz de Tara en sus corazones. Ahora podemos buscar juntos un nuevo modo de convivencia entre el ser humano y el mundo en el que vive.

Los demás sonrieron. Entonces, un sonido llamó su atención.

En el centro del círculo, Adam se incorporó lentamente, bajo la luz de la aurora.

Había cambiado. Su cuerpo de metal, un rompecabezas hecho de piezas de diversas procedencias, había adoptado las formas suaves y perfectas de un auténtico cuerpo humano. Sin embargo, el metal palpitaba, como si estuviese vivo, y su pecho subía y bajaba. Milagrosamente, estaba respirando.

—¿Qué...? —murmuró Kim, aunque conocía la respuesta.

—Se ha transformado en un híbrido completo —dijo Chris, sorprendido—, un auténtico hombre biónico. No puedo creerlo —añadió, moviendo la cabeza—. Todo esto es tan extraño... Y todo debe de ser un caos allá fuera. No funcionarán los robots, ni los transportes... ¡nada! Me gustaría saber cómo es el mundo ahora, qué van a hacer los urbanitas sin AED 343.

—Y lo sabrás —dijo Kea con suavidad—. El mundo va a cambiar, y vosotros contemplaréis esos cambios... para bien o para mal.

Ninguno de ellos dijo nada. Solo Adam repitió, en un murmullo:

—Para bien o para mal...

Se levantó del todo y estiró sus miembros. Entonces alzó la cabeza para mirar al sol que se elevaba entre los árboles de Mannawinard. Sonreía. Por primera vez en su corta vida, era capaz de sonreír.

## NOTA DE LA AUTORA

La historia de *Las Hijas de Tara* no fue concebida en un principio como novela, sino como guion para una película de animación en 3D.

Todo empezó allá por el año 2000; yo acababa de publicar mi primera novela, *Finis Mundi*, que además había ganado el premio El Barco de Vapor. Fue entonces cuando me contactaron desde una productora de animación valenciana, Black Maria Studios, y me propusieron que escribiera un guion para ellos.

Yo les respondí que nunca había escrito un guion, pero que estaba interesada en el proyecto. De modo que se decidió que Andrés, el guionista de la empresa, supervisaría mi trabajo.

En Black Maria tenían ya algunas ideas sobre la trama de la película. Se titularía *Las Hijas de Tara* y se desarrollaría en un futuro lejano en unas ciudades llamadas dumas, que estaban rodeadas por los inhóspitos Páramos. Una mercenaria llamada Kim robaba un androide y salía huyendo, y en el camino conocía a Keyko, una guerrera de la Orden de las Hijas de Tara, que había abandonado su templo para entregar un mensaje. También debía haber mutantes, robots y magia, y por ello se les ocurrió incluir a una maga, Moira, y runas de poder, y también a una chica medio mutante, Tanja. Desde este punto de partida yo debía elaborar una historia medianamente coherente; porque los productores contaban con varios elementos inconexos pero no habían desarrollado una trama propiamente dicha. Aún había muchas preguntas sin responder: ¿por qué Kim tenía que robar un androide? ¿A dónde llevaba Keyko su mensaje? ¿Quiénes eran las Hijas de Tara? ¿Cómo incluir magia en un mundo así? ¿Quiénes eran los antagonistas? ¿De qué huía Kim? ¿Qué pasaba después?

Me di cuenta de que para contestar a esta última pregunta debía saber qué pasaba antes, así que durante las semanas siguientes desarrollé la historia de aquel mundo y de los grupos en conflicto y las relaciones entre ellos (corporaciones, mutantes, mercenarios, las Hijas de Tara...); inventé y describí Mannawinard y sus habitantes; redacté biografías para los personajes principales y añadí algunos nuevos como Gaernon, Kea, Donna, Duncan y, sobre todo, Chris y Semira, al tiempo que eliminaba otros como Tanja (aunque el asunto la chica mutante no desapareció del todo). Al final tenía una trama coherente que tocaba muchos de los temas de ciencia-ficción que a mí me interesaban, como, por ejemplo, la lucha de la tecnología contra la naturaleza, la inteligencia artificial, la realidad virtual, la manipulación genética, los ciborgs, la clonación...

Andrés y yo estuvimos un tiempo trabajando muy intensamente en esta historia. Elaboramos un dossier muy amplio que contenía la historia de las dumas, fichas de personajes y colectivos, descripción de escenarios... y con todo eso más tarde redacté el guion. Fue complicado, porque tenía un límite máximo de cien páginas y se me iba la historia por todos lados. La había desarrollado tanto que ahora no sabía cómo comprimirla. Lo conseguí al final, pero me quedé con la sensación de que me hubiese gustado incluir más cosas o profundizar más en algunos aspectos.

Entregamos el guion, y desde Black Maria comenzaron a buscar financiación para realizar la película. Pero pasó el tiempo y terminamos por comprender que *Las Hijas de Tara* estaba destinado a convertirse en uno de esos proyectos que se quedan en el cajón y no llegan a ver nunca la luz. Era una lástima, de modo que los productores me sugirieron que rescatase todo aquel material y lo reescribiese en forma de novela.

Y eso fue lo que hice. En la novela pude por fin escribir todo lo que yo quería y que había tenido que quitar porque se pasaba de páginas. Finalmente se publicó por primera vez en el año 2002, en la colección Gran Angular de la editorial SM. Naturalmente, Black Maria Studios conservó los derechos de adaptación audiovisual. Pero la película nunca llegó a hacerse, y años después la empresa desapareció, como tantas otras, durante la crisis económica.

De modo que *Las Hijas de Tara* continuó su andadura como novela durante muchos años en la editorial SM. Ahora, Minotauro la recupera en una nueva edición revisada, con el deseo compartido de que las peripecias de Kim, Keyko y Adam lleguen a nuevos lectores.

Gracias por acompañarnos en este viaje.

LAURA GALLEGO

*Las Hijas de Tara*

Laura Gallego

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de la portada: © Gabriel Barbabianca, 2018

Imágenes interiores: de las imágenes: © Mashakotcur – Shutterstock

© Laura Gallego García, 2002

[www.lauragallego.com](http://www.lauragallego.com)

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

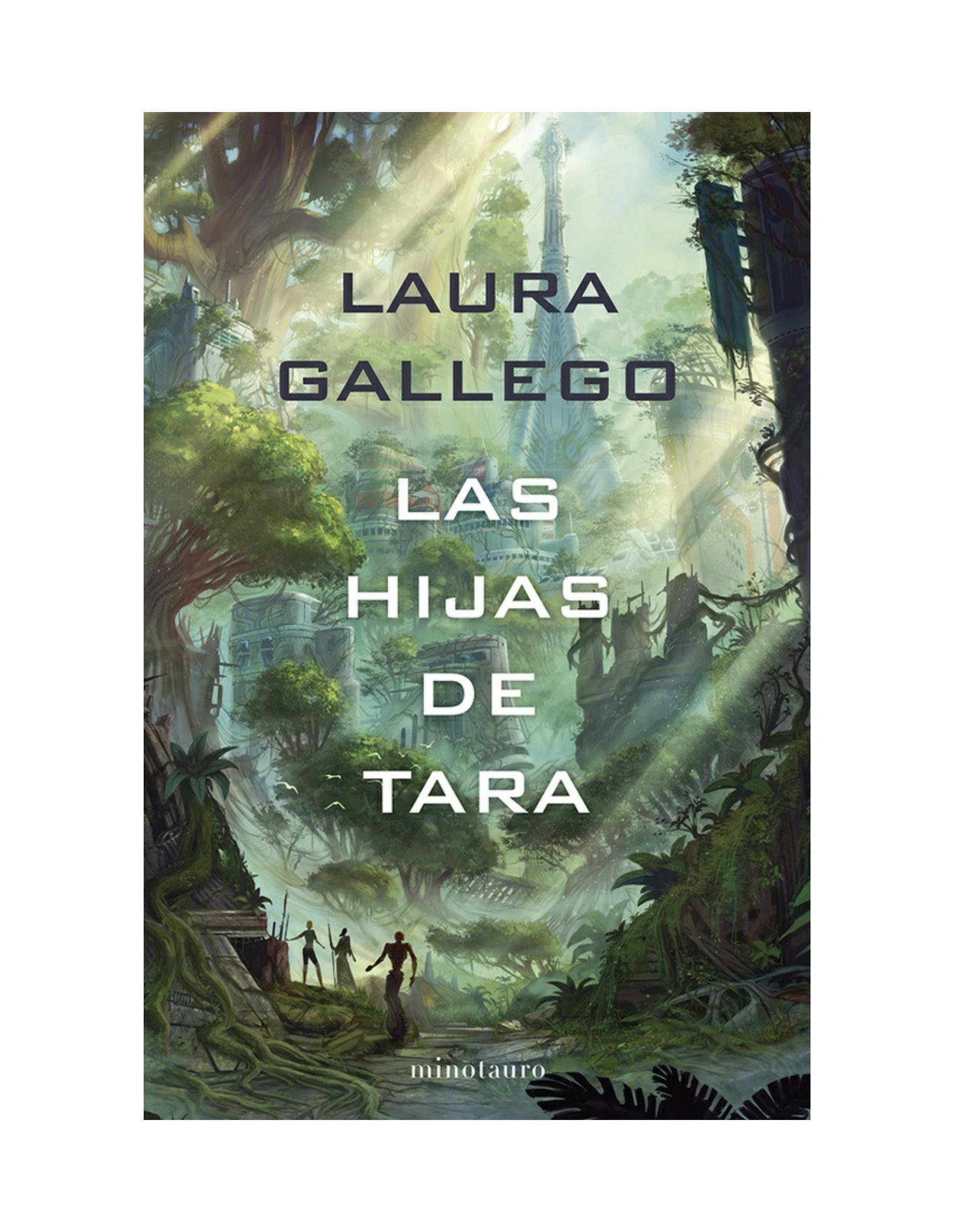
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-450-0524-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)



**LAURA  
GALLEGO**

**LAS  
HIJAS  
DE  
TARA**

minotauro